



*El pasado  
me llevó  
hasta ti*

LAURA FLANAGAN

HISTÓRICA





*El pasado me llevó  
hasta ti*

Laura Flanagan



**Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.**

**Primera Edición:** Noviembre 2016

**Fotocomposición de la portada:**  
[SW Design](#)©

**Título Original:** El pasado me llevó hasta ti

**Del texto:** Laura Flanagan©

**De esta edición:** Red Apple Ediciones©

Laura Flanagan © 2016

*Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.*

# *Menú de navegación*



- [PRÓLOGO](#)
- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)



CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

EPÍLOGO



*“Cuando mi voz calle con  
la muerte,  
mi corazón te seguirá*

*hablando.”*

*Tagore*





## PRÓLOGO

Braden Bellamy era detective de Scotland Yard y eso suponía trabajar a tiempo completo, muchas veces dejando de lado otras tareas. Por eso, cuando contrajo matrimonio con Lara, ambos estuvieron de acuerdo en viajar a Nueva

York en su luna de miel. No sabían cuando volverían a tener otra oportunidad como aquella.

La luna de miel de la pareja había comenzado con un más que accidentado viaje en avión desde Londres. La compañía aérea Air Transport and Travel había sido una de las primeras en iniciar una ruta de vuelo hacia París que solo la gente más adinerada podía permitirse. Seiscientas libras por persona y un aterrizaje forzoso después, los Bellamy habían pasado unos días en la *Ciudad de la Luz*, disfrutando de su arquitectura y su encanto natural. Su última noche transcurrió de forma lenta, íntima y aplacible, dando un paseo por

los Campos Elíseos y con el brillo de la Torre Eiffel iluminándolos a cada paso.

La cálida noche en un bonito y acogedor hotel de la Rive Gauche les impidió descansar lo suficiente para retomar su viaje al día siguiente.

Con las maletas hechas y un delicioso desayuno en la terraza de la habitación, pusieron rumbo a Le Havre, donde el transatlántico S.S.France tenía reservado uno de sus camarotes para ellos. El buque de la Compagnie Générale Transatlantique era uno de los más lujosos y rápidos de su época, contando, como novedades, con un gimnasio, un ascensor y una peluquería en su interior. Decorado en estilo

barroco, lucía en sus paredes retratos del afamado Luis XIV.

Los Bellamy permanecieron en el solaz que proporcionaban los largos paseos por cubierta, donde la brisa marina acariciaba su piel; la titánica cúpula de cristal del salón, que permitía leer cómodamente el periódico gracias a su luz natural o la gigantesca escalera de acceso a este, labrada en bonitas filigranas en madera y donde se reflejaba el brillo de las decenas de cristales que conformaban la lámpara de araña que había sobre ella.

El matrimonio desembarcó en el muelle de Nueva York ocho días después. Las calurosas temperaturas y la

humedad volvieron a ser parte de su rutina diaria.

Lara disfrutaba de todo aquello como se podía esperar de una joven que viajaba sola fuera de casa, por primera vez, junto a su enamorado. Con muchas sensaciones juntas bullendo en su interior.

Los días transcurrían raudos y la extensa agenda que Lara había programado llenaba sus horas sin dar tiempo a nada más. La exquisita suite del hotel los albergaba únicamente durante la noche, abrazados el uno junto al otro, dando rienda suelta a su pasión.

La pareja pasó los dos primeros días a solas, hasta que la presencia de la



tía de Lara, su marido y sus hijos se impuso como carta de presentación a la sociedad neoyorkina. Fiestas de etiqueta, tarjetas de baile, orquestas y conciertos se daban la mano haciendo que la joven y feliz pareja llegara al hotel extenuada.

Visitaron el Museo Metropolitano, con sus tesoros griegos y egipcios, así como las pinturas de grandes artistas del siglo pasado. Recorrieron el interior de la Estatua de la Libertad, disfrutando de unas magníficas vistas desde lo más alto e hicieron un pequeño picnic sobre el desgastado césped de Central Park, que les recordó lo afortunados que eran por poseer tantos hermosos y cuidados

parques en su ciudad natal.

El rostro de Lara irradiaba felicidad siguiendo al pie de la letra la ruta turística número tres de su recién adquirida guía de viajes. Braden la seguía embelesado, más por la compañía que tenía que por los monumentos que contemplaba. No podía creerse que a partir de aquel momento fuera a tenerla a su lado para siempre. Ella era lo mejor que le había ocurrido nunca. Encontrarla, sin duda, había sido un regalo inesperado.

—Por aquí llegaremos a la imponente, aunque algo deteriorada Catedral de San Patricio —dijo Lara concentrada mientras pasaba hojas

compulsivamente—. ¿Sabes que tienen una Piedad tres veces más grande que la del Vaticano? ¿No es increíble? —preguntó emocionada.

—Sí que lo es —contestó sonriente Braden mientras admiraba la pureza que se reflejaba en los ojos de su amada.

—Luego podíamos visitar la Colección Frick. Para llegar a ella, cruzaríamos por el nuevo Puente de Brooklyn. Aquí dice que es toda una innovación en acero puro...

Fue en el trayecto de vuelta de la pinacoteca que Lara decidió descansar en un banco, antes de reanudar su paseo. Sin saber cómo, se habían adentrado en la zona baja de Manhattan y habían

terminado en el barrio italiano. Braden no se sentía cómodo en un barrio que había oído era tan problemático, pero disimulaba su disgusto ante su mujer.

Lara sostenía con una mano una sombrilla que evitaba que el sol incidiera sobre su bonita y clara piel, y con la otra, un pañuelo con el que secarse las tímidas gotas de sudor que cubrían su rostro.

La tragedia sobrevino como ocurren este tipo de incidentes. Desapercibida y de la manera más casual.

Braden había entrado en una tienda local en busca de una botella de agua fría que apaciguara la humedad que estaban sufriendo. Lara se encontraba

sentada al otro lado de la calle. Con su vestimenta y su porte, llamaba la atención de los viandantes que no habían contemplado sino de lejos a aquel tipo de especímenes. Braden no la perdía de vista a través del escaparate de la tienda, mientras trataba de hacerse entender con un italiano que no hablaba nada de inglés. Bastó un solo minuto para que Braden volviera a mirar y no la encontrara sentada en el banco. Había desaparecido. La buscó con la mirada, oyendo de fondo la perorata ininteligible del tendero. Entonces, se oyó un golpe seco y la alarma se desató. El nerviosismo estalló y el pánico cundió entre los presentes. Nadie se atrevía a

salir a la calle por miedo a que le pasara algo malo. Braden hizo oídos sordos a las exaltadas voces que le gritaban que permaneciera dentro y salió. El chirrido de unos neumáticos y el rugido de un motor a gran velocidad le indicaron que todo había acabado.

Lara yacía tumbada sobre el asfalto, de espaldas a él. No la veía moverse y eso le hizo pensar lo peor. Echó a correr hacia ella mientras los coches se detenían, con sus conductores saliendo y un corrillo de gente rodeando a su mujer. Comenzó a apartarlos, al principio de uno en uno, con la educación que le caracterizaba, para después propinar empujones a los últimos que le

separaban de su querida Lara. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando se encontró su cuerpo boca arriba. Su mujer, cubierta de sangre, trataba de levantarse. Se arrodilló junto a ella para detenerla y notó su respiración entrecortada y su extrema palidez. No le quedaba mucho tiempo de vida.

Poco a poco, la gente comenzó a dispersarse, regresando a sus tareas diarias. El que fuera un barrio conflictivo por natura hacía que sus habitantes estuvieran demasiado acostumbrados a los actos de violencia gratuita. Solo un par de niños seguían rondando por allí, curiosos.

Lara unió las pocas fuerzas que le

quedaban para acariciar el rostro de su amado. Braden agarró su mano y la sostuvo junto a su mejilla durante un buen rato. Mantuvo su mirada en la de ella y fue un acicate para Lara en sus últimos minutos.

—Te quise desde el primer momento en que te vi, Lara —pronunció segundos antes de que sus ojos cayeran por el peso de la gravedad. La sonrisa de felicidad de la mujer quedó fija en su rostro, como una extraña mueca del destino—. Siempre te he querido —apostilló él, a pesar de que ya nadie le oía.





*“El destino es el que  
baraja las cartas,  
pero nosotros somos los  
que jugamos.”*

*William Shakespeare*





# CAPÍTULO 1

La música de Bessie Smith sonaba a todo trapo en el gramófono que sus padres tenían en el dormitorio. Lilly se encontraba estudiando para los exámenes finales cuando la lánguida voz de la cantante entró por sus oídos y bloqueó el resto de sus sentidos. Respetaba la devoción de sus padres por *los felices años 20* e incluso pasaba por alto algunas de sus excentricidades, pero que su cuarto estuviera al lado del de sus padres no hacía aquel día las cosas especialmente fáciles.

—Mamáááá..., ¿quieres hacer el favor de bajar el volumen? Estoy

estudiando –gritó Lilly, esperando que Margaret la escuchara y se apiadara de ella. Sin embargo, su madre no hizo más que ponerse a cantar mientras ordenaba la habitación y pasaba el polvo por los muebles.

La joven voceó de nuevo y, esta vez, el ruido de unos pasos acercándose se oyó por la diminuta casa. La puerta al dormitorio de Lilly se abrió y la cabeza de Margaret asomó por el hueco de esta.

–¿Querías algo, cariño? –preguntó con una gran sonrisa en su rostro.

Contemplando la alegría que invadía a su madre, Lilly decidió dejar de lado sus quejas y estudiar en otro lado.

–Solo quería saber si necesitabas algo, voy a salir un rato –se ofreció, queriendo cambiar de tema.

–No es necesario, pero gracias Lilly –agradeció la buena señora antes de dejarla a solas con sus pensamientos.

–Esta mujer no tiene remedio. Parece vivir en un mundo constante de fantasía –pensó la joven mientras recogía los apuntes para irse a la biblioteca.

Edgewater Park estaba a tan solo cinco minutos de casa y le ofrecía un remanso de paz en comparación con el lugar donde vivía. Un bloque de pisos diminutos, cuyas finas paredes ponían al descubierto las alegrías y penas de los

vecinos. Un espacio de poco menos de cincuenta metros cuadrados donde se repartían a duras penas dos dormitorios, un baño y una cocina americana. La gran desventaja era que sus estanterías se mostraban tristemente vacías por la ausencia de presupuestos en libros. Los pocos ejemplares que había, pertenecían a donaciones anónimas o colectas que algún grupo vecinal había realizado.

El barrio en el que Lilly vivía, el Bronx, era considerado el más conflictivo y peligroso de todos en Nueva York. Ella misma había terminado aceptando su suerte y adquiriendo un férreo carácter que le había hecho librarse de más de un

embrollo.

Cruzó el ecléctico salón, compuesto por muebles de diferentes épocas que su madre había sabido combinar de forma exquisita. Un par de carteles de películas en blanco y negro adornaban las paredes del mismo, mientras que el diminuto pasillo mostraba un *collage* con fotos de la familia. Le gustaba contemplarlas, sobre todo en los días difíciles. Siempre que las observaba sentía una oleada de cariño por los tiernos recuerdos del ayer.

Se detuvo un momento ante una pequeña fotografía de los tres. Era de hace ya unos cuantos años, en una fiesta de disfraces cuando era muy pequeña.



En ella, su padre y su madre estaban caracterizados, como no, y ella pugnaba por no salir en la imagen con esa facha que le habían puesto. No lo consiguió. Recordaba el sonido de la cámara al rebobinar tras esa última foto y cómo había pensado aliviada que quizá con un poco de suerte, como solía pasar con la fotografía número veinticuatro, saliera cortada y nadie la vería nunca con esa peluca. Sonrió ante su inocencia.

En ese momento se dio cuenta de que había olvidado la cartera. En realidad, no la hacía ninguna falta porque no iba a pedir ningún libro de la biblioteca, pero le gustaba llevarla por si acaso. Uno de los escasos consejos

que su padre le había dado era que siempre fuera identificada y llevara dinero encima. Nunca se sabía cuándo se podía necesitar cualquiera de las dos cosas.

Volvió a su dormitorio y vio cómo su madre desempolvaba uno de los tantos disfraces de actrices de cine mudo que coleccionaba. Se acercaba Carnaval y sabía, sin ninguna duda, que su madre utilizaría uno de aquellos. Su padre la acompañaría en la temática. Otros coleccionaban monedas antiguas o sellos, sus padres sentían una profunda predilección por todo lo que tuviera que ver con aquella época. En su biblioteca particular, no faltaban películas de Mary

Pickford, Louise Brooks, Rodolfo Valentino, Clara Bow o Douglas Fairbanks. Eran los fundadores de la Asociación para la Preservación y Difusión de Clásicos de los Años 20 y organizaban de vez en cuando ciclos de conferencias y proyecciones sobre el tema. Lilly no creía que pudiera haber tanta gente interesada pero más de medio millón de suscriptores en todo el mundo confirmaban que sí era posible.

Tal era el fanatismo de sus padres por *los felices años 20* que trataron de inculcarle desde bien pequeña aquella misma pasión. La bautizaron con el nombre de una actriz de cine, Lillian Gish, cuyo tierno rostro y carismática

personalidad había conquistado a varias generaciones, décadas atrás. En Carnaval la disfrazaron como ella, aprovechando el parecido entre ambas, y terminaron por llevarla consigo a cualquier proyección a la que asistían.

Nada de aquello consiguió que la muchacha encabezara las listas de adeptos por el pasado.

Lilly se mostraba muy a gusto en el mundo que la había tocado vivir, el mundo moderno en el que todo estaba al alcance de la mano y no había necesidad de esperar a que fuera creado. Disfrutaba asistiendo a conciertos al aire libre en el Pelham Bay Park, saliendo con sus amigas y leyendo

cualquier libro que caía en sus manos.

Ella, al igual que el resto de chicas de su edad, huía ante las conversaciones adultas que recordaban tiempos mejores. Las llamaban «cuentos de viejos» y se reían de ellos como si hablaran de naderías. Lo que Lilly nunca llegó a imaginar es que la experiencia cambiaría su percepción de las cosas.



Un par de días después, llegó la trágica noticia. La tía de su madre había fallecido. Agatha Stern no había tenido hijos propios. Había sentido una gran predilección por Maggie, la madre de

Lilly, y ella siempre había sido su sobrina favorita, así que en su testamento le legó todo su dinero y sus viviendas, que no eran pocas: una en la ciudad y otra más en el campo.

Tras la muerte de la anciana, el banco se había puesto en contacto con el matrimonio para explicarles que ya no necesitaban de intermediarios si querían disponer del dinero y propiedades heredadas.

Maggie no tardó en descubrir que su tía había creado un fideicomiso por el cual debía haber estado percibiendo dinero desde hacía años. Sin embargo, la persona encargada de los trámites había desaparecido llevándose parte de

ello.

Como era natural, Frank y Margaret decidieron trasladarse de su pequeño apartamento de dos habitaciones en el Bronx, un barrio pobre de Nueva York, hasta la monumental mansión de ocho dormitorios y seis cuartos de baño, en el distrito de Long Island.

El lujo de la casa era perceptible a cada paso. El espacio favorito de Lilly era la acogedora biblioteca, un espacio aislado del resto de la casa. Era tan bonita y singular que la mirada no se detenía en un punto concreto. A un lado, una estantería llena de ejemplares ocupaba una pared entera. En el centro, una regia mesa hacía las veces de

escritorio donde atender pequeños negocios. Se deleitaba admirando los elementos de papelería fina y las plumas y tinteros antiguos, pulcramente ordenados en la mitad de su superficie. Los cajones que se distribuían simétricamente a cada lado de la estructura escondían tesoros inimaginables que estaba dispuesta a descubrir poco a poco.

En la pared contraria, un pequeño rincón de lectura con un par de cómodos sofás de piel y una mesita auxiliar con lámpara incorporada remataban el conjunto. Estaba revestido por completo con paneles de maderas nobles, dándole un aspecto más masculino.



Los dormitorios, con ventanas a la parte frontal de la casa, mostraban camas de dosel que presidían toda la estancia y cuyos cortinajes, colgando por cada una de sus cuatro esquinas, les conferían cierto aire palatino. Dos cómodas custodiaban los lados del tálamo, y había espejos rectangulares, redondos y curvilíneos con filigranas y otros detalles vegetales en su contorno. Las paredes estaban empapeladas con motivos florales, geométricos e incluso zoomorfos y lámparas de cristal multicolor o con armazón de hierro y ónice que no dejaban ningún rincón por alumbrar.

Las estancias comunes eran

espaciosas y ampliamente iluminadas por sus anchos ventanales, en la parte trasera, que hacían las veces de puerta exterior al balcón. Blancos, dorados y cremas se entremezclaban de forma elegante en paredes y mobiliario.

La familia Gilmore había optado por mantener cerrado el ala este e instalarse en el oeste, compuesto por cuatro dormitorios separados por baños comunes.

El dormitorio de Lilly era el más pequeño de los cuatro. La muchacha lo había adaptado a su gusto, guardando la mayoría de muebles en el desván, trayendo los suyos propios y comprando alguna otra novedad. Lo primero que

destacaba nada más entrar era un espejo de pie, de color marfil, cuyo interior escondía distintos compartimentos para guardar de forma ordenada todos sus accesorios de bisutería.

Un enorme mueble ocupaba una de las paredes. Del mismo color que el espejo, poseía una estructura de cubos, que separaba el lugar de las perchas del de las baldas y los cajones. Como si de una exposición se tratara, exhibía, sin puertas, la ropa y zapatos que la joven poseía, así como una televisión que encajaba perfectamente en el hueco central.

Junto al armario, había un sillón, que era utilizado por alguna de sus

amigas cuando iban a casa a estudiar juntas. Al otro lado, un escritorio y una silla donde solía pasar horas y horas haciendo los deberes, curioseando por internet y escribiendo pequeñas historias que compartía con sus amigas.

Los padres de Lilly habían decidido conservar el resto de las habitaciones con la decoración original de la casa.

Una vez que terminaron de establecerse, realizaron una fiesta de inauguración donde invitaron a sus amigos más íntimos y a algunos vecinos, para conocerlos e integrarse en el vecindario. A Lilly no le costó gran esfuerzo adaptarse al nuevo instituto, con mejores aulas, mayor número de

profesores y sus innumerables actividades extra escolares. Seguía habiendo distinciones entre los alumnos, al igual que en su viejo centro, pero no tardó en integrarse y hacer amistades.

Lilly era aparentemente feliz en su burbuja, pero aun así no podía evitar sentirse nostálgica. Se preguntaba si no se estaría perdiendo algo de la vida en ese preciso instante. Notaba que le faltaba algo.



## CAPÍTULO 2

Lilly había sacado una película de la biblioteca. Aquella tarde quería estar sola, para variar. Necesitaba una tarde para sí misma. Se sentía bloqueada, por lo que la idea de escribir la había relegado para otro día. Sus padres se estaban arreglando para salir con unos amigos por lo que una sesión de cine era la mejor opción.

Lilly dejó la funda de la película en una de las baldas del mueble, introdujo con cuidado el disco en el lector de DVD y se fue a la cama, dispuesta a tumbarse boca abajo para poder verla. Con un brazo apoyado sobre un cojín y

el otro pulsando el *play*, comenzó a ver los créditos iniciales de la película. Poco después, apareció la mítica cuenta regresiva con dos líneas dividiendo la pantalla en cuatro y un círculo rodeando el número.

En el momento en que se dio cuenta de que el responsable de la biblioteca se había equivocado de DVD y le había entregado una película de cine mudo titulada *Lirios Rotos*, comenzó a oír ruidos extraños fuera de su dormitorio. ¡Qué extraño! Sus padres no eran de los que armaban bullicio, por lo que decidió salir y descubrir el origen de aquellos sonidos.

Abrió con lentitud la puerta para



encontrarse con el pasillo revuelto. Los muebles habían sido movidos y los objetos se encontraban fuera de su sitio, como si alguien hubiera entrado a robar.

El pecho de Lilly se encogió de miedo. Retrocedió buscando algo que le sirviera como improvisada arma defensiva. Entró a su habitación y desconectó la lámpara de la mesilla de noche.

Siguió sus pasos hacia el dormitorio de sus padres, la última puerta al fondo del corredor, desde donde se oía un murmullo de voces. Se colocó a un lado de la entrada y con la lámpara en alto, caminó silenciosamente hacia el interior, esperando sorprender a

alguien. Sin embargo, fue ella la sorprendida. Su padre yacía en el suelo junto a un pequeño reguero de sangre mientras que su madre forcejeaba con un hombre enmascarado, intentando hacerse con el arma del delito.

Lilly no tuvo tiempo de llamar a su madre, un fuerte golpe en la nuca hizo que perdiera la conciencia y cayera en un profundo sueño.



Pasaron unos minutos antes de que Lilly recuperara la consciencia. Cuando abrió sus ojos, las imágenes le llegaron borrosas. No fue hasta un rato después,

que su percepción se volvió más nítida. En ese mismo momento, se dio cuenta de que estaba en una pequeña sala de cine visionando la misma película que había dejado reproduciendo en su dormitorio, antes de que descubriera el intento de robo y a sus padres reducidos por la fuerza. Antes de que ella misma se viera golpeada a traición.

¿Estaría soñando ahora o todo aquello había sido un mal recuerdo, una pesadilla? No recordaba haber ido a un cine y el ataque en casa se había sentido tan real, tan brutal. De todos modos, no se iba a quedar allí a comprobarlo. Observó a su alrededor antes de dar un paso en falso.

Se encontraba en la última fila, arrebujaada sin que nadie se hubiera fijado en ella. Alzó un tanto la mirada y se dio cuenta de que solo la primera fila estaba ocupada por gente. No habría más de media docena de personas. La actriz Lillian Gish, leyenda, icono e inspiración en su tiempo, había pasado a la historia así como sus películas y el esplendor que una vez las rodeó.

Estaba dispuesta a levantarse para huir de allí y regresar a casa cuando la proyección se detuvo y las luces se encendieron. Ahora podía ver con toda claridad que se trataba de hombres de negocios, con sus impecables trajes y gabardinas. Solo una delicada figura

destacaba sobre el resto. Sus cabellos permanecían recogidos en un sombrero de cloche, del que sobresalían algunas ondas a los lados. Llevaba un colorido y corto vestido, tallado en la cintura, que por sus formas geométricas recordaba a la obra de Picasso. De su cuello colgaba un largo pañuelo negro, anudado en el escote y cuyos extremos caían de forma elegante sobre su atuendo. Sus pies calzaban unos lustrosos zapatos de cuero con punta redonda y tacón puntiagudo.

La forma de vestir de aquella mujer le recordaba mucho a la moda de los años 20. Lilly pensó que debía tratarse de alguna fiesta de disfraces, porque los caballeros vestían de forma similar.

Estos se giraron y pudo contemplarlos mejor. Tres de ellos vestían con un look casual, sin dejar de lado las formalidades, mientras que el cuarto, más clásico, mostraba un traje de tres piezas, formado por camisa, chaleco y pantalón. El chaleco no tenía cuello y se fijaba al cuerpo llegando más allá del pecho. Por su parte, los bajos del pantalón se revelaban doblados, enseñando la parte superior de sus botines.

Lilly comenzaba a cansarse de aquella posición y dudaba de que pudiera pasar desapercibida por mucho más tiempo. Rezó para que se marcharan de allí pronto porque lo último que

necesitaba era meterse en algún lío.

Las voces del grupo le sacaron de sus pensamientos.

–Bienvenida a la Heaven, señorita Gish. Espero que cosechemos muchos éxitos juntos –fueron las palabras del corpulento señor, con traje de tres piezas, cabello peinado hacia atrás y gafas de pasta. No era otro que Donald Calhoun, el presidente del mítico imperio cinematográfico y fundador del mismo. A pesar de que Lilly odiara todo lo relacionado con los años 20, no había podido evitar aprender unas cuantas cosas viviendo bajo el mismo techo con unos maniáticos como sus padres.

–Gracias, señor Calhoun –contestó

escuetamente la mujer.

Durante años, Lillian Gish había tenido mucho éxito y había rodado numerosas cintas. Después, con su fama, había preferido seleccionar las películas en las que aparecería. Sabía que constantemente surgían nuevas caras sustituyendo a las viejas, por lo que debía aprovechar aquella ocasión.

Lilly creyó estar soñando. Si aquello era cierto, había viajado en el tiempo hasta 1926, un momento crucial en la vida de Lillian Leslie Fadden, uno que le traería muchas alegrías como actriz y directora, algo muy inusual en la época.

Lilly se pellizcó y tragó un aullido



de dolor. Aquello no podía estar pasando de verdad. Sin embargo, ¡se sentía tan real!

El destino parecía haberle jugado una mala pasada. Sus padres estaban a punto de morir mientras ella permanecía inconsciente, sumida en un profundo sueño. Recordaba cómo había ido a socorrerles. El cuerpo tendido de su padre y su madre forcejeando con su atacante eran los últimos recuerdos vivos en su mente. Un fuerte dolor había inundado entonces su cabeza. ¿Aquello era un sueño o había viajado de verdad al pasado? Lo único que en realidad sabía era que debía regresar a su tiempo fuera como fuera.



## CAPÍTULO 3

Lilly observaba la escena con todo lujo de detalles mientras su cuerpo se escurría lentamente fuera del asiento. Los primeros pasos ascendentes de uno de los hombres coincidieron con la caída al suelo de ella, por lo que el ruido de uno amortiguó el otro. Absortos en su conversación, directivos y estrella salieron de la sala, a escasos metros de Lilly, sin prestar atención al oscuro bulto que se escondía entre las butacas.

El golpe de la puerta al cerrarse le indicó a la chica que estaba fuera de peligro, pero también lejos de volver a ver a su homónima tan cerca. Siempre

había tenido curiosidad por la actriz, puesto que llevaba su nombre en su honor.

Se dejó caer sobre la silla, cansada y decepcionada por no tener el suficiente arrojo en el momento adecuado. Aquel era uno de sus mayores problemas. Siempre ocultaba para sí muchas de las cosas que sentía en lugar de hacerles frente.

Absorta como estaba en sus pensamientos, Lilly no escuchó la puerta abriéndose de nuevo. La mano que sostenía el picaporte no era otra que la de Thomas Kinney, un chico de catorce años, que mostraba una mente inquieta y avispada. Su oficio era ser chico de los

recados. Podía comprar el periódico, como enviar un mensaje a alguien o asegurarse de que las salas estuvieran limpias y ordenadas para la siguiente proyección, lo que estaba haciendo en ese momento.

El corazón de la chica a punto estuvo de salirse de su pecho cuando Tom soltó la puerta tras de él y esta se cerró de golpe. En aquel mismo momento, ambos se miraron a los ojos de forma interrogante. Se preguntaban quién demonios era el otro y cómo debían reaccionar.

Tom bajó los peldaños uno a uno, tan rápido como sus largas y raquíticas piernas le permitían. Lilly, a pesar de

superarle en edad, se sentía tan avergonzada que se encogió dentro de la butaca, esperando el veredicto de aquel pequeño verdugo.

—Señorita, sabe que no debe estar aquí —inició el mozalbete a modo de sermón, después de observarle durante un buen rato.

—No es lo que parece, pero tampoco me creerías —contestó sabiendo que aquella historia sonaría demasiado absurda en los labios de cualquiera.

—He oído muchas excusas, pero todavía no escuché ninguna que me convenciera de veras. Inténtelo o, si no, tendré que avisar al acomodador y él llamará a la policía amenazó a Lilly con

una sonrisa burlona en su inocente semblante.

La joven no podía creer cómo era posible tanta maldad en un niño.

—Es una larga historia —dijo algo molesta mientras volvía a ponerse recta en el asiento.

—Tengo tiempo —anunció Tom, observando cada uno de los rasgos de la chica que delataban una belleza natural, nada rebuscada a la de las *flappers* de entonces.

Sus largos cabellos se fundían con sus ojos en un mismo tono azabache y sus finos labios no podían evitar un mohín cuando estaba nerviosa, algo en lo que el chico reparó.

Ni Lilly tuvo tiempo de explicarse, ni Tom de acariciarle la mejilla como era su intención. Su mano quedó en el aire interrumpida en el mismo momento en que la puerta se abría una tercera vez y por ella aparecía el señor Haynes, empleado del teatro.

En cuanto el muchacho lo vio allí plantado soltó un exabrupto y maldijo su suerte. Tom había conseguido el trabajo por ser el sobrino de Harold, pero la relación entre ambos no era precisamente buena. Las reiteradas trastadas de él y que su padre ya no viviera, le habían hecho replantearse a Harold, aquella misma semana, librarse de él de una vez.



—¿Qué tenemos aquí? Tom, ¿quién es esta chica? ¿Alguna amiguita a la que pretendías colar en el cine? Esta es la última vez que admito tus travesuras. Eres lo suficiente mayor para arreglártelas por ti mismo. No vuelvas más por aquí y, cuando vaya a casa, quiero que tú y tus cosas hayáis desaparecido para siempre. Creo que ya he cumplido con creces la última voluntad de tu padre.

El hombre se mostraba ofendido y disgustado, aunque mostrando cierta ligereza de peso. Salió de allí sin dirigirle una sola palabra de despedida a su sobrino y dejando a Lilly boquiabierta.

—¡Vaya! No ha tardado mucho — exclamó impávido el chico.

—Perdóname. Ha sido culpa mía. Si no te hubieran encontrado aquí conmigo... —Las palabras de Lilly se ahogaron en su garganta, pues ni ella misma sabía muy bien cómo, ni por qué había ido a parar allí. Se sentía responsable de unas circunstancias totalmente ajenas a ella.

—No habría cambiado nada. Hace dos noches le oí hablar con mi tía y supe que esto pasaría. Ella está embarazada y necesitan más espacio en casa. El sueldo apenas les llega para comer. No le culpo —confesó resignado ante su sino.

Lilly se preguntó qué harían dos

tristes almas como las suyas. Ella anclada en un extraño sueño, puesto que no podía ser otra cosa y Tom viviendo en la calle como otro chico más. Siguió los pasos del muchacho escaleras abajo, hasta el fondo de la sala, junto a la pantalla. Una vez allí, giró a la izquierda y empujó la puerta de emergencia que llevaba al exterior.

La salida daba a un mal iluminado callejón sin salida. Al otro lado, las bocinas de los coches se mezclaban con el griterío de la gente y la música de jazz que salía de algún garito cercano.

Cuando llegaron a la calle principal, Lilly comenzó a llorar de forma desconsolada. No entendía toda

aquella irrealidad. Necesitaba despertar, asegurarse de que el asaltante se había marchado de su casa y llamar a Urgencias. Rezaba por llegar a tiempo de salvar a sus padres.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras? —preguntó Tom asustado por la repentina reacción de la muchacha.

—Es una larga historia —dijo entre sollozos.

—Si no quieres contármela... —se quejó el pequeño, que era casi tan alto como ella.

—No lo entenderías. Ni siquiera yo puedo —expresó confusa.

Tom la abrazó y ella se dejó consolar, empapando con sus lágrimas

su ropa.

Pasados unos minutos, Lilly se apartó de él, se secó la cara con el dorso de la mano y miró a su alrededor.

La vestimenta de la gente y los altos edificios en construcción confirmaron que se encontraba en otra época y otra ciudad muy distintas de la suya. Se dio la vuelta y comprobó con asomo las enormes luces de neón que anunciaban la película que se proyectaba dentro del gran teatro Nickelodeon.

Entonces, con más tiempo para hablar y observar mejor, Tom se quedó mirando de arriba abajo a la desconocida. Lilly no llevaba más ropa que un camisón y una bata, una

indumentaria que llamaba la atención sobremanera. Por si eso fuera poco, estaba descalza.

—Sé dónde podemos conseguir ropa y unos zapatos para ti —le dijo, señalando sus desnudos pies.

En ese momento, una señora salía de forma nerviosa del teatro y gritaba un nombre familiar. Corría hacia ellos. El cuerpo de Lilly sintió un fuerte hormigueo, como si hubiera reconocido a la mujer. Advirtiendo el aparente nerviosismo de ella, Tom la tomó de la mano y tiró de ella calle abajo.



## CAPÍTULO 4

Tom había arrastrado a Lilly hasta la casa de una vieja amiga, Betty Baker. Sin preguntas de ningún tipo y una gran sonrisa en su rostro, Betty la cedió uno de sus vestidos y la enseñó varios pares de zapatos, siendo como era propietaria de una zapatería en el barrio de Harlem.

Después de varios minutos de agradecimientos y promesas de volver a visitarla, los dos chicos siguieron su recorrido por las abarrotadas calles de la ciudad.

—Deja de preocuparte. Betty me debía un favor —explicó para que Lilly dejara de angustiarse—. Ahora que



estamos solos. ¿Vas a decirme quién era aquella mujer y por qué te pusiste a temblar cuando la viste? —quiso saber Tom, cambiando de tema.

Lilly se mordió el labio. No estaba totalmente segura.

—Si te dijera la verdad, no me creerías. No la conozco, pero algo me llevó a huir de ella —contestó, midiendo sus palabras.

—Hay algo que no me estás diciendo —interrogó el chico. Sabía demasiado bien cuando alguien le ocultaba algo.

—Aquella señora me resultaba inquietantemente familiar —contestó, apoyando las manos en sus sienes, forzando a su mente a recordar—, pero no

soy capaz de acordarme.

—Tranquila, más tarde o más temprano lo recordarás —le animó Tom, reconociendo en ella síntomas de desorientación.

Lilly negó con la cabeza, tenía que volver a su época cuanto antes.

—¡Vamos! Estás bloqueada y... ¡Nada desbloquea mejor que una buena fiesta! Si sigues dando vueltas a lo que sea que tienes en la cabeza vas a volverte loca —aseguró convencido Tom.

Lilly lo pensó durante unos instantes y asintió con una débil sonrisa. Después de todo, no podría hacer nada hasta que su cerebro le mostrara la puerta de salida de aquel sueño. Visitaría su

barrio en aquella época y averiguaría si había alguna conexión entre ambas épocas. No entendía cómo su mente la había llevado a aquel tiempo cuando no sentía más que repulsión por todo lo relacionado con *los felices años 20*. ¡Lo que hubieran dado sus padres por disfrutar de esta oportunidad que solo a ella se le había concedido!



El Cotton Club, visto desde lejos, parecía una enorme valla publicitaria por los numerosos neones que cubrían su fachada. Era el club nocturno por

excelencia en el que actuaban las principales novedades musicales. Personajes de la talla de Duke Ellington o Guy Lombardo, entre otros, desfilaban por aquel mítico escenario. Aquella noche lo hacía Bessie Smith junto a la orquesta de Fletcher Henderson.

Mientras recorrían los pocos metros que les separaban del edificio, Tom se encargó de ponerle al tanto de quienes eran sus dueños: el campeón de los pesos pesados, Jack Johnson y el contrabandista y gánster, Owney Madden. También le contó que el garito había sufrido varias redadas por parte de la policía y había cerrado brevemente aquel mismo año. Sin

embargo, aquello había quedado a un lado gracias a los fajos de billetes que soltaban sus dueños y al afamado público que asistía allí los domingos, incluido el alcalde, Jimmy Walker.

Vieron aparcado a la entrada un precioso y reluciente Rolls–Royce plateado. Bautizado como *Silver Ghost*, por lo silencioso de su motor. Se trataba del último modelo de fábrica, que estaba estacionado junto a un par de Lincolns, Chryslers biplaza y algún que otro Cadillac.

No fue difícil para los dos acceder al local. Aunque el Cotton Club estaba a rebosar de público, el grandullón que se encargaba de la puerta conocía a Tom de

vista y se apiadó de él al ver a la joven que le acompañaba. Le guiñó un ojo al muchacho y les abrió paso hasta el interior.

Los primeros compases de *Down Hearted Blues* sonaban desde la entrada.

Cuando se unieron a la muchedumbre congregada en la sala principal, distinguieron un enorme escenario al fondo, donde media docena de hombres negros con esmoquin acariciaban sus instrumentos con auténtica maestría. Junto a ellos, una mujer alta y rolliza destacaba por su voz tormentosa mientras cantaba que «es difícil amar a alguien, cuando ese

alguien no te ama ».

El corazón de Lilly se debatía ante la incertidumbre del destino de sus padres. Un pequeño pinchazo en el pecho alertó a la joven de que debía contener su agitación si no quería enturbiar su salud. Tantas emociones en un solo día no eran aconsejables. Lilly se llevó, de forma inconsciente, la mano al foco del dolor y Tom se percató de que algo iba mal. Buscaron un hueco donde sentarse, algo que parecía imposible por la alta ocupación del local, pero sin embargo, tuvieron suerte y encontraron una mesita algo apartada del resto.

Descubrieron con rapidez por qué

había sido desechada por todos: una gruesa columna ocultaba parcialmente la vista del escenario.

Tom no dudó en mover las sillas unos centímetros logrando así mejorar la panorámica.

Lilly no había podido evitar, desde el primer momento, seguir el ritmo con las puntas de sus pies, a diferencia de su nuevo amigo, quien no paraba de mover el tronco superior con una sonrisa en los labios.

Entre otros, distinguieron a escritores como Scott Fitzgerald, actores como Rodolfo Valentino y Carole Lombard y cantantes y músicos como el matrimonio Hardin–Armstrong.



En el piso superior, dos hombres se encontraban sentados a una mesa y rodeados por dos beldades a las que multiplicaban la edad. El primero vestía un traje de lino azul celeste de tres piezas, corbata azul oscura, además de un sombrero de panamá y unos zapatos bicolor. Era el prototipo de *dandy* de la época. El segundo había optado por un estilo más tradicional, con un simple traje de tweed.

Sus acompañantes brillaban gracias a los collares y pulseras de Tiffany's que vestían con tanto glamour, así como los zapatos en los que Lilly no había podido evitar fijarse, hechos de brocado y satén, con tirantes delgados que se

doblaban para sujetar los zapatos durante el baile. Las cubiertas mostraban adornos tan variados como botones, esmalte, diamantes, oro y plata.

Por su vestimenta y la docena de hombres que, de pie, rodeaban a las dos parejas, Lilly supo en el momento que eran gánsteres.

Tom vio donde se dirigía la mirada de su amiga y le explicó que aquellos dos mafiosos controlaban parte de Nueva York.

El primero no era otro que Ciro Angelo, mientras que el que vestía de forma más clásica era Gino Mancini.

Tom le aconsejó que no les mirara de forma tan fija. A ninguno de ellos les

gustaba que se entrometieran en sus asuntos. Cualquier posible interés que demostrara en ellos podía llegar a costarle la vida.

Tom tragó saliva. Aún recordaba la sonada desaparición de un muchacho: Fred Finley. Había comenzado a trabajar desde pequeño para Mancini, pero un mal momento y un mal lugar le llevaron a formar parte de los cimientos de uno de los tantos edificios que se estaban construyendo en Manhattan.

Tom sabía cosas de mucha gente, pero no era de ese tipo de personas que se vanagloriaba de conocer secretos ajenos. Sabía que aquello solamente le traería problemas. Se consideraba un

chico inteligente y su mejor baza hasta ese momento había sido hacerse el tonto. Aquello le había salvado más de una vez.

Lilly hizo caso a Tom y apartó la vista de la planta superior. Se centró de nuevo en el escenario.

Bessie se había tomado un descanso y la orquesta comenzaba a tocar *Rhapsody in Blue*, una obra que en poco tiempo se había encumbrado y convertido en indispensable en el repertorio de cualquier buena banda de jazz.

La curiosidad hizo que alzara la vista una última vez. El destino o la simple casualidad hicieron que cruzara

su mirada con uno de los hombres que permanecía reunido con los mafiosos. Su rostro, cubierto por una gran nube de humo, ofrecía una sonrisa maliciosa y un guiño que, indudablemente, iban dirigidos a Lilly. Mostraba una pose de superioridad, que no le restaba cierto atractivo. El corazón de la joven seguía agitado, aunque los motivos ahora eran bien distintos.



*“Quien se eleva  
demasiado cerca del sol  
con alas de oro, las  
funde.”*

*William Shakespeare*







## CAPÍTULO 5

Una camarera se acercó en aquel momento a Lilly y puso dos servilletas, un vaso con hielo sobre cada una y, por último, dos botellines alargados, donde la marca Coca-Cola destacaba en relieve sobre el cristal.

—Yo no he pedido nada —fue la respuesta sorprendida de la chica.

—Va por cuenta del caballero —respondió la camarera, señalando al elegante joven que había observado Lilly minutos antes.

Lilly alzó, de nuevo, la vista a la planta superior. El hombre seguía observándole fijamente. Ella se decidió

a levantar el vaso en forma de agradecimiento. Él le respondió bajando el ala de su sombrero a modo de saludo.

La camarera que se había alejado con la bandeja en la mano, dejó en la mesa una tarjeta de visita. Tom la cogió y se la tendió a Lilly.

—Es para ti —se la acercó algo molesto.

Lilly dejó de lado su ensimismamiento por aquel guapo y elegante joven e hizo caso a Tom. Tomó la tarjeta y leyó lo que seguía:

*Ciro Angelo. Hotel Algonquin.  
Intersección de la 44 con la 59  
Oeste. Nueva York*

Más abajo, figuraba un número de teléfono.

Giró el membrete y vio garabateado con estilográfica una sugerente invitación:

*Estaré en el Kentucky Club a  
medianoche.*

Lilly aprovechó una distracción del hombre para salir del local. Tom le había informado de quién era Ciro y de la gente con la que solía rodearse. Era un joven rebelde que se desligaba de las tradiciones de la mafia y trataba de hacerse camino entre los grandes

hombres de la ciudad. Con solo veintiocho años, controlaba el negocio del juego, importaba alcohol desde Canadá y manejaba un negocio de prostitución en Manhattan. Aquello fue suficiente para que Lilly apartara definitivamente de sus pensamientos a aquel joven misterioso. Si se encontraba reunido con aquel individuo, estaba claro de qué tipo de hombre se trataba.

Paseando por las oscuras y peligrosas calles de Harlem, Tom le preguntó a Lilly si tenía dónde quedarse. Ella le confesó avergonzada que no. Mintió piadosamente, diciéndole que había huido de casa y no tenía dónde ir.

Tom la calmó. La llevaría a la

organización benéfica de la ciudad, donde la Iglesia Católica se encargaba de dar de comer a los hambrientos y proporcionar cobijo a los sin hogar.

—¿Cómo conoces este sitio? — preguntó interesada.

—Muchas noches mi tío Harold venía borracho a casa y se desahogaba pegándome. Los días que podía escapar, acudía aquí en busca de ayuda. Dejé de venir cuando vi cómo intentaban lavarme el cerebro con sus ideas — explicó el muchacho, sin darle demasiada importancia al hecho de que fuera maltratado. Entonces, cambió rápidamente de tema—. ¿Qué hacías esta tarde en el cine?

–Pude ver de lejos a Lillian Gish...

–comenzó a hablar–. Mis padres dicen que me parezco mucho a ella. –Recordó con nostalgia a sus progenitores, rezando porque estuvieran bien.

–O sea que... ¿Tú qué edad tienes?

–preguntó un tanto insolente Tom.

–Diecisiete –contestó coincidiendo con el cálculo aproximado que el chico había hecho en su cabeza.

Ella no era fan de la actriz, ni mucho menos quería convertirse en actriz. Pero no había mejor forma de salir de aquel atolladero y decidió seguir con el malentendido.

–Y, ¿cuántas películas has hecho? –continuó con el interrogatorio.

—Ninguna —siguió ella, con cierta alegría—, pero protagonicé una obra de teatro cuando era pequeña.

—Lo siento Lilly, eso no vale nada aquí. Necesitas un cazatalentos que se fije en ti y mucha suerte para progresar en este mundillo —le expuso sin ambages.

—De todos modos, quiero conocer a Lillian Gish. No pude verla más que a unos metros de distancia y de perfil —comentó resignada. Conseguir un autógrafo o incluso una fotografía con ella sería un bonito regalo para sus padres, si es que todavía seguían vivos.

—Bien, es hora de despedirse —anunció Tom, parándose a unos metros

de la puerta de la organización benéfica—. No digas tu verdadero nombre, te ahorrará muchos problemas. Créeme —le aconsejó antes de despedirse.

—Y tú, ¿dónde vas a dormir esta noche? —quiso saber ella inquieta por ser la responsable de que le echaran.

—No te preocupes. Soy un chico con recursos —replicó con sorna, queriendo zanzar así el tema.

Lilly no se quedó muy convencida, pero aceptó su respuesta. Se agachó para darle un pequeño abrazo en agradecimiento por la ayuda que le había ofrecido como guía por la ciudad.

Se giró y comenzó a caminar hacia



el interior del edificio. Un silbido llamó la atención de la joven.

—Escuché en el club que Gish estará en Nueva York un par de semanas para rodar algunas escenas de su nueva película —gritó Tom, siempre dispuesto a ayudar.

Ella se había detenido en el umbral de la puerta ante su llamada. Agradeció la información y agitó la mano hacia el muchacho antes de desaparecer por el pasillo. Minutos después, su mente volvía ineludiblemente a aquel hombre, alto e imponente del club. Aquel rufián había dejado una honda impresión en ella.



## CAPÍTULO 6

A pesar de lo brevemente que Tom le había descrito las instalaciones y las funciones de la Iglesia en la beneficencia, Lilly no había esperado encontrarse con un lugar de aspecto tan desolador. Nada más entrar, se encontró con un hall pintado de verde descascarillado, sin cuadros que decoraran las paredes o aportaran algo de alegría al edificio, se mostraba desnudo con un sencillo mostrador y unas sillas como únicos muebles. A un lado del corredor, a mano izquierda, se ubicaba la cocina, donde dos pequeños fogones y cuatro cazuelas

proporcionaban comida a medio centenar de huérfanos y desvalidos. Las mesas y sillas se almacenaban unas al lado de otras sin orden ni concierto, dando apariencia más de escuela de barrios bajos que de comedor social. En la misma ala, una sala de poco más de sesenta metros cuadrados albergaba literas para que los niños durmieran. Al lado, dos lavabos y cuatro duchas les permitían asearse dos veces por semana: una los domingos, antes de acudir a misa, donde un sacerdote trataba de salvar sus almas corrompidas, y otra a mitad de semana. En verano, las duchas se realizaban hasta cuatro veces por semana debido a las excesivas

temperaturas y para evitar los malos olores dentro del edificio.

A la derecha del corredor se hallaban la capilla donde se realizaban las homilías; la sacristía, donde los sacerdotes enseñaban el Evangelio a los pequeños y trataban de llevarlos por el buen camino; la oficina del párroco mayor, quien se encargaba de la dirección de la Organización Benéfica y, por último, un patio donde los niños podían desfogar toda su energía corriendo y gritando.

Uno de los pocos recuerdos que Tom compartió con Lilly fue el de una mañana de verano donde el olor de los pequeños y el propio calor en la sala

eran tan intensos que el sacerdote se vio obligado a utilizar un botafumeiro con tal cantidad de incienso en su interior que todos los presentes terminaron con sus sentidos abotargados. El propio párroco perdió el hilo de su sermón en tres ocasiones diferentes. Aquel había sido un día extraño para todos y revelador para Tom, quien no volvió a pisar por allí nunca más.

Lilly se acercó al mostrador. Una anciana poco agraciada escondía su cuerpo bajo un enorme hábito negro, del que destacaba su cuello blanco y un enorme crucifijo colgado del cuello. Su gesto adusto se agrió aún más ante la presencia de la joven. Aguantó la

mirada severa de ella contemplándole de arriba abajo hasta que finalmente se decidió a hablar.

–¿Qué quieres, niña? –preguntó de forma un tanto insolente.

Lilly percibió en la voz de la monja su desinterés y desidia hacia ella. Se sintió ciertamente incomodada, pero no tenía más opción que quedarse allí. En las calles no estaba segura, no siendo una chica. No podía ignorar los peligros que acechaban allí fuera.

–Me han echado de casa y no tengo donde ir. Necesitaría una cama y algo que comer. Mañana empezaré a buscar trabajo... –le informó de sus intenciones, de no molestarle en un

futuro.

La monja resopló resignada de su suerte. Sacó de un cajón un formulario y le rogó que lo rellenara.

—Lo siento, pero no sé escribir — aludió ante la mano que le ofrecía una pluma.

Lilly había decidido no dejar ningún rastro que delatara su presencia en el Nueva York en aquella época. Tampoco quería arriesgarse a cambiar el futuro, si es que cabía esa posibilidad.

—Está bien. Dime tus datos y yo lo rellenaré por ti — aceptó la religiosa, sin demasiadas ceremonias.

—Preferiría no decir mi nombre ni donde vivo. No quiero volver a casa.



Espero que lo entienda.

Por desgracia, la monja lo entendía a la perfección. Cientos de casos habían pasado por aquella parroquia. Desde niñas maltratadas y violadas por sus padres, chicas que eran usadas como simple mercancía hasta llegar a aquellas que, embarazadas, eran rechazadas por su novio y sus padres. Todas ellas huyendo ante un futuro incierto. La señora creyó que se encontraba ante este último.

—Bien, pondré Jane Doe —comentó rellenando el formulario con avidez—. Lo haremos de esta manera. Podrás vivir con nosotros hasta que des a luz. Entonces, tendrás dos opciones:

quedarte con el pequeño, algo poco oportuno por tu estado económico o darlo en adopción. Hay muchas buenas familias católicas a las que Dios no les ha concedido el milagro de la maternidad. Al pequeño no le faltará de nada y se criará como un buen cristiano.

Lilly se sonrojó de pies a cabeza. La monja la había tomado por una joven desamparada y sin recursos, en parte así era, pero también por una chica que no tenía reparos a la hora de acostarse con alguien sin calcular los riesgos e incapaz de usar su linda y pequeña cabecita. Sus padres le habían dado una buena y amplia educación en todos los sentidos. Sabían que no importaba la

hora o el lugar del día, ellos no estarían siempre con ella y cuando llegara el momento, Lilly tendría que actuar con prudencia. Por suerte para ellos, ella nunca había conocido a un chico que le hiciera perder la cabeza de aquella manera. Varios chicos habían intentado salir con ella, pero la adolescente conocía la fama de unos y las intenciones de otros, y protegía su corazón ante cualquier posible enemigo.

Las arreboladas mejillas de la joven, unidas a su silencio, hicieron creer a la monja que sus sospechas quedaban confirmadas.

—No te preocupes, todo se hará de forma anónima. Nadie sabrá nunca que

tuviste un hijo –aseguró la señora, queriendo apoyar a Lilly en aquel «duro» trance.

Ella asintió y se dejó guiar ante las explicaciones de la hermana Mary Margaret. Aprendió con rapidez el trazado del edificio y el contenido del mismo. También observó las posibles vías de escape en caso de que algo ocurriera. Tom le había advertido de que una muchacha joven y bonita como ella, no debía estar sola. Y si lo estaba, como era el caso, tenía que ser muy precavida en todo momento.

Lilly recordó una película en la que el protagonista, amnésico, recordaba los detalles más nimios de un banco en el

que apenas había estado cinco minutos. Detalles como el número de guardias de seguridad, el número de ventanas, si había cámaras y cuántos empleados trabajaban allí habían sido memorizados por Matt Damon, dispuesto a asaltar la sede financiera.

Su caso era totalmente diferente. No iba a robar ningún banco, pero su vida corría peligro de igual modo. Pensó también en sus padres, a punto de morir a manos de unos pistoleros sanguinarios si ella no hacía algo para remediarlo. Ni ella misma sabía lo que había ocurrido aquel extraño día. Tal vez, despertaría al día siguiente en su casa y todo quedaría en una extraña pesadilla o volvería a ver

a Tom y tendría que desentrañar aquel misterio de una vez por todas.

Su mente estuvo un buen rato imbuida en malos presagios hasta que finalmente se fue a la cama. En cuanto su cabeza tocó la almohada, Lilly cayó en los brazos de Morfeo.

Cuando sus ojos despertaron a un nuevo día, fue el rumor de voces lo que inundó su cabeza. Cincuenta niños de todas las edades se amontonaban haciendo cola para utilizar los aseos. Los consabidos «Lunes sin carne» y «Miércoles sin trigo», que habían acompañado en tiempo de guerra, seguían manteniéndose dentro de la institución. Las donaciones no eran

suficientes para mantener a todos. Dos monjas se encargaban de preparar en la cocina un succulento desayuno a base de huevos fritos, jugo de naranja congelado y un par de salchichas.

Lilly aprovechó el bullicio para acudir primero a desayunar. Solo una decena de niños permanecían sentados en las mesas, frente a sus bandejas de comida, saboreando con lentitud una comida de la que no disfrutarían nuevamente hasta entrada la tarde. Lilly, a diferencia de ellos, había comenzado a devorar los huevos, hambrienta como estaba. Una vez que había comprobado que era el centro de todas las miradas, ralentizó el ritmo de su boca y trató de

pasar desapercibida, algo de por sí difícil, pues aún llevaba puesta la muda que le había proporcionado la hermana Mary Margaret para dormir.

Se ofreció a ayudar en la cocina, recogiendo platos y fregándolos. Estas monjas, a diferencia de la de la noche anterior, se mostraban más renuentes a que alguno de aquellos diablillos les ayudara. Eran ellas las que estaban allí para proporcionarles comida y cobijo, además de una guía espiritual que les llevara por el buen camino. Sin embargo, la insistencia de Lilly les hizo, al fin, aceptar su ayuda. Media hora después, la cocina cerraba y Lilly colgaba el delantal que había utilizado



para no mancharse.

Despidiéndose de las religiosas, regresó al dormitorio donde se encontraba su ropa. ¡Cuál fue su sorpresa al comprobar que tanto su vestido como sus zapatos habían desaparecido! Lo lamentaba más por el adorable calzado que su amigo Tom le había ayudado a conseguir. Este se sentiría decepcionado de que no hubiera conseguido mantenerlo con ella.

Lilly, resignada a que su buena suerte no podía durar, se dejó caer sobre la cama. Un murmullo la hizo girar la vista a su izquierda. Debajo de uno de los jergones, se encontraba una niña de apenas ocho años, con gesto asustado y

el dedo índice rozando sus labios. Lilly se incorporó lentamente mientras la pequeña extraía de un saco los relucientes zapatos que ella había perdido minutos antes.



## CAPÍTULO 7

El semblante de la joven se iluminó, poniéndose con rapidez los zapatos y bendiciendo a la niña por aquel pequeño milagro. Estaba visto que Tom no había exagerado en sus advertencias. Sin embargo, aunque había recuperado su calzado, no tenía nada que ponerse. Después de asearse, las hermanas le proporcionaron un vestido de entre la ropa que la gente de la aristocracia donaba a la beneficencia. Una pequeña mancha de tinta en la cintura era el único desperfecto. Por lo demás, aquel vestido de gasa azul celeste y con motivos florales que le caía hasta las rodillas, se

mostraba como nuevo. Un sencillo y decorativo lazo coronaba el centro del cuello.

Lilly quedó muy agradecida a las monjas por sus atenciones. Se despidió de ellas, al igual que de la pequeña Dorothy Perkins, la niña que había evitado que le robaran sus zapatos.

Salió a la calle y se encontró de frente con Tom, quien llevaba un rato esperándole.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —inquirió preocupada, sabiendo que «el tiempo era oro», tal y como el muchacho le había dicho el día anterior.

—No te preocupes. He conseguido trabajo como vendedor de periódicos.

Ya he vendido media docena de copias. Como ves, me manejo bien –dijo orgulloso con una sonrisa en la cara.

–Me alegro de que estés de tan buen humor y, también, por lo de tu trabajo –contestó Lilly. Fue a preguntarle dónde había pasado finalmente la noche y si había tenido algún problema con su tío al volver a por sus cosas, pero no se atrevió—. Te dejaré para que sigas vendiendo –balbuceó incómoda.

Tom, con miedo a perderla la pista en aquella gigantesca ciudad, corrió tras ella.

–Espera, puedo ayudarte a buscar trabajo. Tengo que vender periódicos, no importa dónde lo haga. Iré contigo.

Puesto que eres de fuera, te será difícil manejarte por la ciudad sin un guía —se ofreció.

Lilly le había dicho que se había escapado de su casa y necesitaba ahorrar algo de dinero para viajar a Chicago, a casa de unos familiares.

—Tienes razón. Necesito a alguien que me ayude. ¿Te ofreces tú? —preguntó de forma burlona, sabiendo de antemano la respuesta.

Tom asintió sin muchas ceremonias. Pasaron todo el día caminando, entrando y saliendo de tiendas. Donde no era imprescindible tener experiencia, sobrepasaba la edad para ser aprendiz o era demasiado guapa para el puesto. Los

negocios solían ser propios y las mujeres no necesitaban poner a una chica joven y bonita delante de las narices de sus maridos, durante todo el día, para que estos se sintieran tentados.

Después de mucho preguntar, entraron en una sombrerería. La dueña estaba embarazada y necesitaba alguien que se encargara de la tienda en lo que ella tomaba reposo y daba a luz. Lilly no parecía muy dotada para la confección, aunque sí tenía una buena memoria para aprender materiales o proveedores. La propietaria no quedó demasiado convencida.

—Estoy desesperada —anunció Lilly de improviso—. Por favor, contrátame,



haré lo que sea. Barreré, limpiaré...  
colocaré cajas... decoraré el  
escaparate... Se me da muy bien dibujar,  
aunque ya sé que de poco...

—Un momento —soltó la señora—.  
¿Has dicho que sabes dibujar?

—Sí —contestó rauda, creyendo ver  
un rayo de sol en medio de la tormenta.

—Mi hermana dirige un taller de  
confección y está buscando a nuevos  
diseñadores. Sé que no es mucho, pero  
es algo por dónde empezar.

—¡Dios mío! ¡Es muchísimo! No sé  
cómo darle las gracias —contestó  
emocionada Lilly, mientras Tom  
compartía su alegría con una sonrisa.

—Te apuntaré la dirección. Está

cerca de aquí. Dile que vas de mi parte —le aconsejó, entregándole una tarjeta con un nombre y una dirección anotados—. Pareces buena chica, si resultas tan trabajadora como creo que eres, convencerás a Helen.

—Muchas gracias, señora —dijo inclinando su cabeza a modo de despedida.

—No es necesario que me lo agradezcas tanto. Me conformo con que me visites y me cuentes qué tal te fue.

Lilly asintió y, seguida por el muchacho, salió de la tienda.

—Déjame ver —pidió Tom, queriendo localizar cuál sería su siguiente destino—. Madison Avenue. No está muy

lejos de aquí. Debemos bajar dos manzanas y girar a la izquierda. De todos modos, será mejor que comamos algo o te desmayarás. Hace mucho calor —sentenció el pequeño, quien lideraba el grupo.

Después de comer un perrito caliente en un puesto ambulante, se dirigieron hacia el taller de confección que regentaba Helen Hughes.

Tom había hecho un buen trato con el tendero. Le había dado un periódico a cambio de un perrito. El muchacho se lo había entregado a Lilly alegando que era capaz de aguantar varios días sin llevarse nada a la boca. Ella, generosa como era, decidió compartirlo con él.

No estaba dispuesta a dejarle pasar hambre por ella. Ambos estaban en igualdad de condiciones.

Caminaron con lentitud por el caldeado pavimento. La gente caminaba con prisa, chocando y empujándose entre sí, sin preocuparse demasiado por lo que dejaban atrás.

Lilly no estaba acostumbrada a aquel bochorno. Las gotas de sudor empapaban su vestido, haciendo que este se pegara a ella como una segunda piel. Un simple empujón bastó para que cayera al suelo.

Tom, quien iba animándola sobre las perspectivas de ser aceptada en el taller, no se percató de su caída y siguió

hablando sin descanso. Fue unos segundos después, cuando el silencio le replicaba en respuesta, que se atrevió a girar hacia su derecha para descubrir que Lilly yacía tumbada unos metros más allá.

Corrió hacia ella, abriéndose paso entre el gentío. La joven permanecía en un estado febril e inconsciente, ajena a lo que ocurría a su alrededor. Se sentó junto a ella y preocupado, le levantó la cabeza. Su frente ardía y sus mejillas se mostraban tan apagadas como una flor marchita. El nerviosismo del muchacho creció por momentos y comenzó a pedir ayuda. La gente desviaba la mirada de ellos dos como si con aquello

consiguiera borrar de sus mentes la tragedia diaria de la que eran testigos. Para la mayoría parecía funcionar porque seguían caminando hacia sus destinos.

Fue una mujer de unos cuarenta y tantos la única que reparó en la triste escena. Su larga melena castaña permanecía recogida en un moño y su amplia nariz y boca destacaban sin rebajar en ningún momento el brillo de sus bonitos ojos azules. Su atuendo, un ligero vestido de color crema, enfatizaba sus ya de por sí largas piernas. Su cuello estaba adornado con cuentas brillantes y, en la cintura, mostraba un lazo atado a modo de cinto.

Su cabeza y frente permanecían cubiertas por un sombrero con una gran y colorida pluma a un lado. Sus medias de seda conjuntaban con el vestido.

—¿Estáis bien? ¿Qué le ocurre? — preguntó la señora preocupada por la impactante escena.

—Apenas ha comido y el calor la ha tumbado —resumió brevemente Tom.

—Vamos. Ayúdame a levantarla. Os daré algo de comer y descansaréis. Tú tampoco tienes buena cara —confesó la señora ante el rostro perplejo de él.

Tom, que no había coincidido antes con alguien tan amable, no daba crédito a lo que escuchaba.



*“La amistad es un alma  
que habita  
en dos cuerpos;  
un corazón que habita en  
dos almas.”*



# *Aristóteles*





## CAPÍTULO 8

Helen Hughes había conocido a su marido con diecisiete años y, dos años después, se había casado con él. Ambos habían soñado con tener hijos, pero tres décadas más tarde, seguían siendo sólo dos en una enorme casa. Helen se había conformado con el cariño de las niñas que entraban a trabajar en el taller que dirigía.

Cuando Lilly abrió los ojos, se encontró sentada en una mecedora de madera, con motivos vegetales. Tenía un paño húmedo sobre la frente. Aún podía notar el frescor que se desprendía de él. Se quitó con lentitud el trapo y se

incorporó como pudo. En ese momento, una niña que entraba, al verla salió rauda por la puerta. El desconcierto reinó unos minutos en su rostro, solo hasta que Helen y Tom entraron en la habitación, seguidos por la niña de antes.

—¿Cómo te encuentras? ¿Recuerdas algo? —preguntó la señora Hughes, queriendo saber su actual estado y si era necesario llamar a un médico.

—Estoy algo mareada —contestó sin muchas fuerzas.

—Es normal, querida. Si no eres de aquí, tardas en acostumbrarte a este tiempo. El verano es excesivamente caluroso, pero lo peor es la humedad.

Yo nací en Chicago, pero cuando conocí a mi marido, abandoné mi hogar y me establecí aquí con él. –Un suspiro salió de sus labios. Un sonido que quería decir tantas cosas. Recuerdos y añoranzas que el transcurso del tiempo no había conseguido borrar.

La mente de Lilly se quedó anclada en la palabra «hogar». Ella también echaba terriblemente de menos a su familia. Aún más, al no saber si sus vidas habían continuado o se habían quedado en *standby* ante su viaje. Pensó si no estaría dando un paso en falso hacia ellos con cada decisión que tomaba. Entonces, recordó la entrevista con la señora Hughes.

—Le agradezco que me haya ayudado señora, pero ahora mismo debo marcharme. Estoy buscando trabajo y necesito encontrar algo antes de que acabe el día —expuso preocupada, sabiendo que cada vez le quedaban menos horas para buscar un nuevo refugio. No quería regresar a la beneficencia. Además, le había dado su palabra a la hermana Mary Margaret y Lilly solía cumplir lo que prometía.

—Espera, niña. No tengas tanta prisa o volverás a desmayarte —alegó la mujer, sujetándola por los hombros y obligándola a sentarse de nuevo—. He visto que tienes unas manos muy cuidadas. Eso solo puede significar una

cosa. Perteneces a una buena familia y te has escapado por una simple rabieta. Deberías volver a casa. Tus padres estarán buscándote.

Lilly comenzaba a verse entre la espada y la pared. No había creído que nadie daría un pensamiento de más por una chica como ella. Se había equivocado.

Decidió retomar de nuevo, la historia que había contado a Tom.

—Verá... tengo unos familiares en Chicago, pero no tengo forma de llegar hasta allí...—contestó Lilly, tratando de ganar tiempo con aquella buena mujer.

—Entiendo lo que quieres decir, niña —replicó la señora—. Necesitas parné. Es

un viaje muy largo.

Lilly asintió, esperando que aquella mujer no le hiciera más preguntas. Vio cómo el ceño fruncido de ella se suavizaba. Entonces, respiró más tranquila.

—Muy bien, imagino que sabes dibujar —dijo por hecho la señora. Lilly movió la cabeza de forma afirmativa—. Está bien. Necesito un retratista que haga los bocetos de mis trajes. Trabajarás por las mañanas de lunes a sábado. ¿Tienes alguna pregunta?

Con aquel ofrecimiento, Lilly fue consciente de que de la manera más casual había conocido a Helen Hughes, la encargada de la fábrica de



confección.

—Creo que no —dudó la ingenua muchacha, al darse cuenta de que el destino había hecho que ellas dos se conocieran de aquella forma tan inusual.

Aquel era su primer trabajo y como tal, la ilusión y la incertidumbre a partes iguales se cernían sobre ella. Por hoy, había tenido anécdotas más que suficientes para contar.

Tachó de su lista de cosas pendientes, encontrar un trabajo. Sin embargo, aún quedaba la gran incógnita. ¿Dónde se quedaría a dormir aquella noche y las siguientes? Helen pareció leer su pensamiento.

—Por cierto, ¿tienes algún sitio

dónde quedarte? –curioseó como si tal cosa.

–En realidad, no –murmuró ella avergonzada.

–Está bien, puedes quedarte con Henry y conmigo. Nuestra casa es muy grande. No te cobraré nada, pero a cambio tendrás que mantener tu habitación siempre limpia y ayudarás a Mildred en las tareas del hogar. ¿Te parece bien?

Lilly agradeció el gesto de la señora. Sin embargo, se sintió triste por su amigo Tom. Él llevaba años viviendo en Nueva York y nadie se había apiadado de él. Ella había llegado nueva a la ciudad y había recibido ayuda desde

el primer día. Sentía que la vida no era justa para todos.

Una vez Helen le había informado del horario de trabajo y el salario que recibiría, Lilly se alejó con algunas revistas debajo del brazo. Helen había querido que comenzara a familiarizarse con los vestidos que ella dibujaría.

En ese sentido, Lilly no andaba muy desorientada. Conocía al detalle la ropa de la época, los adornos, encajes y bordados que les caracterizaban. Estaba harta de verlos en las películas que sus padres la obligaban a ver. Aun así, no quiso contrariar a su jefa y tomó cuántas revistas le prestó.

Sentada en las escaleras de un

portal vecino, estuvo practicando durante un par de horas los perfiles de mujer con los gorros, vestidos y zapatos que debían encajar en cada figurín.

Tom se había despedido de ella poco después de que Helen le anunciara que estaba contratada. Él tenía que seguir vendiendo ejemplares. Su sueldo iba en proporción a las copias vendidas. Cuántas más vendiera, más ganaría. Quedaron en verse al día siguiente, después de que ella terminara de trabajar.

Lilly se encontraba observando ensimismada a la gente que pasaba por la calle cuando la puerta del edificio anexo se abrió. Su mente volvió a la

extraña realidad que estaba viviendo. Helen caminaba hacia ella.

—Vamos. Tendrás hambre. Henry y Mildred nos esperan.



La sorpresa de Lilly al escuchar que la esperaban en casa de Helen fue grande. No conocía a su marido ni a su ama de llaves, lo que solo podía significar una cosa. Helen habría llamado a casa informándoles de la llegada de un nuevo huésped. Debían de ser una familia con recursos, si disponían de teléfono tanto en la fábrica como en su propia casa.

Lilly se levantó y comenzó a andar

a su lado, en silencio, esperando que, en algún momento, se le ocurriera algo inteligente que decir. Recordaba haber oído en alguna parte que si no se tenía nada interesante que decir, era mejor permanecer callado.

Había decidido seguir ese consejo cuando Helen comenzó a hablar.

—Tienes mejor cara ahora —declaró más tranquila la señora—. El tiempo puede ser muy traicionero.

Lilly había terminado por convencerse de que aquello se parecía más a una conversación anodina que se tenía con cualquier vecino en el ascensor. La señora Hughes tampoco se mostraba demasiado interesada en ella o

simplemente respetaba su privacidad. Sonrió ante aquella posibilidad.

—Te oí hablar con Tom. Se os ve buenos chicos. No soy quien para juzgaros, pero deberíais volver a vuestras casas, donde quiera que estén. Vuestros padres deben de estar preocupados.

La muchacha pudo extraer muchas cosas de su monólogo. Que Helen habría sido una gran madre, que no podía evitar preocuparse por los demás y que, incluso, fuera del trabajo, no podía dejar de repasar todo lo que tenía que hacer al día siguiente.

Le contó a Lilly que, a diferencia de las casas de alta costura que trabajaban

bajo demanda, ellas fabricaban una media de cincuenta artículos a la semana. Contaba con seis chicas, cada una encargada de fabricar un patrón diferente, igual que en un taller de montaje. Las otras dos niñas habían entrado unas semanas atrás como aprendizas y ya conocían los entresijos de cada corte y cada tela.

Tenían diferentes modelos que confeccionaban en una amplia gama de colores. La mayoría de ellos se empaquetaban y se exportaban al Viejo Continente, junto a otros productos, a causa de las consecuencias devastadoras de la Gran Guerra.

El primer paso para que todo



funcionara bien empezaba con los primeros bocetos a lápiz. Una vez trazadas las líneas del vestido, los colores terminaban de dar forma al dibujo y mostraban como quedaría una vez finalizado.

Lilly permanecía atenta a las explicaciones de la señora Hughes. Por primera vez, se veía imbuida en un proyecto que le fascinaba sobremanera.



Cuando Helen anunció a Lilly que habían llegado a la casa de la familia Hughes, la joven permaneció impertérrita al contemplar la

espectacular mansión, en pleno centro de Long Island. Aquella casa era exactamente igual, ladrillo a ladrillo, a la que semanas atrás sus padres y ella se habían mudado. No podía ser una casualidad más. Decidió estar más atenta si cabe a todo lo que ocurriera a partir de entonces.

Si el enorme y cuidado jardín que rodeaba la casa le había maravillado (el de su época se encontraba totalmente abandonado y lleno de malas hierbas), el interior le hipnotizó por completo. Una imponente escalera mostraba sus aerodinámicas líneas y remarcaba su parte superior con dos formas geométricas superpuestas, en una de las

cuales se mostraba una representación lacada de dos peces.

Subieron las escaleras a la primera planta, cuando el sonido de las teclas de una Remington, la máquina de escribir de la época, se hizo paso a través del largo corredor. Henry Hughes era un lector apasionado de las novelas de Scott Fitzgerald, un hombre que evitaba hablar del «sueño americano» y se centraba más en las vidas carentes de significado de personas cínicas y desencantadas. Hughes odiaba el esplendor y la hipocresía de la sociedad del siglo pasado, aún presentes en este, y quería reflejarlo en una historia que hiciera temblar los cimientos de la

recién bautizada Gran Manzana.

Lilly recordó su McBook Air, el ordenador portátil que había utilizado hasta entonces y pensó en cómo había abandonado por completo la escritura a mano. Sus profesores solían alabar la bonita y estudiada caligrafía que realizaba en todos sus cuadernos. El tiempo, las prisas y las nuevas tecnologías se habían encargado de que abandonara una de las cosas más sencillas y más reconfortantes que le pertenecían por completo solo a ella. Pensó entonces en cuantas otras cosas habría abandonado con el transcurrir de los años y a las que no había vuelto a dedicar un segundo pensamiento. Y

finalmente llegó a la conclusión de que todo aquel que se creía dueño de su propia vida y destino estaba condenado a ser víctima de este.

Lilly, al igual que antes hicieran sus padres y los padres de estos, seguía una línea que ella misma creía haber trazado con sus criterios y decisiones. Sin embargo, ¡cuán equivocada había estado!

Su vida, como la del resto de gente, estaba marcada desde el día mismo en que nacían. Cualquier factor, incluso el más insignificante, forjaban el destino de cada cual. Desde el hospital donde nacían, la enfermera que los cuidaba o si requerían o no de incubadora para su

completo y perfecto desarrollo; cualquier variante marcaba el rumbo de cada niño.

Lilly había nacido en una familia de clase baja, en el hospital Bernard Mitchell, un bloque de edificios cúbicos de diferentes tamaños, cuyo color verde no dejaba lugar a dudas de su función. Su vecindario estaba ubicado en el peligroso barrio del Bronx y la gente que la había rodeado, le había enseñado que la vida no era como en las películas.

Un golpe inesperado del destino había hecho que la situación de los padres de Lilly cambiara a mejor y se mudaran a un barrio más lujoso. Aquello había implicado, nuevo colegio y nuevas

amistades para ella, además de un gran abanico de posibilidades en sus estudios que antes ni siquiera se habría planteado.

Un descuido puntapié a la consola que decoraba el vestíbulo hizo que Lilly volviera a la realidad, dejando de lado sus pensamientos. El jarrón con flores que había sobre él tembló ligeramente, moviéndose sobre sí mismo como una peonza. Encima de la mesa, un bonito y antiguo espejo redondo le devolvió su reflejo. Justo entonces, fue ella la que tembló con la imagen. Aquella muchacha que le observaba, mostraba una extraña palidez. Sus ojos ámbar tenían un tinte rojo más extremo

de lo habitual, además de que en su rostro se reflejaban unas visibles ojeras que delataban su cansancio.

—Ven conmigo. Te prepararé un baño caliente mientras Mildred hace la cena. Henry dispondrá de tiempo suficiente para castigar a alguno de sus personajes por su mala vida —bromeó Helen, conociendo las manías literarias de su marido.

Siguió caminando por el corredor, dejando a un lado una puerta entreabierta de donde procedían con toda seguridad las teclas de la máquina de escribir. Entraron en una habitación cuya esmerada decoración hacía gala del buen gusto de la anfitriona.



El empapelado de las paredes contenía un juego de filigranas a base de colores blancos, negros y dorados. Un tocador blanco tallado en madera armonizaba en color con la silla que le acompañaba. Sobre este, un espejo cuyos arabescos dorados adornaban toda la moldura y resaltaban la belleza de la habitación. Marcos de fotos, dos lámparas de mesa, alguna que otra escultura y un par de velas cubrían la superficie del tocador, dándole un cierto toque bohemio. Una gran lámpara de araña colgaba del centro de la estancia, aportándole un aire regio. Las cortinas permanecían recogidas a ambos lados por una cuerda plateada. La cama y el

diván, a diferencia del colorido de las paredes, ofrecían un tono blanco neutro que rompía la sincronía de mezcolanzas.

—Este es mi dormitorio. Siéntate aquí —pidió Helen, señalando el taburete que había ubicado a los pies de la cama.

Lilly obedeció y dejó hacer a la señora Hughes. Desde que la había conocido, sabía que estaba en buenas manos.

—Te buscaré una muda y un vestido limpio. En cuanto termines, vete a la cocina. Sabrás donde está por el delicioso olor de la comida que prepara Mildred. Te dejaré también un camisón para que puedas dormir. Luego te enseñaré cuál será tu habitación.

Dicho esto, se dirigió al baño, abrió los grifos y esperó a que la bañera se llenara a la mitad de su capacidad. Lilly esperó a que la señora Hughes se fuera para desnudarse. Se metió con cuidado en la humeante bañera con burbujas y se deslizó hasta quedar tumbada por completo. En cuestión de minutos, sus ojos se cerraron y la habitación se disipó en la más absoluta oscuridad.



## CAPÍTULO 9

Un golpe en la puerta del baño despertó de forma agitada a Lilly. Miró por unos segundos la sala y recordó dónde se encontraba. La mansión de la señora Hughes. La de sus padres.

Salió de la bañera con cuidado de no resbalarse. Aún estaba algo adormecida por la tibieza del agua y el estado de relajación en el que se había sumergido durante un instante. Tomó una de las toallas que había sobre la banqueta de su derecha y la envolvió alrededor de su cuerpo. Justo en ese momento, Helen entraba por la puerta y la sorprendía enrollando su cabello en

una toalla más pequeña.

—Llamé a la puerta, pero no respondió nadie. Creí que te habías quedado dormida dentro —se excusó la señora—. Vístete y únete a nosotros. Henry y Mildred están deseando conocerte.

La señora Hughes desapareció con la misma rapidez con la que había entrado en el baño.

Lilly volvió a ponerse el vestido y los zapatos que había llevado durante todo el día y bajó a la planta baja. Se guio por el olfato y no tardó en dar con la cocina. Como Helen le había dicho, el embriagador aroma de los platos cocinados por Mildred inundaba aquella

sala y las más cercanas a ella. El estómago de Lilly comenzó a revolverse, produciendo extraños sonidos que solo podían indicar que estaba famélica. La joven sabía lo que era tener una dieta tan restrictiva como la que estaba experimentando durante aquellos días. Su vida en el Bronx la había obligado a ella y a sus padres a compartir todo lo que tenían, por poco que fuera.

La puerta, abierta de par en par, transmitía una gran luminosidad gracias a los amplios ventanales, al fondo de la estancia. La zona más alejada albergaba una mesa rectangular y media docena de sillas alrededor, labradas en madera de

nogal.

El resto de la cocina se veía abarrotada de armarios colgados de la pared y aparadores que dejaban un limitado margen de espacio para la cafetera, la panera y una cesta con fruta fresca, además de un jarrón que exhibía un manojo de flores recién cortadas.

Una combinación de horno, cocina y grill era el epicentro de los muebles. Podía funcionar con carbón y madera y parecía ser lo último en cocinas. Los armarios superiores exhibían, a través de sus puertas acristaladas, una cuidada vajilla con dibujos de filigranas en su interior. La cubertería, cristalería y



mantelería se guardaban más desapercibidas entre los cajones y baldas de los diferentes aparadores. El frigorífico se ubicaba justo enfrente del horno y, a simple vista, más parecía una caja de caudales que un mueble más.

Mildred comenzaba a servir los platos a Helen y a un hombre con el ceño fruncido, quien debía de ser Henry.

El entrante era una sopa de almejas que, a juzgar por su aspecto, todos iban a disfrutar con verdadero deleite. El plato principal estaba compuesto por jamón cocido, zanahorias y guisantes hervidos. En dos platos diferentes se ofrecía la posibilidad de acompañar con coliflor frita o patatas con queso. Sobre

cuatro platillos de igual tamaño, cuatro apetitosos panes de nueces. El postre, dulce de leche, reposaba en el interior del frigorífico a la espera de enfriarse.

Lilly se detuvo frente a la mesa, esperando a conocer cuál sería su sitio.

Helen no tardó en indicarle que se sentara junto a Henry. El otro sitio, junto a Helen, era el que acostumbraba a utilizar a diario Mildred.

La joven retiró con cuidado la silla y se sentó medrosa ante el desconocido hombre. Helen le había contado poco de él, pero su imponente figura le daba respeto.

Comieron en silencio. Las únicas palabras que se dirigieron fueron para

hacer saber a la ama de llaves y cocinera que habían terminado, y podía retirar los platos.

—Has estado muy callada durante la cena. ¿No tienes nada qué decir? —quiso saber Helen.

—La comida estaba realmente deliciosa —afirmó la chica, mirando a cada uno de los presentes y recayendo su mirada sobre Helen, de nuevo.

—No era eso a lo que me refería, Lilly. Cuéntanos tu historia. Una chica tan intrépida como tú tendrá cientos de anécdotas...

La sugerencia de la señora fue como una bofetada en toda la cara. Lilly no sabía qué decir. Aún no había tenido

tiempo de darle unos cuantos retoques a su historia y veía a aquella gente con tan buenos ojos que decidió contarles la verdad, al menos una parte.

—Señora Hughes, Tom y yo mentimos sobre mi identidad porque teníamos miedo de que me reportara a las autoridades —confesó con el miedo aún presente—. Mi padre trabaja como bombero. Es un trabajo respetable, pero no da para mucho. Mi madre es enfermera y, muchos días, hace turnos dobles para que podamos llegar a fin de mes. —No quiso entrar en detalles con la herencia recibida y el sorprendente viaje en el tiempo. Sería algo que ni ella misma daría crédito si se lo contaran.

El rostro de la señora se mostraba comprensivo. Sabía por sus palabras que aquella adolescente había pasado por mucho.

Henry era de otra opinión. Odiaba a la gente que mentía. Según él, una vez que la gente comenzaba, lo adquiría como un hábito. Su ceño se frunció y se levantó de la mesa, con gesto displicente.

Helen acercó su mano a la de Lilly y le pidió que tuviera paciencia con Henry. Su marido tendía a formarse rápidas opiniones de la gente, sin darles una oportunidad para explicarse.

La señora se levantó y dejó a Mildred y Lilly a solas.

La adolescente no había tenido tiempo de fijarse en Mildred. Por su nombre y las referencias que de ella había dado Helen, había creído que se trataba de una anciana, algo parecido a la abuela de la familia. Todo lo contrario. Mildred era una joven rubia y esbelta, que mostraba tener buena mano a la hora de cocinar.

—Mis padres también pasaban por lo mismo que los tuyos. Fue entonces cuando me decidí a buscar un trabajo e independizarme —narró, posando sus ojos azul celeste sobre el plato de Lilly. Terminó su verdura y recogió la mesa.

Viéndole moverse, Lilly se preguntó cómo aquella despampanante chica

había terminado en un trabajo tan poco gratificante. Como si le hubiera leído el pensamiento, Mildred le contó en pocas palabras que había tenido algunos devaneos con la mafia. Helen la había encontrado sola y desvalida en un callejón y se había ofrecido a ayudarla. Desde entonces, Millie, como le gustaba que la llamasen, vivía con ellos y mostraba su agradecimiento como mejor sabía, encargándose de las tareas del hogar. Su miedo a toparse con la gente que había frecuentado hacía que no se relacionara con nadie ni tuviera más amigos que Henry y Helen.

Lilly temía ofrecer su amistad a la chica. No quería unirse a la larga lista

de personas que la habían defraudado. Sin embargo, sintió la necesidad de tenderle una mano amiga.

—Millie, no sé cuánto tiempo estaré por aquí, pero puedes confiar en mí. — Aquellas palabras sinceras hicieron brotar una pequeña sonrisa en el rostro añorado de la cocinera.

En ese momento, Helen regresaba con un resignado Henry a la zaga. Los tres terminaron de cenar, mientras Millie fregaba con ahínco los cacharros y escuchaba discretamente la conversación.

—Helen dice que eres buena chica. Te daré un voto de confianza, pero a la mínima sospecha te echaré a patadas de



esta casa –amenazó Henry feroz, como un ogro.

La mano de su mujer fue de inmediato a sus hombros y trató de apaciguar sus malos espíritus. Sus ojos, por el contrario, observaban a Lilly, esperando una respuesta.

–Gracias por darme esta oportunidad, señor. No le defraudaré – prometió la aprendiz, con la cabeza gacha. Rezaba porque aquel rapapolvo quedara en nada.

El hombre asintió y volvió a marcharse, esta vez con menos temple.



## CAPÍTULO 10

El día comenzaba bien temprano para Millie, quien se levantaba y limpiaba su habitación, recogía el periódico en el jardín y, después, se encargaba del desayuno de los señores Hughes.

Henry Hughes trabajaba como empleado de banca en la ciudad y todos los días se sumergía en un parsimonioso y opíparo desayuno, la comida más importante del día, para aguantar de forma estoica su trabajo ante miles de ciudadanos insatisfechos que desahogaban con él toda su rabia.

Él no hacía sino ver cómo los fajos de billetes se movían de manos sin

quedarse mucho tiempo en el mismo sitio. Sabía que no había forma legal de ganar mucha guita sin ensuciarse antes las manos. No tenía que agradecer nada a nadie. Había conseguido salir vivo de la Gran Guerra y, aunque los traumas que había acumulado entonces eran muchos, no había dejado pasar la oportunidad de recuperar su antiguo puesto y ser feliz junto a su esposa lo que le quedase de vida. Había aprendido que la vida era demasiado corta para malgastarla en preocupaciones tontas.

Henry ocupó su sitio en la mesa y abrió el periódico sobre la mesita auxiliar que había a su derecha. Tenía un

pequeño ritual que seguía escrupulosamente. Leía los titulares y, cuando encontraba una noticia que le llamaba particularmente la atención, se detenía a leerla con detalle.

Aquella mañana, la cabecera la ocupaba el asesinato de una joven desconocida, que la prensa había bautizado como *Jane Doe*. Los fotógrafos solo habían conseguido retratar un cuerpo tapado con una manta y unos pies descalzos sobresaliendo de esta. Un confidente de la policía había contado de forma extraoficial que «la mujer mostraba signos claros de violencia, con especial saña en su rostro. Otras señales repartidas por el

resto de su cuerpo demostraban que había sido forzada, sin llegar a tener relaciones sexuales. Algo o alguien había hecho cambiar los planes al asesino, de forma instantánea». Aquello daba una idea de la mente retorcida del culpable.

Henry no se inmutó ante los detalles que indicaban posibles marcas de rituales satánicos y que vinculaban el caso con otro cometido cuatro semanas atrás. Los ciclos lunares habían estado muy presentes en las muertes de ambas víctimas. Acordes con las arraigadas creencias de que la mente humana era susceptible a la luna llena, los periodistas afirmaban a pies juntillas

que el culpable de los asesinatos no era otro que un desequilibrado, bien que hubiera escapado de un psiquiátrico o bien alguien que hubiera conseguido ocultar su problemática ante la sociedad.

Millie se aproximó hacia la mesa con un plato de tostadas y una jarra de zumo.

—Aquí tiene, Henry. Ahora mismo le traigo el café —anunció la joven rubia, dejando todo sobre el mantel.

Henry tomó una de las tostadas y comenzó a untarla con mantequilla y mermelada.

—Gracias, Millie. Esto está delicioso. Algún día tienes que decirme

cuál es el truco –bromeó como de costumbre el señor.

La muchacha se rio de buena gana.

–Es usted incorregible, Henry – contestó ella, sin detenerse en ningún momento.

Millie terminó de colocar unas ciruelas en salsa de manzana y el café, para Henry; el pescado blanco a la parrilla y el jugo de naranja para Helen y la leche caliente con cacao y unas magdalenas para Lilly y ella.

En ese momento, entraron en la cocina Helen y Lilly. Ambas se habían cruzado en el pasillo y venían hablando de forma animada.

–Buenos días. ¿Cuál es la causa de



que os hayáis levantado de tan buen humor? –quiso saber el señor, con gesto circunspecto.

–¿Es que acaso necesito una razón para ser feliz? –preguntó con ironía Helen, que ya conocía los cambios de humor de su marido.

–Según la portada del Daily Mirror, todo lo contrario –advirtió él, enseñándole el titular–. Deberías llevarte el coche para ir a la ciudad –le aconsejó preocupado.

Helen, que había tenido tiempo de leer de forma fugaz lo más importante de la noticia, le devolvió el periódico.

–De ninguna manera, te hace más falta a ti que a mí. Tienes que dar buena

imagen ante el banco –declaró ella–. Además –hizo un inciso–, aquí dice que las dos víctimas eran muchachas jóvenes. No deberías preocuparte por mí, sino por las chicas.

Helen se dio la vuelta y llamó a las jovencitas:

–Mildred, Lillian.

–Oh, oh –respondió con sorna, Millie. Lilly la miró, sin saber de qué iba todo aquello–. Solo me llama por mi nombre completo cuando se trata de algo serio.

–Y ciertamente lo es –aseguró la mujer–. Quiero que andes con ojo cuando salgas y, si es necesario, vete a comprar acompañada de alguna vecina.

En cuanto a ti –soltó, mirando a la recién llegada–, irás y volverás conmigo de la ciudad. No quiero que salgas de la fábrica en ningún momento si no es acompañada de alguna de las muchachas.

Lilly asintió. Giró para escuchar la respuesta de Millie, pero esta hacía rato que andaba recogiendo cosas por la cocina.

–Deja eso Millie y ven a desayunar. Siempre haces lo mismo. Ya tendrás tiempo de limpiar toda la mañana. Ahora disfrutemos de un rato de tranquilidad juntos –pidió la mujer, acercando su asiento a la mesa.

Un rato después, la mesa había

quedado vacía. Allí solo permanecían los restos de lo que había sido un desayuno desmedido.

Lilly se frotó el estómago con delicadeza. No se sentía del todo bien desde hacía días, cuando había despertado en medio de un teatro. Se planteó si no sería el *jet lag* de aquel extraño viaje y rogó porque no durara demasiado. Era una mala enferma.

Henry y Helen se estaban poniendo el abrigo, preparándose para salir.

—Lilly, vamos o llegaremos tarde —urgió Helen, desde el hall.

La mujer se despidió de su marido con un beso en la boca y deseándole un

buen día. Este montó en el automóvil sin tan siquiera despedirse de las chicas.

Lilly no volvió a cruzarse con Henry durante días. Se pasaba la mayor parte del tiempo en la fábrica, trabajando mano a mano con Helen, en los dibujos de lo que sería la próxima colección. Eran días muy frenéticos en los que, al llegar a casa, no tenía tiempo de abrir la boca más que para comer y bostezar. El cansancio atenazaba firmemente con sus garras el cuerpo de la joven, sumiéndole en un profundo sueño, incluso antes de que abandonara la mesa.

Lilly entraba a trabajar de siete a doce y de dos a cinco de la tarde. Las

dos horas de que disponía para comer las empleaba en ayudar a Tom a vender periódicos y planear una visita a Lillian Gish, a quien no había olvidado a pesar de estar tan ocupada. Los ratos libres que tenía en la fábrica los aprovechaba para aprender costura. No tardó demasiado en manejarse con aguja e hilo y en ayudar a las compañeras en labores básicas como dobladillos o hilvanar patrones.

Helen observaba en la distancia el tierno y generoso corazón que Lilly demostraba tener con cada buena acción que realizaba. Cada noche, la señora Hughes narraba con todo lujo de detalles la ajetreada jornada de la muchacha, que

a ojos de Henry parecía ir germinando como lo haría un capullo en flor. El primer día que la observó no había contemplado todo su potencial, pero ahora con el transcurrir de los días iba descubriendo la personalidad tan arrolladora que se escondía tras su aparente timidez.

De aquella manera había transcurrido una semana completa.

Lilly había conseguido averiguar dónde rodaba la famosa actriz, pero el acceso al lugar se mantenía tan protegido que las dos veces que había intentado colarse en el plató, los guardias la habían echado con muy malas pulgas.

Tom, con sus innumerables contactos, había informado a Lilly de cada paso que la actriz daba. Alojada en el *Plaza*, un hotel ubicado en la Quinta Avenida y cuya estructura recordaba a la de un castillo medieval francés, Lillian Gish salía todas las mañanas dentro de un Duesenberg modelo A, uno de los coches más lujosos y rápidos de su tiempo, de camino al plató. La Heaven había alquilado los estudios de Kaufman Astoria, cercanos al teatro Broadway, en Manhattan, donde además de grabar, el productor podía disponer del teatro con libertad para montar la película y ver los resultados finales.

Lilly no estaba nada contenta cada



vez que su amigo le mencionaba las estrictas medidas de seguridad. Ella las había podido vivir en sus carnes. Estaba segura de haber utilizado todos los trucos que sabía funcionaban en aquella época y, sin embargo, ninguno de ellos había funcionado. Se encontraba sumergida en aquellos pensamientos mientras ayudaba a Millie a secar los platos.

La cocinera, intrigada por el mutismo de su amiga, le preguntó qué le ocurría y Lilly le hizo partícipe de sus intenciones:

—Quiero conocer en persona a Lillian Gish. Sé que está rodando en Manhattan, y Tom y yo hemos intentado

entrar en el plató varias veces sin éxito  
—le confesó resignada por su suerte.

—¡Vaya! ¡Con que era eso! —dijo sorprendida Millie. La observó por un momento y aún sabiendo el peligro en el que podía inmiscuirle, quiso ayudarla—. Hay una posibilidad, pero es demasiado arriesgada.

La mirada fija de Lilly le hizo saber a la cocinera que tenía toda su atención.

—La mafia controla los fondos de casi cualquier proyecto cinematográfico. Si conocieras a alguien lo suficiente importante, no resultaría demasiado difícil entrar por la puerta principal, estrecharle la mano y hablar con ella.



*“Creí que era una aventura  
y en realidad era la vida.”*

*Joseph Conrad*





# CAPÍTULO 11

Lilly se pasó toda la mañana siguiente y parte de la tarde pensando en una posibilidad que incluso a ella le asustaba. Tom le había advertido, desde que llegara a los años 20, que no se juntara con aquel tipo de gente, pues no podrían traerle más que problemas. Sin embargo, ella sabía eso y también que aquella era la única posibilidad de llegar a conocer en persona a Gish y cruzar unas pocas palabras.

Cuando al fin, tomó su decisión, acudió al despacho de Helen y le informó:

—Si eres lo suficientemente mayor

para independizarte, lo eres para saber qué está bien y qué mal. Yo no debería decirte nada, pero puedes imaginarte lo que pienso —contestó la gran trabajadora que había llegado a ser directora de una fábrica textil. Lilly asintió—. Solo te diré que tengas mucho cuidado. —La abrazó como si no fuera a volver a verla y continuó con las cuentas de la empresa.

Lilly terminó su jornada para encontrarse un rato después con Tom.

El mozalbete la esperaba todos los días a la puerta de la fábrica, como un acaramelado novio, contando los segundos por estar de nuevo con su amada.

En cuanto Tom supo de las intenciones de Lilly, le rogó y perjuró que desistiera de aquella aventura suicida.

La joven le abrazó y sonrió. Le había cogido tanto cariño, que le quería como a un hermano pequeño.

—No te preocupes, Thomas. No va a pasarme nada. Vendré a verte a menudo, lo prometo —trató de calmarle, ignorante de lo que una relación con gente de la calaña de Ciro Angelo podía reportarle.

Le revolvió el pelo, se agachó y, estrechándole el rostro con sus dos manos, le besó en la mejilla.

Una vez en casa, Lilly seguía dándole vueltas a todo aquel asunto.

Relacionarse con la mafia solo para conseguir cumplir el estúpido sueño de sus padres no parecía algo muy sensato. Sin embargo, tampoco tenía muchas opciones. No sabía cómo regresar a su tiempo y esperaba el momento de encontrar una salida. De regresar junto a sus padres que se debatían entre la vida y la muerte.

Su visita en el Nueva York de los años 20 le había abierto los ojos sobremanera. No había pasado mucho tiempo viviendo allí, pero comenzaba a ser consciente de que todo el glamour que rodeaba a los iconos de aquel tiempo no era más que puro cuento y especulación. Buena prueba de ello



había sido su primera noche en uno de los locales más concurridos, El Cotton Club.

Escuchó ruido de voces y las siguió hasta la puerta que daba acceso al dormitorio de Henry y Helen. Ambos se encontraban sumergidos en una discusión, con la radiola como telón de fondo para que nadie les escuchara.

—¿Por qué diablos has traído algo como eso a casa? ¿Es que te has vuelto loco? —le recriminó nerviosa Helen, incrédula ante lo que su marido parecía haber hecho.

—No puedes culparme. Estoy preocupado por ti —le confesó Henry—. La delincuencia está aumentando, eso

sin contar ese asesino que anda suelto y los matones de Angelo, a quienes pagamos para que no destrocen la fábrica. Ellos te protegen allí, pero ¿quién lo hace aquí hasta que yo regreso?

Los ojos de Lilly se abrieron ante aquella noticia. Sabía que el gánster manejaba negocios de prostitución y tenía socios que controlaban el juego, pero de lo que no tenía ni idea era que se aprovechara de los escasos recursos de la buena gente. A sus ojos, aquella era la más deleznable de todas las faltas de las que un hombre podía ser acusado.

En el otro lado de la puerta, el matrimonio seguía debatiendo por ver

quién de los dos tenía razón.

—Henry, entiendo que te preocupes, pero sabes que en mi casa nunca han entrado armas y esta no va a ser la primera vez —sentenciaba la señora, no queriendo dar su brazo a torcer.

—Sé que en tu casa erais muy puritanos. Frunce el ceño todo lo que quieras —dijo el hombre, dejando de lado el aparente enfado de su mujer—. En mi hogar aprendimos a disparar a la vez que leer y escribir. Te enseñaré cómo funciona y la esconderás de miradas curiosas, pero convenientemente cerca para su uso llegado el caso —le anunció muy serio. Siempre había dejado que Helen ganara todas las discusiones, pero

su vida era más importante que el berrinche que pudiera llevarse.

—Está bien, señor Hughes. Parece que ha ganado. Mi opinión aquí no vale nada. —Se apartó molesta por su actitud. Extendió la mano para recibir el arma.

La mirada curiosa de Henry le escudriñaba, temiendo que su reacción fuera mala. La puso con cuidado sobre la palma de la mano femenina y esperó.

Helen estudió atentamente el arma. Era muy ligera, no debía pesar más de quinientos o seiscientos gramos y parecía bastante manejable, a diferencia de los enormes rifles y recortadas que había visto utilizar a policías y gánsteres. En el lateral, justo al lado del

gatillo, un círculo lo suficiente grande para mostrar en su interior la marca del revolver. Era una Remington 51.

Examinada la pistola, caminó con ella hacia la chimenea de su dormitorio. Se detuvo justo enfrente de los candelabros y el cuadro de un bello jardín tras cuyas hojas se escondía un imponente y exquisito edificio de principios del siglo pasado. Tocó la parte interior de la repisa y uno de los tablones cedió.

Henry observó, con asomo, aquel pequeño escondite. La tapa cedió a modo de cajón y dejó ver un reducido hueco. Colocó allí el arma y volvió a superponer la tapa.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Henry molesto por no conocer aquel escondrijo. Pensó que cuántas cosas más le ocultaría su esposa.

—Querido, no eres el único que tiene secretos —soltó riéndose la mujer.

Justo en ese momento, Millie aparecía detrás de Lilly y le sorprendía escuchando.

—Tranquila, no diré nada. A veces, cuando se ponen a gritar, a mí también me preocupan. —Creyó consolarla.

Golpeó con los nudillos la puerta y el ruido de voces cesó. La puerta se abrió revelando al matrimonio detrás.

—¿Qué tramáis las dos? —preguntó la señora curiosa, apartándose a un lado

para dejar pasar a su marido.

—¿Se le ha olvidado que Lilly y yo íbamos a salir esta noche y prometió dejarnos su maquillaje? —le recordó la rubia, compartiendo una mirada cómplice con la muchacha.

Veinte minutos después, Millie, con su largo vestido de noche verde, terminaba de arreglarse ante el tocador de Helen mientras Lilly se ponía un bonito vestido negro cuyos flecos caían en cascada, recordándole el movimiento ondulante de las cortinas cuando un fuerte viento recio atraviesa las ventanas de par en par.

La cocinera la maquilló y recogió su cabello a un lado. Una pequeña

diadema con un tocado lateral le aportaba el toque de glamour que necesitaba.

Utilizaron el perfume con aplicador de pera que Helen reservaba para ocasiones especiales y un par de gotas después, se encontraban listas para salir.

Un taxi las esperaba en la puerta de casa para llevarlas al centro de Manhattan, donde se encontraba el Kentucky Club, uno de los clubs de moda junto al Cotton Club y el Roseland Ballroom.

Henry y Helen habían establecido su hogar en Long Island después de una breve estancia en el *downtown* de Manhattan, una zona en expansión donde



Helen no soportaba la masificación y echaba de menos los grandes espacios abiertos. Henry la había complacido buscando un enorme terreno con una mansión y más de diez hectáreas de prado y jardín. Habían invertido cada céntimo ganado en aquel lugar y no se lamentaban de su decisión. Para sus viajes a la City, el matrimonio utilizaba un Detroit Electric de segunda mano, cuya batería era necesaria conectar a la luz. En aquel momento, se encontraba enchufado por lo que Helen no pudo acercarse a las chicas.

El trayecto en el taxi duró cerca de media hora y las chicas aprovecharon para conversar.

Millie iba describiendo, con todo lujo de detalles, las escenas con las que se encontraría Lilly dentro del local y a las que ella debía demostrar cierto desinterés, sin caer en la sorpresa o la ingenuidad. La joven no se asombró ante los litros de alcohol que se servían, de forma ilegal, ni ante las salas clandestinas de juego donde se apostaban miles de dólares en una sola noche. Las perlas y joyas que exhibían damas selectas hacían alarde de su rico patrimonio. Lilly quedaría deslumbrada ante el brillo de diamantes, gemas y rubíes que, cincelados bajo la mano experta de un orfebre, habían logrado transformarse de simples piedras en

bruto a bellezas exquisitas.

El taxi aparcó en *El Tenderloin*[\[1\]](#), junto a uno de los enormes rascacielos que cubrían por completo la intersección.

Lilly se mostraba nerviosa. Millie le había dicho que gente importante como Irving Berlin, Fred Astaire o Charles Chaplin se movían por aquella zona.

La rubia sacó un billete de su bolso y pagó al taxista.

–Tengan cuidado, señoritas. Este no es un barrio muy seguro para ustedes – aconsejó el señor antes de recoger la tarifa y acelerar el coche.

Con sus cerca de cien salas de cine,

Times Square mostraba una gran afluencia de dinero y glamour, cosas que llamaban la atención sobremanera de jugadores, gente corrupta y prostitutas. Nadie había olvidado aún el caso Becker–Rosenthal ocurrido once años atrás, cuando la ley había juzgado por primera vez a un policía con la pena de muerte por haber matado a un jugador de apuestas.

Las chicas cruzaron la calle y caminaron unos metros hasta llegar a la luminosa fachada de neón que informaba que el club estaba abierto. Un cartel a la entrada, al igual que observara Lilly en el Cotton Club, mostraba las figuras de tres mujeres en diferentes colores, con

solo un tocado de plumas en la cabeza. El resto se dejaba a la imaginación. Recordó el más esmerado, y también atractivo, anuncio del club de Harlem, donde un hombre negro abría la puerta a un caballero que llevaba del brazo a dos bellezas, elegantemente vestidas.

Nada más llegar, el portero les abrió la puerta con una extraña sonrisa. Poco después, comprendieron ese gesto. En el escenario del club se representaba un espectáculo de *burlesque* donde las bailarinas actuaban, cantaban y ridiculizaban a personajes públicos, todo ello ligeritas de ropa. Un simple sujetador y una calza de color marrón las cubrían mientras que pequeñas

plumas blancas surgían de tobillos y cabeza. Las bailarinas sujetaban en las manos dos enormes plumas, del mismo color, con las que jugaban a enseñar y ocultar a su antojo.

—Esto ha sido una mala idea —Millie sujetó del codo a su amiga y avergonzada comenzó a tirar de ella.

Debía habérselo pensado dos veces antes de traer a Lilly con ella. Ella, la mayor de las dos, no estaba siendo todo lo coherente que debía con aquella situación. Cuando la muchacha le había pedido ayuda, ella debía haberse negado de forma rotunda. Vio como dos chicos se acercaban a ellas y supo que ya no había vuelta atrás.

—¿Señoritas? Dejen que las invitemos a una copa. La perspectiva desde la barra mejora con creces —afirmó uno de ellos, muy seguro de sí mismo. Vestía de forma elegante un traje que realzaba su figura.

Abrumadas por las circunstancias, se dejaron guiar por ellos hasta la barra. Aunque Millie llevaba un año sin ir a clubs ni mezclarse con gente como aquella, no había perdido su toque. Miró de forma coqueta al chico que les había invitado y le pidió dos Tuxedo[2].

—Veo que además de guapas, tienen un gusto excelente —halagó el joven, cuyas buenas maneras le aportaban una gran sofisticación—. Camarero, dos

Tuxedo, un Southside[3] y un Bee's knees[4] –pidió al negro de elegante esmoquin blanco que esperaba, atento, frente a él.

Sus aires de grandeza comenzaron a mostrarse entonces, preguntando en un arranque de espontaneidad si solían ir mucho por aquel club. El otro joven, quien todavía no había abierto la boca, había sacado un pañuelo blanco de su bolsillo y se secaba frenético el sudor de las sienes. Su chaqueta abierta dejaba entrever un gran cerco debajo de las axilas, así como unos desgastados tirantes que no conjuntaban con el resto del atuendo.

Millie tiró con suavidad del vestido



negro de su amiga para que esta le prestara atención.

—Estos no son los tipos —anunció por lo bajo a Lilly, queriendo deshacerse de ellos lo antes posible. Si Angelo les veía en compañía de aquellos peleles, perderían su oportunidad.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera los conoces —la interrogó, sin mover demasiado los labios y llevándose el *cocktail* con lentitud a la boca.

—Solo hace falta echarles un vistazo para saber que intentan fingir lo que no son. El pañuelo del mudo no es de seda —pronunció Millie muy observadora.

—No te sigo —confesó avergonzada

Lilly, esperando una respuesta más desarrollada de su amiga.

—Alguien que trabajara para Angelo tendría dinero a raudales del que presumir. Estos tipos no lucen así. Sus trajes son impecables, pero no son de seda. No llevan anillos de oro, ni relojes de platino llenos de diamantes. Además, su amigo no para de sudar por los nervios. Solo hay que verlo... — Lilly lucía decepcionada—. No te desanimes. Acabamos de llegar. Si hubiéramos dado con sus matones a la primera de cambio, habría resultado demasiado sencillo. Deshagámonos de ellos. —Los miró con una ingenua sonrisa y volvió el rostro hacia su amiga—.

Disfrutemos de nuestras copas y mezclémonos con la gente. Veamos y dejémonos ver.

Su amiga hizo gala de la sonrisa que le caracterizaba y chocó su copa contra la de ella. Millie, a sus ojos, era una chica que aprendía rápido y aceptaba las oportunidades tal y como le llegaban. En cambio, Lilly se creía una muchacha más, sin futuro por delante si no lograba volver a su tiempo. ¡Qué equivocada estaba!

Sin darse cuenta, el *burlesque* había finalizado y una orquesta ocupó el lugar de las bailarinas. Unos metros más allá, la zona reservada para Ciro Angelo y sus secuaces se mostraba revolucionada

ante las atenciones de una guapa camarera. Servía las copas de forma seductora, como si esperase una gran propina o llamar la atención de algún mafioso importante. Aquel sueño lo tenían muchas niñas, pero ninguna era del beneplácito de Angelo. Él parecía tener la mente ocupada en ideales más elevados, hasta que su mirada se detuvo en las dos jóvenes. Una de ella le resultaba familiar.

—Gino, *quella splendida*, aquella rubia de vestido largo. ¿No estuvo saliendo con uno de los tuyos? —preguntó intrigado Angelo.

Mancini, quien estaba fumando un puro mano a mano con él, se inclinó

ligeramente hacia adelante para observar mejor a la joven.

—*Porca putana!* Pietro —gritó a su mano derecha—. *Non è che la tua ragazza?*—llamó la atención de uno de sus secuaces.

Pietro captó rápidamente la figura de Millie en la distancia e hizo amago de ir tras ella, pero la mano de Angelo le detuvo.

—*Aspetta un minuto.* Me interesa la joven que la acompaña. No quisiera que con tu zafiedad lograras espantar a las dos. *Parlare più tardi* —le pidió, mirando a Mancini a su vez.

Gino asintió y no hubo más que hablar.

Los dos capos chocaron sus vasos  
de whisky al unísono.



## CAPÍTULO 12

Siciliano de nacimiento, Ciro Angelo había viajado con sus padres a Nueva York, con tan solo nueve años. Con catorce, había dejado el colegio y había comenzado a trabajar en una compañía de transportes. Y con dieciocho, tras ganar a los dados el salario de un año, decidió centrarse en el crimen organizado.

Su vida no había sido nada fácil y prueba de ello era el duro aspecto que mostraba su rostro, cubierto de boquetes que la viruela había dejado en él. De cabello oscuro y mirada aún más negra, su mirada altiva decía a todas luces que



no podría vivir como el más común de los mortales. Poseía un gran magnetismo y cierta elocuencia al hablar que hacían que la gente olvidara pronto sus cicatrices y quisiera seguirle a cualquier parte.

Angelo no perdía detalle de cada uno de los movimientos de Lilly y sonrió al ver la parte baja de su vestido. Los flecos que caían en cascada mostraban de vez en cuando unas finas piernas enfundadas en unas medias con la raya pintada, sin llegar a enseñar más de lo deseado.

Mancini siguió la mirada de Angelo.

—Te ha calado hondo *questa*

*ragazza.* En cierta manera, te comprendo, es realmente exquisita.

El hombre de rostro surcado apartó la vista por un momento y regresó a su acompañante Mancini.

*–Lo sai che non è giusto a desiderare le proprietà di un amico? –* le preguntó Angelo, mientras echaba su chaqueta a un lado y dejaba ver a todas luces un Colt del calibre 38.

Los guardaespaldas de Mancini sacaron inmediatamente sus armas y apuntaron con ellas a aquel arrogante hombre. La mano de su jefe bastó para que los matones volvieran a guardarlas. Sin embargo, no se alejaron un solo paso de su patrón.

Las miradas de todo el local, incluidas las chicas, recayeron sobre los gánsteres.

La tensión, palpable en el ambiente, pareció no afectar a Angelo, quien sonrió de forma socarrona.

Solo siete años separaban en edad a aquellos dos mafiosos, pero el mayor de ellos, Mancini, congeniaba a las mil maravillas con su compatriota. Ambos pertenecían a la banda de Savino Mazzi, el capo de la familia Udinesi en Manhattan.

– *Tranquillo*, no será necesario llegar a ese punto. Tengo más mujeres de las que pueda desear. No te impediré que sigas obsesionado por tan *bella*

*donna*, pero yo que tú me daría prisa. Alguien podría robártela —bromeó Gino.

—Me encargaré más tarde de ella —prometió riéndose—. *Che cosa sta succedendo* con Madden? Te diré una cosa, aún no me acostumbro a que te llamen Mancini.

—¿Has oído eso *che quando* se trata de dinero, *siamo tutti* de la misma *religione*? —preguntó divertido Gino.

—O sea, *che come cane e gatto* —tradujo Ciro.

—*Esatto*, pero en los negocios no hace falta *andare d'accordo*, sino ser el socio *capitalista*. En este caso lo somos los dos, lo que complica las cosas. Ese Madden tiene suficiente con el club que

dirige. Debería quedarse al margen y dejarnos el resto *a noi* –dijo algo molesto Mancini, por estar obligado a tener un socio.

–Gino, no quieras morder más de lo que puedas acaparar o *finirai molto male* –le aconsejó Ciro.

–*E dice l'uomo che* ha revolucionado *centro di* Manhattan y ha puesto en su contra a Joe Masseria[5] –replicó con ironía su amigo–. Tú sí que sabes hacer amigos.

–*Lo sai che* no soy como los demás. Me gusta apostar fuerte y conseguir lo que quiero. Un día, me desharé de Masseria y *tutto questo* será mío –dijo señalando a su alrededor, un pequeño

símil de cómo sus garras se extenderían por toda la ciudad.

—Me encantará estar *in quel momento* a tu lado para verlo, pero hasta entonces me reclaman *altre questioni* —concluyendo, Mancini se levantó de la silla, se puso su sombrero e inclinando la parte delantera de este, se despidió de Ciro.

Angelo levantó el dedo índice y uno de sus secuaces corrió con rapidez hacia él. Con la cabeza inclinada sobre su jefe, escuchó atento las instrucciones que este le daba.

Poco después, el joven Chester caminaba hacia Mildred y Lillian.



## CAPÍTULO 13

Una fría mano rozó la espalda desnuda de Lilly, mientras esta hablaba distraídamente con su amiga y se giró conmocionada hacia el dueño de esos gélidos dedos. La muchacha se sorprendió al ver a un muchacho más joven que ella, con un pantalón y una chaqueta corrientes, que destacaban comparados con los esmóquines de la mayoría de invitados. Un único gesto les bastó para saber que el chico quería que le siguieran.

Minutos después, las chicas se encontraban sentadas en la misma mesa que el famoso gánster.



Angelo les preguntó si deseaban tomar algo y ellas se miraron contemplativas. Ante ellas, un hombre con la cara carcomida daba alarde de todo su poder.

—Está bien, serán tres whiskys, Sam. Y procura que sean de los buenos. —Le guiñó un ojo, mientras con la mano derecha le introducía un billete de cincuenta en el bolsillo de la chaqueta. La camarera, que había estado momentos antes coqueteando con el personal del mafioso, asintió con una gran sonrisa en su cara.

—Ahora mismo, señor Angelo —contestó sonriente, saliendo rauda a por el pedido.

El movimiento de parejas disfrutando en la pista de baile hizo que la mente de Lilly volara hasta su segunda noche en la ciudad cuando un joven les había invitado a ella y a Tom a un refresco. Pensó si no volvería a cruzarse con él. Paseó su mirada por el local en busca de él y, decepcionada, se dio de bruces con la realidad. Nueva York era demasiado grande para que los dos volvieran a encontrarse en tan poco tiempo.

Volvió su atención hacia Millie y Angelo. Esta gente no se andaba con chiquitas. Debía tener cuidado, ahora más que nunca.

—Están muy calladas. ¿Se les ha

comido la lengua el gato? –dijo con sorna el hombre.

Ellas mantenían sus manos sujetas por debajo de la mesa. El saber que se tenían la una a la otra les daba ánimos para seguir con aquella locura.

–No –negó finalmente Lilly, fijando la mirada en él.

–Bien, me alegra ver que no es muda, *signorina*...?

–Gilmore.

–Gilmore, Gilmore... –repitió pensativo Angelo—. Ese apellido no es de por aquí –afirmó, más que preguntó.

–No, no soy de aquí. Me he mudado hace poco –confirmó sus sospechas Lilly, sin llegar a mencionar que la

distancia era únicamente temporal. Su Nueva York distaba mucho de la ciudad en la que estaba viviendo ahora.

—¿Y qué se le ha perdido por aquí, *signorina* Gilmore? —preguntó el hombre, mientras un joven se acercaba por detrás y tiraba de la muñeca de Millie, llevándosela lejos.

Lilly parecía asustada por el futuro de su amiga, hecho que Angelo se encargó con rapidez de dejar despejado.

—Pietro, no seas demasiado bruto con la chica o te dejará por otro —aconsejó él.

—*Bene* —aceptó el muchacho, algo más relajado.

Lilly respiró más tranquila y

regresó a la conversación con el gánster.

—Quiero ser una gran estrella de cine, señor Angelo —contestó muy segura de sí misma. Lo miró de hito en hito. No importaba el aspecto que tuviera el gánster si este podía ayudarle.

—Con que quiere ser artista —confirmó él—. *¿E non pensate* que ha venido al lugar equivocado? Debería haber ido a Los Ángeles. *Tutta la produzione* se trasladaron hace años allí —admitió el mafioso, mostrándose muy entendido en el tema.

—Parece que sabe mucho de cine. Entonces, ¿por qué cree que estoy aquí? —espetó Lilly de forma descarada.

—Tal vez porque sabría que la mafia

*passa molto del suo* dinero en la industria cinematográfica –contestó resuelto.

–O tal vez porque quiero ser la nueva Lillian Gish y sé que usted hace fácil lo imposible –le aduló, sabiendo que solo así llegaría a él.

Angelo la observó detenidamente mientras dejaba entrever una cálida sonrisa. Aquella chica le gustaba. Tenía genio, unido a su férrea ambición, la haría llegar lejos.

–*Va bene*. Supongamos que estoy interesado. *¿Che cosa* ganaría yo con ayudarlo? –La puso contra las cuerdas, curioso por ver si estaría dispuesta a hacer lo que otras, por alcanzar su

sueño.

—Sería mi representante. Se llevaría una comisión de todo lo que yo ganara. Cincuenta, cincuenta. ¿Qué le parece? —ofreció diplomática una respuesta.

—*Non sono* conforme. Yo arriesgo todo, usted no aporta nada. ¿Y si no lograra despuntar? *Tutti i miei* dinero *volato*. —Alzó las manos al aire. Angelo no estaba acostumbrado a que le ganasen en su propio terreno y eso se notaba en sus gestos y su voz.

—Setenta, treinta. Es mi última oferta. Si no, iré a hablar con Mancini. Él seguramente sí quiera promocionarme —alegó Lilly, mientras se levantaba de la silla.

La mano del gánster la detuvo y la rogó que se sentara.

—No será necesario.

Una vez recompuesto de su alarmada reacción, inquietante incluso para él mismo, volvió a tomar la palabra.

—*Signorina* Gilmore. ¡Es una negociante dura de roer! —Rio, ofreciéndole su rugosa y áspera mano.

Ella la estrechó sin demasiadas ceremonias y sonrió satisfecha.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó curiosa.





*“Hace más ruido un árbol  
que cae  
que todo un bosque que  
crece.”*

*Óscar Andrés Rodríguez*

# *Maradiaga*





# CAPÍTULO 14

Aquella noche, Millie había regresado a casa con la única compañía de Pietro que, tras la regañina de Angelo, se mostraba más solícito con la muchacha.

—No era necesario que me trajeras. Debí haber esperado a mi amiga — confesó preocupada.

—No te inquietes. El jefe tiene planes para ella. Tu amiga es muy afortunada. —Se inclinó hacia adelante para besarla.

—Pietro, sabes que es lo que pienso de eso —alegó la joven, quien había hecho voto de castidad hasta que se casara. El rostro del muchacho se tensó,

lleno de furia.

Media hora después, con el sudor perlado su frente, Pietro regresó al auto. Enfiló derecho a la carretera y buscó una emisora de radio que le entretuviera durante el camino de vuelta a la ciudad.



La velada junto a Ciro Angelo, dentro del Kentucky Club, estaba siendo verdaderamente placentera. Algo que no habría esperado viniendo de un gánster. La clientela entraba y salía, renovándose constantemente y dejando entrever, de vez en cuando, a alguna actriz, bailarina o escritor famoso, desperdigados por la

sala o vistos juntos, disfrutando de la música que Duke Ellington y los suyos propagaban a través de sus instrumentos.

Lilly se dejó llevar por la embriagadora calidez de las sensaciones que aquel ambiente producía en ella. Nunca antes había sentido nada igual. Ni las fiestas temáticas, con toda su cuidada recreación, ni las proyecciones de clásicos de cine mudo habían conseguido que su barbilla terminara desencajada.

Angelo observaba divertido la escena.

—Cierre la boca o creerán que es la primera vez que viene a un local como este. —Se inclinó ligeramente sobre ella.

Lilly cerró de inmediato la boca y le estudió por un momento. Sus ojos eran los de un hombre que parecía guardar muchos secretos. Aquella hermética mirada le devolvió su propio reflejo. Apartó veloz la mirada de él y empezó a comprender la realidad de dónde se había metido.

El mafioso se levantó despreocupadamente de la mesa y tomó el abrigo blanco de terciopelo de la joven. Al cuello, exhibía cosidas unas piedras de imitación. Perteneecía a Millie y Pietro se lo había regalado año y medio atrás. Algo desgastado por el uso, aún conservaba parte de su lustre original. Se lo tendió a Lilly esperando

que metiera sus brazos en él, pero ella seguía sentada recreándose con la orquesta.

Chester, el muchacho que había ido a buscar a Lilly y su amiga minutos antes, permanecía sentado a una distancia prudencial de ambos. No perdía detalle de los movimientos de su jefe y tosió lo suficiente fuerte para que la joven lo escuchara.

Ella vio cómo el muchacho le señalaba algo a su espalda con el dedo.

Angelo esperaba de pie, sosteniendo su abrigo.

Lilly se levantó veloz de la silla e introdujo sus brazos en las mangas. El brazo del gánster no dejaba lugar a



dudas de su cometido. Lilly introdujo su mano en el hueco entre manga y chaqueta, y caminaron juntos hasta la puerta.

Un flamante Duesenberg modelo A se encontraba aparcado en la parte trasera del local. Uno exactamente igual al que utilizaba la estrella Lillian Gish en sus idas y venidas del hotel al plató de rodaje. Aquello parecía ciertamente sospechoso para la joven. Coches como aquellos no abundaban, aunque también era cierto que gente como Gish o Angelo podían permitírselos.

Sus pensamientos se desvanecieron al ver a dos hombres flanqueando la puerta del coche. Uno de ellos la

observaba de forma descarada. Su pose y su mirada revelaron con rapidez su identidad. Se trataba del hombre de la otra noche. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir que su deseo se había cumplido de la forma más inesperada. Aquel hombre había resultado ser uno de los guardaespaldas de Angelo.

—¿Va todo bien? —preguntó el capo, tras ser testigo de cómo los pies de Lilly habían echado raíces ante uno de sus matones.

La joven consiguió recuperarse de la conmoción sufrida y esbozó una tímida sonrisa.

—Una piedra en mi zapato —se excusó la morena, diciendo lo primero

que se le pasó por la mente.

Angelo hizo un gesto hacia el descarado guardaespaldas y este se acercó hacia Lilly. Se agachó y mirándola, para pedirle permiso, la descalzó, sacudió su zapato y volvió a ponerlo en su sitio.

La joven, agarrada a Angelo, creyó estar viviendo un momento de cuento de hadas.

—¿Mejor? —preguntó el mafioso, esperando poder entrar en ese momento en el automóvil.

La muchacha asintió y entró en el interior del mismo con ayuda del gánster. Sus medias quedaron un momento al descubierto. Una vez

sentada, Lilly estiró el vestido ante la atenta mirada de Angelo.

No tuvo tiempo de asimilar todo aquello. El lujo del vehículo seguía atrayéndole por dentro.

Una mampara de cristal impedía ver quién era el chófer, aportándoles una mayor intimidad. El tapizado del coche parecía delicado a simple vista y sintió deseos de acariciar el tejido una y otra vez.

—Es de terciopelo, como el abrigo que lleva. —La joven lo miró con cierto estupor—. Sé que no es suyo. No hace falta que se haga la sorprendida. Me imagino que al igual que el vestido y los zapatos. Todo es de esa chica que le

acompañaba. ¿No es así? —preguntó, conoedor de la verdad.

Angelo conseguía captar la esencia de las personas con un único vistazo. Desde el primer momento que había puesto sus ojos en Lilly, había sabido que se trataba de una chica de lo más corriente. Algo que él odiaba por encima de todas las cosas. Sin embargo, la mirada desafiante de la joven le había hipnotizado desde el primer momento y había querido hacerla suya. No había imaginado que ella llamaría a su puerta pidiendo ayuda. ¡Había resultado tan fácil!

Ninguno de los dos habló durante el breve trayecto. Ella, por la fuerte

presencia que él imponía. Él, pensando en las cosas que debía hacer al día siguiente.

El automóvil se detuvo en la intersección de la 44 con la 59 Oeste. Un imponente edificio de fachada roja sostenía, como un gigante sobre sus espaldas, trece plantas. Construido dos décadas antes, el Hotel Algonquin, se encontraba en el epicentro de los dos restaurantes más populares (el Sherry y el Delmonico), los cinco grandes clubes de la ciudad, el hipódromo y algunos destacados teatros.

A la entrada, una enorme cúpula acristalada permitía que toda la estancia se iluminara de día sin necesidad de

electricidad. De noche, como era el caso, dos titánicas lámparas de araña se encargaban de alumbrar el interior. Bajo el techo, decenas de mesas y sillas, flanqueadas por altas palmeras, que trasladaban al huésped a algún lugar de la sabana africana. A ambos lados, grandes columnas que sustentaban el edificio y daban acceso a los diferentes servicios que ofrecía el hotel.

Angelo se sentía realmente cansado y así se lo hizo saber a Lilly cuando entraron en el vestíbulo.

El recepcionista les atendió con gran entusiasmo y mayor admiración, al ver de quién se trataba. Les dio las llaves de sus habitaciones y deseó a la

joven una feliz estancia.

Angelo y Lilly, flanqueados por los dos guardaespaldas, subieron en el ascensor. El joven que manipulaba la máquina llevaba una camisa con dos hileras de botones y un pantalón del mismo azul oscuro que la parte superior. Un gorro que, encajaba en su cabeza como un guante, completaba su atuendo.

El empleado pareció sopesar si debía advertirles del exceso de peso en el elevador, pero finalmente se calló.

–Buenas noches, caballeros, señorita –saludó cortés el ascensorista, que sería un poco más mayor que Lilly.

Sin necesidad de preguntar, el joven corrió la verja y manejó la palanca hasta



que la aguja marcó el ático. El señor Angelo había establecido el hotel como su residencia temporal desde hacía un par de meses. El estrecho habitáculo comenzó a moverse hacia arriba. El silencio allí dentro era incluso más tenso que en el coche y la muchacha, al fin, estalló.

—¿Por qué me ha traído aquí? Tengo una casa en la que me esperan —insinuó Lilly, sin tener las ideas demasiado claras.

Uno de los matones mandó parar el ascensor y un golpe súbito hizo que la joven se agarrara al gánster, evitando precipitarse al suelo.

—La traje aquí porque usted misma

me rogó hace un momento que cambiara su vida. Todo lo que conocía ya no existe para usted, *signorina*. A partir de ahora, dejará de relacionarse con su familia y amigos. En este mismo instante, me pertenece –declaró Angelo con aire arrogante, a escasos centímetros de la chica.

Lilly sintió cómo sus piernas le temblaban e hizo lo posible por disimularlo. El ascensor se había reiniciado sin que ella se diera cuenta de en qué instante.

Una pequeña campana anunció que habían llegado a su planta. Los tres hombres caminaron un par de pasos y, en ese momento, el de en medio se detuvo y

giró.

—*Signorina* Gilmore, debería bajar al vestíbulo. Tal vez se cruce con Dorothy Parker o el mismísimo Douglas Fairbanks... ¡Ah! —Expresó llamando la atención en aquel último punto—. Oportunidades cómo esta no surgen todos los días. No la desaproveche.

Lilly había contenido la respiración ante los consejos del gánster. Solo cuando este desapareció por el fondo del pasillo, se apoyó en uno de los paneles del ascensor hiperventilando.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Quiere que llame a alguien? —preguntó el empleado, inquieto por su repentino nerviosismo.

—No —replicó bruscamente. En el mismo momento que pronunció aquellas palabras se dio cuenta de que había copiado fielmente el estilo del mafioso. El ascensorista la miraba incrédulo. Un minuto, estaba agitada y pálida, al siguiente, se mostraba ingrata y desafiante—. Lo siento, no quise ser grosera.

El joven asintió y esperó a que ella saliera. Corrió la verja a un lado y movió la palanca hacia abajo. En cuestión de segundos, desaparecía de la vista de Lilly. Cuando esta se dio la vuelta, O ' Malley, uno de los matones de Angelo y el hombre que había hecho que el corazón de ella galopara durante

todo el trayecto en coche, esperaba unos metros por delante de ella.



*“Era uno de los millones de  
fantasmas  
que vagaban ahí dentro,  
espectros extraviados hasta  
que*

*alguien tecleaba la  
combinación exacta de letras  
y resucitaban por un  
instante.”*

*Kate Morton*







## CAPÍTULO 15

Siguiendo el consejo del mafioso, Lilly decidió pasear por el hotel. Como una sombra, unos pasos por detrás de ella, un hombre robusto y de talle alto le seguía a todas partes. Debería acostumbrarse a estar acompañada en todo momento. Tal y como Angelo le había dicho, ahora era de su propiedad.

El objeto de sus pensamientos se encontraba ahora a unos metros de ella y no sabía cómo actuar ante aquello. Si ya entonces la había conquistado con su actitud indiferente, ahora que sus ojos la seguían en todo momento sentía el corazón encogido. Sin embargo, su

presencia también le recordaba el trato que había hecho con Angelo, un hombre al que no se podía traicionar si uno no quería terminar descuartizado y devorado por los tiburones en medio del Hudson.

Deambuló por los pasillos disfrutando del lujo que se exhibía en derredor. Varios minutos después, daba con un maravilloso corredor que al igual que los anteriores hacía gala de sus amplios y luminosos ventanales, que cubrían por completo los muros. Las paredes y arcos sobre los que se sustentaba el edificio habían sido cubiertos por paneles de madera, traídos desde el otro lado del Atlántico. Más de

media docena de gigantescas lámparas de araña, de cristal de bohemia, colocadas milimétricamente en hilera, colgaban de monumentales techos que se fundían con el mismísimo cielo. Banquetas y plantas se alternaban por igual entre las ventanas, aportando algo de viveza al interminable corredor. Un sobrio piso de baldosas blancas y negras guiaba a un magnífico Steinway que, tallado en exquisita madera, hueso y nácar, ofrecía en cada una de sus piezas dibujos de filigranas y medallones retratando a beldades de siglos atrás.

Lilly sintió el irrefrenable deseo de caminar hasta el piano y posar sus dedos

sobre cada una de sus teclas.

Sin mediar palabra, acertó el camino entre el instrumento y ella. Se sentó en la banqueta colocada para tal fin y dejó que sus manos volaran libres por el teclado. La música comenzó a manar lenta y cadenciosamente, con una fluida armonía que parecía llenar los sentidos de la joven. Su rostro despreocupado, sus ojos cerrados y el movimiento que su cuerpo realizaba casi como si estuviera bailando hacían ver a todas luces que era una pianista consumada. Sin embargo, quien la conociera lo suficiente sabría que había admirado e idealizado a personas como Rachmaninov, Horowitz o Rubinstein,

pero jamás había tocado una sola de sus obras, ni de ninguna otra. Jamás había asistido a clases, ni había estado cerca de un piano. Era como si una fuerza ajena a ella, otra persona estuviera utilizando sus manos para tocar.

O'Malley, adivinando que le esperaría una larga noche, se sentó en una de las tantas butacas que había en el corredor y se sintió orgulloso de ser el único espectador del recital.

Dos horas después, a Lilly le pesaban los dedos y el cansancio comenzaba a extenderse por todas sus terminaciones nerviosas. No obstante, una vibrante sensación la obligaba a seguir tocando cada una de las

composiciones musicales que había escuchado desde que era niña. Sus ojos, abiertos ahora como platos, buscaban desesperados la ayuda del guardaespaldas. Este hacía rato que permanecía dormido, apoyado sobre la pared y sus ronquidos hacían vibrar, con cada exhalación, las ventanas próximas.

La velada continuó durante cinco horas más, en las que la joven había tocado “Para Elisa” y “Claro de Luna” de Beethoven, así como obras de Liszt y Mozart.

Pensó por un momento si la melodía que interpretaba ahora, la *Marcha Fúnebre* de Chopin, no sería la música perfecta para su final.

Los hinchados dedos de Lilly no habían soportado más aquel cruel esfuerzo y habían empezado a sangrar. Tenía las yemas de los dedos en carne viva y las uñas moradas. Los luceros de su rostro, derramando de forma continua lágrimas, recordaban a los grifos olvidados de una bañera que, con el tiempo, termina desbordándose.

La luz de un nuevo día comenzaba a brillar con timidez por entre los ventanales, mientras la muchacha seguía tocando, esta vez *Fantasia del Caminante* de Schubert. Al igual que el propio compositor un siglo atrás, Lilly parecía sumergirse en un punto inusitadamente lejano en el horizonte,

donde la vida se vivía en plenitud. La soledad había acompañado en sus largas caminatas al compositor y, ahora, parecía cernirse sobre ella, de forma inexorable.

Fueron las pisadas de varias mujeres que, con cepillos y fregonas, se disponían a limpiar la inapreciable suciedad de la sala, las que sacaron a O'Malley de su trance. Éste abrió los ojos de golpe y vio a las señoras, imbuidas en su propio trabajo. Después, fue consciente de los rayos que emitía el disco solar y algo en su mente, como una manivela, se accionó. Giró el rostro hacia el piano y comprobó con asombro cómo la maltrecha muchacha seguía



tocando el instrumento. No solo eso, sus dedos parecían deslizarse con ligereza sobre las teclas, a pesar de llevar allí toda la noche.

El guardaespaldas se puso en pie mientras se frotaba el cuello, dolorido por tan molesta posición. Unos pocos pasos le desvelaron la terrible realidad. Las manos de Lilly sangraban profusamente. Su mente se mostraba en un extraño estado de letargo y no reaccionaba ante las reiteradas voces del hombre. Bastó un rápido sprint, apartándole del instrumento de su tortura, para que ella abriera finalmente los ojos y se derrumbara sobre él, totalmente desecha.

O'Malley la cogió en brazos y corrió con ella a través de la galería. Las mujeres comenzaron a murmurar a sus espaldas al ver el rastro de sangre que la joven dejaba tras de ella.

Poco después, el médico vendaba las manos de Lilly y daba indicaciones para sus cuidados. Angelo se encargó de comprar el silencio del licenciado con un fajo de billetes. Una vez que él se quedó a solas con sus guardaespaldas, pudo descargar al fin toda su furia.

—O'Malley, te encargué que cuidaras de ella. No creí que fuera una tarea tan difícil. ¿Puedes explicarme por qué se encuentra en este estado? —exigió el gánster, acariciando el dorso de sus

manos para mitigar la ira que hervía en su interior.

El guardaespaldas se quedó callado durante unos minutos. Se sentía incapaz de confesar que se había quedado dormido y, más aún, que la protegida de su señor había tocado el piano hasta desangrarse. Lo expresara como lo expresara sonaba inverosímil. Nadie en su sano juicio podría tocar durante tantas horas seguidas. El cansancio, primero, y el dolor, después, le habrían obligado a abandonar aquella titánica tarea. Sin embargo, él había sido testigo de aquel horror y no encontraba una explicación lógica. El segundo mayor problema radicaba en que él se había

quedado dormido y había perdido de vista a la chica.

Angelo, harto de que no le respondiera en el acto, acercó su rostro al del guardaespaldas y repitió la pregunta.

—He dicho que qué ocurrió para que sus manos terminaran así —gritó rabioso. El impávido hombre se cuadró ante su sola presencia.

—Fuimos al pabellón de música y la muchacha comenzó a tocar el piano. Yo me senté y me quedé dormido. Cuando desperté por la mañana, ella seguía tocando —trató de resumir todo lo acontecido.

Angelo le dio una larga mirada y,

entonces, continuó su asedio.

—¿Me estás diciendo que, te quedaste dormido, de lo cual ya hablaremos más tarde, y ella tocó durante toda la noche? ¿Acaso la estás llamando lunática? Solo alguien que no estuviera en su sano juicio haría algo así —concluyó el mafioso, negándose a creer que una muchacha tan joven pudiera padecer tal trastorno.

El nudo que se había formado en la garganta de O'Malley hizo que tragara saliva a duras penas. En aquel momento, supo con total certeza que Angelo le retiraría de un balazo en cualquier callejón. Aquél era un hecho imperdonable. Sin que sus cuerdas

vocales pudieran articular una sola palabra, sencillamente asintió.

En cuestión de segundos, Angelo le dio la espalda, O'Malley exhaló aire, resignado por su destino y su jefe aprovechó su distracción para atinarle un derechazo en la cara. De su labio partido comenzó a manar bastante sangre.

—De momento, me conformaré con eso. Aléjate de mi vista —gritó, de nuevo, el gánster. Contempló el semblante de la joven. Su rostro parecía sereno y dulcificado por el profundo sueño en que se hallaba sumergida.



*“No hay una vieja casa  
que no tenga sus historias,  
no existe una vieja casa  
que no tenga sus fantasmas.”*

*Diane Setterfield*







## CAPÍTULO 16

O'Malley decidió marcar distancias entre Angelo y él, lo suficiente para que su jefe no reparara en su presencia, pero pudiera acudir a él si era necesario. Se limpió la sangre con un pañuelo y fue directo al hall. El movimiento involuntario de sus dedos provocado por su nerviosismo, hizo que se llevase las manos al bolsillo de la chaqueta. Sacó una cajetilla de Lucky Strike, sin apreciar la bella amazona dibujada en ella. Palpó su traje en busca de cerillas, se maldijo al no encontrarlas y se acercó a la recepcionista, esperando tener mejor suerte.

La empleada mantenía su cabeza inclinada sobre el mostrador. Se mostraba concentrada leyendo el periódico de la mañana. De nuevo, otra joven había sido asesinada y abandonada a su suerte. Esta vez en las afueras de Nueva York. Su gesto se contrajo en un rictus de miedo ante cada palabra que leía. Nancy rondaba cerca de los veinte, a pesar del moño y las grandes gafas que le hacían aparentar diez años más de la cuenta. En cuanto oyó unos pasos que se acercaban, alzó la vista y contempló al atractivo irlandés que se acercaba a ella. Su desordenado cabello le daba cierto aire rebelde. Observadora como era, se dio cuenta de

su labio partido y sus dedos temblorosos. Algo le preocupaba sobremanera. Entonces, recordó el incidente que su compañero le había comentado de forma escueta. Una muchacha había tocado el piano del hotel hasta la extenuación. Sus dedos sangraban profusamente y un médico había atendido a la chica. El señor Angelo había hecho venir a su propio cirujano, después de que se marchara el del hotel.

En aquel momento, Nancy supo con total seguridad que este hombre debía estar relacionado de alguna manera con aquella muchacha y decidió compartir con él lo que sabía, a tenor de que

podría tomarla por loca.

—¿Perdone, tiene fuego? —preguntó inquieto, O'Malley.

—Sí —contestó Nancy, acercándole un pequeño objeto metálico que había pasado desapercibido entre el resto de accesorios de oficina que cubrían la mesa. Se levantó de su silla y con un solo click, ofreció una enorme llama. El irlandés acercó su cigarro a la boca y, con tiento, dejó que el fuego prendiera en él. Inhaló profundamente, relajándose por unos segundos. La empleada pudo distinguir en aquel momento que los iris del joven eran de color diferente. El derecho era azul y el izquierdo tendía a ser una mezcla de avellana y azul cielo.

—Gracias —el hombre empezaba a girarse hacia la salida.

—¡Espere, por favor! —rogó ella, de forma impulsiva, consiguiendo ser el centro de atención de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado él, frenando en seco.

—He oído lo que le pasó a su amiga. ¿Se encuentra bien? —éste fue el prelude de lo que sería una interesante charla. El ceño fruncido de él la dijo al instante que no iba por buen camino—. Creo que sé lo que le ocurrió.

O'Malley evitó explicar que apenas conocía a la joven y tan solo era una amiga más de su jefe. Su relajada mirada le hizo saber a la recepcionista

que tenía toda su atención.

—Un fantasma —sentenció brevemente ella.

—¿Cómo? —preguntó él, sorprendido por aquella inesperada respuesta.

—Desde que el hotel abrió sus puertas, han pasado cosas extrañas, desde sillas y lámparas moviéndose hasta copas que estallan y cuadros que se giran solos. Sin embargo, esta es la primera vez que alguien sale herido —explicó la mujer, dando a entender que la muchacha debía tener algo especial para que el fantasma se hubiera fijado en ella.

O'Malley decidió seguirle el juego a la joven y coqueteando con ella, le

respondió con otra pregunta.

—¿Y quién es ese fantasma? —se mostró curioso por la historia que ella parecía morirse por contar.

—Era un hombre que vivió en el siglo pasado. Su prometida lo abandonó en el altar por un noble muy acaudalado. Una nota doblada por la mitad fue la única explicación que encontró al llegar a la que sería la casa de ambos. El hombre, abochornado y hundido en la pena, se suicidó en aquella vivienda que, con el tiempo, terminaría convirtiéndose en un gigantesco hotel de lujo.

—¿De verdad cree en ese tipo de historias? —bromeó O'Malley, sonriendo



por primera vez. Torció el gesto debido al dolor del labio. La conversación le había distraído momentáneamente de los problemas que le rodeaban.

—Búrlese si quiere, pero muchas noches se oyen las notas del piano. Cuando entramos en el corredor, la música se detiene de inmediato. Y créame si le digo que hay un único acceso tanto de entrada como de salida —informó al cliente, ante su atónita mirada. —El fantasma calma su tristeza haciendo sonar el piano, pero esta vez ha ido demasiado lejos. Debería alejar a su amiga de aquí antes de que le ocurra alguna desgracia —advirtió Nancy, ciertamente preocupada por el destino

de Lilly.

–Lo tendré en cuenta –agradeció el irlandés, saliendo al exterior para estirar las piernas y despejar la mente de preocupaciones.



Una semana después, Lilly parecía haberse recuperado milagrosamente, como si nada hubiera ocurrido. Angelo había seguido su evolución por boca de O'Malley, a quien había dado una segunda oportunidad.

–Más vale que no metas la pata esta vez –le había avisado el gánster.

El guardaespaldas pasó aquellos

siete días como si fueran un infierno, rezando para que ella recobrarla la vitalidad y su rostro se mostrara lleno de color. Se había tomado muy en serio su trabajo y pasaba día y noche junto a la cama de la muchacha. Sujetándola el pelo cuando vomitaba por la mañana o posando un paño húmedo sobre su frente para bajarle la fiebre. Ella comía como un pajarito y no hacía más que dormir a todas horas.

O'Malley podía recordar cada detalle de la habitación como si hubiera vivido allí toda una vida. Una enorme cama de metro y medio cubriendo el espacio central. A ambos lados, una mesilla de noche con su respectiva

lámpara. Enfrente un buró de madera lacada y una mesa auxiliar que sostenía un juego de café y té. Por último, dos duras butacas sobre las que su compañero y él se habían pasado días enteros.

También había tenido tiempo de aprenderse cada una de las líneas que delineaban el fino y delgado rostro de la muchacha. Sus bonitos párpados cerrados, sus pestañas sobresaliendo, su boca marcando una pequeña sonrisa. Había matado las horas dejando volar la imaginación: ¿quién era aquella misteriosa chica? ¿Qué se proponía para acercarse de aquella manera a Angelo? Lo que sí tenía claro era que debía estar

loca para hacerlo. No sabía de lo que este era capaz llegado el momento.

El cansancio se abatía sobre el guardaespaldas con cada vez más fuerza. ¡Si solo pudiera cerrar los ojos unos minutos! Pero, ¡no! No debía volver a dormirse. Si algo le pasaba a la chica, no se lo perdonaría. Primero, porque era su trabajo y su vida parecía depender de él y, segundo, porque se sentía muy apegado a su cabeza como para perderla. Y eso era justamente lo que le ocurriría si la señorita Gilmore sufría el menor rasguño.

El médico acudía todas las mañanas a comprobar el estado de salud de la joven, así como para curar y vendar sus

manos. Chester, el crío a las órdenes de Angelo, se encargaba de subirles la comida y cualquier otra cosa que necesitaran.

Al fin, cuando Lilly salió por su propio pie de la habitación, no se atrevió a pisar de nuevo aquella sala de música. El gánster la esperaba en el coche que había aparcado a la puerta. Había estado demasiado ocupado con Madden, haciéndole llegar el alcohol ilegal que había traído desde Canadá y evitando los controles policiales, untando a los oficiales con una generosa bonificación. Tenía que ocuparse de todos los detalles si quería que todo saliera bien. Estaba visto que era mejor

hacer las cosas que ordenarlas.

Su mal humor se vio aplacado al ver a Lilly caminar hacia el coche y entrar junto a él. Detrás, el irlandés realizaba su cometido a la perfección. Sus marcadas ojeras daban fe de que esta vez no había habido ningún error por su parte.

—Has cumplido, O'Malley. Sabía que no me fallarías... —dijo, dejando el resto de la frase en el aire.

El irlandés asintió y cerró la puerta del coche. Se quedó allí plantado, observando al gánster, su protegida y los guardaespaldas que les relevaron. Poco después, el automóvil se alejaba calle abajo.

—Ya puedes tomarte un descanso. Te lo has ganado —aconsejó Smith, frotándole el hombro.

Aquel hombre atlético, con espalda de nadador y cuya cabeza se asemejaba a una bola de billar había compartido con O'Malley la pesada carga de no perder de vista a la joven un solo momento. Tal había sido la obsesión del irlandés, que no había salido de la habitación que había sido su guarida durante los cuatro primeros días. Para entonces, Lilly se mantenía despierta durante pequeños periodos de tiempo y necesitaba la ayuda de una enfermera para desplazarse al baño o comer. Días antes, una cuña e inyecciones diarias de



suero habían sido fundamentales en sus necesidades básicas.

—Iré a ver a Siobhán. Hace más de una semana que no la veo y estará preocupada —le anunció, tratando de borrar la imagen de Lilly de su mente.

Smith se despidió de él, estrechándole la mano y sujetando fuertemente su brazo, un gesto que expresaba de forma abierta el aprecio que sentía por él.

O'Malley consiguió sorprender a su chica en el hospital donde trabajaba como enfermera. Su rostro delicado, unido a unos soñadores ojos y una fina boca, le aportaban un aire inocente que alegraba la vista a la mitad de la

población, hasta que su genio hacía acto de presencia y rompía el encantamiento. La otra mitad, muy supersticiosa, rehuía de los pelirrojos entre los que ella se incluía, como si atrajeran la mala suerte con solo cruzarse con ellos. La acercó hacia sí y la besó de forma profunda y denodada.

Siobhán agradeció aquel gesto de pasión, pero su mal semblante le hizo preocuparse.

—¿Estás bien? No tienes buena cara.  
—Sujetó su barbilla mientras le acariciaba suave y lentamente la herida del labio. Ya casi estaba cicatrizada, pero era enfermera y conocía a la perfección cómo se producían ese tipo

de heridas. No dijo nada más y decidió no reprocharle que hubiera estado una semana sin saber de él, aunque por su mente hubieran pasado las situaciones más espeluznantes.

—No he dormido mucho durante los últimos días —contestó, sin ocultar el cansancio en su voz—. Debería haberte enviado una nota para que no te preocuparas, pero me surgió algo y no pude demorarlo.

—Odio compartirte con Angelo. No me gusta nada que te mezcles con esa gente —se sinceró por enésima vez con él.

O'Malley ya sabía lo que Siobhán opinaba de juntarse con gánsteres.

—No tiene que gustarte, Sio. Sin él, estaría en la calle pasando frío y sin poder llevarme nada a la boca. Si no fuera por él, no te habría conocido — concluyó el irlandés, queriendo cerrar el tema que tantas discusiones y dolores de cabeza les traía siempre.

A la mente de Siobhán vino aquella frenética madrugada en la que la sala de urgencias se había colapsado con cinco hombres heridos por arma de fuego. Uno había muerto nada más llegar y los otros cuatro se encontraban en pronóstico reservado. Dos habían huido poco después de ser atendidos y un tercero había sido asesinado sin que nadie se enterara horas más tarde. El cuarto

convaleciente había sido O'Malley, que recibía protección y los mejores cuidados por encargo de Angelo. El irlandés se había cruzado en su camino y le había salvado la vida fortuitamente. El gánster no dudó en preguntarle si tenía un trabajo e incluirle dentro de su plantilla.

Siobhán había sido la enfermera asignada para atenderle en sus cuidados. Su primer encuentro había sido bastante desastroso y prometía muy poco. Ella, harta de tener que repartir su tiempo libre entre O'Malley y el resto de pacientes, le dejaba la bandeja de comida en la mesa y se largaba despidiendo rayos X por sus ojos. El

irlandés no había tardado en reclamarle al día siguiente su nula cordialidad y su palpable hostilidad hacia él.

—No estoy acostumbrada a tratar con ricachones. Esos tienen su propio servicio médico —recalcó molesta por las excesivas atenciones que el paciente recibía.

Él se había llevado la bala de otro y no entendía ni las atenciones, ni las antipatías que recibía de médicos y enfermeras por igual. Solo quería abandonar el hospital lo antes posible. No tenía trabajo y no sabía si llevaría suficiente parné para pagar la factura médica.

Después de aquello, pequeños

comentarios suspicaces y miradas cómplices fueron añadiendo gota a gota el secreto de su amor. El roce había terminado haciendo el cariño y este había pasado a un nivel superior.

La misma mañana en que O'Malley era dado de alta, buscó a su enfermera y le pidió la primera de la que serían muchas citas. De aquello habían pasado tres largos años y Siobhán seguía esperando que él hincara su rodilla en el suelo en cualquier momento.

Volviendo al presente, la pelirroja le aconsejó descansar.

—Deberías dormir algo. —Le dio un beso cerca de la oreja—. No olvides que mañana hemos quedado para cenar con

mi madre. –O'Malley alzó las cejas, mostrando a las claras que aquel detalle había quedado relegado en una parte muy lejana de su mente—. *Is grá liom thú*[6] –le gritó mientras él se alejaba por el pasillo.

El irlandés se giró un segundo, lanzándole una cautivadora sonrisa.

–*Mé freisin*[7].

O'Malley no pudo ver el ceño fruncido de Siobhán. Ella había llegado a la conclusión de que su chico era incapaz de pronunciar aquellas dos sencillas palabras: «Te quiero». Algo en su mente y en su corazón le detenían a expresar lo que verdaderamente sentía. Sabía que él la amaba de veras, pero



eso no era suficiente cuando se sentía la única luchando por aquella relación.



*El Maníaco de Harlem* no había perdido detalle de ninguno de los movimientos de Lilly. Desde que le conociera, ella había causado una gran impresión en él. Era una joven bella, inteligente y sagaz, diferente a las otras mujeres que había conocido. Las otras le habían engañado con la única intención de sacarle algunas monedas. Se abrían fácilmente de piernas y le decían todo aquello que quería escuchar. Después, le echaban con cajas destempladas de la

habitación sin tan siquiera darle un beso. Descubría el engaño cuando ya se había visto seducido y embrujado por aquellas mujeres de vida lujuriosa. Entonces, su furia solamente se veía aplacada cuando les hacía pagar por sus delitos. Les engañaba, haciéndoles creer que volvería a pagar por sus servicios y, en el momento del acto, las estrangulaba sin piedad. Era relativamente fácil. Ninguna mostraba resistencia, pues casi todas solían drogarse. Cuando la muerte se llevaba su último hálito de vida, mostraba con ellas la piedad que estas no habían sabido darle. Colocaba sus cuerpos de forma que, a simple vista, parecieran jóvenes inocentes durmiendo.

El prototipo de mujer con el que soñaba. La palidez mortuoria de los cuerpos, su baja temperatura y la inamovilidad de estos cuando los agitaba revelaba finalmente su verdadera condición.

Lillian aún conservaba aquel halo de genuina inocencia que cubría a las doncellas. Había contemplado su rostro teñido de escarlata cada vez que ella se veía cerca de un hombre. No había duda de que era una muchacha buena y honrada. Algo en lo que su padre le había insistido poco antes de morir.

Una furia desconocida se había apoderado de él cuando supo que dos hombres la custodiaban día y noche.

Esperó la reaparición de Lilly,

escondido al otro lado de la calle. Se sentía como un hombre acaudalado, sentado en la primera fila del teatro. Podía observar todo lo que pasaba, sin que nadie se percatara de su presencia. Su apariencia de vagabundo era el disfraz perfecto.

Uno de los guardaespaldas vestía un traje de tweed que revelaba su origen inglés y una visera que cubría sus ojos de los rayos del sol mientras que el otro destacaba por su masculinidad y fuerte carácter. Ninguno de los dos perdía de vista a la joven, quien se introdujo en la berlina donde alguien le esperaba. Un hombre de aspecto llamativo y elegante le entregó una caja envuelta a modo de

regalo.

No sabía qué era lo que estaba ocurriendo y su sangre hervía hasta cuotas inimaginables. Debía hallar una forma de llegar hasta ella. Solo así podría llegar a conocerle mejor y descubrir que él era el único para ella. Solo así podría desbancar a sus rivales en el más completo de los silencios.



## CAPÍTULO 17

*Minnie the Moocher*, interpretada por Cab Calloway y su orquesta, sonaba de fondo en la radio del coche. Lilly y Angelo se mostraron en silencio durante los primeros minutos. Ella prestaba atención a la letra de la canción para mantener sus nervios bajo control. Una joven bonita había confiado todos sus sueños a un hombre y este había terminado llevándola por el mal camino. Rezaba porque este no fuera su caso. Se acordó de Tom y sus advertencias, y deseó que estuviera a su lado, sentado en aquel coche.

El gánster la observó durante unos

minutos y se decidió a hablar:

—*Signorina* Gilmore, ¿no cree que si vamos a trabajar juntos, deberíamos dirigirnos la palabra? ¿Qué tal se encuentra? La enfermera me comentó que su rápida recuperación ha sido todo un milagro —admitió el hombre de rostro acribillado y mirada seductora, con cierto tono jocoso.

—No me olvido de nuestro trato, señor Angelo. Fui yo quien vino a usted, recuerde eso siempre. Me tendrá bajo su protección, pero recuerde las condiciones bajo las que se circunscribió nuestro acuerdo —le recordó.

Dispondría de los días que



necesitara, cuando ella quisiera y sin tener que dar ninguna explicación al respecto. Aquello no le había hecho ninguna gracia al gánster. Ceder ante los demás no era algo a lo que estuviera acostumbrado y aceptó sin reparos, al cavilar que podría fácilmente ponerle un guardaespaldas que le siguiera sin que ella lo supiera. De aquella manera, sabría dónde estaba en cada momento y tendría la seguridad de que su inversión estaba a salvo.

—*Va bene*. Dejando a un lado lo que ambos tenemos claro, tengo algo para usted. —Sacó de un lado del asiento una caja y se la ofreció. Esta tardó en reaccionar unos segundos—. Sí, es para

usted. Ábralo.

La joven tomó la caja y comenzó a desatar el lazo que la cubría, con cierto temor. Cuando la abrió, se encontró con un cuaderno con tapas de cuero y una estilográfica, con su nombre grabado.

—El médico me comentó que sería bueno que iniciara un diario. De esa manera, fortalecería sus manos y estimularía su mente, después de su enfermedad —le informó Angelo.

Ella sacó la libreta y el bolígrafo de la caja, admirándolos más de cerca.

—Gracias —fue lo único que Lilly acertó a decir, después de sus malas palabras al mafioso. Se sentía avergonzada y él lo vio en su rostro.

—No tiene importancia —cortó él—. Lo siguiente que haremos será comprarle un fondo de armario. No puede presentarse con esa ropa a ningún estudio de cine. La vestiremos como una verdadera estrella y, pronto, rodará el primero de una larga lista de éxitos.

Con aquella afirmación, el automóvil se detuvo ante la puerta del *Croirier*, una elegante boutique, en cuyo escaparate podían verse algunas de las maravillas que vestían celebridades de la talla de Louise Brooks o Mary Pickford.

Los nuevos guardaespaldas bajaron primero del coche, flanqueando como dos enormes columnas de mármol la

entrada al establecimiento. Revisados los alrededores, dieron el visto bueno y Angelo, envuelto en una chaqueta de talle alto, salió del vehículo. El gánster extendió la mano hacia Lilly, ayudándole a salir del interior.

Una vez fuera, caminaron hacia la prestigiosa tienda. Una jovencita les esperaba impaciente en la puerta. Su sencillo traje, compuesto por una blusa blanca y una falda negra, que no llegaba a cubrir las rodillas, le aportaba un aire discreto. Un pequeño collar de bisutería barata le hacía brillar, al igual que sus singularmente achinados ojos negros.

La dueña era una mujer cuyo rostro ajado combinaba con la blusa amarilla

que vestía. Un traje de chaqueta y falda de tweed a cuadros y un enorme collar de cuentas que daba dos vueltas a su cuello y cubría tres cuartas partes de su cuerpo completaban el estudiado atuendo de próspera empresaria.

Al ver fuera el coche del mafioso, la dueña preparó en tiempo récord a sus empleadas para la entrada del gánster. Con rápidas y concisas consignas, distribuyó nerviosa a cada una de sus mujeres. Cada una en su posición: una chica se encargaba de preparar bebidas calientes, otra de hacer una pequeña selección de vestidos, dos decoraban el mostrador con una amplia sonrisa y, la última, había salido a abrirles la puerta

como un botones predispuesto ante un cliente que deja buenas propinas.

Lilly comenzó a sentirse aturdida desde el momento en que entró, siendo el centro de las atenciones y miradas de todas las dependientas. Los habían llevado a un salón privado donde una pequeña pasarela central y un par de sillas a cada lado permitían contemplar tranquilamente el pase de los últimos modelos. La tienda se había cerrado en exclusiva para ellos, un detalle que se realizaba con los clientes importantes.

La joven se mostraba con dudas ante cada nuevo traje o vestido que le mostraban. Si uno le había gustado mucho, el siguiente la sorprendía de

igual manera y hacía que no tuviera claro cuál llevarse. Angelo era un hombre nervioso por naturaleza y, aunque disfrutaba con las expresiones de Lilly, supo que sin su ayuda ella nunca se decantaría por uno en concreto.

El gánster pidió que les envolvieran todos y los enviaran al Algonquin. El gesto inocente de Lilly, con la boca abierta formando una gran O, le pareció ciertamente divertido. Acostumbrado como estaba a mujeres que sabían lo que realmente querían y a las técnicas que utilizaban para conseguirlo, aquella niña le parecía de alguna manera adorable. Se sorprendió a sí mismo sintiendo cierta lástima por ella. La chica parecía

no saber en qué se había metido. Sin embargo, como al resto, los beneficios que sacara de aquel acuerdo la terminarían compensando por todo lo demás.

Angelo agitó la cabeza intentando apartar aquellas sensiblerías de su mente.

Lilly y él regresaron a la seguridad y el confort que les proporcionaba el Duesenberg, con uno de los guardaespaldas, mientras el otro se encargaba de guardar todas las cajas de vestidos y sombreros en la parte delantera, junto al chófer. El resto de la mañana la pasó comprando zapatos y bolsos y acudiendo después, a un salón



de belleza donde la encargada aseguró al gánster que dejaba a su protegida en buenas manos.

El hombre se marchó para atender sus negocios y dejó dicho que enviaría a uno de sus hombres a recogerla.

La encargada contempló a Lilly como un pintor observa un lienzo en blanco, enfrentándose a su siguiente gran reto.

La mujer se alejó hasta una mesa forrada de revistas de moda, entre las que Lilly pudo distinguir Harper Bazaar y Vogue. Las páginas pasaban deprisa por los dedos de la señora como si un vendaval hubiera irrumpido en la tienda y arrasara con todo. Los cortes que

predominaban eran a lo *garçon*, provenientes del otro lado del charco, donde el estilo *boyish* había nacido. La mano se detuvo ante una fotografía y levantó la vista hacia Lilly.

—Tienes una piel muy suave y delicada. Será fácil sacar a la superficie la belleza que ocultas bajo todas esas capas de vulgaridad —exclamó con total normalidad, mientras llamaba la atención de una peluquera y una *esteticien*.

Pronto, Lilly se encontraba sentada en un sillón con su cabello siendo lavado y sus pies recibiendo un tratamiento de pedicura. Sus manos aún seguían algo débiles y el mínimo

contacto hacía que aullara de dolor. Por su mente pasó Millie y la estupenda idea de haber compartido aquello juntas, pero recordó las palabras de Angelo: su pasado era eso, pasado. No debía inmiscuir a los que conocía si no quería que estos salieran malparados. Cerró sus ojos, disfrutando del relax que proporcionaba ser «reina por un día».

Dos horas después, con uno de sus vestidos nuevos, peinada y maquillada, Lilly se mostraba como una rosa en todo su esplendor. Había dejado atrás su aire inocente y ofrecía una versión renovada de su propio yo.

Eso mismo debió pensar O'Malley por su reacción al traspasar la puerta, al

tiempo que una campana anunciaba su llegada y las peluqueras se giraban, dejando ver el resultado final.

—Yo...yo...Vengo a recoger a Lillian...digo... a la señorita Gilmore — Su tartamudez era evidente, así como que esta era fruto de los nervios ante el cambio tan radical que ella había sufrido.

Un corto vestido rojo, que caía como una fina cortina de terciopelo, insinuaba las curvas del juvenil cuerpo de Lilly. Su larga melena morena estaba recogida a la altura de sus hombros, con bucles en cada uno de sus mechones. Sus profundos ojos negros, su sensual boca roja y sus cejas cuidadosamente

perfiladas le conferían un look de vampiresa, que aunque recargado era el que imperaba en aquel entonces.

O'Malley se acercó a ella y, como buen caballero, le tendió la mano para ayudarlo a levantarse de la silla. Lilly vio las sonrisas traviesas que flotaban en el ambiente y se levantó por su propio pie, sin ayuda de él.

El guardaespaldas le pidió que esperara allí un momento mientras hablaba con la dueña del salón. Ambos desaparecieron discretamente por otra puerta, donde O'Malley sacó un fajo de billetes del interior de su chaqueta y preguntó cuánto se la debía por su trabajo.

—Cinco dólares —contestó ella, después de enumerar los carísimos productos que habían utilizado con la señorita Gilmore.

—Está bien. Tenga diez. —Le entregó un billete con el retrato de Andrew Jackson—. Con esto dé por finiquitado nuestro contrato con usted.

—¿Hice algo mal? —preguntó alterada la rubia oxigenada, cuyo cabello combinaba con la indumentaria que llevaba.

—Buenos días —se despidió él, evitando una posible escena por parte de la dueña.

Salió por la puerta y sujetó a Lilly por el brazo, arrastrándole a la calle

donde les esperaba el señor Talbot, el chófer, y el señor Smith, el otro guardaespaldas.

—¡Suéltame, salvaje! —gritó ella, soltándose de su mano—. No me ha dejado ni tan siquiera despedirme de las empleadas. Quería agradecerlas...

O'Malley la interrumpió.

—¿Está de broma? —Soltó como un exabrupto—. No tiene que agradecer nada. Es su trabajo y es por lo que se las paga. Es más, no se merecen lo que acabo de pagarlas. —Calló cuando se dio cuenta de que había hablado con ella y lo había hecho de más. Él, al igual que sus compañeros, tenía prohibido dirigir la palabra a cualquiera de las chicas de

Angelo, fueran amantes o un simple negocio, como era Lilly.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué no estoy bien? ¿Y tu cara cuando me viste? —preguntó confusa. Su silencio fue la mejor respuesta—. ¿Y por qué no dijiste nada allí dentro?

—No me pareció lo más adecuado —replicó, rehuendo la triste mirada de ella.

—¿Y lo es aquí, delante de todo el mundo, haciéndome sentir avergonzada de mí misma? —formuló Lilly, sin esperar una respuesta.

No veía sentido en la forma de actuar del irlandés y parecía ser la única persona en darse cuenta, pues el señor



Talbot y el señor Smith no habían abierto la boca en ningún momento.

O'Malley abrió la portezuela del automóvil y se acercó a ella.

—Tiene razón. Aunque no esté conforme con su trabajo, no debería haberla sacado así de la tienda. Se lo compensaré —prometió, esperando que ella montara dentro.

Lilly observó sus ojos sinceros y supo que aquello sería lo más cercano a una disculpa que obtendría de él. Pasó junto a él y entró dentro. O'Malley expulsó la bocanada de aire que había retenido durante aquellos eternos minutos. Odiaba discutir con una mujer y, tal vez por eso, no se atrevía a dar el

siguiente paso con Siobhán: estabilizar su relación y comprometerse. El miedo a ceder a sus deseos y convertirse en un completo calzonazos le superaba tanto o más que la idea de ser un día no muy lejano un borracho maltratador, como su padre.

Su madre y él habían dejado Irlanda para huir de él, abandonando así también a toda su familia. Su épico viaje les había hecho llegar sanos y salvos hasta Queenstown, donde habían embarcado en un transatlántico de la White Star Line, que navegaba rumbo a Nueva York. Allí, una hermana de su madre a la que hacía años no veían, les esperaba para brindarles alojamiento y

trabajo. Aiden, a sus once años, era un chico muy despierto e inteligente y mostraba un futuro prometedor por delante. Sin embargo, aquel viaje en barco le marcaría, dejando una honda impresión en él que, aún ahora, revelaba sus repercusiones.

Después de sentarse, Lilly esperaba dirigirse a su siguiente destino lo antes posible, pero el irlandés, parado junto a la puerta y mirando al vacío, abstraído, parecía no tener prisa.

—¡O'Malley! ¿O'Malley? —llamó nerviosa, temiendo que algo malo pudiera haberle ocurrido.

Smith, que había trabajado con él desde el principio, lo conocía a la

perfección y sabía cómo tratarlo.

—Señorita, le ruego que le deje tranquilo. Cuando esté preparado, montará en el coche —le disculpó su compañero.

—¿Sabe lo que le ocurre? —preguntó, con un nudo en la garganta. Comenzó a barajar la posibilidad de que se hubiera quedado catatónico, pero un minuto después, el guardaespaldas bajaba la cabeza, respirando profusamente para al fin montar junto a ella en el vehículo, como si nada hubiera ocurrido.

Lilly supo que por mucho que le bombardeara a preguntas, no recibiría ninguna respuesta. Se mantuvo en silencio y esperó su siguiente parada,

como un reo que no sabe cuándo llegará  
a su fatídico destino.



## CAPÍTULO 18

El vehículo se detuvo y O'Malley salió al exterior, esperando que ella hiciera lo mismo. Se dejó guiar como una autómeta, pensando en todas las partes tan diferentes y complejas que formaban una misma persona. No necesitaba ir muy lejos para ir desentrañando cada una de las capas que la componían. Su guardaespaldas era un hombre complejo, reservado y con algún que otro secreto por lo que había presenciado minutos antes, junto al salón de belleza. No había querido ahondar en lo que le había ocurrido pues se trataba de algo que no le incumbía. Ella tenía un

único propósito: regresar al lado de sus padres. Cada vez estaba más segura de que el quid de la cuestión estaba allí, en los años 20. Siempre había vivido rodeada de objetos de aquella época y no podía ser casualidad que hubiera caído inconsciente en esa fantasía concreta.

Subió los escalones alfombrados hasta el vestíbulo. El señor Talbot, el señor Smith y el botones se encargaron de sacar y transportar todas las cajas, donde iban perfectamente doblados y envueltos en papel de seda, pañuelos, guantes, blusas, faldas y vestidos, hasta el dormitorio de la señorita Gilmore.

O'Malley y ella entraron en una de



las cabinas forjadas de hierro, cuyo letrero indicaba, a los más despistados, que se trataba de un «ASCENSOR». Sobre el letrero, un semicírculo que, al igual que un reloj, estaba dividido con varias marcas que señalaban las diferentes plantas del edificio. Una aguja era la encargada de indicar en qué planta se detenía cada vez.

Los otros tres hombres montaron con los paquetes en el ascensor de servicio.

La protegida de Angelo y su guardaespaldas se mostraban enfadados ante el ascensorista adolescente que, a diferencia del anterior, no llegaba a cubrir las mangas del traje con su

menudo cuerpo. En cuanto la máquina llegó a su planta, Lilly salió escopetada por el corredor camino de su habitación. El irlandés paseaba con tranquilidad tras ella, con aire superior. Como si supiera algo que ella desconociera.

Al llegar a la puerta, la muchacha se maldijo por no tener la llave del que era su propio cuarto. Extendió la mano hacia O'Malley, a quien le quedaban unos metros para llegar.

—Deme la condenada llave —exigió enfadada.

—Debería moderar su vocabulario, señorita Gilmore. Cualquiera creería que viene de los barrios bajos —aconsejó no con poca sorna.

—No necesito que se preocupe por mí. Ábrame la puerta y deme la llave — pidió Lilly de nuevo, mordiéndose la lengua para no verter toda su ira sobre aquel hombre tan atractivo pero, a la vez, tan irritante.

—¿En qué quedamos? Primero, quería que le diera la llave y ahora que le abra. Si no se aclara, no podré ayudarle —confesó divertido con la escena.

Lilly se apartó a un lado y dejó que él introdujera la llave en la cerradura y abriera. La puerta quedó entreabierta, permitiendo que la luz ganara algo de terreno en su lucha contra la oscura e inquietante penumbra. Entregó la pieza

de metal a la joven y retrocedió para permitirle entrar.

–Gracias –respondió, casi obligada ante el continuo trato atento que O’Malley manifestaba hacia ella.

Lilly activó la luz, rodeó la puerta hasta estar al otro lado y cerró ante las narices de él.

El segundo guardaespaldas, el chófer y el botones caminaban en ese momento hacia el irlandés. El primero había sido testigo del portazo.

–Las cosas entre la chica y tú no pintan muy bien –afirmó, esperando saber qué haría su compañero al respecto.

–¡Vaya! Te has vuelto todo un

experto en el tema –soltó molesto Aiden. La cara de su compañero le hizo ver que no había estado muy atinado con su respuesta—. Perdóname, Smith. Esta chica me saca de mis casillas. Tal vez debería hablar con el jefe y que me reubique en otro lugar –pensó en voz alta.

–No creo que sea buena idea. Ahora mismo te conviene tener contento a Angelo. Estás a prueba después de lo que le pasó en la salita de música. Necesitas convencerle de que sigues siendo valioso para él –aconsejó el hombre de cabeza rapada, quien llevaba seis años con Angelo y de cuyo pasado se conocía bien poco.

—Tienes razón —sentenció O'Malley—. No sé en qué demonios estaba pensando.

El botones lo interrumpió con una fingida tos, haciéndoles ver que, aunque Smith podía estar allí de pie, con las cajas todo el día, el señor Talbot y él comenzaban a cansarse. Además, el deber les requería para cumplir con otros servicios.

El joven de celestial mirada alzó la mano para golpear con los nudillos la puerta, pero esta se abrió antes de que él llamara.

«Por lo visto, la arpía ha estado escuchando todo desde el principio», pensó para sus adentros, fingiendo una

sonrisa ante ella. «Esta me la pagas».

El chófer y el botones dejaron las cajas. Smith se encargó de darle al chico una generosa propina por las molestias causadas. El adolescente sonrió agradecido, y se alejó de allí presto, antes de que pudieran meterle en algún que otro enredo.

Talbot se despidió de Lilly con una inclinación de cabeza y salió de la misma forma silenciosa con que había entrado.

La joven se había cambiado a una combinación rosa palo y una reducida bata del mismo color, que dejaba ver parte de sus bonitas piernas. Ninguno de los dos guardaespaldas perdió detalle

de las vistas.

—Me encuentro algo cansada — explicó Lilly a los dos. Estos le miraron preocupados—. No es nada serio. Es solo que no estoy acostumbrada a tanto ajetreo. Me echaré un rato y estaré como nueva.

Los hombres no dijeron nada. Su único cometido allí era velar por su seguridad. No tenían voz ni voto en las acciones de la joven, siempre que no se perjudicara a sí misma o, en su caso, al señor Angelo. En cuanto la chica cerró la puerta, ambos se dejaron caer en las sillas apostilladas a ambos lados de la entrada y comenzaron a hablar de la novia de Aiden, Siobhán.



—Estaba un tanto rara esta mañana —  
afirmó el implicado.

—¿Cómo crees que puede estar  
después de tanto tiempo esperando que  
la pidas en matrimonio? —reveló Smith,  
ante su sorprendido compañero—. Es  
algo con lo que toda mujer sueña,  
aunque se empeñe en negarlo. —Aquel  
tipo era un tonto por no saber cuidar a  
Siobhán. Si por él fuera, haría tiempo  
que estarían casados y con hijos.

—¿Por qué me cuentas todo esto? Me  
recuerdas a mi madre, excepto que ella  
tiene rulos en lugar de la enorme bola de  
billar que puebla tu cabeza —bromeó  
Aiden, intentando cambiar de tema.

Ambos rieron con ganas. Cuando

las risas se suavizaron, Smith se tocó el mentón, pensativo.

—No te diría esto si no me preocupara por los dos. Hacéis muy buena pareja y se nota que ella te quiere. No lo tires todo por la borda por simple cabezonería —le aconsejó con la sabiduría de un hombre casado.

Antes de que O'Malley pudiera abrir la boca para replicarle, oyeron el ruido de cristales haciéndose añicos dentro de la habitación. El joven se maldijo por haberle cedido la llave tan rápidamente a Lilly. Smith rebuscó entre sus bolsillos hasta que dio con una copia.

—Hay que estar preparado para todo

—dijo, agitando la llave en el aire.

Se precipitaron al interior de la estancia y, mientras Smith revisaba el cuarto de baño, O'Malley examinaba el salón y el dormitorio. Allí no había nadie, pero no tardaron en dar con la ventana que había roto. Las cortinas se movían batidas por el viento.

Aiden se acercó, movido por un acto reflejo, hasta el hueco del vano y se asomó al exterior.

Una mirada más detenida le hizo fijarse en cómo una delicada figura femenina se movía de puntillas por el saliente del edificio, sujetándose a los elementos arquitectónicos que sobresalían de la fachada. A todas luces,

parecía una chiflada arriesgando su vida por una tarea imposible. Encontrar una salida diferente a la puerta, sin ser descubierta. En lo primero había tenido éxito, aunque lamentablemente no en lo segundo.

–¡Lillyyy! –voceó Aiden, lo suficiente para que ella le oyera.

En efecto, ella giró el rostro unos centímetros. Sus miradas se cruzaron fugazmente y ella volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo.

–¡Dejadme en paz! –gritó ella, con determinación en la voz.

–¡Lillyy! ¡Dese la vuelta! ¿No ve que puede matarse? –le preguntó, cómo si aquello no fuera algo obvio.

—No —contestó rotundamente—. Me siento como un pájaro en una jaula de oro. No tengo libertad.

—Ya sabía eso cuando decidió trabajar con Angelo —le contestó el irlandés. Aquella chica conseguía irritarle como nadie.

Se giró en busca de Smith. Este se llevó el índice a los labios y, con gestos, le indicó que siguiera hablando con ella mientras él iba en busca de la joven. Aiden asintió.

—Sí, lo sabía. Pero él también tiene que entender que yo tengo una vida. Tengo familia y amigos que se estarán preocupando por mí. Hace una semana que no saben nada de mí.

Aiden advirtió una nota de desesperación en su voz. Él sabía lo que era entrar en una sociedad de la que no había forma literal de escapar. Todos vigilaban las espaldas de unos y otros. Tanto para lo bueno como para lo malo. La entendía de veras y si tan solo pudiera contarle lo que él sabía y sentía, podrían llevarse mejor. Pero ni él estaba permitido a hablar con ella más de lo necesario, ni Smith iba a ponérselo fácil por muy bien que ambos se llevaran. Sabía que para aquel hombre el trabajo era lo primero. Conocía su fama en cuanto a los numerosos compañeros que había tenido y todos los rumores apuntaban a que el error de todos ellos

había sido traicionar a sus jefes, algo de lo que Smith se había encargado de castigar con extrema crueldad. El toque de gracia llevaba a sus compañeros al fondo del Hudson, a un callejón o descuartizados en el maletero de un coche.

–Si baja de ahí ahora mismo, le prometo que le ayudaré –dijo, sin mucho convencimiento.

–Sabe que no es verdad. Y aunque lo fuera, Angelo no se lo permitiría. Le haría pedacitos antes de darme algo de libertad –se sinceró ella.

Aiden decidió jugar su última carta de la baraja.

–Mi compañero está tratando de

localizar la habitación a la que corresponde esa ventana. En cuanto lo haga, no tardará en poner sus zarpas sobre usted y darle unos buenos azotes por actuar de forma tan estúpida. En cambio, si decide hacerme caso, le convenceré de que no lo haga y le ayudaré sin que él se dé cuenta.

Ella lo miró incrédula. Parecía nervioso y con prisas de que bajara de allí. Ahora que ella lo pensaba, mirando al vacío, tampoco le hacía mucha gracia andar como una funambulista a ocho pisos de altura, sin saber si conseguiría salir de allí con vida.

Comenzó a desandar el camino de vuelta a la ventana del dormitorio y



cuando solo le quedaban unos pasos, Aiden extendió sus brazos sobre ella y la atrapó, metiéndola con rapidez hacia el interior.

Sin soltarla de la muñeca, la lanzó sobre la otomana verde, que había a los pies de la cama y con cuya colcha hacía juego. Lilly comenzó a frotarse la dolorida muñeca, frunciendo el ceño, enfadada.

Aiden comenzó a dar paseos a lo largo de la estancia, consciente de que debía tomar una decisión antes de que Smith apareciera. Salió con rapidez del cuarto, llevándose la llave y cerrando tras de sí. La joven no tardó en seguir sus pasos y, golpear la puerta, de forma

angustiosa. O'Malley la había encerrado en la suite para evitar cualquier posible tentación.

Cinco minutos después, el ruido de pisadas le advirtió de que regresara a la otomana. En un instante supo que lo primero que habían hecho los guardaespaldas era informar al gánster de sus andanzas.

La puerta se abrió, dejando un pequeño resquicio por el que Aiden entró. Este avanzó a solas hasta Lilly y se sentó junto a ella.

—He conseguido que mi compañero se tome unas horas libres. Le he dicho que le daría unos somníferos y que pasaría el resto del día en la cama —

confesó, revelando que era posible confiar en él.

—Bien. ¿Y ahora qué? ¿Cómo va a ayudarme a salir de aquí? ¿Acaso va a venir conmigo? —interrogó recelosa. Aiden asintió con la cabeza. Ella se maldijo ante esa posibilidad—. Supongamos que confiara en usted, ¿quién no me dice que su compañero no nos seguirá y le contará todo a Angelo? —preguntó cautelosa. No quería dar motivos al gánster para que rompiera su contrato o, tal vez, algo peor.

—Esperaremos un rato y entonces saldremos. Le conseguiré ropa de empleada de la limpieza y saldremos por la puerta de servicio, sin levantar

sospechas. —La mirada de Aiden se posó en ella. Parecía una buena muchacha. No entendía cómo podía haberse metido en aquel embrollo—. Hasta entonces, tiene tiempo de contarme dónde vamos a ir.

Lilly le contó brevemente su historia, donde realidad y ficción se daban la mano. Era huérfana y vivía con su tía Helen y su prima Millie, la chica que le había acompañado al Cotton Club y que había resultado ser novia de Pietro, uno de los chicos de Mancini. En aquel momento, Lilly ya era una experta en dominar el complicado arte de la mentira.

Aiden desapareció por la puerta de nuevo y, cuando regresó, lo hizo con dos

perchas de ropa.

—Nuevas identidades. Usted será Abbey, camarera de pisos, y yo seré Liam, su prometido —dijo, lanzándole la ropa a Lilly para que se diera prisa. Una vez fuera, en el ascensor de servicio, aún a solas, volvió a sujetarla del brazo—. No levante la cabeza y no hable hasta que yo le diga. Este edificio tiene oídos.



*“El recuerdo  
es vecino del  
remordimiento.”*  
*Victor Hugo*







## CAPÍTULO 19

Una hora después, Aiden y ella se encontraban sentados ante Helen y dos humeantes tazas de té. Helen había adquirido hace años aquella tradición inglesa y no desaprovechaba cualquier momento para relajarse, tomando aquella infusión, acompañada de unos emparedados.

Fue allí, sentada en la trastienda de la fábrica, donde Lilly recibió la trágica noticia. Millie no había regresado a casa la noche en que ambas salieron juntas.

Helen llamó a la policía, pero una vez confesó que la chica era mayor de edad no la hicieron caso y colgaron.

La rubia platino había sido encontrada detrás de unas cajas, a dos manzanas de su casa. Nadie se explicaba cómo una joven educada y de buena familia como era ella podía haber acabado tan mal. Nadie, excepto Helen y Henry, quienes sabían de su relación con un miembro de la mafia. Temían que, tarde o temprano, Millie acabara de aquella manera y sus malos augurios se vieron cumplidos. La policía, comprada por Mancini, no se molestó en abrir una investigación. Una simple anotación en el margen del expediente había bastado para que se archivara como suicidio. En cuanto a Lilly, al no aparecer su cadáver, pensaron que había logrado escapar. No

podieron hacer mucho más por buscarla, puesto que lo poco que sabían de ella había resultado ser falso.

—Le pido disculpas por haberles mentido. No conocía a nadie y no quería exponerme a ningún riesgo —confesó apesadumbrada Lilly—. Sin embargo, no me creo que fuera un suicidio —aseguró tajante—. Millie salió conmigo aquella noche. Rebosaba vitalidad y tenía muchos planes de futuro. Es imposible que se suicidara. Y aunque así hubiera sido, ¿cómo se explica que terminara de aquella forma tan terrible?

Helen se encogió de hombros. Sabía de sobra todo lo que la *starlet* le estaba revelando e incluso más. Millie

había vivido con ellos todo un año. La señora Hughes había llegado a quererla cómo a la hija que nunca tuvo. No se mostraba lo suficiente afectada porque aún no había asimilado del todo la noticia. Había sido Henry el responsable de reconocer el cadáver de la joven en la morgue y realizar todos los preparativos del funeral. A la homilía habían acudido los vecinos de la zona y el propio Tom, quien desde entonces se pasaba todos los días por la fábrica en busca de posibles noticias sobre Lilly.

Aiden se pasó la mano por su engominado cabello. Pese a la tragedia que estaban narrando, el aroma de

Chanel N° 22 que destilaba el cuello de Lilly comenzaba a aturdirle y a seducirle en la misma proporción. Se agarró al brazo de la silla y respiró despacio, hasta que por fin regresó a la normalidad. Las dos mujeres se mostraban enfrascadas en la conversación y no notaron nada inusual en el guardaespaldas. Se levantó con cuidado de la mesa. Necesitaba fumarse un cigarro, demasiada emoción en el ambiente.

–Entonces cree que fue obra del chico con el que salía –le preguntó de forma indirecta la joven.

–Solo Dios y ella saben la identidad de su asesino. De lo único que

estoy convencida es de que no se suicidó –sentenció con voz apagada. Su mente comenzaba a volar a páramos más altos.

Lilly supo que en su estado no le sacaría nada más. Se despidió de ella, abrazándola y besándola. No sabía cuándo volvería a verla, si es que lo hacía, y buscó a Aiden por la fábrica.

El guardaespaldas había salido, aparentemente, a tomar el aire, pero allí fuera no había nadie. Lo encontraron hablando con una de las costureras más veteranas, quien les vio acercarse. Un par de palabras compartidas y Aiden se despidió, encaminándose hacia Helen y Lilly.

—¿Quién era aquella mujer? — comenzó a hablar Lilly, mientras Aiden arrancaba el coche. El señor Talbot había sido relegado de sus tareas, con la excusa de ir a comprar el New York Herald Tribune en la tienda de revistas del hotel. El hombre había acatado las órdenes sin rechistar. Algo que aún a veces a Aiden le parecía de lo más sorprendente. Nadie hacía preguntas, solo seguían órdenes. Ese era su cometido. Nadie discutía las jerarquías. Todos sabían cuál era su sitio en aquel enorme conglomerado que componía la mafia—. Parecías conocerla.

Aquella última frase lo sacó de sus pensamientos.

—Nadie que debas conocer —espetó de forma seca—. Y si quieres que ambos sigamos vivos, te recomiendo que no menciones esta escapada nunca. No sé tú, pero yo le tengo mucho aprecio a mi cuello —bromeó sardónico, no sabiendo qué más podía decir.

—Gracias por lo que has hecho. Sé que te he puesto en una situación comprometida, pero si no hubiera venido nunca me habría enterado de la muerte de Millie —le dijo arrepentida. Las lágrimas comenzaron a brotar silenciosas por su rostro—. Debí quedarme con ella. Si lo hubiera hecho, nada de esto habría ocurrido.

Por un momento, el guardaespaldas



sintió cómo se le encogía el pecho ante la tristeza de ella. Estaban en la misma puerta del hotel, donde todas las miradas convergían. Si hacía un movimiento de más, no pasaría demasiado tiempo hasta que Angelo se enterara. Contempló a Lilly sorbiéndose la nariz e intentando serenarse sin éxito. En ese momento, Aiden mandó a hacer puñetas a Angelo, la recepcionista y cualquier otro que se atreviera a decirle lo que estaba y lo que no estaba bien. Sujetándola del brazo, la atrajo hacia sí y, albergándola entre sus brazos, acarició con ligereza su cabeza.

–Sshhh –trató de tranquilizarla–. Ya no tiene sentido preocuparse por el

pasado. Debemos inventarnos algo, solo en caso de que Smith esté en el hotel cuando regresemos. Diremos que seguías tan empeñada en salir, que te acompañé a dar un paseo. En realidad, tampoco mentimos demasiado –aseguró.

–Está bien. Haré lo que digas. Eres el único que parece preocuparse por mí –aceptó Lilly, saliendo del vehículo.

–No me preocupo por ti –negó ante la atenta mirada de Lilly. Continuó su frase para que ella dejara de mirarlo tan fijamente—. Me preocupo...

–Sí, sí, sí... de tu bonito cuello. Lo sé. Le tienes mucho aprecio.

Y con aquella pequeña broma por parte de ella, terminaron su

conversación. Ella caminó hacia el vestíbulo del hotel, observada en todo momento por O'Malley. Los pensamientos de este deambulaban en torno a ella. Sabía que las malas elecciones de Lilly podían llevarle al mismo lugar donde había terminado su amiga. No le hizo gracia la sola idea de que aquello se materializara. Movi6 su cabeza como en un mal sueño y entr6 en el ascensor antes de que sus puertas se cerraran.



## CAPÍTULO 20

La idea de que Millie había muerto por su culpa se paseaba constantemente por su cabeza. Había viajado al pasado, desconocedora de los motivos y lo único que parecía haber hecho hasta entonces era atraer la desgracia sobre los que la rodeaban. Mientras ella había estado disfrutando de los placeres de una vida de lujo, su amiga había sido asesinada y abandonada como un animal, sin más compañía que algún gato callejero en busca de comida.

Bajó la vista hacia el diario que había comenzado a escribir hacía algunas semanas. La misma tarde en que

O'Malley la había acompañado a ver a Helen y había descubierto la trágica noticia. Aquel cuaderno no había sido destinado para ser testigo de las alocadas ensoñaciones de una adolescente en pleno ascenso al estrellato. Lilly lo había dedicado en exclusiva a investigar la muerte de su amiga. En él había anotado todo lo que Helen recordaba, que no era mucho. Había regresado a verla en dos ocasiones más y la mujer se había esforzado en narrarle cualquier detalle por nimio que pareciera. Así se lo había pedido Lilly y así lo había hecho la mujer. Sin embargo, lo que había obtenido era bien poco.

Millie era un alma solitaria. No tenía más amistades que las vecinas del barrio, con quienes hablaba en el mercado; su novio, Pietro, al que no había vuelto a ver durante un año y con quien se había topado la noche de su asesinato y, Tom, al que había recibido alguna vez en casa, con un plato de comida caliente sobre la mesa.

La joven era una buena muchacha que no había hecho daño alguno a nadie. Helen seguía sin explicarse, entre sollozos, quién podría haber cometido aquel crimen.

Lilly había llegado a barajar varias posibilidades: Millie podía haber sido objetivo de las envidias de alguna

vecina o ser víctima de un robo que había salido mal. No obstante, la opción que a todas luces más resonaba en su cabeza era que Pietro, en un arranque de violencia, había acabado con la vida de su amiga solo porque ella le había abandonado un año atrás, sin darle ninguna explicación. Los mafiosos no eran gente comprensible por naturaleza. Solo tenían una manera de solucionar las cosas y no era precisamente hablando.

Se preguntaba cómo haría para confirmar que verdaderamente era Pietro quién se encontraba tras el asesinato de Millie y, si era así, qué podría hacer para desenmascararlo y llevarlo ante la justicia. Aunque los



Hughes fueran gente de posibles, sabía de buena fe que su muerte podría quedar impune. No solo la policía recibía bonificaciones extras de la mafia, también abogados y jueces, cuyo único trabajo era mirar a otro lado.

Lilly necesitaba ayuda. No tenía a nadie en quién confiar. Smith era bastante reservado y se mostraba como un perro, fiel a su amo. O'Malley era un caso aparte, difícil de descifrar. Se devanó los sesos y, entonces, una persona vino a su cabeza. Tom. ¡Qué estúpida había sido! Él conocía a la perfección las calles, donde la mayoría de noticias se filtraban. Él sería sus ojos y oídos, y la ayudaría a resolver aquel

caso.

Salió de su habitación, no antes de guardar a buen recaudo su cuaderno de notas. O'Malley se encontraba fuera haciendo guardia. Después de su última hazaña, no confiaba en ella.

—¿Qué necesitas? —preguntó desde el pasillo, dispuesto a ayudarle, siempre que permaneciera en su dormitorio a la espera de las órdenes de Angelo.

—Me gustaría ver a un amigo —sentenció no dispuesta a dar un paso atrás.

—Tus salidas ya me han costado más de un dolor de cabeza. Hoy, al menos, no saldrás. Te mantendrás ahí dentro, quietecita —dijo, señalando el interior de

la suite—. Como una niña buena.

—¡Maldito seas! —pronunció dejando que toda su ira ascendiera y se concentrara en sus mejillas. Como el motor a vapor de una locomotora antes de entrar en funcionamiento—. No sabes lo que estás haciendo.

—Sí. Hacer mi trabajo. Lo que debería haber hecho desde el primer día. Me hubiera ahorrado un montón de problemas —confesó cansado de aquella adolescente que no hacía sino manejarle a su antojo.

—Esto no se trata de mí... —calló cuando se dio cuenta que había estado a punto de contarle todo a O'Malley—. Déjalo —cedió finalmente, sabiendo que

no lo convencería.

—Así me gusta. Al fin te has dado cuenta de que no tienes elección — admitió él.

Lilly lo miró con desprecio. Él mantuvo su mirada de triunfo hasta que la chica cerró la puerta. El golpe resonó en todo el pasillo.

Smith salió de su dormitorio, al otro lado del hall.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó molesto. Su rostro decía con toda claridad que había estado sumergido en un sueño reparador hasta que Lilly lo había sacado de él.

—Nada, Smith. Vuelve a dormir. Aquí está todo controlado —le

tranquilizó O'Malley, abriendo la puerta de su dormitorio (situado frente al de Lilly) de par en par y sentándose en una silla. Aquella tarde sería muy larga.

Smith regresó a su cuarto poco convencido. Se había pasado la noche anterior fuera. No había conseguido pegar ojo y había decidido dar un paseo por la ciudad. El paseo se había alargado más de la cuenta y se había acostado con las luces del alba cerniéndose sobre la ciudad. Había caído rendido en la cama, reencontrándose con una elegante y bella dama en sus sueños.

—Lara, ¿eres tú? —preguntó el hombre incrédulo, ante lo que sus ojos

veían. Un asentimiento de cabeza de ella le confirmó sus sospechas—. No puede ser. ¡Estás...!

—Muerta. Puedes decirlo, querido. A diferencia de mí, tú siempre tuviste una gran predilección por lo melodramático —comenzó su monólogo la joven, que parecía no haber envejecido con el transcurrir de los años—. Por supuesto que estoy muerta y esto solo es un sueño. Desde que me mataron, vives anclado en el pasado y eso no es bueno para ti, ni para la gente que te rodea. Debes avanzar. Seguir adelante y tratar de ser feliz por una vez.

La voz de Lara parecía ser la misma de siempre, pero su tono se había vuelto

más duro y cínico. Nada que ver con la mujer con quien compartió su vida. Encaminó sus pasos hacia ella. Deseaba acariciar su rostro y estrecharla entre sus manos, pero una fuerte corriente de aire lo arrastró de vuelta a la realidad. El dormitorio del hotel Algonquin.



*“Y para estar total,  
completa, absolutamente  
enamorado,  
hay que tener plena  
conciencia*



*de que uno también es  
querido,  
que uno también inspira  
amor.”*

*Mario Benedetti*





# CAPÍTULO 21

Las semanas fueron transcurriendo sin que Lilly pudiera hacer nada. Angelo la tenía vigilada día y noche. La joven no podía dar un paso en falso sin toparse con al menos uno de los dos guardaespaldas. Más que protegerla, parecían velar porque la inversión del mafioso no huyera en cualquier momento al descubrir de qué material estaban hechos todos los que la rodeaban.

Lilly no perdía la esperanza y siempre permanecía atenta, con la esperanza de hallar una manera de ponerse en contacto con Tom. Comenzaba a creer que las palabras de

Helen, advirtiéndola la noche antes de que Millie y ella salieran, estaban cargadas de verdades.

Lilly no había conseguido apartar el recuerdo de su amiga ni un momento de su mente. A pesar de que seguía preparándose para ser la siguiente gran actriz del panorama, toda su concentración se desvanecía al recordar con cualquier pequeño detalle a Millie. Le hubiera gustado hablar de cosas de chicas mientras tomaban un batido, ir de compras y tantas otras cosas que las amigas hacían juntas.

Mientras la cabeza de Lilly seguía empañada por el dolor de la pérdida de su amiga, Angelo no hacía sino

increparla. Si quería ser la estrella en todos los cines del país, Lilly tenía mucho trabajo por delante y muchas rivales consagradas con las que pugnar por el tan ansiado éxito.



*El Maníaco* seguía observando a Lilly entre las sombras, dispuesto como fuera a estar junto a ella. No había tardado mucho en descubrir cuál era la clave. La respuesta tenía nombre de chico: Chester.

Decidió hacerse amigo suyo y para ello nada mejor que hacerle un favor y confiarle un supuesto secreto. Dos principios que siempre le habían venido

bien.

Chester estaba en una mejor posición económica que él por lo que no podía engatusarle con dinero. La ropa que llevaba estaba hecha a medida por el sastre de Ciro Angelo y su mirada anunciaba a voces que era un hueso duro de roer.

Solo había una cosa, aparte de la guita[8] que hiciera perder la cabeza a un hombre, tuviera la edad que tuviera, las mujeres. Se cruzaría con él por casualidad, le llamaría por su nombre y admitiría conocerlo sin lograr ubicarlo. Era un plan tonto, pero hasta las cosas más tontas podían llegar a ser las más inteligentes. Le invitaría a beber. Había

comprado una botella de alcohol para tal fin. Ningún bar permitiría la entrada a un crío y, menos aún, que este bebiera. Después de eso, le engañaría haciéndole creer que le llevaba a una casa de citas que él frecuentaba.

Se estiró la ropa que le habían prestado para aquella ocasión y cruzó de acera, dispuesto a representar el mejor de sus papeles.



La conocida «Celebrity Night», que se celebraba en el Cotton Club cada domingo y que congregaba a famosos en una clandestina exclusividad, había sido trasladada a la sala de fiestas del

Waldorf Astoria. El club de Harlem había sufrido una redada la noche anterior y el propio Owney Madden, el dueño del garito, se había encargado de no decepcionar a sus clientes.

Por aquella sala se paseaban directores, actores, modelos y un sinfín de periodistas que se movían a la caza de la siguiente gran noticia. La muchacha se cruzó con tipos tan divertidos y curiosos como Groucho Marx y su inseparable habano o Buster Keaton, del que pudo comprobar eran ciertos los rumores de que nunca sonreía. Se le veía un hombre serio y advenedizo, que parecía haber terminado en el cine como por azar.



Lilly caminaba del brazo de Ciro Angelo y derrochaba sonrisas y palabras halagadoras para todo aquel con el que se paraban a hablar. Su extraordinaria actitud había sorprendido al propio gánster, que desconocía que la muchacha supiera moverse tan fácilmente en las altas esferas. Sus modales hablando y su forma de moverse hacían creer que llevaba varios años dentro del *star-system*[\[9\]](#), junto a personajes tan conocidos como Greta Garbo o Lon Chaney, en lugar de ser la *starlet* que era. Angelo se mostraba como un padre orgulloso de su hija, exhibiéndola por doquier.

La joven se alegraba de sacar

provecho a las tantas películas del género mudo que había visto desde pequeña. La afición de sus padres le había servido de gran utilidad a la hora de saber manejar a la gente más perspicaz y pícara. Se mantenía dentro de los círculos lo suficiente para ser presentada y conocer los rostros de sus competidoras. Fue tomando un aperitivo de los que servían los camareros de forma incesante a lo largo de la enorme y rutilante sala, con sus gigantescas lámparas de araña, hasta que percibió una interesante conversación.

Tres fastuosas mujeres, vestidas de forma opulenta, con sus copas de champán en una mano y sus largos

collares de perlas o sus bolsos de pedrería en la otra, hablaban de alguien de una forma un tanto soez.

—No sé cómo una simple extranjera puede estar en la cumbre del cine americano. Me parece algo de muy mal gusto —exclamó la rubia de ojos perfilados como gata y mirada penetrante. No era otra que Tallulah Bankhead, quien había conseguido el éxito en el teatro, pero no había rodado una película desde hacía siete años.

—¡No te preocupes! A todo cerdo le llega su San Martín. Solo es cuestión de tiempo —exclamó *la pequeña Mary* (Pickford).

La tercera era una jovencita de

cabellos atezados y ondas al agua, quien había sido recientemente contratada por la Heaven como doble de Norma Shearer. De origen humilde, Joan Crawford había vivido por y para la danza y gracias a ella había conseguido trabajar para la prestigiosa productora.

—Ya veo que no te has enterado de la noticia... —dejó caer Tallulah, acercándose la boquilla del cigarro a sus finos y perfilados labios. La cara de asombro de Joan lo decía todo. Era imposible que no lo supiera. Su amiga no tardó en ponerle al corriente—. No contenta con liarse con Chaplin, Pola no ha tardado en ir pregonando a la prensa poco después de la muerte de Rodolfo

Valentino, que ambos planeaban casarse. Imagínate cómo le ha sentado eso a la familia, especialmente a Alberto, su hermano —anunció Tallulah, oteando la sala para comprobar que la Negri no andaba cerca.

La joven debutante no dudó en añadir su porción a la tarta.

—Yo he escuchado que siguió el ataúd desde Los Angeles hasta el mismísimo Nueva York y posó para los fotógrafos como si fuera su viuda.

—Es repugnante, valerse de la muerte de alguien para mantener su nombre en lo más alto —declaró escandalizada *la novia de América*, cómo se conocía entonces a Mary

Pickford.

Lilly no daba crédito a lo que estaba escuchando. Incluso aquellas actrices que habían formado un mito en torno a su persona, terminaban vanagloriándose de sus éxitos y desacreditando a aquellas que les iban ganando terreno poco a poco o les habían arrebatado el trono sin demasiado esfuerzo. Sintió náuseas de todo aquello y se alejó en busca de otra copa.

El bullicio en la sala era palpable. Una orquesta tocaba al fondo de la sala sobre un enorme escenario. Los miembros de la misma terminaron de interpretar una canción de jazz y, con un

par de palabras y un guiño entre ellos, comenzaron a tocar los primeros compases de otra. Las parejas se reunieron en el centro de la pista de baile y danzaron al ritmo del fox-trot, moviendo sus pies hacia adelante y hacia atrás. Dos largas mesas a ambos lados de la habitación, exhibían comida y bebida para alimentar a todo un regimiento.

Lilly cogió una de las decenas de copas servidas que había en la mesa y se alejó a un rincón, esperando no ser vista por nadie.

Las damas bailaban con sus acompañantes, demostrando sus habilidades; parloteaban sobre sus

competidoras, como había descubierto antes o recibían alabanzas de algún caballero. Por otra parte, los hombres se concentraban en la mesa del otro lado del salón, junto a las provisiones de alcohol, o en pequeños círculos privados, donde se planeaban grandes negocios. Angelo se encontraba sumergido en uno de ellos y parecía no echarla en falta.

Bebió despacio de su copa, sin perder detalle de lo que acontecía a su alrededor, cuando una voz en su oreja la sobresaltó. Parte del champán se derramó cuello abajo, pero el pañuelo que O'Malley le tendió, evitó que su vestido se manchara.



—¡Gracias! —Le devolvió el trozo de tela, después de secarse. La mano de él le indicó que podía quedárselo. Ella asintió y lo guardó.

—¿Qué hace aquí tan sola? ¿Por qué no se divierte con el resto de la gente? Deles una oportunidad —la animó el guardaespaldas, preocupado por la soledad en la que ella se había encerrado.

—Me dolía la cabeza y necesitaba un poco de espacio —afirmó llevándose la mano a la sien.

—La bebida no hará que mejore precisamente —le advirtió mirando su copa vacía.

—Lo sé. Es que no estoy pasando

por un buen momento, ¿de acuerdo? – dijo malhumorada. Si separarse de sus padres cuando estos más la necesitaban no era suficiente, ahora se añadía a su tragedia personal el fallecimiento de Millie.

–¿Qué es lo que le puede preocupar a una jovencita que lo tiene todo? – preguntó sardónico.

El guardaespaldas no sabía todo lo que atenazaba su alma, pero eso no era motivo para que la hablara así. Seguía sin soportarle, aunque prefería no plantearse el motivo.

–Tienes razón. Soy una niña tonta que lo tiene todo con solo chascar los dedos. –Se incorporó y le miró

desafiante. A pocos centímetros de su cara chasqueó los dedos de su mano derecha—. Y ahora, querría tomar otra copa y que desaparezcas de mi vista aunque solo sea un ratito —soltó, entregándole la copa vacía.

La chica se alejó de allí dejándole con la palabra en la boca. Aiden estuvo a punto de ir tras ella y sermonearla, pero recapacitó al recordar que hacía muy poco que había sufrido la desgracia de perder a su amiga. Empezó a sentirse verdaderamente mal por su falta de tacto.

La rabia y la impotencia hicieron que una pequeña lágrima comenzara a correr por las mejillas de la joven.

Smith, testigo de la escena, se dirigió hacia ella.

—¿Se encuentra bien, señorita Gilmore? —le preguntó, tratando de ayudarla.

—Sí, sí —dijo de forma apresurada—. Tengo algo en el ojo. Voy un momento al baño.

Aquella pobre disculpa no fue suficiente para convencer a Smith, quien continuó sus pasos hacia O'Malley y, sujetándole por el codo, le zarandeó.

—¿Qué demonios te ocurre?

—¿De qué hablas? A mí no me pasa nada —aseguró el irlandés, algo nervioso.

—No me tomes por tonto. Lo he visto

todo. Haz tu trabajo y deja de acecharla –le increpó aquel saco de músculos—. Llevas tres años trabajando para Angelo, pero parece que no supieras de lo que es capaz. No es el tipo de persona con la que te gustaría enemistarte. No hagas que se arrepienta de haberte contratado.

Smith le soltó enfadado y se perdió de nuevo entre el gentío.



## CAPÍTULO 22

El baño estaba vacío cuando Lilly llegó, por lo que pudo encerrarse dentro y dar rienda suelta a su desasosiego llorando. Odiaba a aquel hombre. No sabía cómo, ni por qué, pero sus maneras no le habían gustado desde el principio. No había dudado en desacreditarla, a ella y a las peluqueras que tan bien la habían tratado. Ahora sabía cómo la consideraba. A sus ojos, ella no era más que una niña caprichosa, que había tenido suerte de toparse con un gánster, que le daría una vida llena de lujos y desenfreno. Era cierto que asistir a fiestas exclusivas donde solo unos

pocos eran invitados, vestir como las divas de la gran pantalla o ser el centro constante de atención eran cosas con las que cualquier chica soñaría. Sin embargo, no podía disfrutar de todo aquello sabiendo que el futuro de sus padres estaba en *pause* y, tal vez, ella era la única que podía hacer algo para enmendar aquello. Por otro lado, estaba el misterioso asesinato de Millie, a la cual no estaba dispuesta a olvidar tan fácilmente.

Unos golpes en la puerta sacaron a la joven de sus pensamientos. Su maquillaje se había estropeado y no llevaba nada encima con lo que rehacerlo. Se lavó la cara a conciencia y



tomó una de las toallas, pulcramente dobladas junto al lavabo, para secarse. Observó su rostro ante el espejo. Ante ella había una niña, a lo sumo una adolescente, que nunca había sabido lo que era trabajar verdaderamente duro. Únicamente había vivido para estudiar y disfrutar de aquellos a los que quería. Sus padres y amigos. El tiempo que le restaba lo había empleado en rellenar decenas de cuadernos con historias absurdas que nunca verían la luz.

Ahora entendía lo que O'Malley había querido decirle. En definitiva, él tenía razón. Siguió observando su reflejo. Sintió, entonces, tanta repulsión de sí misma que cogió lo primero que

tuvo a mano y lo lanzó contra el cristal, haciéndolo añicos.

Los golpes tras la puerta volvieron a hacerse escuchar, esta vez más fuertes.

La sangre comenzaba a manar del brazo de Lilly cuando unos ruidos en la cerradura la avisaron de que alguien trataba de entrar. La puerta cedió ante el seguro y ella quedó desprotegida. Oyó dos voces hablando y, entonces, una mujer apareció por el resquicio.

—¡Dame las gracias de que llamara al conserje del edificio o alguna loca habría llamado a los bomberos! — exclamó la mujer, que por su atuendo más parecía una gitana contratada para amenizar la velada que una de las

grandes del panorama cinematográfico.

Pola Negri ocultaba su radiante y encrespado cabello negro debajo de un turbante. Un rizado y gracioso mechón sobresalía a su izquierda. Su vestido de tafetán cubría solo uno de sus hombros. La parte superior era de un flamante naranja que aturdiría los sentidos mientras que de cintura para abajo era totalmente negro. La asimetría dejaba ver una fina y transparente tela en el escote.

La Negri la miró de arriba abajo y al ver su brazo ensangrentado no dudó en ponerlo bajo el grifo. Lo lavó con agua y lo envolvió en una toalla. Por su forma de actuar, Lilly supo que no era la primera vez que se encontraba ante un

aprieto similar.

—Sujétalo así —le pidió la actriz, con el brazo de Lilly en alto—. Listo —sentenció la improvisada enfermera, con aquel marcado acento polaco que la caracterizaba. El hecho de que las películas fueran mudas le favorecía enormemente, sino nadie la habría contratado.

Lilly seguía sin soltar prenda. La mujer la miró de cerca.

—¿Te encuentras bien? Tienes pinta de haber estado llorando —dedujo la Negri por el hinchazón de sus ojos.

—No, no me encuentro bien —alegó débilmente Lilly. Su mente no paraba de dar vueltas al mismo tema y había

comenzado a sentirse mal. La habitación no paraba de moverse y su pulso se había ralentizado.

La actriz tiró de ella hasta el lavabo y la empapó la nuca y la frente con agua fría, esperando que surgiera efecto. El sencillo y bonito vestido de Lilly, con rayas verticales blancas y negras, quedó completamente arruinado por el agua[10].

Poco después, Lilly y ella se encontraban sentadas en el largo banco que había frente al tocador. Habían comenzado a hablar de la fiesta y habían terminado hablando de ellas mismas, de lo que hacían y a dónde querían llegar.

–Mis padres trabajaron duro para

darme una buena vida. Solo quiero devolverles todo aquello que me dieron siendo una gran estrella –admitió la Negri, sincerándose con alguien por primera vez en mucho tiempo. Suspiró y dio un giro a la conversación–. ¿Cuál es tu motivo?

–Admiro mucho a Lillian Gish y me gustaría trabajar con ella algún día. –Se sorprendió la joven, escuchando sus propias palabras. Siempre había odiado a la actriz, pero desde que llegara al pasado, todos sus principios se habían dado de frente con la pared. Nada era como ella había creído. Había actuado movida por sus propios principios y reglas y, con ello, no había hecho más

que cometer un error detrás de otro. Tal vez era momento de cambiar, de seguir su instinto.

—Ya veo. Sí que eres una gran admiradora si te has cambiado el nombre por ella —pensó en voz alta la actriz.

—No —rió Lilly—. Eso es pura coincidencia —mintió, imaginando que ambas debían ser rivales.

La Negri la observó nuevamente con detalle y pudo apreciar la belleza de sus pueriles rasgos y el resplandor que sus ojos desprendían. Se la veía radiante. No tenía necesidad de cosméticos para verse más rutilante. Pola sonrió y cogió a Lilly del brazo que

tenía sano.

–Creo que tú y yo vamos a ser grandes amigas –auguró, devolviéndole la sonrisa.



*“Si hay algo seguro en  
esta vida,  
si la historia nos ha*



*enseñado algo,  
es que se puede matar a  
cualquiera.”*

*El Padrino*





## CAPÍTULO 23

Ciro Angelo era un hombre avisado, que sin tener estudios había sabido exprimirle el jugo a la vida. Le gustaba empaparse de todo aquello que desconocía y mezclarse con gente que pudiera aportarle nuevos conocimientos. No era la primera vez que el mafioso tenía negocios en la industria del cine, pero sí la primera que financiaba a una actriz. Para ello, no había dudado en mover los hilos necesarios para que le invitaran a aquella fiesta y poder codearse con gente tan variopinta.

Smith le seguía como una sombra. Como un invitado más, el

guardaespaldas se acercó a una de las mesas y pidió una Coca-Cola. El camarero quitó la chapa con un abridor, vertió el contenido sobre una copa y aderezó esta con una rodaja de limón. Con su enguantada mano, tomó la copa con dos dedos y se la entregó al robusto hombre.

El siciliano se paseaba por la estancia con la elegancia de un felino, observando y catalogando a cada persona. Notó la garganta algo reseca y se llevó la copa de whisky a los labios. La frescura de los hielos y la fuerza del alcohol le reanimaron de inmediato. Solo hasta que notó un dolor en el pecho. Antes de que se llevara la mano

al corazón, cayó redondo al suelo.

Todo había ocurrido muy de prisa. La gente, asustada, comenzó a parlotear más alto. Smith, apoyado junto a una columna cercana, fue testigo del desvanecimiento del capo. Dejó la copa vacía sobre la bandeja de un camarero próximo a él y se acercó a socorrer a Angelo. Apartó a la gente agolpada a su alrededor y pidió la ayuda de un médico. Aiden y Lilly no tardaron en unirse a él. Poco después, un par de enfermeros recostaban al siciliano en una camilla y lo transportaban al interior de una ambulancia.

Smith montó dentro, junto al mafioso. Aiden se disponía a hacer lo

propio cuando su compañero le recordó que debía acompañar a Lilly de vuelta al hotel.

—Está bien. En cuanto la deje en su habitación, iré —prometió.

La respiración de Angelo era muy débil y los enfermeros colocaron sobre su rostro una mascarilla unida a una botellita. Uno de ellos se encargaba de presionar y soltar esta para facilitarle aire mientras otro trataba de buscarle el pulso.

Una vez hospitalizado, lograron estabilizarle. Tardaron más en encontrar la respuesta a su fallo cardíaco. El corazón se le había detenido por unos minutos. Si el médico del hotel hubiera

tardado un poco más en aparecer, el siciliano no lo habría contado.

Mientras Smith esperaba nervioso noticias de su jefe, Talbot conducía el coche que llevaba a Aiden y Lilly de vuelta al hotel.

Aiden cumplía la orden de Angelo al pie de la letra, sentado atrás junto a la *starlet*. Sin embargo, su mirada perdida a través del cristal de la ventanilla decía que él estaba muy lejos, en otra parte.

Lilly le observaba preocupada. No quería ser desagradecida, pero prefería estar sentada ahora mismo junto al guardaespaldas y no que este hubiera ocupado el sitio de Angelo. Deslizó su mano sobre su hombro y este volvió de

repente a la realidad.

—No te martirices. Seguro que estará bien. La ambulancia llegó a tiempo. Pronto estará fuera de peligro — afirmó ella, aún sin estar del todo segura. Deseaba apartar aquel velo que cubría el rostro de Aiden. Ese que no dejaba ver un brillo especial en sus ojos o la curvatura de sus labios cuando sonreía.

El irlandés la miró de una forma que Lilly nunca había visto antes en él y que no supo reconocer. Apartó su mano de él, confusa por lo que pudiera estar pasando por su mente.

—Te agradezco tu apoyo, Lilly pero no estaré tranquilo hasta que no lo vea



con mis propios ojos —expuso descorazonado por las circunstancias—. Angelo marcó un antes y un después en mi vida. De hecho, soy lo que soy, gracias a él —aseguró ante la incrédula mirada de ella.

El coche se detuvo instantes después en la puerta del hotel.

—Hemos llegado —anunció el chófer, de forma escueta.

—Muy bien, Talbot. Danos un segundo —pidió el guardaespaldas, girándose hacia Lilly—. Me marcho al hospital. Es lo que me pide el cuerpo ahora. Prométeme que serás buena chica y no intentarás escapar por la ventana o caminar por el cable de la luz —bromeó

Aiden.

–Te prometo que me portaré bien, pero a cambio quiero que hagas algo por mí. Si piensas pasar toda la noche en el hospital, quiero que me llames para saber cómo se encuentra Angelo –pidió solícita.

–Está bien. Te llamaré –respondió mirándola con aquellos ojos iridiscentes que parecían hacerla perder la razón.

Lilly se despidió con un beso en su mejilla antes de salir rauda del coche y perderse dentro del hotel.

Cuando Angelo estuvo consciente, ordenó que le dieran el alta inmediatamente. No soportaba los hospitales. Como a todo el mundo, le

traían recuerdos y los suyos no eran especialmente gratos. Su hermano había muerto de un tiro en la cabeza y sus padres en una explosión. Él parecía ser el siguiente en la lista. Las rencillas dentro de la mafia se extendían en hilos muy finos e invisibles, que solo buscaban acabar con el cabecilla para sustituirlo.

Smith se ocupó de todo el papeleo y, quince minutos después, el capo se vestía y salía por su propio pie. No quería que nadie lo viera en una silla de ruedas. Los rumores tardaban poco en propagarse y crear alarma general.

El guardaespaldas escuchó atentamente las indicaciones del médico

y los fármacos que el paciente debía tomar para que aquel incidente no volviera a ocurrir. Angelo había estado sometido a mucho estrés y había hecho que su corazón colapsara.

Talbot y O'Malley los esperaban fuera.

—¿Qué coño haces aquí? Tendrías que estar cuidando de la chica —estalló enfadado Angelo. Notó un leve dolor en el pecho y se llevó la mano al foco del dolor—. Vámonos de una vez. Odio este sitio.

Ciro Angelo era un hombre fuerte.

«Si he sobrevivido a atravesar el Pacífico, a la viruela y a los miles de hijos de puta que me quieren muerto, un

simple ataque al corazón no va a acabar conmigo», pensó el siciliano, muy convencido de su férrea voluntad, sin saber que su ataque había sido provocado por alguien más.



## CAPÍTULO 24

Habían transcurrido dos días de la multitudinaria fiesta en el salón de baile del Waldorf Astoria y Pola y Lilly no se habían separado desde entonces. Juntas habían acudido al estudio de la Paramount, donde Lilly había podido disfrutar de las dotes interpretativas de la diva. Sus gestos hacían de ella una gran *femme fatale* que traía de cabeza a James Hall en el rodaje de *Hotel Imperial*. La Negri había empezado a hacer papeles más comunes para que las mujeres pudieran identificarse más fácilmente con ella y en esta película, la actriz interpretaba a una camarera de

pisos durante la I Guerra Mundial. La joven se veía inmersa en un triángulo amoroso entre el soldado austríaco al que escondía y el general ruso que establecía su cuartel general en el hotel, y quedaba prendado de ella.

Cada minuto que pasaba con ella, era más grande la admiración que Lilly sentía por la actriz y no había vuelto a dedicar un segundo pensamiento a la Gish.

Sus correrías juntas habían saltado a los titulares y periódicos sensacionalistas como el Daily Mirror que se hacía eco de que «Pola Negri ha conseguido superar rápidamente la pérdida de su prometido Rodolfo



Valentino y ahora se la ve disfrutar en las fiestas en compañía de su nueva amiga, la *starlet* Lillian Gilmore».

El día que la Negri había descubierto titulares como estos copando las páginas de sociedad del Evening Graphic o el Illustrated Daily News, se había encargado de comprar todos los ejemplares de la ciudad y mandarlos al vertedero, el lugar apropiado para basura como aquella. A Lilly no le había mencionado nada de aquel tema, pero su actitud pasiva le había hecho darse cuenta de que algo le ocurría a la diva.

—¿Qué es lo que te preocupa tanto?  
—preguntó la adolescente—. Me gustaría

poder animarte cómo tú logras hacer conmigo.

—No hay nada que puedas hacer. Créeme —admitió triste—. La opinión que tengan los demás de mí es mi tarjeta de presentación. Si la gente comienza a odiarme, el estudio no tardará en despedirme y, en poco tiempo, me vería obligada a trabajar como cajera en un supermercado o un banco.

Lilly entendía lo que su nueva amiga quería decirle. Sin embargo, no era consciente de todos los matices que aquello entrañaba. Conseguir un trabajo no era nada vergonzoso, pero sí lo era el que la gente se riera de ella, por lo bajo que la Negri habría caído.

La actriz negó con la cabeza. No tenía fuerzas para hacerle ver todas las implicaciones. Su única posibilidad, después del fracaso, sería casarse con algún millonario si no quería regresar a su país. Estaba segura de que no haría lo segundo. Volver a Polonia sería como hacerlo con el rabo entre las piernas, como mostrar a todos los que la conocían que había rozado el éxito con la punta de los dedos y lo había dejado escapar.

Las dos únicas relaciones serias que Pola Negri había tenido, la primera con Chaplin y la última con Valentino, no habían hecho sino mostrarle que parecía condenada a no encontrar el

amor. Por lo que encontrar a alguien que tuviera suficiente capacidad para amarla y mantenerla era algo harto difícil.

Lilly parecía una chica dulce y encantadora. El día que la actriz la había conocido, le había recordado a una de sus muñecas. Aunque hechas con masilla de cerámica, seguían siendo igual de bonitas que las de porcelana que compraba la gente pudiente. Lo único que las diferenciaba, además del material, era que las muñecas se hacían a semejanza de su dueña, algo que también elevaba el coste.

Pola aún recordaba a su pequeña Ada. Estaba hecha de celuloide, sus ojos eran de cristal y llevaba una peluca de

cabello humano. Aquello último no lo supo hasta que fue más mayor y ayudó a su tío en la funeraria. Poco antes de enterrar a los muertos, les robaban todo aquello de valor que llevaban encima y les cortaban el pelo para venderlo a peluquerías y grandes empresas. Las primeras veces, Pola no vio aquello con buenos ojos, pero cuando su padre desapareció y el dinero comenzó a escasear en casa, pensó que su tío tenía razón. A los muertos no les haría falta bajo tierra, mientras que a ellos les ayudaba a sobrevivir varios meses.

El cuerpo de Ada era articulado y llevaba un sombrero atado a la cabeza, del que salía una bonita y larga melena

rubia oscura, a juego con un sencillo vestido y una chaquetita blanca.

Lilly mostraba la misma inocencia y candor que aquella muñeca de su juventud y, al igual que esta, por mucho que le explicara, nada conseguiría entrar en aquella linda cabecita hasta que no lo experimentara por sí misma. Ella misma era la prueba. Pola había comenzado en el mundo de la danza, pero una lesión había truncado su destino y, de nuevo, había tenido que redefinir sus objetivos. Algo que últimamente hacía de forma constante.

Lilly siguió mirándola de forma preocupada hasta que la Negri le dio cinco dólares y le pidió que fuera a

comprar algo de comida. Le dolía la cabeza y no se veía con ganas de arreglarse para ir a ningún lado. Lilly salió de la habitación con la esperanza de encontrarla de mejor ánimo cuando regresara, pero aquella tarde la tormenta se había instalado de forma permanente dentro del cuarto.



Lilly decidió marcharse en cuanto hubo cenado con la diva.

—¿A qué vienen esas prisas? — preguntó Pola molesta.

—Deben estar preocupados por mí — alegó Lilly, preocupada porque su larga ausencia enfadara a Angelo.

—Debe ser una suerte tener alguien a quién le importes —la actriz sentía lástima de sí misma.

—Como tú misma me enseñaste hoy, todos debemos mirar hacia adelante. No sirve de nada tener a alguien con nosotros, si no lo cuidamos —sentenció la adolescente.

Tenía prisa por volver al hotel. No quería que Angelo sintiera su ausencia. No quería estropear nada. Las cosas iban tan bien con él ahora. La mimaba y la llevaba con él a dónde quiera que él fuera. Desde clubs nocturnos a salas de fiestas o estrenos de cine, paseando por la alfombra roja. Pronto, conseguiría tener autonomía propia para hacer y



deshacer a su antojo.

Pola no recordaba haber dicho nada como aquello, aunque era muy probable que aquella niña lo hubiera extraído de la historia de su vida. Después de todo, la había infravalorado. Se la veía una muchacha valiente.

La Negri sonrió por primera vez en toda la tarde y se despidió de ella hasta el día siguiente.

—Mañana te compensaré. Iremos de compras y luego te llevaré a un sitio especial —le prometió la actriz.

Lilly se alegró de que, aunque momentáneamente, hubiera conseguido cambiar su ánimo.

Aiden O'Malley esperaba tieso

como una estatua junto a la puerta.

—¿No me digas que has estado aquí todo el tiempo? —preguntó sonrojada Lilly, pensando en el pequeño espacio de tiempo que había aprovechado para comprar los bocadillos.

El guardaespaldas le tenía dicho que debía estar junto a ella en todo momento. Si algo le hubiera ocurrido a la inversión de Angelo, el propio gánster se habría encargado de O'Malley.

El irlandés negó con la cabeza. Ella tragó saliva.

—¿Me viste salir antes? —Lilly continuó el interrogatorio.

El hombre asintió esta vez.

—Y me seguiste hasta la tienda —  
afirmó categóricamente.

—¡Demonios, Lilly! ¿Tan difícil es buscarme y pedirme que te acompañe? Me voy un segundo al baño y, cuando regreso, el conserje me dice que te has marchado —le recriminó Aiden, irritado por su actitud despreocupada e infantil.

—Lo siento, Aiden. No volveré a hacerlo —le prometió con ojitos de niña desvalida.

—No creas que porque me mires así va a cambiar algo. Sigo muy enfadado —le advirtió el guardaespaldas. La confianza entre ellos había ido creciendo aquellos días y él ya había dejado de tratarla de usted, una señal de

respeto que solo mantenía delante de Angelo—. ¿Espera? ¿Cómo me has llamado? —preguntó sorprendido él.

—Aiden. ¿No es ese tu nombre? —se burló mientras bajaban en el ascensor, camino del coche.

El único testigo de aquella divertida conversación era el ascensorista. O'Malley no tenía que preocuparse de que alguno de los empleados del hotel dijera nada. Una pequeña propina era suficiente pago a sus servicios.

—Sabes que sí —suspiró, dejando de lado el tema.

—Te escuché hablar con Smith el otro día. No veo por qué te enfadas. Ya

que vamos a estar tantas horas juntos, es normal que nos vayamos conociendo – alegó.

Las horas de trayecto durante sus salidas podían llegar a ser largas y muy aburridas. Algo de conversación podría acortarlas y hacerlas más amenas. Esa era la idea de Lilly. Sin embargo, O'Malley se recordaba a cada instante que debía evitar cosas como aquella. No sabía en qué momento concreto podía llegar a arruinarlo todo y prefería no correr riesgos innecesarios.

Su gesto volvió a tornarse reservado. Aquella fue la única respuesta que obtuvo de él. El trayecto al Algonquin se hizo más monótono de

lo habitual y gracias a su vestido negro, Lilly terminó fundiéndose con la tapicería del automóvil.



*“El futuro tiene muchos  
nombres.*

*Para los débiles es lo  
inalcanzable.*

*Para los temerosos, lo*

*desconocido.*

*Para los valientes es la  
oportunidad.”*

*Víctor Hugo*







## CAPÍTULO 25

Angelo permanecía sentado en una de las dos butacas Chippendale que hacía juego con el canapé Luis XV, al otro lado de la mesita. Las patas estaban labradas en forma de «cabriole», curvándose hacia el pie y simulando en sus extremos la garra de un águila. El terciopelo melocotón claro, con el que estaban tapizadas, armonizaba con el color de las finas y bamboleantes cortinas que había distribuidas a lo largo del enorme salón.

El gánster sostenía un vaso de whisky en su mano derecha mientras que con la izquierda fumaba un puro habano

a placer. Era la viva imagen de la autocomplacencia. Frente a él, estaba sentado D.C., un empresario que había aceptado la invitación de Angelo a la suite de Lilly, para poder hablar del futuro de ella.

—Señor Angelo, no suelo trabajar bajo las condiciones que otros me imponen. Si está interesado, ya sabe dónde encontrarme —respondió el corpulento hombre, subiéndose las gafas por encima del arco de la nariz.

En ese momento, la puerta principal se abrió y O'Malley y Lilly entraron. Smith se quedó fuera haciendo guardia, junto a los dos hombres que formaban el séquito del gánster.

Los dos caballeros se levantaron inmediatamente ante la presencia de la joven. Su sola apariencia hizo que el productor de cine la mirara de arriba abajo, quedándose fascinado. Un pequeño gorro gris de lana con un lazo lateral se amoldaba a su cabeza. Un vestido negro de manga larga, un pequeño collar de perlas y unos zapatos Mary Jane completaban el atuendo. Su sencillez, unida a su ingenua mirada y su belleza natural habían terminado de conquistar al productor.

Lilly le reconoció inmediatamente. Se trataba de Donald C. Calhoun, el fundador de la Heaven y a quien había visto firmar un contrato en el teatro

Nickelodeon con Lillian Gish.

–Usted debe ser Lillian Gilmore – dijo el empresario, inclinándose mientras le tomaba la mano y le besaba.

–Y usted el señor Calhoun – respondió halagada por el caballeroso gesto.

–Veo que sabe quién soy. Además de guapa, inteligente –concluyó él, intentando coquetear con Lilly, aún triplicándole la edad como hacía.

–No me adule tanto o terminaré creyéndomelo –bromeó ella, recuperando su mano y aguantando de forma estoica las miradas de ambos. La mirada curiosa de Angelo y la lobuna de Calhoun.

El empresario abandonó el estado de ensoñación en que había caído, recuperó su gesto superficial de hombre de negocios y, ajustándose el sombrero, se despidió del gánster y su protegida.

Lilly esperó a que Calhoun saliera de la habitación antes de hablar.

—¿No me diga que estaban hablando de contratarme en alguna película? ¿Sería estupendo trabajar junto a Gish! — exclamó ilusionada por su nueva vida.

—De alguna manera, pero no tenemos los mismos intereses. Yo quiero hacer de usted una estrella y él solo quiere hacer dinero fácil —le comentó el gánster, tomando de nuevo su copa—. Un momento, ¿no hablará de Lillian Gish?

Si es así, váyase olvidando de compartir cartel con ella. Usted debe despuntar alto. Necesitamos hacer de usted la gran diva que ella es y para eso tendrá que competir con las mejores. Y ella está dentro del lote.

Angelo movió el contenido del vaso cómo si este fuera a perder su sabor en cualquier momento y dio otro trago a la bebida.

—No podemos permitirnos ningún fallo. Si no es con la Heaven, será con la Paramount, pero olvídense de confraternizar con el enemigo y cuando digo enemigo, hablo de gente como Pickford, Bankhead, etc, etc —enfaticó, acariciando el cuello de la joven.

Ella se apartó bruscamente, alejándose unos pasos. La faceta ingenua de Lilly no solo reportaba cierto atractivo a los productores, sino que hacía más difícil su lucha por llegar a lo más alto.

Lilly había escuchado con atención al gánster. Nadie mejor que él para saber cómo manejarse como pez en el agua por aquel mundillo. Dio gracias al cielo de que no intentara tocarla de nuevo. Menos aún que le prohibiera su amistad con Pola.

Como si Angelo le hubiera leído la mente, se giró con la mano en el pomo de la puerta.

—Y yo que usted, dejaría de quedar



tan a menudo con la Negri. Esa amistad solo le puede traer alguna desgracia –le previno malhumorado, con la mano que sujetaba el habano levantada en alto, señalándola.



Aiden había sido testigo mudo de aquel monólogo. Lilly no había tenido oportunidad de dialogar con el gánster en ningún momento. Todo habían sido órdenes y prohibiciones.

–Veo que ahora comienzas a ser consciente de dónde te has metido –sentenció el guardaespaldas al ver el rostro afligido de ella.

–Creía saberlo cuando me decidí a

hablar con él. Lo que no sabía era que trataría de sobrepasarse —le contestó medrosa. La confusión llenaba cada uno de sus poros y se extendía por todo su cuerpo. Sus piernas no habían dejado de temblar desde que el mafioso abandonara la sala. Se frotó el brazo vendado, de forma protectora, recordando aquel momento.

—¿Te duele? Tenías que haberme hecho caso y haber permitido que el médico de Angelo te mirara eso —reprochó molesto por la actitud de ella.

—Es un corte limpio —trató de tranquilizarle Lilly—. Esto —dijo señalando el brazo—, es lo que menos me preocupa ahora mismo.

—Tienes que ser fuerte. No puedes dejarte vencer a la primera de cambio — le animó como pudo Aiden.

—No sé qué es lo que me ocurre. Yo no soy así normalmente. Tengo las ideas claras y sé lo que quiero. Sin embargo, desde que caí enferma no he vuelto a ser la misma —alegó Lilly, repasando mentalmente todo lo que había vivido desde que había llegado al pasado—. Es como si alguien me obligara a actuar así.

—Sí, lo sé. Angelo. A veces puede ser muy convincente y otras, muy aterrador. Te aseguro que no has conocido al segundo. Ten cuidado con él. Siempre guarda un as en la manga —le advirtió.

Lilly alzó la vista esta vez. Lo miró a los ojos y sintió como si algo le traspasara la piel. No supo acertar el qué.

—¿Por qué te portas tan bien conmigo? —preguntó.

Su relación había sido muy extraña. Al principio, habían mantenido las distancias, pero tan pronto como ella se había afianzado en el mundo de Angelo, el guardaespaldas había terminado aceptándola.

—No lo sé. Quizás porque una vez estuve en tu piel y no quiero que termines mal o tal vez... —las dudas de ella se extendieron a él. Sin embargo, tomaron otro cariz—. ¡Demonio de chica!

Lilly se asustó ante la exclamación de él y se echó instintivamente hacia atrás. Era la primera vez que se sentía verdaderamente en peligro junto a él. Nunca habría pensado que Aiden sería la razón de su miedo. El rostro del irlandés se había contraído en una mueca de irascibilidad.

El guardaespaldas no pudo aguantar por más tiempo su mirada apocada y dándose cuenta de cómo había reaccionado, huyó de allí maldiciéndose a sí mismo.



## CAPÍTULO 26

El sonido del teléfono reverberaba en todo el dormitorio. La mano de Lilly buscó a ciegas el aparato, ubicado en la mesilla de noche, de madera historiada, y consiguió descolgar antes de que sonara por enésima vez. Una voz femenina le anunció que tenía una visita y le preguntaba si debía permitirle subir.

—¿Quién es? —preguntó Lilly, girando mecánicamente su muñeca para mirar la hora. Se maldijo. Las costumbres eran eso, costumbres, difíciles de erradicar. Sobre todo en una época pasada donde ciertos artilugios todavía no habían sido inventados.

—La señorita Pola Negri —confesó algo azorada la recepcionista—. Dice que habían quedado.

Tenía tantas cosas en su mente, que la cita con Pola se le había olvidado por completo.

—Sí. Hágala subir —ordenó con el cabello revuelto y el camisón por única vestimenta. La línea se cortó y la muchacha pensó, frenética, qué ponerse antes de que la actriz la encontrara en aquel estado.

Se aproximó con rapidez hacia el tocador y se pasó el peine, tratando de domar aquellos rizados rebeldes. Se puso el batín y lo anudó. Se miró al espejo y se pellizcó las mejillas para darles algo



de color. No tenía tiempo de maquillarse antes de recibir a su amiga. Aquello tendría que bastar.

Dos pequeños golpes en la puerta anunciaron la llegada de la diva. Lilly corrió hacia la salida. Una vez allí, se tranquilizó y se colocó la ropa. Finalmente, abrió con una sonrisa en los labios, saludando a su amiga.

—No me podía creer que te hubieras olvidado, pero tu aspecto lo confirma —sentenció la actriz, sin darse cuenta de lo fría que estaba siendo—. Vístete rápido, la limusina nos espera fuera.

Lilly se perdió en el interior del armario de su dormitorio mientras Pola paseaba por la suite, curioseando todo

aquello que llamaba su atención. La joven hojeaba los modelitos que colgaban, teniendo en cuenta el modelo de Pola, para no ir iguales. La estrella de Hollywood llevaba un precioso vestido gris marengo que le llegaba a las rodillas. Sus geometrías se extendían por el pecho y el dobladillo, combinadas con transparencias que aportaban a la Negri un look muy sensual a tan temprana hora de la mañana. Su cabello estaba echado hacia atrás por un recogido y adornado con una bonita diadema de plata, que colocada en un lateral, la daba cierta apariencia de valla publicitaria por la similitud a una flecha.

Unos minutos después, Lilly aparecía deslumbrante por la puerta del dormitorio. Hasta la propia Pola tuvo que reconocer, después de haber caído una figurilla de porcelana al suelo, que estaba preciosa.

—Te ves sublime —le dijo con el ceño fruncido. Estaba claro que disfrutaba de la compañía del sexo femenino, pero no cuando este era rival en elegancia y belleza.

Su vestido negro bajaba hasta sus rodillas sin más adorno que un bordado en el dobladillo y otro en el escote, que se unía con dos pequeñas bandas que caían del cuello y se unían a medio camino en una pequeña costura. Un largo

collar con un broche verde caía estudiadamente sobre el bordado.

—Bien, ya estamos listas para batallar —exclamó Pola, tomándola del brazo y caminando con lentitud hacia el exterior.

La mañana se hizo relativamente corta para Lilly, disfrutando de las anécdotas que la diva le contaba y buscando entre las decenas de vestidos que se exhibían en las tiendas que visitaban. Pola era recibida con mucha algarabía por todas las dependientas y aprovechaba aquella deferencia para probarse vestidos y sombreros que sabía no compraría y cambiar cosas de sitio, por el simple hecho de ser quién era. La

muchacha no fue indiferente a que algunas de las empleadas hablaran de ellas a sus espaldas. Criticaban su mala actitud y envidiaban en secreto su posición y todo lo que esta conllevaba.

Almorzaron juntas en un distinguido restaurante, donde Pola y Rodolfo habían cruzado sus miradas por primera vez. La actriz lo consideraba un lugar especial y le traía muy buenos recuerdos.

Todas las miradas se centraron en ellas durante toda su estancia. Los hombres las deseaban y las mujeres las admiraban. Todos tenían que decir algo de ellas. Bueno o malo.

Después de tomar el té, Lilly le

propuso a Pola que fueran a la tienda de una conocida suya. Era una fábrica pequeña con diseños que se realizaban en cadena y se vendían a tiendas de todo el país. Un mismo modelo podía ser comprado por mujeres de diferentes ciudades o estados. Sin embargo, la jefa era amiga suya y podrían realizarle cualquier traje a medida. Pola aceptó, con curiosidad de lo que se encontraría.

O'Malley les había acompañado durante toda la mañana.

—No me parece bien que estéis en un barrio como este —opinó con desmedido interés, antes de que las chicas pusieran un pie en la calle—. No sabéis lo que podéis encontraros aquí.

La actriz observaba atenta la conversación entre guardaespaldas y protegida. Lilly se sintió violenta y no dudó en contestar a Aiden, colocándole en su sitio.

—Agradezco que se preocupe por nosotras, pero su trabajo es protegernos, no prohibirnos —contestó, interpretando el papel de chica snob que siempre había odiado.

Una vez fuera, la Negri sugirió al chófer de la limusina que se diera una vuelta y volviera en una hora. Echó una ojeada al barrio y, agarrándose a Lilly, no apartó la mirada de la gente que se cruzaba en su camino.

La puerta se abrió, golpeando a su

paso una pequeña campana que avisaba a la dueña de las visitas. La señora Hughes se quedó sorprendida al recibir una nueva visita de su antigua protegida. Habían pasado meses desde la que había considerado su última visita. Después, observó su lujosa vestimenta y su compañía. Junto a ella había una mujer de alta posición, así como un hombre alto y bien parecido. El mismo que la acompañara una vez tiempo atrás y que no perdía de vista a la joven un solo momento, mostrando una preocupación sincera por ella.

—Me alegro de volver a verte —respondió Helen, echándose hacia atrás y mirándola de arriba abajo. Ahora que



Millie no estaba, la presencia de Lilly era un bálsamo para sus heridas.

—Y yo, Helen. No pude venir antes —señaló con la cabeza al irlandés—. Pero eso no quiere decir que te haya olvidado. Te portaste muy bien conmigo y jamás lo olvidaré.

Los ojos y los oídos de Pola no perdían detalle de la conversación entre líneas y antes de que pudiera desvelar todo el contenido, Lilly y Helen cambiaron de conversación.

—Hemos venido para que nos enseñes tus últimos modelos —pidió la muchacha, quitándose el abrigo y colgándolo en el perchero de pie que había.

El ceño fruncido de O'Malley dejaba a la vista que no le hacía gracia nada de aquello.

—Estos son los últimos diseños con los que estamos trabajando —enseñó un cuaderno abierto a las jóvenes—. Lilly, estos vestidos son más para...

La muchacha le interrumpió, poniendo una mano sobre su brazo.

—Lo sé. Son para gente corriente. Por eso, estaba pensando en algo diferente —expuso sin ambages—. Podrías buscar a una muchacha que se pruebe todos los vestidos y nosotras te iríamos diciendo lo que nos gusta y lo que deberías cambiar o añadir. Te pagaremos bien.

El rostro de Helen se descompuso ante aquella propuesta.

—Creo que me he expresado mal, Helen. Perdóname —se disculpó la muchacha.

—Está bien. Sé que tus intenciones son buenas y te lo agradezco. Podéis sentaros en lo que os preparo un té y busco una chica —ofreció las butacas que había en la trastienda, antes de marcharse.

—¿No crees que esperas demasiado de ella? —sugirió Pola, pasando con cierto desdén las páginas del cuaderno—. Sus diseños no están mal, pero no creo que llevados a la tela queden igual.

—Ten un poco de paciencia y lo

comprobarás enseguida –pidió Lilly, descubriendo el lado malo de su amiga. Su impertinencia comenzaba a dejarse ver.

Aiden observaba todo con fingido desinterés. Sin embargo, no cabía en su asombro por la gente tan heterogénea con la que su protegida se mezclaba. A sus ojos, no era la niña ambiciosa que pisoteaba a quien hiciera falta para lograr su objetivo. Visitaba a una vieja conocida para ayudarle y lo hacía de la manera más acorde. A través de su trabajo.

Aquel día fue muy productivo. Pola terminó comprando ocho de los veinte modelos que Helen tenía. Le indicó los

detalles y colores que debía modificar y le dio su dirección para que se los hiciera llegar, junto a la factura. Por su parte, Lilly puso su granito de arena con otros tres. No quería abusar comprando, puesto que disponía de todo un *closet* que Angelo había puesto a su disposición, pero tampoco quería quedar mal con Helen, quien le había ayudado en uno de sus peores momentos.

El guardaespaldas había aprovechado la conversación de las tres mujeres para pasear por el taller y parar a hablar, de nuevo, con una de las costureras. Antes de que ninguna pudiera descubrir lo que estaba haciendo, se despidió de ella con un beso en la

mejilla y regresó junto a Lilly.

Cuando la tarde había llegado a su fin, Aiden y Lilly acompañaron a Pola a su apartamento en el centro de la ciudad. Después, el chófer se encargó de llevarlos hasta el Algonquin.

—Aquella mujer era tu madre, ¿no es cierto? —le tuteó Lilly, olvidando el protocolo que debían seguir ante el personal de Angelo.

—¿De quién hablas? —Aiden trató de hacerse el despistado, pero no pareció funcionarle.

Lilly estaba cada vez más intrigada sobre la vida de aquel misterioso hombre.

—No deberías avergonzarte. Se la ve

buena persona, sobre todo si tuvo que criarte a ti –bromeó, tratando de quitarle hierro a la conversación.

Talbot sonrió. Nadie se había atrevido a hablarle a O'Malley en aquel tono. Aiden lo miró y este volvió a su gesto adusto.

–Sí, es mi madre. Se ha pasado toda la vida trabajando y tengo la certeza de que, cuando le llegue la hora, no la encontrarán muy lejos de su máquina de coser. Forma parte de su carácter. Es muy testaruda –declaró dejándose llevar por su admiración y su amor por ella.

–Entonces, ya sé de quién lo has heredado –añadió ella–. Aún así, a pocas personas he oído hablar con tanta

devoción de sus madres.

—Soportó durante años a un marido borracho y lo hubiera seguido haciendo si él no me hubiera puesto una mano encima. Lo abandonó todo por mí y me dio una buena vida. Siempre le estaré agradecido —concluyó Aiden. Se acercaban a su destino y, por tanto, ella volvía a ser una señorita y él su guardaespaldas—. Hemos llegado.

El coche se detuvo a la puerta del hotel.

Mientras Talbot se ocupaba de guardar el coche, Lilly y Aiden subieron juntos en el ascensor. La aglomeración de gente dentro hizo que ambos terminaran como sardinas en lata y, allí



de pie, uno junto al otro, no pudieron evitar que sus dedos se rozaran. Aiden apartó con disimulo la mano y envolvió ambas en un gesto de alejamiento.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Smith se encontraba allí.

—Justo a tiempo. Angelo quiere verte —anunció su compañero, echando una mirada a Lilly y comprobando que todo estuviera en orden.

Lilly se despidió de ambos y se encaminó hacia su suite. El cansancio hizo que se derrumbara sobre el canapé y se quedara dormida allí mismo.



## CAPÍTULO 27

El día siguiente amaneció muy borroso para Lilly. Abrió los ojos y se encontró echada sobre el sofá del salón. Una de las sábanas de su cama la cobijaba de la fría brisa nocturna. El otoño se acercaba lenta pero progresivamente y, pronto, todas las hojas de los árboles caerían como las de un calendario. Las calles comenzarían a cubrirse de una gruesa alfombra, de tonalidades ocres y rojizas, recordando el camino de baldosas amarillas que Dorothy atravesó de camino a Oz. Aquella extensa alfombra podía llevarte a un mundo de magia e ilusión, si poseías la suficiente

imaginación.

Sin embargo, Lilly no estaba para cuentos en ese momento. Se había despertado con un tremendo dolor de cuello y espalda. Encogida como había estado en el canapé, sus huesos se habían entumecido. No recordaba haberse despertado para buscar una manta y tampoco recordaba haber oído ningún ruido de puertas abriéndose.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos con tres golpes en la puerta principal. Ella se giró, dando la espalda a la entrada y tapándose el camisón con la sábana.

«Esto es de locos», pensó. «Ni siquiera recuerdo haberme cambiado de

ropa».

—Adelante —gritó Lilly, en el mismo momento en que Angelo entraba por la puerta. Le acompañaba Smith, quien recibía órdenes de forma diestra. Su monólogo se interrumpió cuando alzó la vista y comprobó que ella estaba semidesnuda.

La tensión comenzó a extenderse entre los presentes. Lilly no sabía que hacían allí aquellos dos. No recordaba que el gánster le hubiera avisado de alguna cita para el día siguiente. Por su parte, Angelo y el guardaespaldas tragaron saliva y se miraron fugazmente sin saber qué hacer. El hombre, cuyas marcas le delataban como paciente de

viruela, se deleitó unos minutos con la figura de Lilly antes de salir del dormitorio.

—Enviadla abajo cuando esté lista. Esperaré en el bar del hotel. Encargaros de que sea rápida —exigió el mafioso con rostro sonriente.

Una vez que Angelo dobló la esquina, Aiden no se anduvo con chiquitas y entró en la habitación como un ciclón. Con lo que no contaba era con encontrarse a Lilly caminando por el salón con solo un camisón encima.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta? —preguntó sonrojada, ocultándose tras uno de los sets de cortinas que había distribuidos por la

habitación.

Aiden no pudo evitar soltar una carcajada ante aquella escena. Aunque vergonzosa para ella y muy sugerente para él, Lilly demostraba con su actitud que seguía siendo una niña, al menos en un aspecto.

—¿De qué te ríes? —quiso saber ella, esta vez enojada.

La radiante sonrisa que lo había hecho brillar, destacando por encima de todo sus pequeños y cautivadores ojos bicolor, desapareció para dejar paso al guardaespaldas.

—Vístete. Rápido. Angelo te espera abajo —dijo lanzándole el vestido negro que Lilly había llevado el día anterior.

Caminó con seguridad hasta la puerta, pero la joven le detuvo.

—Espera, Aiden. Necesito hablar contigo —soltó de repente ella. La preocupación la había hecho hablar, sin pararse a observar en si él estaba de humor o no. Sin embargo, las risas de antes habían confirmado aquello—. No recuerdo cómo acabé dormida aquí.

—Lo que tengas que hablar conmigo puede esperar. Nuestro jefe, no —pronunció el irlandés, con voz firme. Su interior era otra cosa. Una amalgama de sensaciones se fundía dentro de su pecho y no se veía preparado para exteriorizar todo aquello.

Lilly seguía mirándolo de hito en



hito esperando a que Aiden dijera algo. Se sintió con poder en sus manos, un poder que tantas veces antes otras chicas habían depositado en él con fe ciega. No había sabido utilizarlo debidamente, había abusado de ese privilegio como un necio y había conseguido acabar solo. Ahora tenía a Siobhán en su vida. Las cosas parecían irles viento en popa y todos esperaban que él la propusiera matrimonio. Algo que Aiden no se sentía preparado. No quería abandonar su libertad. No por una mujer que podría abandonarlo cuando se sintiera cansada de él, de lo que tenían. Como su madre había hecho con su padre. Sabía que ella lo había hecho por buenos motivos, para

protegerse a ella y a su hijo de un hombre tan agresivo.

—Venga, no hay nada que recordar porque no pasó nada. Te quedarías dormida oyendo música —respondió raudo, señalando la vitrola que había al otro lado de la habitación y saliendo fuera de nuevo.

Lilly se quedó mirando la puerta con el ceño fruncido ante esta última frase del guardaespaldas.

Se apresuró a vestirse. Corrió hacia el dormitorio, abrió el armario y miró entre las decenas de vestidos que se había ido comprando hasta entonces. Optó por una blusa de popelina blanca, realizando un bonito lazo al nivel de la

cintura; una falda de color azul medio, mezcla de lana y lino y unas medias de algodón, con unos zapatos Oxford. Cuando se enfundó su abrigo y un pequeño fular, se quedó parada ante el gramófono. Debía comprobar si Aiden la estaba mintiendo.

«Será verdaderamente sencillo saber la verdad», pensó sonriendo maliciosa mientras andaba hacia el reproductor. «Solo tengo que encenderlo...».

La puerta volvió a abrirse. Smith se asomó por el resquicio y pidió a Lilly que se diera prisa. Ella miró la mesa que sostenía la vitrola y los discos de vinilo y, con un gesto de fastidio, caminó

hacia la salida.



Angelo esperaba sentado en la barra del bar, con una soda frente a él. Miraba afanoso el reloj mientras sus nervios comenzaban a crispase. Gilmore, como llamaba a la chica, no estaba preparada y, para colmo, ni siquiera podía tomarse un whisky para sobrellevar la espera. El almacén donde se guardaban las reservas de alcohol de la ciudad había sido incendiado aquella noche. La terrible noticia había llegado a oídos del capo, que se había puesto de un humor de perros.

Poco antes de salir, Lilly aprovechó

para atusarse el cabello con los dedos. Desde que se lo cortaran en la peluquería, no tenía necesidad de llevarlo recogido en un moño. Sus negros mechones se balanceaban de un lado a otro de su rostro, al ritmo del movimiento de sus piernas sobre los zapatos de tacón. O'Malley y Smith la acompañaron en el ascensor hasta abajo.

Angelo la rodeó con su brazo y la acompañó afuera, donde el coche esperaba. Ella entró primero, deslizándose con cuidado sobre la tapicería. Una vez dentro, fuera de oídos ajenos, el gánster la regañó:

—Señorita Gilmore, sé que todo esto le supera ahora mismo, pero es

importante que esté en todo momento disponible. No sabe en qué momento la fortuna llamará a su puerta —alentó el hombre—. Nos dirigimos al rodaje de *The Enemy*, la próxima película de su adorada Gish. Con un poco de suerte, ella podrá interceder por usted ante Calhoun.

La luz titilante en los ojos de Lilly le hizo saber que la tenía en el bolsillo. El coche tomó varios giros a lo largo de la ciudad y se detuvo varias veces ante los semáforos en rojo, dejando a Lilly tiempo suficiente para que su vista se perdiera en los gigantescos rascacielos que poblaban Nueva York antes de que arrancaran.

Angelo le observaba curioso. Aquella chica era todo un misterio para él. Era diferente a todas las demás. Se sentía atraído, pero no de la forma que otras lo conseguían con su belleza. Lilly no encajaba en el prototipo estándar de las *flappers*, pero tampoco era la clásica mujer de principios de siglo. Antes de que pudiera desentrañar el misterio que le rodeaba, Calhoun apareció junto a ellos.

—Bienvenidos al rodaje. Acompañenme y les presentaré al director y al reparto de la película — ofreció el hombre de rostro bonachón y mirada perspicaz, con su brazo señalando el camino que había ante él.

Comenzó a caminar al mismo ritmo que ellos y, entonces, se dirigió a la *starlet*.

—El señor Angelo me ha dicho que usted es una seguidora incondicional de Gish, ¿es eso cierto? Estoy acostumbrado a tratar con mucha gente que es capaz de decir lo que sea por disfrutar de quince minutos de fama —alegó, incrédulo de muchachas inocentes como ella.

—Así es, señor Calhoun. No le han mentado. He visto todas sus películas... —expuso Lilly con ardiente devoción. La extraña mirada que ambos hombres le dirigieron hizo que reculase a tiempo—. Todas las que ha hecho hasta el momento.



El rostro del productor se serenó.

—¿Y cuál es su preferida? —indagó el hombre, dudando aún de sus palabras.

—*Las dos tormentas* —expuso brevemente la joven.

—¿En serio? —preguntó un hombre de rostro larguirucho y ojos vivaces que se había acercado al grupo. Parecía realmente interesado en el punto de vista de Lilly.

—Sé que *Lirios Rotos* es un melodrama tierno y sencillo que sabe captar con rapidez la lágrima fácil. Sin embargo, *Las dos tormentas* habla de temas y personajes típicamente victorianos y parodia a la América pueblerina cristiana y bienpensante —las

miradas de los tres hombres se centraban en ella y tragó saliva.

—Por favor, continúe. Me gusta su argumentación —contestó el desconocido.

En ese momento, una bonita mujer morena se acercó a él.

—Griffith, necesito hablar contigo —interrumpió la mujer, cuyo rostro recordaba al de un hermoso ángel.

Era sin duda, Lillian Gish y la propia Lilly sintió, entonces, cómo le temblaban las piernas. Se encontraba ante dos grandes del cine que habían compartido juntos muchas películas. Ella era, ni que decir, su actriz favorita. En cuanto al director, había visto sus

películas y había disfrutado de algunas de ellas, pero no sentía gran aprecio por un tipo que enaltecía y mitificaba al Ku Klux Klan en una de ellas.

—Discúlpenme —se excusó el hombre, levantando su sombrero a modo de despedida.

Poco tardó Gish en tirar de él y llevárselo a un lado. Compartieron una pequeña charla y, pronto, la actriz regresó a la silla plegable que exhibía su nombre. A su lado, otras dos sillas, la del director, Fred Niblo y el partenaire de ella, Ralph Forbes. Recibían instrucciones de las escenas que estaban a punto de rodar. Él era un soldado recién casado que iba a la guerra. Su

mujer, Pauli, pasaba hambre y terminaba convirtiéndose en una prostituta para sobrevivir. Finalmente, el bebé que ambos tenían, moría.

Uno de los chicos que por allí había se encargó de buscar tres sillas plegables, abrirlas y colocarlas justo detrás del reparto. Lilly no perdió detalle de los pequeños gestos que realizaba la actriz, que sin necesidad de grandes aspavientos cómo el resto de compañeras de la farándula, transmitían a la perfección cada uno de sus sentimientos y estados de ánimo.

—¡Corten! —gritó el director, mientras uno de sus ayudantes cerraba la claqueta ante la cámara.

El silencio que había reinado durante toda la grabación, tan molesto y turbador para Lilly, se desvaneció ante un murmullo de gente parloteando. Calhoun se inclinó para poder ver tanto a Angelo como a Lilly.

—Van a tomar una pausa para el almuerzo —explicó el productor—. Lillian, querida, ¿te importaría acercarte? Quiero presentarte a unas personas.

La mujer, imbuida en un largo abrigo de invierno, y con un sombrero de cloche que ocultaba toda su cabeza hasta llegarle casi a las cejas, giró su rostro y sonrió. Unos pocos pasos acortaron la de por sí reducida distancia

que les separaba.

—Estos son Lilly Gilmore y Ciro Angelo. Ella es una gran fan tuya. Él es su representante y un importante hombre de negocios —informó Calhoun a la cándida mujer, cuyo cabello permanecía recogido, salvo por un pequeño rizo que caía sobre su frente.

La actriz sonrió, estrechándoles la mano.

—Encantado, señorita Gish —respondió el mafioso, envolviendo con sus manos la de ella y llevándosela a la boca. Esta se sorprendió por la galantería del caballero, acostumbrada a las ligeras inclinaciones de cabeza de sus compatriotas.

Cuando le llegó el turno a Lilly, esta le sujetó la mano y la movió ligeramente, con miedo, como si la actriz fuera de cristal y pudiera romperse.

—No te preocupes. No vas a hacerme daño —añadió la cara angelical, cogiéndola del brazo y llevándola lejos de los caballeros.

—¡Mujeres! Ya lo ve —exclamó el dueño de la Heaven—. Enseguida, encuentran algo de lo que hablar.

Angelo asintió. Caminaron juntos tras las jóvenes y, entonces, fue el gánster quién retomó el diálogo.

—Sé que Lilly le gusta. No estaríamos aquí de no ser así —aseguró

el mafioso, queriendo ser claro.

—No se equivoca. Es cierto que me gusta, pero desconozco si tiene las aptitudes necesarias —dejó entrever sus dudas el productor.

—Eso tendría fácil solución —sugirió Angelo. Las cejas de Calhoun se alzaron, mostrando un interés renovado—. Podría hacer una prueba. Puesto que no dispone de oficinas en Nueva York y ya nos conocemos lo suficiente, estaría dispuesto a ofrecerles mi suite para que pudieran hablar cómodamente.

—Lo pensaré —la respuesta quedó en el aire, el tiempo suficiente para que Angelo recogiera el guantelete.



–Bien, pero no lo piense demasiado. Hay otras productoras a la cola –le advirtió.

Ambos hombres siguieron paseando, esta vez en silencio. No había más que decir.



*“De todas las formas de amor que existen impera una sola,  
y esa forma, es la suma de todas ellas.”*

*Casanova*





## CAPÍTULO 28

Lilly disfrutó de una comida amena gracias a la compañía de la Gish, figurantes, maquilladoras y algún que otro saltimbanqui de un circo cercano. Los temas de conversación fueron de lo más variopinto, siempre aderezados con algún que otro punto picante. La *starlet* disfrutó de una hora durante todo aquello hasta que una mano en su hombro atrajo su atención. Era Aiden.

—Tenemos que irnos —anunció el guardaespaldas, tan bajo como pudo para que solo le oyera ella.

—¿Sabes que eres un aguafiestas? —le dijo desanimada ante el futuro

próximo que le esperaba.

–Sí, entre otras cosas, pero Angelo te espera en el hotel –le informó.

–¿En el hotel? Pero... ¿se ha marchado? ¿Cuándo? –preguntó confusa. Lo había pasado tan bien que no había reparado en la ausencia del gánster.

–Hace un buen rato. Smith lo acompañó.

Aquello significaba que tendrían que regresar solos. Dentro del mismo coche, aunque separados por una mampara de cristal.

Aiden se mostraba reservado, sin ganas de hablar, a diferencia de otras veces en las que sus conversaciones con Talbot, permitían a Lilly captar alguna

noticia interesante de la época. A su vez, el chófer seguía su cometido a la perfección. Seriedad y discreción.

Un fuerte y devastador hastío comenzó a inundar a Lilly. No sabía para qué podía esperarle Angelo y aquel tiempo comenzaba a pesar sobre ella como una losa. Deseaba que todo pasara rápidamente.

«Tal vez me equivoque y sea algo bueno», pensó tratando de ser positiva. Movi6 la cabeza tratando de borrar aquella estupidez de su cabeza. Con un gánster, nunca podías esperar cosas buenas. Debías estar preparado para lo peor. Esa era una de las máximas que había aprendido de ellos en las

películas.

Aiden había observado la contradicción interna que Lilly estaba viviendo.

—¿Se encuentra bien, señorita Gilmore? —preguntó el guardaespaldas, preocupado por ella. El hombre la tuteaba. No había olvidado que no estaban solos y debía mantener las apariencias.

Lilly no salía de su asombro. ¿Acaso estaba inquieto por ella?

—Estoy perfectamente, pero aunque no fuera así, le traería sin cuidado —contestó malhumorada por el súbito devenir de los acontecimientos. Su vena adolescente salió a la luz.



O ' Malley sonrió sardónico.

—Para eso me pagan. Para mantenerle con vida —replicó el irlandés, sabiendo que ella tenía ganas de discutir. Él no iba a ceder tan fácil.

—¿En serio, Aiden? Porque no se le ha dado muy bien hasta ahora —sentenció la muchacha, recordando el incidente de la sala de música.

O ' Malley apretó sus puños, tratando de contenerse.

—Para usted soy O ' Malley a secas —exigió, cortando cualquier complicidad que hubiera existido antes.

—Muy bien, O ' Malley a secas. ¿No cree que al menos podría molestarse en darme un poco de

conversación? –insinuó irritándose aún más por su actitud desinteresada.

–Soy su guardaespaldas, no su doncella personal –espetó, girándose hacia atrás y cruzando su escrutadora mirada con ella–. No olvide que yo cumplo órdenes de Angelo y de nadie más. ¿Entendido?

El resto del trayecto terminó imbuido en un ambiente de tensión máxima que nadie se atrevió a romper. Las ácidas palabras de O' Malley habían puesto el punto final a cualquier posible conversación.

El abundante tráfico que aglutinaba a carruajes, automóviles y transeúntes por doquier había aumentado los diez

minutos habituales de recorrido en treinta. Talbot aparcó a la puerta del hotel y esperó a que sus acompañantes se bajaran. Primero lo hizo el guardaespaldas, dirigiéndose hacia la parte de atrás y abriendo la puerta a Lilly.

Los rasgos faciales de Lilly se habían suavizado. Durante el resto del camino, había tenido tiempo de pensar en Aiden. ¿Cómo habría sido su vida? ¿Cómo había terminado trabajando para un mafioso? Su forma de ser demostraba que obtenía todo lo que se proponía. Estaba segura de que el irlandés podría conseguir cualquier otro empleo. No debía haber muchos problemas a la hora

de elegir. Estaban en los años 20, el aumento en los derechos salariales y el gran impulso económico que estaba viviendo Estados Unidos eran factores a favor del ciudadano de a pie. Se planteó si existía algún motivo oculto que le hubiera hecho estar donde estaba.

Lilly aceptó la mano de O ' Malley para salir. En cuanto puso los dos pies en la acera, lo soltó como si se tratara de un apestado y caminó hacia el interior del vestíbulo.

El guardaespaldas observó a Lilly desde su ubicación, justo detrás de ella en el ascensor. Era casi tan alta como él y la fragancia del perfume que utilizaba inundó sus fosas nasales. Apartó por un

momento el rostro y ese extraño cosquilleo, y siguió los pasos de la *starlet* hasta la suite de Angelo.

El gánster se encontraba sentado en una de las dos butacas que rodeaban el diván y enfrentaban la chimenea. Al otro lado se encontraba el productor, con quien había estado debatiendo hasta entonces.

—Buenas tardes, querida —saludó Calhoun, animando a la muchacha a que se uniera a ellos.

Lilly se había quedado parada. No había esperado volver a encontrarse tan pronto con el dueño de la Heaven. Aquello no podía significar más que una cosa. Estaba interesada en ella y venía a

hablar de las condiciones para formalizar su contrato. Su entusiasmo la llevó a sentarse con rapidez en el diván, en medio de los dos.

—El señor Angelo y yo hemos estado hablando sobre usted. Debo confesarle que me tiene fascinado — declaró abiertamente el productor.

El corazón de Lilly comenzó a bombear cada vez más rápido. Podía rozar el éxito con la punta de sus dedos.

—Sin embargo, también debo decirle que nunca la he visto actuar y no sé si será una gran estrella o, por el contrario, es mejor que se dedique a traer críos a este mundo. Perdone mis palabras, pero me conocen por mi forma llana y clara

de hablar sin rodeos –anunció Calhoun. Su labia y perspicacia las había ido adquiriendo con el paso del tiempo y daban fe de ella los cientos de contratos que llevaba firmados a sus espaldas.

–Está bien. ¿Qué tendría que hacer? ¿Concertar una cita con su secretaria para hacer una prueba? –preguntó la chica, queriendo comenzar con buen pie.

–De eso mismo quería hablarle. ¿Qué mejor oportunidad que esta para ver si sería adecuada para el papel? –preguntó el empresario—. Eso sí, tendríamos que estar a solas. No quiero que el señor Angelo la presione y termine cometiendo un error.

Lilly miró a Angelo, quien asintió y,

entonces, a Calhoun.

–Está bien –aceptó sin reparos.

Angelo se levantó de la butaca.

–Ha sido un placer hacer negocios con usted. Espero que quede contento con Lilly –auguró el gánster, antes de estrechar la mano del productor y salir por la puerta.

–Veamos, Lilly –comenzó a hablar con un tono de voz muy distinto al que había usado antes. Su timbre era diferente y parecía más afable, familiar–. ¿Puedo tutearte? –quiso saber el millonario, apurando su bebida y poniéndose en pie.

–Sí, como no –respondió extrañada–. ¿Qué es lo que quiere que



haga?

—Veo que eres una chica lista. Presiento que vas a tener una larga carrera por delante —vaticinó él, mientras se posicionaba detrás del canapé.

Lilly sonrió y esperó a que él siguiera hablando. Sin embargo, un pinchazo en la barriga le cambió el gesto. El productor no había dudado en acercarse a ella ante su evidente malestar y había posado su fría mano en su cuello. Ella contuvo el aliento hasta que el pinchazo desapareció y él tomó su silencio como una aprobación. Siguió acariciándola hacia abajo, continuando por sus hombros y adentrándose en el

interior de su blusa. La joven se revolvió y con rapidez se apartó, echándose hacia atrás.

El rostro de Calhoun se frunció, enfadado ante la negativa de ella.

Lilly comenzó a sortearlo en el sofá, tratando de alejarse de él. Los dos estaban solos en la suite de Angelo, lo que dejaba claro que nadie más entraría a ayudarla. Calhoun la siguió sin darle tregua y terminó acorralándola.

—Me gustan las chicas duras — confesó el hombre, acariciándole el brazo—. ¿Vas a ponérmelo difícil, gatita?

—¡Nooo! —gritó fuera de sí Lilly, adivinando las intenciones del productor.

—Creía que nos entendíamos. No te hagas la estrecha o nunca llegarás a ser nada en este mundillo —replicó bajando la mano por debajo de su cintura.

Lilly se maldijo por haberle dado a entender lo que no era a aquel hombre. Estaba atrapada, sin forma de salir. Ella nunca lo había hecho con nadie y no quería que la primera vez fuera con un baboso que le triplicaba la edad. No le preocupaba decepcionar a aquel tipo, pero sí a Angelo, quien había gastado tanto dinero en ella. Él esperaba que, más pronto que tarde, la joven terminara dando los frutos de lo invertido en su guardarropa y sus salidas nocturnas.

Sumergida como andaba en sus

pensamientos, Lilly no fue consciente de la presencia de Aiden hasta que el señor Calhoun desapareció de la habitación y sus lágrimas comenzaron a brotar incesantes.

Aiden lo había sacado de malas maneras, asegurándose de que se marchara y, una vez cerró la puerta, se acercó a la protegida de su jefe.

—¿Te encuentras bien? ¿Te hizo algo? —preguntó el irlandés con la respiración entrecortada mientras la agarraba por los hombros y la escudriñaba. Como no le respondía, se desesperó y la zarandeó un poco preocupado.

Lilly se apartó de él

instintivamente.

—Lo siento —se disculpó la joven, mirando a aquellos profundos y penetrantes ojos. Sintió como la taladraban y, tal vez incluso, la juzgaban. Volvió a pensar si habría hecho algo malo—. No me hizo nada. Llegaste a tiempo —murmuró frotándose los brazos como si sintiera frío de repente, frío y vergüenza.

Evitaba su mirada, se sentía sucia aún sin haber hecho nada. El solo hecho de que el señor Calhoun le hubiese catalogado de forma tan fácil, le hizo dudar de su propio comportamiento. ¿Tal vez hubiera coqueteado con él sin proponérselo? A veces era demasiado

agradable y eso le traía problemas, pero no. Ella había actuado de forma correcta. Le había saludado y se había interesado por su película. Nada más. A partir de ahí, lo que Calhoun hubiera entendido era problema suyo. Pensó si aquel no sería el método estándar para que una actriz fuera contratada. Sintió náuseas y apartó aquellos pensamientos de su cabeza.

—Gracias —soltó en un pequeño susurro.

El guardaespaldas resopló, aliviado.

—Me alegra oír eso. Será mejor que no menciones nada de esto a Angelo. No le gustará nada enterarse de que no te

acostaste con ese tipo –dijo girando la cabeza hacia la puerta.

El semblante de Lilly se llenó de preocupación. Aunque ella no hablara, el hombre que había salido de aquella habitación, con muy malas pulgas, sí lo haría.

–No te preocupes, Lilly. Ese tipo no hablará. Es demasiado orgulloso para contar lo que de verdad ha ocurrido aquí –la tranquilizó apretándole un hombro con la mano como si quisiera infundirle ánimos con el gesto.

Las lágrimas de la muchacha comenzaron a salir, de forma incesante y Aiden se vio sumergido en aquella cristalina marea. La abrazó y dejó que

se tranquilizara en su pecho, sobre la camisa de lana del guardaespaldas, que comenzaba a empaparse con sus lágrimas. Allí permanecieron de pie durante algunos minutos, intensos para él, que hacía tiempo que no estaba tan cerca de una chica que no fuera Siobhán. Los gimoteos comenzaron a apagarse y Aiden lo vio como una buena oportunidad para alejarse de ella. La sujetó de la cintura, pero el contacto de su mano sobre ella hizo que Lilly alzara la cabeza como un resorte. Sus miradas habían terminado atrayéndose como los polos opuestos de un imán, envolviendo a ambos en una burbuja durante apenas un instante. Los labios de ella se



abrieron de forma sugerente. Aiden pudo captar su movimiento sensual, abriéndose como una flor y cómo él mismo caía irremediabilmente al abismo de su boca.

De nuevo, la puerta se abrió y alguien entró en la habitación interrumpiendo a la pareja. Aiden y Lilly se alejaron instantáneamente. Lilly nerviosa, buscó con ojos temerosos la puerta hasta dar con Smith. Aiden la miraba, observando con detalle sus facciones. Su rostro aniñado, sus titilantes ojos azules y hasta sus delicados y tersos labios parecían llamarle. Deseaba acariciar su ensortijado cabello color azabache con

sus manos y sentir su tacto sedoso en las yemas de sus dedos.

Desconocía aquel sentimiento por completo. El irlandés nunca había sentido nada tan fuerte, tan vivo y que le arrebatara el aliento de aquella manera. Volvió veloz al presente ante las palabras de Smith.

—Señorita Gilmore, debería ir a su dormitorio. En un minuto estaré con usted —le sugirió el guardaespaldas, mirando de hito en hito a su compañero. No podía creer que O'Malley hubiera roto la regla más básica de todas. No implicarse de manera personal en el trabajo.

Lilly trató de hablar, pero la firme y

tajante voz de él le hizo retractarse. Continuó su camino hacia la salida y cerró tras ella. Smith esperó lo suficiente para que la joven no le escuchara.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? ¿A ti, a mí y sobre todo a Siobhán? —gruñó enfadado Smith, sin poder explicarse las razones que le habían llevado a aquel punto. Traicionar a Siobhán, una mujer excepcional que no merecía esa ingratitud a su amor y atenciones.

El irlandés se quedó de pie allí clavado. No había pensado en ningún momento en Angelo, quien podría encargarse en cuestión de segundos de

borrarle del mapa; ni en Smith, quien pagaría las culpas por no haber evitado aquello; ni tan siquiera en Siobhán, a quien últimamente tenía muy abandonada.

–Tienes razón. No sé lo que me ha pasado, pero te prometo que no volverá a ocurrir. Nadie tiene que enterarse de esto –le sugirió, verdaderamente arrepentido. Seguía sin saber qué había pasado por su cabeza para cometer tamaña locura. En realidad, sí lo sabía pero no quería creer que fuera posible. No cuando había tenido a Siobhán a su lado durante todos aquellos años.

–¡Maldita sea! Eres mi compañero. Ni por un segundo te delataría, pero

tienes que medir tus actos si no quieres que ninguno de los dos terminemos debajo de hormigón armado. ¿Lo entiendes? —aseguró más calmado Smith, quien se había ganado el sobrenombre de *Sherlock*, por su actitud meticulosa y sus vastos conocimientos en diferentes materias.

O'Malley asintió dos veces, aún nervioso.

—He preguntado si lo entiendes — quiso estar seguro Smith.

—Sí, lo entiendo —confirmó el hombre de ojos bicolor.

—Creo que deberías descansar un poco. Ir a ver a Siobhán. Yo cubriré tu puesto — le aconsejó Smith, queriendo

darle un tiempo para reflexionar—. Por Angelo no te preocupes, no dirá nada. Sabe que trabajas demasiado.

El irlandés terminó aceptando. Le estrechó la mano y salió de allí, dispuesto a olvidar todo lo que había ocurrido. Lilly, agazapada tras una esquina, lo vio alejarse y sospechó que algo no andaba bien.

Smith le confirmó sus dudas cuando llamó a la puerta de su dormitorio.

—Angelo quiere hablar contigo —le informó el musculado hombre—. Te acompañaré.

—¿Y Aiden? —preguntó ella sorprendida por su ausencia. Más pasmado se quedó el guardaespaldas al

descubrir la confianza con que su compañero y la protegida se trataban. No era raro que pronto hubieran pasado a mayores—. ¿O'Malley? —volvió a replantear la pregunta ella.

—Estaba cansado. Yo le sustituiré —replicó, frotándose su mano derecha. Permanecía envuelta en una pequeña gasa blanca y, por el rostro constreñido de él, debía de haberse golpeado recientemente.

—¿Está bien? —se preocupó ella, sujetándole el brazo.

Apretó los dientes. Le dolía todo el brazo, pero su mano se había llevado la peor parte. Había bajado hasta la cocina del hotel y, una vez fuera en el callejón,

había descargado toda su ira sobre la fachada del edificio. La mano había comenzado a sangrarle profusamente y uno de los ayudantes de cocina le había facilitado un pañuelo y unas gasas para limpiar la herida.

«¡Diablos, ahora entendía a Aiden!», pensó el robusto hombre.

La candidez e ingenuidad de aquella chica no tenía parangón y ya estuviera o no atravesando el peor momento, no dudaba en preocuparse por los demás. Lilly no le gustaba nada. Era una buena chica que jugaba con fuego. Por propia experiencia, había aprendido que era mejor no meterse en los asuntos de los demás. Si ella solita se había metido en



aquel problema, esperaba que ella solita consiguiera salir de él. Deseó que para ello no los arrastrara a Aiden ni a él en su camino.



## CAPÍTULO 29

Aquel era el día de descanso de Siobhán en el hospital. Así se lo habían dicho sus compañeros a Aiden cuando este había preguntado por ella. Había decidido ir a buscarla a su casa. Nadie había respondido al timbre y había decidido utilizar la llave que se ocultaba bajo el macetero. La había buscado a ella o una nota que diera con su paradero. Encontró lo segundo.

*Aiden, me he ido unos días a casa  
de mi madre.*

*Volveré pronto.*

*Te quiere, S.*

El irlandés se había sentido, en cierta manera, aliviado de no tener que ver a su novia. Sería incapaz de actuar con ella como si nada hubiera ocurrido, no cuando aquella misma mañana había estado a punto de besar a otra chica que no era ella.

Siobhán había sido un ángel caído del cielo, dándole el espacio que necesitaba, esperándole y teniendo detalles con él que nunca antes nadie había tenido. Sabía que ella le amaba con verdadera pasión. Se lo había demostrado cuando llevaban unos meses juntos y le había confesado que había estado reservándose hasta dar con el

hombre adecuado. Se sentía abrumado por toda aquella confianza depositada.

Retrocedió unos pasos en busca de la salida, pero entonces se detuvo. Lo había pensado mejor. Iría a buscarla y le daría una sorpresa. Ahora era su turno de tener atenciones con ella y devolverle ese cariño recibido. En alguna parte debía venir la dirección. Buscó la agenda de direcciones de Siobhán. Cuando dio con ella, una tarjeta de visita cayó de su interior. Perteneecía a una tienda de vestidos de novia.

Al parecer, Siobhán sí había pensado en su relación más de lo que él había creído. Como toda buena chica

irlandesa, sabría a la perfección qué tipo de vestido, qué música, qué lugar y qué personas acudirían al enlace. Lo único que faltaba en la ecuación era un anillo en su dedo anular.

Recordó entonces la conversación que había tenido días atrás con su madre, en la tienda de Helen Hughes, donde trabajaba. Esta le había preguntado por Siobhán y, al ver el extraño gesto de su rostro, terminó figurándose que algo iba mal entre la joven pareja.

—¿Qué es lo que ocurre, Aiden? ¿Hay algo que no me estás contando? — indagó Erin asustada, temiéndose lo peor.

—No, madre. No te preocupes. Siobhán está bien. Es solo que... — empezó a explicar él, dudando de cómo seguir.

—Las cosas no van bien entre vosotros, ¿me equivoco? —afirmó la madre, sin la más mínima señal de duda.

Aiden se turbó ante la exactitud de su diagnóstico.

—En realidad, sí. Ella me quiere como siempre o incluso tal vez más, pero yo... No sé si me la merezco. Es demasiado buena para ser verdad. A veces pienso que la estoy utilizando — confesó el hombre aterrorizado.

Erin sonrió nostálgica. Reconoció con rapidez los síntomas.

—Me recuerdas a tu padre cuando tenía tu edad. Era un joven reservado, que no se atrevía a decirme más de dos palabras por miedo a perderme. Sin embargo, hay algo que te diferencia de él. Tú eres un gran hombre, tienes un trabajo respetable y una buena chica que te quiere. No debes preocuparte del presente, aunque sí del futuro. Si no te declaras pronto a Siobhán, vendrá otro que lo haga y se la lleve —le animó su madre a dar el siguiente paso.

Él había asentido con la cabeza, pero no había dicho nada más.

Su madre no desaprovechó la oportunidad para darle un último consejo.



—Cuando estés verdaderamente preparado, lo sabrás —le dijo convencida. En sus ojos, no podía evitar ver al hombre que había sido su padre, aún sabiendo que él era distinto y no condenaría a otra mujer cómo había ocurrido con ella.

Por un momento, a Erin se le erizó el vello de los brazos al recibir el inesperado abrazo de su hijo. La invasión de su espacio personal seguía siendo una de las cosas que la mujer más rehuía.



El rostro de Angelo no daba lugar a errores. Su satisfacción era perceptible

en su amplia y sardónica sonrisa. Se había cruzado con Calhoun en el hall del hotel. El productor le había comunicado de forma muy escueta que Lilly quedaba contratada. Su secretaria le llamaría al día siguiente para concretar la firma del contrato.

Calhoun salió raudo como el viento. Se encontraba de muy malhumor. Era la primera vez que una jovencita le rechazaba y lo había sentido como una bofetada en su ego.

—Debería contarme qué ha ocurrido en la prueba —pidió educadamente Angelo. Sus manos preparaban *gin tonics* de forma experta, sin perder de vista en ningún momento a la joven. El

mafioso había sentido la victoria de primera mano y le había parecido demasiado fácil. El aspecto arrugado del productor le había transmitido malas vibraciones, pero había preferido no inmiscuirse. Él le había puesto en bandeja el lugar y el momento. Si Calhoun no había sido capaz de aprovecharlo no era culpa suya.

Lilly lo observaba medrosa. Su actitud positiva le hacía creer que no estaba al tanto de lo que había pasado pero, por otro lado, no se atrevía a expresarlo en palabras. Se sentía miserable y ruin. Como si ella misma hubiera podido provocar esa situación.

—No sé qué es lo que quiere que le

cuenta. Hablamos. Recibió una llamada y se marchó corriendo –soltó dejando las etiquetas y buenos modales a un lado.

–Señorita Gilmore, no sé qué es lo que le dijo para convencerle, pero ha aceptado. Mañana fijaremos la fecha para la firma del contrato. Tenemos que celebrarlo –le indicó, tendiéndole un vaso.

Lilly no bebía. Cuando salía de fiesta, siempre se decantaba más por refrescos. Pensó en cambiar de estrategia y manejar las cosas a corto plazo. De momento, tomaría el vaso. Cuando el siciliano se distrajera, vertería el contenido sobre la planta de

al lado.

—Le daré un consejo, Lilly. Este mundo es muy agresivo y hay que estar dispuesto a dar antes que tomar. Es la norma básica en este tipo de negocios. — Alzó el cóctel en alto y bebió lo que quedaba de él.

La joven se sintió ultrajada y herida en su orgullo. Aquella frase le dejó claro que Angelo sabía lo que iba a pasar antes de que ocurriera. Él mismo la había ofrecido en bandeja como un exquisito manjar.

—Dicho esto, debemos hablar de lo que quiere —soltó, sentándose frente a ella—. Solo así tendré claro qué películas protagonizará, las cosas que

podría pasar por alto y las que nunca estaría dispuesta a hacer —expuso el mafioso, tomando algunos de los papeles que había sobre la mesa, ante ellos.

Se trataba de un contrato general en el que se especificaba si estaba dispuesta a enseñar alguna de las partes de su cuerpo y en qué medida. Pasaron más de una hora discutiendo cada uno de los tecnicismos para al final acceder a enseñar parcialmente sus piernas y su escote, siempre sugiriendo pero sin llegar a enseñar nada.

Una vez terminaron, Angelo recogió todos los folios y salió de la suite, dispuesto a reunirse con su bufete de

abogados.





## CAPÍTULO 30

Unos toques en la puerta hicieron que Lilly girara súbitamente la cabeza. En ese mismo momento, Smith hacía acto de presencia y la joven se desinflaba cómo un globo. Había esperado que fuera su compañero, y no él quien llamara preocupándose por ella.

Lilly no pudo cambiar su cara de decepción a tiempo y el guardaespaldas adivinó lo que pasaba por la mente de la chica.

–Señorita Gilmore, tiene cita en el *spa* con su amiga Negri –le recordó, sabiendo que los nuevos acontecimientos del día le habían hecho

olvidar su apretada agenda.

La sorpresa fue ecuánime, más aún conociendo a Pola, quien no perdonaba un retraso. Salió de allí corriendo hacia su dormitorio y preparó una bolsa con una toalla y un bikini. Cuando pisó la acera, el automóvil ya estaba esperándole a la entrada. El señor Talbot presidía la parte delantera y el señor Smith esperaba para abrirle la puerta.

Llegó al Four Seasons y fue directa hacia el ascensor. El botones fue rápidamente hacia ella y le pidió que le acompañara hasta la recepción. Allí, el empleado que había le hizo esperar mientras llamaba por teléfono a la

habitación de la Negri.

—George, no entiendo cuál es el problema —comentó Lilly extrañada—. Habíamos quedado para ir al *spa* —explicó, empezando a preocuparse de veras.

—Señorita Gilmore, haga un momento el favor de esperar —pidió amablemente el hombre, esperando a que alguien contestara al otro lado de la línea. Esperó durante varios minutos y entonces, informó de la llegada de Lilly.

El recepcionista prestó atención al teléfono y poco después colgó.

—Me temo que la señorita Negri no puede atenderla ahora mismo. Será mejor que vuelva en otro momento —

anunció de forma cortés, tratando de hacer el menor impacto posible sobre la joven.

—Déjeme subir a verla. Debe haberse enfadado. Habíamos quedado a las cinco y llego tarde —explicó la muchacha, con la esperanza de que la dejara subir.

Fue en ese preciso instante cuando Lilly descubrió un tumulto de gente bajando del ascensor. Entre la marabunta se encontraban Pola Negri y una starlet, Joan Crawford, quien había formado parte del corrillo de habladurías sobre la actriz días antes. La joven no entendía nada.

—¡Pola, Pola! —gritó moviendo la

mano hacia ella, tratando de hacerse ver.

La mujer se giró y su rostro inmutable la observó como si fuera la primera vez que la viera. Como si no la conociera. Siguieron caminando, rodeadas por los periodistas, hacia la salida.

Lilly oyó sus últimas palabras.

—Te voy a llevar al *spa* más exclusivo de la ciudad. Saldrás como nueva —le prometió a Crawford como una vez hubiera hecho con ella.

Parecían dos buenas amigas, inseparables, como ella y Lilly habían sido hasta ayer. ¿Qué había cambiado de un día para otro? No podía ser que se hubiera enterado de la prueba con el

señor Calhoun, competencia directa de la Paramount, y aunque así hubiera sido, la Negri debería haberse alegrado por ella. Tal vez Angelo tenía razón. Pola la había utilizado para evitar que despuntara y mantenerla bajo su estela. Si ella tenía alguna sospecha de que Heaven la contrataría, cualquier interés que hubiera podido sentir por Lilly había desaparecido en aquel mismo momento.

Poco a poco, comenzaba a darse cuenta que todo lo que había leído, oído y soñado sobre los *locos años 20* no era tan bonito como parecía a simple vista. Empezaba a ser consciente de que había mucho más en un témpano de hielo de lo

que se observaba en la superficie.



—¿Y dónde dices que está ese burdel? — cuestionó Chester, después de haber caminado unas cuantas manzanas detrás de su nuevo amigo.

—Ya queda poco —le tranquilizó, esperando que el plan surgiera efecto.

Buscaba un lugar alejado de la gente donde nadie pudiera quedarse con su cara y vincularle con el chico, una vez que su rostro apareciera en los periódicos.

—Eso espero. Mi jefe no soporta a la gente impuntual —replicó el adolescente, preguntándose por qué

demonios se había dejado guiar por aquel desconocido. Un par de bromas y un secreto desvelado le hicieron confiar con rapidez en él, dejándose llevar por sus promesas del *polvo* de su vida.

—Tranquilo. Llegarás a tiempo. Lo prometo —aseguró *El Maníaco*, conduciéndole a un edificio abandonado en el que drogadictos y vagabundos eran los únicos inquilinos—. Merecerá la pena.

Chester comenzaba a arrepentirse cada vez más de su decisión al ver las desconchadas paredes, el suelo lleno de inmundicia y a gente tumbada aquí y allá. Él venía de una familia pobre y no le asustaba moverse por un barrio



modesto, pero aquello le olía mal.

—¿Y dónde dices que están las chicas? —indagó nervioso, temiendo haberse metido en alguna trampa. La fisonomía y altura de su anfitrión no le habían hecho sospechar en ningún momento de él, pero ahora no parecía pensar de igual forma.

—Detrás de aquella puerta —indicó el asesino, con el dedo extendido hacia una puerta de madera en la que podían verse dos números en su frente. Tres piezas de metal que señalaban que aquel edificio había sido hasta hace unos años un hotel y aquella la habitación 109, aunque el último número se mostraba caído, mostrando un 6 en su lugar.

Aquello era definitivamente lo más siniestro que había visto Chester en su corta vida. Tenía que irse de allí. Sin embargo, ¿y si todo había sido producto de su imaginación? No quería quedar como un cobarde ante su nuevo amigo y las chicas que les esperaban al otro lado... Un pequeño mareo hizo que se apoyara en la pared.

*El Maníaco* le sonrió con ingenuidad y Chester le devolvió la sonrisa dando un paso más hacia él y su perdición.



Lilly había visto con sus propios ojos como Pola Negri, aquella joven con la

que creía haber confraternizado, la miraba a los ojos por unos segundos y le daba la espalda. Aquello había sido lo más mezquino que había visto hacer a una persona. La misma mujer que le había consolado en el baño de una gran fiesta le hacía regresar nuevamente a uno. Así estaban las cosas.

Tomó una de las toallas del baño y se encerró en una de las letrinas. No quería que nadie la viese en aquel estado. Ya no era solo por su imagen, una que comenzaba a ser, poco a poco, más conocida gracias a Angelo. ¡Y pensar que odiaba a este por ser un mafioso y un asesino! Sin embargo, él era el único que parecía seguir estando

de su lado. Al menos, hasta ahora.

Consiguió serenarse y se secó las lágrimas mientras decidía agarrarse al único salvavidas que le quedaba: **Ciro Angelo**.

Había dejado de lado a los **Hughes**, una familia que la había acogido con los brazos abiertos para hacer realidad su sueño. Si aquello no funcionaba con el mafioso, no tenía a nadie más en quien confiar. **Angelo** parecía ser la última carta de la baraja, para bien o para mal.

Su mundo parecía derrumbarse por momentos. Necesitaba hablar con alguien de todo aquello y conocía a la persona idónea para ello: **Aiden**.

**Smith** esperaba a la puerta, tal y

como ella le había pedido. Más de una vez, Pola había bromeado acerca de sus guardaespaldas y Lilly no había querido que nuevamente fueran el hazmerreír. Se alegraba de que no hubiera entrado junto a ella y hubiera sido testigo de esa humillación.

Sacó unos polvos de su bolso de mano, se arregló como buenamente pudo el maquillaje (sus manos habían adquirido un pequeño temblor) y salió al hall con la cabeza bien alta y una sonrisa en su rostro.

Caminó hacia el exterior y se despidió del recepcionista con un discreto movimiento de cabeza y un aumento en la curvatura de sus labios.

Cuando llegó al exterior, Talbot y Smith se encontraban repantigados sobre el capó del Ford T, mirando a las jovencitas pasar y hablando de los viejos tiempos, como si ambos estuvieran a punto de jubilarse.

Ambos se cuadraron al ver a la señorita Gilmore.

—Disculpe el atrevimiento —dijo el chófer curioso—. ¿Pero no había quedado con la señorita Negri? ¿Qué hace aquí sola?

—He cambiado de planes. Será mejor que nos vayamos de aquí —pidió la joven, tratando de no perder el aliento y no derramar una sola lágrima más.

Smith le abrió la puerta y esperó a

que entrara. Entonces, él la siguió.

—¿Se sabe algo de Aiden? Llevo todo el día sin verle —preguntó, tratando de no sonar desesperada—. Me resulta extraño cuando ha sido mi sombra hasta hoy.

—Estará fuera todo el fin de semana, pero otro chico lo sustituirá. No se preocupe, no estará sola —le aseguró el hombre de cabeza rasurada, antes de seguir hablando—. ¿Quiere regresar al hotel o desea ir a algún otro sitio?

—Tal vez el hotel sea lo más sensato en estos momentos —sugirió la joven.

El guardaespaldas apoyó su decisión con una pequeña sonrisa.

—Talbot, ya has oído —pronunció

él—. De vuelta al Algonquin.

El chófer condujo con cuidado durante todo el trayecto. La cantidad de tráfico existente en la ciudad hizo que un recorrido de diez minutos a pie se convirtiera en un desfile de más de media hora. Coches de caballos, automóviles y transeúntes se daban paso en un pequeño caos donde no existían reglas que regularan el tráfico. Los cláxones comenzaron a sonar intermitentes, formando una extraña amalgama de sonidos que se asemejaba a una improvisada sinfonía.

Una vez en el vestíbulo del hotel, Smith fue el primero en salir y ofrecer su mano izquierda para que Lilly se



apoyara en él. Sus largas y finas piernas se contonearon haciendo perder el sentido a algunos de los transeúntes que por allí pasaban. En cuestión de días, su transformación había sido sorprendente. Había dejado de ser la tímida chica de barrio para convertirse en una modelo de revista.

Subieron en el ascensor hasta la última planta, en completo silencio. No fue hasta que Lilly abrió la puerta de su habitación, que se giró hacia su acompañante.

—Smith, me encuentro muy cansada. Creo que me iré pronto a la cama. ¿Podrías traerme algo de cenar? De repente me ha entrado hambre —solicitó,

mostrándose algo desangelada.

Logró captar la atención del guardaespaldas, quien resignado aceptó su cometido.

—Está bien. Iré ahora mismo. Procure no hacer ninguna locura en lo que estoy fuera —advirtió el hombre, sabiendo que la joven era una fuente de problemas constante.

—No tengo fuerzas para moverme. Te esperaré aquí sentada —dijo Lilly, señalando una de las butacas de la suite.

Smith le lanzó una mirada sardónica. Dudaba de ella, pero ¿cómo no hacerlo? En el poco tiempo que llevaba cuidándola, se había metido en más de un lío. Desde aquel extraño

suceso en la salita de música del hotel, pasando por sus roces con Angelo o su extraño comportamiento esa tarde. Sabía perfectamente que algo le había sucedido, aunque no se atrevía a preguntarle qué era. Primero, porque no era asunto suyo y, segundo, porque estaba casi seguro de que no obtendría una respuesta. Por lo menos, la que de verdad era. No conocía aún del todo a la joven. Podía mentirle con cualquier excusa barata como podía simplemente cambiar de tema o no decirle nada.

Lilly siguió fingiendo hasta que Smith dobló la esquina. Deshizo la cama y preparó la almohada de tal manera que pareciera ella, durmiendo. Tomó la

salida de emergencias, bajando por las escaleras, asegurándose así de no encontrarse con nadie. Sus emociones dominaban en aquel momento cada una de sus células. La lógica había dejado paso al dolor, el abatimiento y la decepción.

Su vida era como una montaña rusa. En constante movimiento, con constantes subidas y bajadas. Todo había empezado con sus padres en un mortal peligro. A partir de ahí, su viaje al pasado, su relación con Angelo, su presentación en sociedad, la muerte de Millie y su chasco con Pola Negri. Todo había ido demasiado rápido. Incluso para ella, una simple adolescente para la que devolver

con retraso unos libros a la biblioteca ya era toda una aventura.



# CAPÍTULO 31

Aiden se había decidido, al fin, a ir en busca de Siobhán. Sin embargo, ella había pedido algunos días que le debían en el trabajo y se había ido a ver a su madre. Viuda desde hace ocho años, los mismos que hacía que había perdido a su marido en la Gran Guerra, luchando en el Viejo Continente con la única ayuda de una bayoneta.

Siobhán la había apoyado desde el primer momento. Permaneciendo junto a ella bajo el mismo techo, cuando estaba a punto de llevar a término sus planes de independizarse. Ambas habían comenzado a trabajar por aquel

entonces, reforzando la economía del país y la suya propia. Las mujeres habían ocupado el lugar de los hombres en las fábricas durante y después de la Guerra, consiguiendo derechos que hasta entonces se habían vetado a las personas de su sexo.

Aunque Shirley, su madre, había conseguido vivir holgadamente durante aquellos años, su sentimiento de melancolía seguía siendo el mismo día tras día, año tras año. Había aprendido a vivir con ello y había dejado pronto de estar todo el día en la cama y llorar por las esquinas a llevar el dolor por dentro y preocuparse por los demás, apartando a un lado su propio malestar. Siempre

agradecía las visitas de su hija, a pesar de ser breves y distantes entre sí, debido a que su trabajo y su novio ocupaban casi todo su tiempo.

Aiden había tenido que tomar el ferry para llegar a Staten Island. Nueva York crecía por momentos gracias a la construcción del Metro y sus numerosos puentes. Pagó su ticket, subió a bordo y caminó hacia la popa. Allí se apoyó sobre la verja y observó la estela que dejaba el barco, fundiendo con ella todos y cada uno de sus pensamientos.

Media hora después, el irlandés pisaba suelo firme de nuevo, aunque no por mucho tiempo. Un tranvía pasó por su lado y no dudó en preguntar su



destino antes de montar en él. Saltó del tranvía en marcha cuando las primeras casas comenzaron a llamarle la atención.

La casa de Shirley era una de tantas que colonos holandeses habían edificado a su llegada al Nuevo Continente tres siglos atrás. Al igual que la zona norte de Manhattan, sus amplias viviendas unifamiliares se extendían entre anchas avenidas y parques. Nada que ver con la zona sur, donde cientos de familias se veían obligadas a vivir en infraviviendas de cuatro y cinco plantas.

El irlandés siguió el camino asfaltado, buscando la casita de piedra y teja azul que le había indicado uno de los vecinos. Una bandada de niños

corriendo arrambló con él de frente. Jugaban a indios y vaqueros y el primero de todos era el indígena que huía de los que le daban caza. Aiden recordó de súbito momentos felices de su niñez y no pudo evitar sonreír por ello. Siguió unos metros hasta dar con ella. Ante él, una bonita casa rústica destacaba sobre los frondosos árboles y la espesa vegetación.

La masía que Shirley había adquirido era una casa de piedra y ladrillo, con una planta y un desván con techo abuhardillado. Poseía un alero que se extendía sobre los porches de la vivienda, dándole una apariencia de granero en construcción. Poseía dos

habitaciones individuales, además de un baño, una cocina y un salón. Las paredes estaban hechas de piedra y había una chimenea localizada en el lado izquierdo trasero. Sus características ventanas no pasaban desapercibidas. Eran dobles de guillotina y se abrían al exterior en el primer piso mientras que en el segundo tenían paneles laterales. Las puertas, a su vez, se mostraban a la mitad permitiendo abrir de forma independiente la parte superior o inferior de estas.

Aquella residencia pasaba desapercibida entre las decenas de viviendas que ocupaban Staten Island. Sin embargo, llamaba la atención del

visitante de paso que no había tropezado antes con un edificio de estas características, cómo era el caso de Aiden.

El sol impactó sobre una de las ventanas produciendo un pequeño reflejo que cegó por unos segundos al guardaespaldas. Se llevó la mano a los ojos para protegerlos. En ese momento, la puerta se abrió dejando paso a una anciana y su hija. Shirley llevaba un amplio y cómodo vestido que le llegaba hasta los tobillos. Un chal resguardaba los hombros de la mujer del acuciante frío. Por su parte, Siobhán se fundía en su estampado abrigo de lana gris. Su cabello, recogido en un desmadejado

moño, se soltó por los laterales, proporcionándole cierto aire rebelde. Su rostro, preso de sus sentimientos, no pudo evitar soltar una lágrima mientras sus labios se contraían en un mohín triste. Inmediatamente, se llevó el dorso de la mano a los ojos y se secó con disimulo la cara. No quería que él la viera así.

«¡Ha venido hasta aquí a buscarme! Esto debe de significar algo. Estoy completamente segura», pensó Siobhán, observando como Aiden avanzaba a grandes zancadas por el camino de entrada a la casa.

La joven bajó uno a uno los escalones y le esperó a la vera del

porche. Agradeció llevar un vestido largo que ocultaba sus largas e inquietas piernas, que no paraban de temblar. El frío disimulaba su enorme nerviosismo.

No era la primera vez que Aiden veía a Shirley, la madre de ella, pero sí era la primera vez que la encontraba tan deteriorada. El tiempo parecía haber hecho mella en ella. Su encorvado cuerpo se sostenía gracias a la ayuda de un bastón.

La salud de la señora Doyle había ido en detrimento desde que trabajara nueve años atrás en Orange, como pintora de esferas de relojes. Por propia iniciativa de la encargada, las trabajadoras (que se contaban por miles

entre EE.UU y Canadá) solían chupar las cerdas de los pinceles para afinarlos y conseguir una mayor precisión en su trabajo. Otras, como diversión, solían pintarse las uñas y los dientes, visibles en la oscuridad, gracias a la radioactiva pintura. Aquello había terminado pasándoles factura. Primero, anemia, luego fracturas de hueso y necrosis en la mandíbula y, en el peor de los casos, el sueño eterno.

Shirley siempre había odiado los hospitales y había evitado visitar uno. Tal vez eso, le había salvado la vida. Muchas de las chicas habían empeorado con la radiación que los escáneres de hospital habían expuesto sobre ellas.

Shirley no se arrepentía de haber trabajado en la Compañía de Radio. Durante la Guerra, sin su marido trayendo un jornal a casa, había necesitado cada penique y medio que le pagaban por esfera pintada.

Siobhán vio a Aiden portando una pequeña maleta de piel y supo que venía a pasar todo el fin de semana con ellas. No supo que le alegraba más: si el hecho de que, por fin, se hubiera decidido a demostrarle que le importaba, o que de verdad fueran a pasar dos días juntos. Si se dejó estrechar entre sus fuertes y cálidos brazos y sumergida en la esperanza, cerró fuerte sus ojos. Si aquello era un



sueño, no quería despertar.



## CAPÍTULO 32

Se arrebujoó entre la planta y los dos últimos escalones, procurando que nadie la viera. El vestíbulo del hotel estaba despejado de gente, por lo que aprovechó para girar a la derecha. Deambuló como había hecho la primera vez que había llegado a aquel establecimiento. Observó con delicadeza cada uno de los bustos, cuadros y mármoles que allí se encontraban, percibiendo el alto valor de cada uno y sabiéndose afortunada de estar allí en aquel momento.

Oyó barullo de voces y se aproximó al lugar de donde procedían. Un salón al

fondo del corredor. Como un pequeño marco en la puerta indicaba, se trataba del comedor «Luis XV», preparado para albergar la celebración de bodas de alto copete. Una fotografía mostraba a la feliz pareja. Debajo de esta rezaban los mejores deseos del hotel:

*Nuestra enhorabuena a Carlo  
Gambino y Catherine Castellano  
por su feliz enlace.*

La algarabía estaba presente. Se escuchaban vítores por parte de los invitados y la música no paraba de sonar. Lilly imaginó que el alcohol no sería un problema. El hotel, junto a

otros, era abastecido de provisiones gracias a Angelo. Lo había escuchado en boca del mafioso poco antes de personarse ante él.

Siguió caminando con la mente en blanco y sus pasos la llevaron sin darse cuenta hasta la sala de música. Cuando se dio cuenta de dónde estaba, su rostro se contrajo en una mueca de horror, recordando lo que había vivido allí, a su llegada. No recordaba nada de lo que le habían contado. No se reconocía. Ella no sabía tocar el piano. Y resultaba más improbable aún que hubiera interpretado un recital completo.

Como si algo le hubiera atravesado, se sintió repentinamente cansada y se

sentó sobre uno de los taburetes. Los párpados le pesaban terriblemente. Su mente comenzó a ser invadida por decenas de pensamientos que no entendía... que no reconocía. Una partitura de Beethoven, una caricia, un beso robado, un *sprint* y, entonces, nada. Sus ojos se habían cerrado por un segundo para abrirse más vivaces y cautelosos. El cuerpo de Lilly se levantó como un resorte, con una brusquedad tan inesperada que hizo que sus piernas fallaran y terminara cayendo al suelo. Por suerte, sus manos frenaron el impacto de lo que podía haber sido un golpe más aparatoso. Tardó más de la cuenta en alzarse y, aún más, en poner

rumbo fuera del hotel. Escuchó una voz familiar llamando a una mujer. No se molestó en girar para ver de quién se trataba. Tomó el primer taxi que encontró.

—A la 74 con la Quinta Avenida — anunció la joven. Su nerviosismo era evidente y no paró de mover los dedos de las manos en todo el trayecto.

El taxista la observaba de vez en cuando por el espejo retrovisor.

—¿Se encuentra bien señorita? —le preguntó, cuando apenas quedaban unos metros para dejarla en destino.

El silencio fue su única respuesta. El hombre decidió no meterse en lo que no le incumbía y siguió conduciendo.

Lilly ya podía divisar las enormes torres de piedra caliza que presidían la famosa avenida. Sonrió alegre y se mordió el labio esperanzada. De repente, algo entre la multitud llamó su atención y estuvo a punto de tirarse del vehículo en marcha.

—¡Pare, por favor!

—Todavía no hemos llegado — advirtió el señor.

—No se preocupe. Yo me bajo aquí —contestó con prisas—. No llevo dinero encima pero si llama a la puerta y pregunta por los Elliot, ellos le pagarán —dijo con una pierna ya fuera del taxi—. Dígales que va de parte de Anne.

La muchacha salió tan rápido del



vehículo que al hombre no le dio tiempo de interceptarla.

—¡Maldita granuja! ¡Más te vale que sea cierto o prepárate la próxima vez que te vea! —vociferó cabreado por la ventanilla.

La muchacha había echado a correr detrás de una señora. Aunque solo le llevaba unos metros de ventaja no se encontraba tan ágil como hubiera querido y no se veía capaz de alcanzarla, así que decidió llamarla.

—¡Madre! —Gritó un poco cohibida al ver las miradas que la observaban. Sabía que aquello era de mala educación y todo el mundo se la quedaría mirando, pero en ese momento,

no estaba para refinamientos. Necesitaba ayuda y solo ella podía prestársela—. ¡Madreee! —proyectó su voz con mucha más fuerza.

La mujer se giró para comprobar con asomo que quién la llamaba era su propia hija. Se frotó incrédula los ojos como si se tratara de un espejismo y comenzó a andar hacia ella insegura. La última vez que había creído verla por la calle había sido saliendo del teatro Nickelodeon. No había habido ningún rastro en todo Nueva York, ni una pista de su paradero. Con todas las emociones efervescentes, abrió sus brazos de par en par. La muchacha se arrojó al calor de sus manos.

—¡Mamááá! —exclamó Anne, sin miedo a que la tacharan de infantil—. Te he echado de menos. —El suspiro de alivio de la muchacha fue poco, comparado con la incertidumbre que había rodeado a la señora Elliot, sin saber el paradero de su hija durante meses.

La madre abrazó con fuerza a la hija y la separó de su cuerpo para verla mejor, con lágrimas en los ojos de alivio y alegría volvió a apretarla contra su pecho. No podía creer que hubiera recuperado a su pequeña.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué te ha pasado! ¿Por qué no has vuelto a casa? —balbuceó la mujer

fuera de sí zarandeándola por los hombros. La chica no sabía qué contestar y solo negaba con la cabeza mientras lloraba a pleno pulmón—. ¿Qué he hecho yo para que me hicieras algo así?

—No es nada de eso, madre —murmuró sorbiéndose los mocos—. Usted no hizo nada. Tengo... Tengo que contarle... —dudó desconfiada—, pero aquí no. Vayamos a casa.

—No te preocupes por nada. Da igual lo que hayas hecho y dónde hayas estado, lo importante es que has vuelto. Déjame disfrutar de este momento un poco más —dijo con una gran sonrisa atrapándola otra vez entre sus brazos.

Trataba de atrasar la llegada al hogar lo máximo posible porque sabía que el señor Elliot, en cuanto la viera, se pondría furioso y estaría dispuesto a sacarle la verdad fuera como fuera.

Anne disfrutó de ese nuevo abrazo un poco más y luego apartó a su madre con delicadeza.

—Necesito sacármelo de dentro. Madre... el señor Bleeker trató de aprovecharse de mí. No recuerdo mucho más. Creo que escapé, quizás me desmayé, no sé... o me golpeé la cabeza... El resto está muy confuso —dijo concentrada intentando ordenar los recuerdos aislados que rondaban por su cabeza—. Lo importante es...

–¿Qué tu profesor de piano intentó abusar de ti? ¿Entonces te persiguió y te secuestró? ¡No entiendo nada!

–No... No fue eso... –negó Anne.

Una cosa era que hubieran intentado sobrepasarse con ella y otra muy distinta que la hubieran retenido en contra de su voluntad. Ella era una chica fuerte y nada le habría impedido regresar junto a los suyos. Se dio cuenta entonces de que sí había habido algo que lo había hecho. Aquel espíritu que había «ocupado» su cuerpo durante meses. Ella había conseguido rebelarse un par de veces más, después del incidente en la sala de música de aquel hotel.

Sus recuerdos seguían siendo muy

confusos y faltaban ciertos detalles que hacían que el puzle no encajara. Lo último que recordaba era que vagaba sin rumbo fijo por la calle, no tenía dónde ir, se sentía triste y sola en la vida. Entonces, unas puertas enormes se abrieron ante ella y entró y se sentó en una butaca. No recordaba si era en un cine o en un teatro. La lucha contra aquel espíritu ajeno le había dejado muy débil y, cuanto más permanecía este dentro, más posibilidades tenía de quedarse para siempre. Anne no adivinaba cómo había logrado recuperar la voluntad y manejo de su cuerpo. El espíritu ajeno debía haber perdido la motivación que le movía a estar dentro de ella,

manejando a Anne a su antojo.

–Tienes razón. Será mejor que volvamos a casa y hablemos de forma más tranquila –se replanteó la señora–. Tu padre debe saber que estás bien. –La abrazó y le hizo sentir segura por primera vez desde que todo empezara.





*“La noche muestra  
a las estrellas y a las mujeres  
bajo una luz mejor.”*

*Lord Byron*





## CAPÍTULO 33

Aiden y Siobhán habían dado un largo paseo, internándose en uno de los múltiples bosques que había por las inmediaciones.

Shirley había regresado al calor de la chimenea y había dejado a la pareja sola para que pudiera hablar.

Juntos habían terminado contándose sus temores, sus dudas y, sobre todo, sus sueños. Habían charlado durante más de dos horas y habían fortalecido el fino y frágil hilo que los había unido hasta ahora.

Siobhán se sentía de nuevo confiada y amada y no tenía miedo a lo que se le

podiera presentar en un futuro si Aiden estaba junto a ella.

Él, por su parte, agradecía haber tenido esa conversación sincera. ¿Cómo podía haber tenido miedo de esa relación? Sio seguía siendo la misma chica divertida y alocada de siempre, aunque oculta bajo las capas y más capas de responsabilidad que llevaba encima. El trabajo en el hospital y la preocupación constante por la salud de su madre la ahogaban. Así se lo había hecho saber al irlandés.

—Sé que me quieres —afirmó la mujer, envolviendo con sus manos las de él—. Es algo tan claro como que la noche sigue al día. De lo que tengo miedo,

pánico incluso, es de que esta distancia que nos hemos autoimpuesto los dos termine con lo nuestro. Sé que somos fuertes y podemos luchar contra todo, pero ¿cuánto tiempo dejaremos pasar hasta que nos demos cuenta de que ya no compartimos nada? ¿De qué no sentimos nada el uno por el otro? Necesito tener un día a día contigo, saber que si me ocurre algo estarás ahí, que podré llorar sobre tu hombro y que seguiremos apoyándonos en todo como hemos hecho hasta ahora. Nuestra relación no pasa por su mejor momento. No me extrañaría que conocieras a otra y acabaras abandonándome...

Las palabras de Sio expresaban el

desasosiego constante con el que llevaba conviviendo este último año. Aiden prometía una y otra vez que ahorraría un poco más y encontraría otro trabajo. Que se establecerían en otra ciudad, si era necesario, que cuidaría de ella y le diría todos los días cuánto la necesitaba.

Durante los primeros años de su relación, así había sido. Aiden la sorprendía de vez en cuando con pequeños detalles que para ella no tenían precio. La dejaba notas por toda la casa diciéndole cuánto la adoraba y lo que harían en su próximo encuentro. Aquellos gestos de amor sacaban una sonrisa de sus labios y la animaban a

enfrentar el nuevo día de con ánimo renovado. No supo decir el momento justo en que aquello dejó de ocurrir. Fue más un proceso paulatino en el que el trabajo de ambos y sus preocupaciones tomaron mayor importancia que ellos mismos.

—Sé que te pido demasiado. Ahora ya no me importa si sigues trabajando o no para Angelo. Lo único que quiero es que seas mío durante, al menos, unos minutos al día. Que todo vuelva a ser cómo era antes —anheló nostálgica, con una lágrima derramándose por su mejilla.

Aiden no habló. Solo comenzó a andar, tiró de su mano y le guió por el



bosque hasta llegar a un claro. Se detuvo junto a un árbol y le pidió que cerrara los ojos.

Sus acuosas ventanas le contemplaron con inquietud. Si odiaba las sorpresas, no esas en las que todo terminaba bien y la gente sonreía radiante, riéndose sobre lo desconfiados que habían sido, sino aquellas en las que nadie esperaba lo que se les avecinaba. Esas eran las peores.

Las manos de Siobhán temblaban como un enfermo de Parkinson a la vez que Aiden se soltaba de su mano. Ella no pudo percibir nada además del viento sibilante y el ruido de algunas hojas que crujían.

—Cuenta diez y abre los ojos —las palabras de él mostraban el mismo nerviosismo que el cuerpo de Siobhán.

La pelirroja no se atrevía a abrirlos. Miles de hipótesis vinieron a su cabeza, desde la más probable a la más inverosímil, desde que hubiera salido corriendo para no volver más después de una terapia de sinceridad demasiado fuerte para él hasta la teoría que le situaba con una rodilla en tierra pidiéndola la mano. Abrió uno un poco con miedo y le encontró de pie frente a ella serio al principio y sonriente después. Le miró entre decepcionada y confusa, no entendía nada. ¿Estaba jugando con ella? ¿Después de todo lo

que le acababa de contar?

Se arrojó hacia él llorando y le maldijo, aporreando su pecho con las manos. Aiden le sostuvo entre sus brazos y las piernas de ella flojearon. Su novia había sufrido realmente con su relación. Cogió su mentón y lo alzó para que ella mirara hacia arriba. De lo alto de una de las ramas pendía un fino hilo rojo y, de ese hilo, fundiéndose con las hojas del árbol colgaba un anillo de platino y diamantes.

Siobhán se llevó las manos a la cara, preparada para seguir llorando. Aiden se las apartó. Quería verla a ella, ver la alegría en su rostro y en sus ojos.

—¡Cómo he podido ser tan tonta! Tu

improvisado viaje aquí... –Las lágrimas volvieron a ahogar sus palabras. Su sueño por fin se hacía realidad y de la forma más bella.

Aiden había tomado la iniciativa, había ido a buscarla y se había declarado de la forma más inesperada. Demostraba una ternura que hacía mucho que no veía en él. Tal vez a ella le había ocurrido lo mismo que a él. No había sabido reconocerle debajo de tantas capas. Hijo, amigo, compañero, empleado...

–¿Te encuentras con fuerzas? Voy a soltarte, no te desmayes aquí mismo – dijo con sorna–. Necesito desatarlo o cualquier pájaro podría llevárselo –

bromeó de forma ambigua.

—Sigues siendo malísimo haciendo chistes —le espetó, posándose de nuevo sobre tierra firme.

Él aprovechó para romper el fino hilo y dejar que el anillo cayera sobre las palmas juntas de Siobhán. Este aterrizó sin problemas entre sus dedos. Una sonora carcajada escapó de los labios de la mujer.

Él, por su parte, le había hecho saber a Sio que no tenía que preocuparse por su relación.

—Sio, sabes que te quiero y ese sentimiento nunca cambiará. Hemos pasado por muchas cosas y atravesarlas juntos nos ha hecho más fuertes y más

sabios –declaró Aiden, consciente de todas las etapas por las que su relación había pasado y cómo les afectaba a ambos. Sabía que era verdad. Siempre la querría. De lo que no había estado tan seguro últimamente era de la intensidad de esos sentimientos. Sin embargo, la tenue luz que ardía en su pecho había vuelto a arder como antaño al contemplarle allí de pie, en la veranda, luchando contra la brisa que arrastraba su fino cabello.

Aquella mañana se había dado cuenta de que el amor podía avivarse como las llamas de un fuego y que la fortaleza, la amistad y la devoción que Siobhán sentía por él no las encontraría

en ninguna otra parte. Esa había sido la razón definitiva que había hecho que se decidiera.

—Este anillo simboliza mi compromiso de estar siempre a tu lado, de no dejar de amarte un solo instante y... —cogió el anillo del improvisado cuenco que formaban las manos de ella y lo introdujo en su dedo anular, mientras seguía hablando— tomar juntos ese tren a cualquier parte. Tú decides el momento y el lugar.

Siobhán lloraba en silencio. Sus lágrimas se habían convertido en un manantial que surcaba toda su cara. Aquel momento era perfecto. El sol había comenzado a ocultarse y lanzaba

sus últimos destellos sobre el pequeño objeto redondeado. Los pájaros emitían una dulce melodía, acompañada del aleteo de las mariposas, el martilleo de pájaros carpinteros y los sonidos que ardillas y conejos producían a su paso.

Bajó la vista hacia su mano. Seis pequeños diamantes, con un exquisito y raro corte se engarzaban al pequeño y elegante anillo.

—¡Debe haberte costado un ojo de la cara! —exclamó de forma atolondrada Sio, al ver aquella delicada sortija de platino.

—Medio, quizás —bromeó él, guiñándole un ojo—. Fui un estúpido al pensar solo en la guita. ¿De qué nos



sirve amasarla, si no podemos disfrutarla? –confesó avergonzado.

Sio le tomó de las manos y encajando cada uno de sus dedos con los del otro, posó sus gélidos labios sobre los de él. Un suave y aterciopelado beso les transportó a ambos a un lugar muy lejos de allí. La sensación fue fugaz.

–¡Estás muerta de frío y comienza a helar! Deberíamos regresar –sugirió Aiden, viendo como la noche cubría con su oscuro manto cada pequeña superficie a su alrededor. Siobhán asintió.

Abrazados, caminaron de regreso a la casa.



## CAPÍTULO 34

El rostro de Chester mostraba una mueca congelada de terror. Su cuerpo se asemejaba a un boceto sin terminar con pinceladas rojas aquí y allá, como si su creador hubiera sufrido un ataque de inspiración, excepto que él no era un lienzo y el carmesí que empapaba la alfombra no era pintura.

Miró orgulloso su obra. El chaval no era su tipo de víctima pero había disfrutado jugando con ese pelele durante horas, sacando de él todo lo que necesitaba para acercarse a la chica y despachándolo con rapidez.

Como su nuevo amigo había

planeado, la bebida había conseguido debilitar los reflejos y la voluntad del chico, quien se había apoyado en la pared de la habitación. La cabeza le daba vueltas y reclamaba con ansiedad su premio. Sin embargo, en lugar de la tan ansiada fruta prohibida, una afilada navaja apareció en las manos del *Maníaco* para desaparecer en el pecho del muchacho. El dolor se extendió por cada uno de los puntos nerviosos de Chester, haciendo que aullara de dolor. Su *amigo* se encargó de taponarle la boca para que nadie fuera en su ayuda. Con la otra mano, terminó lo que había empezado.

Tuvieron que pasar tres días

hasta que el mal olor avisó a los inquilinos del lugar de que algo sucedía en aquella habitación. Fue uno de los vagabundos quien se encargó de deshacerse del cuerpo. Nadie quería que la policía apareciera por allí y les echaran del lugar que era su refugio, por lo que lo arrastraron junto a un contenedor. Si no hubiera sido por un ciudadano que pasaba por allí y descubrió a las alimañas alimentándose del muchacho, Chester no habría conseguido ser enterrado de forma cristiana.

El propio Angelo se encargó de darle un entierro a la altura, a pesar de la contrariedad de sus padres que no

dudaron en expresarle sus negativas. Por su culpa, su primogénito había muerto de forma tan horrible. No había otra explicación posible a su muerte sino a las malas compañías con las que se había juntado.



Madre e hija habían regresado a casa en busca del cabeza de familia. El señor Elliot llevaba horas encerrado en su biblioteca, junto con otros tres hombres, despachando asuntos de suma importancia. Fue la alarmante interrupción de una de las criadas, la que hizo que el caballero, en contra de su costumbre, pidiera a sus colegas que

postergaran aquella reunión para el día siguiente.

Una vez que estos salieron, pidió a Anne que tomara asiento frente a su buró, dejando fuera a su esposa.

La faceta seria y reservada del señor Elliot, unida a las largas horas que se pasaba trabajando en aquella gran sala, rodeada por sus cuatro costados de estanterías de libros, que habían pasado de generación en generación y hacían de aquella una de las colecciones más lujosas y exclusivas del país, proyectaba una figura misteriosa y, a veces, algo aterradora.

Las criadas se preguntaban fascinadas cuántas horas seguidas

podría estar allí metido su patrón y referente a temas de qué calado tratarían sus reuniones.

Su rostro alargado y un comienzo de calvicie en la parte delantera hacían parecer a Giles Elliot más mayor de lo que en realidad era. Rondaba los cuarenta y en un pequeño acto de rebeldía, de los que raramente le caracterizaban, se había negado a teñirse las primeras canas que coronaban sus sienes. Veía en ello cierto orgullo, como de resistencia ante las modas que tan previsiblemente seguía todo el mundo a rajatabla, incluida su mujer. Era una persona segura de sí misma y rara vez se dejaba guiar por



comentarios de terceros, a no ser que le beneficiasen en algo. Había sabido jugar bien sus cartas y cuando su padre falleció, eligió la mansión y los valores en bolsa que tan sabiamente había recibido su bisabuelo en pago a sus años de dedicación a un noble acaudalado. Su hermano Billy había preferido dilapidar el dinero y había terminado arruinado, muriendo solo en un callejón. La familia había dejado de lado a la oveja negra y se había centrado en el ambicioso y prometedor, nuevo señor Elliot.

—No entiendo este juego tuyo, Anne. ¿No habíamos quedado en que te marcharías de casa? Creí que el cheque que te había firmado sería suficiente, ¿es

que acaso necesitas más? –preguntó el hombre, cavilando la mejor forma de solucionar el problema.

–Siempre ha sido el maldito dinero. Antes que usted o su propia familia. No todo se arregla con una rúbrica –contestó airada la joven, harta de la actitud conservadora de su padre. Los tiempos cambiaban y era necesario que todo el mundo, incluido él, se adaptara a esos cambios.

–Por supuesto que sí, mi querida hija. El dinero fue el que hizo que tu tío terminara por el mal camino y el dinero evitará que traigas la infamia sobre esta familia –aseguró satisfecho de sus principios inquebrantables, aquellos que

nunca le habían fallado, a diferencia de su *respetable* y próspera familia.

—Padre, ¡es usted despreciable! — soltó fuera de sí Anne—. No puedo creer cómo no hice esto antes —dijo, tratando de hacerle daño.

—¿El qué? —preguntó el señor Elliot, mofándose de ella—. ¿Quedarte embarazada o hablar con tan poco respeto a tu padre? Aunque supongo que esto lo reservabas para el número final. —Bajó la mirada y se enfrascó de nuevo en sus papeles—. Puedes marcharte. No te daré un centavo más.

Los ojos de Anne ardían llenos de odio. Finalmente, una pequeña lágrima se hizo paso y salió a la

superficie.

—No creas que me vas a conmovér —pronunció, tratando más de convencerse a sí mismo que a ella. Sus facciones se mostraban tensas, producto del nerviosismo acumulado—. Tus decisiones me han decepcionado y no quiero que tu madre se vea salpicada por tu deshonor. Para mí, estás muerta.

—¡Soy tu hija, por Dios! No puedes echarme sin más. Ya te dije que no iba a abandonar a mi familia —dijo decidida con un tono de voz que le obligó a levantar la mirada de sus hojas—. No dejaré sola a madre contigo. No desapareceré.

—Siempre has hecho lo que has

querido y sin que te importaran las consecuencias.

No te quiero aquí –concluyó el hombre.

–No voy a dejar de existir, asúmelo padre –contestó desafiante.

–Está bien. Te irás a cuidar de tu tía Edith. Será lo mejor.

–Lo mejor, ¿para quién? –quiso saber Anne, que comenzaba a sentir el desprecio que su tío Billy había recibido en vida y que, todavía aún hoy, su tía Edith sufría. Todos la consideraban responsable de las acciones del difunto. Cómo si ella hubiera podido influir en su testarudo marido, una vez que algo le entraba en la

cabeza.

—Para ti, no lo sé. Ese ya no es mi cometido. Ahora debo preocuparme de que el resto de esta familia siga siendo tan feliz como hasta ahora y no voy a permitir que tu desliz con el hijo del carnicero lo impida —concluyó el hombre sujetándole por el brazo y avanzando hacia la puerta—. Te quedarás en tu habitación hasta que planee tu viaje a Long Island.

Cuando Giles Elliot abrió la puerta, en su rostro no quedaba rastro alguno de la contrariedad que su hija había provocado en él. Se atisbaba en sus labios una ligera sonrisa que hacía presagiar lo contrario a los

pensamientos que ocupaban en ese momento su mente.

—Phyllis, nuestra hija se encuentra algo desorientada después de todo lo que ha sucedido y ha decidido que un cambio de aires le vendría bien —comenzó a inventar ante su preocupada mujer. No le dejó hablar y siguió con el teatro—. He pensado que puesto que ya ha pasado tiempo desde el deceso de mi hermano, podríamos ofrecer una mano amiga a nuestra cuñada Edith. Una visita, por tiempo indefinido, de Anne sería el mejor de los reconstituyentes para ella.

La mujer le observó desorientada y miró a su hija de refilón.

Anne esperaba que saliera en su defensa y así lo reflejaba la esperanza en su rostro, pero no ocurrió. Phyllis fue a decir algo, pero calló. Deliberó unos minutos y finalmente asintió más convencida. No había terminado de asimilar la idea de que su desaparecida hija había regresado a su vida cuando otra vez volvían a arrebatársela. Ella había sido una mujer de costumbres. Ella, al igual que su madre y la madre de su madre, habían crecido con una sola idea. Vivir para y por su marido. Ser una esposa fiel y abnegada y cumplir con su objetivo de aumentar en gran número la familia. Sus obligaciones secundarias (supervisar la limpieza y orden del



hogar así como gastar el dinero de su marido) eran un excelente hobby al que dedicaba gran parte del día. El resto lo invertía en tediosas partidas de bridge y reuniones de té donde, junto a sus amigas, organizaban galas benéficas para alguna causa solidaria. En resumen, Phyllis Elliot era una mujer anclada en el pasado a la que nadie, ni siquiera el surgido Movimiento Feminista, lograría hacer cambiar de opinión. No tenía voz ni voto, había pasado a ser una propiedad de su marido como una vez lo fuera de su padre.

—Anne, sube a tu habitación —ordenó el cabeza de familia sin más preámbulos—. Necesitas descansar,

mañana partirás temprano. Haré que alguien te suba la cena.

La mirada de odio de Anne expresaba sin necesidad de palabras lo que estaba sintiendo en esos momentos. Odio hacia su padre y desprecio hacia su madre, que no era más que un mero objeto de decoración en aquella casa. Subió corriendo los escalones de dos en dos y dio un portazo tras entrar en su habitación. La rabia y la frustración dejaron paso a las lágrimas y dio rienda suelta a su desazón.

No sabía si su padre realmente llevaría a cabo su palabra llevándola junto a su tía Edith o simplemente encargaría al chófer que la llevara lo

más lejos posible de la ciudad y la dejara a su suerte. Aquella noche, su padre la había dejado claro que no quería volver a saber nada de ella, que era una deshonra para la familia y que, por tanto, no contaría con su apoyo ni el de su familia nunca más.

El padre de la criatura la había dicho que no se encargaría de ella ni del bebé. Para él, Anne solo había sido una chica más, una de una larga lista de conquistas. Estaba sola y no tenía dónde ir. Deseó por un segundo morir y, como si el Altísimo le hubiera escuchado, sintió un fuerte dolor en el vientre. Se revolvió sobre la cama en una serie indefinida de espasmos y,

finalmente, quedó rígida. Sin aliento.



## CAPÍTULO 35

Siobhan recordó el calor de la mano de Aiden en la suya minutos antes mientras juntos contaban a Shirley, la madre de ella, la buena nueva. Volvió a sentir esa calidez de nuevo. Dirigió su mirada hacia sus manos enlazadas y luego a él. Su sonrisa y sus brillantes ojos azul y avellana, sin lugar a dudas, eran un fiel reflejo de lo que sentía por ella. Una adoración sin límites, una que podía llevarles a cometer la mayor de las locuras. Contraer matrimonio. Sobre todo, si uno de los dos no sentía verdadero amor. Aquel pensamiento pasó por su cabeza, pero un apretón de

manos y una oleada infinita de calor, aún más grande que antes, hizo que eliminara cualquier idea extraña de su mente.

—¿Qué teníais que decirme? — escribió Shirley en un cuaderno, sospechando lo que podía ser. Sus dolores en mandíbula y manos habían ido en aumento y se había quedado sin voz.

—Madre, Aiden me ha pedido la mano — anunció la pelirroja, conteniendo la emoción.

Los ojos despiertos de la mujer exigieron saber, sin demora, la respuesta. Ardía en deseos de recibir una buena noticia dentro de la tragedia que ella estaba viviendo.

Siobhán levantó la mano y, enseñando el pedrusco que había en su dedo, gritó exultante.

—Le he dicho que sí. —Dio un pequeño saltito. Se arrojó en los brazos de su madre y ambas dieron rienda suelta a sus sentimientos. La mujer riendo a pleno pulmón y la futura novia llorando a mares.

Aiden permanecía de pie, como mero espectador, disfrutando de la escena. Pasado el momento de euforia, la mujer y la pareja tomaron asiento y siguieron su conversación.

—¿Hay fecha? —escribió de nuevo Shirley. Ella misma conocía todos los preparativos y el trabajo que cada uno



conllevaba si querían que la boda fuera todo un éxito.

—Ha sido todo muy rápido, pero siempre he pensado que una boda en primavera debe ser realmente preciosa. La buena temperatura hace que haya mayor variedad de flores entre las que elegir —declaró excitada Siobhán. Por su forma de hablar se adivinaba que llevaba mucho tiempo planeando esto.

—Muchas cosas qué hacer. Trajes, ceremonia, restaurante, etc. —Había escrito una pequeña lista, Shirley—. Yo os ayudaré —prometió al observar el gesto alicaído de ella.

—Muchas gracias, madre —agradeció la novia, apretando la mano de la mujer.

Con un aspaviento, la mujer restó importancia al detalle y desvió su atención hacia Aiden.

—¿La casa? —indagó Shirley, queriendo saber si él ya había pensado dónde iban a instalarse, una vez estuvieran casados.

—Tendremos que movernos a un sitio más grande. Comenzaré a buscar casa esta misma semana. —Un firme movimiento de cabeza de Shirley le hizo saber que estaba conforme con su respuesta.

Desde que el padre de Siobhán había muerto en la guerra, Shirley había tenido que aprender a cuidarse de sí misma y eso incluía negociar con el

fontanero o el tendero de la esquina, demostrando que no se dejaba engañar tan fácilmente.

A Aiden le gustaba la fortaleza y seguridad que Shirley desprendía con sus actos. En cierta manera, le recordaba a Erin, su madre. Ambas habían perdido a sus maridos, aunque por diferentes circunstancias, y ambas habían logrado salir adelante con un coraje y determinación sin precedentes.



Hacía horas que la noche había caído sobre los tejados de Nueva York. Sin embargo, no todos habían cedido a la tranquilidad y al abrigo de sus hogares.

Mujeres de dudosa moral, jugadores y gente de malvivir se movían por las calles como pez en el agua, apropiándose de billetes que habían pertenecido a algún pobre diablo.

La luna se mostraba fulgurante, sobre el firmamento y, como una niña curiosa, era testigo de todo lo que acontecía a su alrededor, manteniendo los secretos de todos y cada uno de los habitantes de la ciudad a buen recaudo.

El espíritu de Anne Elliot había abandonado su cuerpo unas horas antes y, el cielo, como si de su madre se tratase, lloraba profusamente sin intención aparente de escampar en las próximas horas. El viento helado se

había infiltrado en el interior del dormitorio y el desabrigado cuerpo de la muchacha había perdido parte de su brillo y su color, mostrando una desangelada postal con sus amaratados labios.

En el mismo ala del edificio y a unos pocos metros de distancia, Phyllis Elliot mantenía una lucha interna consigo misma.

Aún recordaba la rebeldía que le caracterizaba de joven y había desesperado tanto a sus padres. De la noche a la mañana, una extraña enfermedad había hecho que su madre quedara relegada al sofá de su salón con accesos cada vez más habituales de

pérdida de memoria. La primera vez que la anciana había dado síntomas de amnesia, la familia lo había achacado a la reciente pérdida de su hermano, acontecida en un accidente de tráfico. Pero Phyllis se dio cuenta de que algo no iba bien. Empezó a fijarse en el comportamiento cada vez más errático de su madre y de que hacía cosas sin sentido. Arrastraba objetos cambiándolos de sitio y luego no recordaba haberlo hecho, se escondía en el armario, asustada por su vida y al segundo lo había olvidado todo y estaba feliz, faltaba a citas y acontecimientos importantes porque no se acordaba del sitio ni la hora...

La enfermedad diagnosticada por el doctor alemán Alzheimer, había conseguido lo imposible: unir a madre e hija como nunca antes. Phyllis terminó reformándose, siendo la buena chica que sus padres querían y comprometiéndose con el hijo de una familia amiga.

Desde entonces, la mujer había seguido como una abeja obrera los dictados de su marido, sin preocuparse de lo que ella misma quería o necesitaba. Sin embargo, ahora todo era distinto. Se trataba de su hija y no estaba dispuesta a que la marginaran solo porque no hacía lo que se esperaba de ella.

Phyllis salió con sigilo de su

dormitorio, tratando de no despertar al señor Elliot. Descalza, notó cómo algunas de las tablas de madera crujían con sus pisadas. Su gesto se contrajo temiendo lo peor. Ser descubierta.

Esperó unos segundos plantada allí de pie y cuando se aseguró que era la única que se movía por la casa, siguió sus pasos hacia el dormitorio de Anne. Necesitaba hablar con su hija, hacerla entender que ella no era su enemiga y ayudarla a marcharse de allí. Anne podría tener la oportunidad que ella rechazó en su momento. Phyllis no era tan tonta como la gente creía. Sabía todo lo que pasaba en aquella casa, desde los deslices de su marido a la tragedia que



estaba viviendo su pequeña.

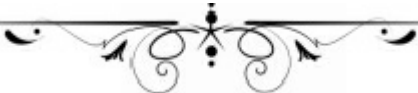
La mujer se acercó a la puerta, sumergida en sus tribulaciones, cuando un ruido llamó su atención. Apartó las dudas a un lado y, con la angustia inundando cada uno de sus recovecos, se decidió a entrar. Una ráfaga de viento era la culpable de que los batientes de la ventana oscilaran de un lado a otro provocando un enorme estruendo que reverberaba en toda la casa. Su angustia se multiplicó al descubrir la cama vacía y con una enorme mancha de sangre en ella. Entró como un torbellino y revolvió las sábanas asustada. Estuvo a punto de soltar un alarido de terror pero se contuvo a sí misma mientras abría el

armario y ojeaba bajo la cama nerviosa. Se lanzó hacia la ventana abierta y miró fuera pero no vio nada. Se tapó la boca con las manos ahogando un grito y se sentó mientras intentaba controlar su agitada respiración sin mucho éxito. Necesitaba pensar, pero cada vez que su mirada se desviaba a la sangre de las sábanas le venían sudores fríos y se mareaba. Poco a poco unió cabos y se tranquilizó paulatinamente. El alivio se abrió paso cuando su mente comenzó a encajar las piezas. Su deseo se había cumplido, aunque no de la forma en que esperaba. Llevó las manos de su boca a sus ojos y se secó las lágrimas. Se aseguró de cerrar la ventana y esconder

las sábanas manchadas antes de regresar a su habitación, hundiéndose en el calor que su chal le proporcionaba.



*“La satisfacción de un  
momento  
es la ruina del siguiente.”  
Howard P Lovecraft*





## CAPÍTULO 36

El fin de semana parecía algo relativamente lejano, casi cómo un vívido sueño que hubiera mantenido en su memoria durante años. Sin embargo, había sucedido de verdad y como prueba de ello conservaba en su minibar una botella de whisky escocés que la madre de Siobhán le había regalado. La etiqueta mostraba su tinta intacta tras diez años, momento en el que la Ley Seca todavía no había hecho su aparición. Esa botella debía de valer una fortuna en el mercado negro y su suegra la había guardado todo ese tiempo, para finalmente regalársela a él.

Aún podía recordar el gesto marcial en el rostro de Shirley, un escudo natural con el que se protegía del mundo y que solo abandonaba en presencia de Siobhán.

Vistas de cerca ambas mujeres, nadie podría decir que pasaran por madre e hija. Una era racional y consecuente con sus principios mientras que la otra era visceral e imprevisible.

Shirley era una mujer conservadora, criada a la vieja usanza y alérgica a las nuevas ideas de cambio que habían germinado en aquella década. Por su parte, Siobhán había crecido con la Gran Guerra como telón de fondo y el alzamiento de los derechos de la mujer



tanto laboral como socialmente.

La pérdida del cabeza de familia había obligado a Shirley, al igual que a otras mujeres en su situación, a tomar las riendas de la familia. Por su parte, Siobhán se había centrado más si cabe en sus estudios de enfermería, con la vana esperanza de ser un gran médico algún día. Algo impensable a pesar de los grandes avances conseguidos para la mujer.

Aiden terminó de vestirse, ajustándose la corbata ante el espejo del armario de su habitación. Contempló por un momento su rostro ovalado, heredado de su padre, del que por suerte no había adquirido ni su cabello pajizo ni las

pecas que le hacían parecer un eterno adolescente. Con apenas treinta años, su frente mostraba señales evidentes de un principio de calvicie que, no por ello, le restaba cierto atractivo. Su pelo se veía revuelto y despeinado, a diferencia del engominado cabello que caracterizaba a gran parte de la población masculina. Sus penetrantes ojos azules con algún toque de avellana eran un misterio incluso para él. Su padre los tenía azul cielo mientras que los de su madre eran tan negros como el carbón, por lo que Aiden siempre se había preguntado de qué parte de la familia los habría heredado. Una espesa capa de pelambre cubría su labio superior y su barbilla,

dándole un porte más distinguido y señorial.

Se dio la vuelta en busca de su sombrero y se lo colocó bajando el ala hacia su izquierda. Sonrió a su reflejo con marcada seguridad y, cogiendo el abrigo y la bufanda, salió de su apartamento.

Un largo día le esperaba por delante. Contar a Smith todo lo que había acontecido durante su fin de semana, buscar una amplia vivienda para Siobhán y él y, lo más arduo quizás, volver a enfrentarse a la señorita Gilmore tratando de no sentir por ella ese inexplicable instinto protector.



*“El mejor legado de un  
padre a sus hijos  
es un poco de su tiempo  
cada día.”*

*O.A. Bautista*





## CAPÍTULO 37

Durante su estancia en el Nueva York de los años 20, Lilly se sentía encerrada como en una prisión de reducidas dimensiones y, a veces, hasta presionada como si llevara ropa dos tallas más pequeña que la suya. Ahora, tras la salida de escena de Anne, Lilly se sentía plena y renovada. Su espíritu se había amoldado a cada uno de los recovecos de aquel cuerpo y encajaba a la perfección. Se sentía completamente sana y el miedo a ser rechazada como huésped en aquel receptáculo temporal había desaparecido. Todo había sucedido de manera súbita e inesperada.

Sus fuerzas y su buen ánimo se habían perdido por el camino desde su decepción con la Negri, momento que Anne había aprovechado para reclamar lo que era suyo. Su cuerpo y su vida.

«El mundo de los negocios es difícil y cruel y no puedes fiarte de nadie», pensó.

Había tenido que aprenderlo a base de golpes: la desaparición de Millie de su vida, las excesivas confianzas del señor Calhoun e incluso la barrera de indiferencia que a veces sentía por parte de Aiden, por quien sentía tanto aprecio y le había ayudado a sobrellevar aquella montaña rusa de sensaciones y experiencias. Ahora, se sumaba a todo



eso, el sentimiento de culpa por saberse responsable de la muerte de Anne. Una chica a la que no había llegado a conocer, pero que como ella había luchado por sobrevivir.

Ya comprendía el funcionamiento del juego. Dos almas no podían convivir en el mismo cuerpo, no al menos a largo plazo, por lo que siempre era una la que se mantenía «despierta» mientras la otra permanecía en un estado de letargo, soñando con personas y situaciones que ocurrían a su alrededor. Era así como Lilly y Anne habían cohabitado sin levantar demasiadas sospechas. El detonante para que una de ellas despertara estaba vinculado con las

decepciones y sentimientos de la persona «viva». Se trataba de un círculo vicioso. Lilly había ido a parar al cuerpo de Anne después de que esta comenzara a notar síntomas de embarazo.

Varios altibajos y cambios de personalidad después, Lilly se había apoderado del cuerpo de Anne, dispuesta a cualquier cosa por regresar junto a sus padres. Por su parte, Anne conociendo la verdad, se había rendido a lo evidente (ni sus progenitores ni el padre de su bebé habían luchado por ella. Nunca había tenido a alguien que le quisiera de verdad) y había abandonado la partida antes de llegar a la última

casilla.



Lilly había regresado al hotel con más miedo que esperanzas. La joven se mostraba aterrada ante la idea de enfrentarse a Angelo. El mafioso le había advertido en su primer encuentro que si hacían un trato, ella sería única y exclusivamente suya y de nadie más. No podría dar un paso sin contar con él y así había sido.

El siciliano se había encargado de hacer contactos, conseguir invitaciones a bailes y pases privados a teatros donde se proyectaban las nuevas películas de la temporada.

Así fue él el primero que se presentó en su dormitorio después de que John Smith le hiciera partícipe de su llegada. Angelo no había esperado a que amaneciera para presentarse ante ella y pedirle explicaciones. Lilly no tuvo tiempo de excusarse.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? —preguntó molesto porque una simple niña se estuviera mofando de él—. ¿Derrochando mi dinero sin dar nada a cambio? Creo que es hora de enseñarle de que conmigo no se juega —la amenazó, llamando la atención de Smith.

En ese momento, se abrió la puerta para dar paso a un carrito de comida, empujado por un camarero. Este esperó

hasta que un leve giro de cabeza indicó a Smith que ambos desaparecieran.

Una vez que Lilly y él se quedaron a solas, el mafioso tomó una de las sillas que allí había y la puso frente a su gemela.

—Por favor —pidió a la joven—, no le haré nada... —Lilly tragó saliva y siguió sus órdenes. Le temblaban las rodillas... de momento —especificó Angelo, con cierto brillo en su mirada.

La muchacha entrelazó sus piernas hacia atrás, sin dejar de manosear sus manos. Su respiración era fuerte y su mirada seguía al siciliano en cada uno de sus pasos, sin perder detalle.

El hombre se mostraba tranquilo,

deambulando por la sala, como si estuviera decidiendo qué regalos comprar para las cercanas fechas navideñas. Sin embargo, sus pensamientos eran bien distintos.

—Recuerdo el día que se presentó ante mí pidiéndome una oportunidad —comenzó a narrar, como una voz en *off* en una historia—. Era una muchacha con las ideas claras pero sus principios han parecido perderse por el camino. ¿Acaso yo no he cumplido mi parte? —preguntó sorprendido por la situación a la que ambos habían llegado.

Un fuerte estruendo hizo que Lilly se levantara de su silla, rauda como el viento y apoyara su espalda contra la

pared más cercana.

Esparcidos por el suelo se encontraban hechos añicos los cristales que una vez habían conformado una jarra de agua y un vaso, apoyados en una bandeja sobre la mesita del café.

La mano de Angelo goteaba sangre sobre la rica alfombra de tonos geométricos. El hombre se maldijo mientras extraía un pañuelo de su bolsillo y cubría la herida con él.

—¡Mire lo que me ha hecho hacer! Nunca he tenido que pegar a una mujer y no iba a ser esta la primera vez —confió a Lilly, girándose hacia ella—. Sin embargo, hay muchas otras maneras de torturar. Uno de mis hombres ha

descubierto que su verdadero nombre es Anne Elliot y la mansión de su padre está en la Quinta Avenida.

El rostro de Lilly palideció en ese instante. La muchacha había conocido a los señores Elliot y, a pesar de que no eran unos padres ejemplares, ninguno de ellos se merecía sufrir.

El hombre se mostró satisfecho ante el desasosiego que mostraba la joven.

—Veo que hay algo con lo que sí puedo amenazarle. Desconozco los motivos por los que ha huido de la casa de su progenitor, pero no olvide que tiene un contrato conmigo y hasta que no haya pagado su deuda no la dejaré marchar. —Su tono fue inflexible. Estaba



claro que trataba de dejar huella en ella con sus palabras.

Lillian se acostó para descansar con las primeras luces del alba. En sus pensamientos, una única frase antes de caer dormida.

–Le he perdonado la vida. No me haga lamentarlo.



## CAPÍTULO 38

Lilly se pasó ese día y el siguiente en la cama, pero sus preocupaciones la seguían atormentando en sueños. En sus pesadillas no lograba regresar para salvar a sus padres o, si lo hacía, simplemente no lo hacía a tiempo.

Había logrado cumplir el mayor sueño de sus padres. Conocer a la actriz, lo cual resultaba toda una proeza al descubrir que se trataba de una celebridad de los años 20. Sin embargo, sus progenitores no estaban con ella para poder compartir aquel momento, lo que le restaba valor.

Además, su cuerpo no

estaba al cien por cien, se sentía débil y revuelta por dentro, otra vez. Había perdido bastante sangre con el aborto y todavía tenía pérdidas. Era increíble que ese cuerpo hubiera albergado hasta tres vidas hacía solo un par de días.

Al tercer día, se despertó bañada en una fina capa de sudor. Se levantó de la cama en busca de algo de agua fresca que le aliviara y al no encontrarla por ningún lado, salió fuera para toparse con Aiden, sentado en la habitación de enfrente y con la puerta abierta de par en par. Sus ojos no se movían del pasillo, escuchando el noticiero en una radiola.

Aiden se levantó raudo y se quedó allí clavado, sin apartar la mirada de

ella. Lilly avanzó hacia él. Aquella fue la mecha para que el irlandés reaccionara y diera unos pasos, acercándose a ella.

—¿Tienes mala cara? ¿Has dormido bien? —indagó curioso, al ver el brillo en su frente y sus visibles ojeras.

—No puedo más —declaró Lilly, poco antes de desvanecerse entre los brazos del guardaespaldas.

Aiden frotaba con un paño mojado la frente de Lilly, tratando de bajar la fiebre que se había disparado a lo largo de la mañana. La había llevado en brazos y la había recostado sobre el canapé del salón. Había tratado de dejarla en compañía de una doncella,

mientras él iba en busca del médico.

—No —gritó nerviosa, sujetando su brazo e impidiendo que se marchara—. No quiero que Angelo se entere.

—Ya, Smith me contó lo de la charla que Angelo tuvo contigo... No te preocupes, se le pasará. Lo que tienes que hacer es descansar y recuperar las fuerzas. Has estado expuesta a mucho estrés últimamente —la animó, pasándole una mano por el cabello y revolviéndoselo como a una niña traviesa.

Un par de horas después, Lilly se desperezaba ante un asombrado O'Malley, quien trataba de contener la risa con su mano.

La joven había olvidado momentáneamente dónde y con quién se encontraba hasta que giró su cabeza y se topó con la atenta mirada del irlandés. Lilly se ruborizó de inmediato.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó molesta, después de unos minutos de desconcierto.

—Nada. —Aiden relajó su expresión—. Deberías vestirme. Angelo te tiene preparada una sorpresa y ya sabes que es mejor no hacerle esperar.

La joven se incorporó con lentitud sobre la cama, sentándose en uno de sus lados. Aiden se levantó.

—Te dejaré sola para que te arregles —anunció antes de salir por la puerta.

El corazón de Lilly se había fortalecido de nuevo con las horas de reposo en la cama, pero también al descubrir que Aiden volvía a estar a su lado. No sabía cómo explicarlo. Smith era un buen hombre, aunque estricto y seguidor ferviente de las normas. Aiden parecía ser su alumno aventajado, pero nada más lejos de la realidad. El irlandés odiaba las normas y aprovechaba cualquier oportunidad para quebrantarlas. Ella, a su lado, comenzaba a cogerle gustillo a aquellas peleas sin sentido que compartían y a provocarle en cualquier momento y lugar. Parecía ser un juego del que disfrutaban mutuamente.



Aiden había abandonado la habitación y había dejado en su estela un rastro de soledad que había atrapado en sus fauces a Lilly. Desde la ventana, entraban los últimos rayos de luz que anunciaban la llegada de la noche. Se había pasado el resto del día durmiendo. Decidió hacer caso a Aiden y arreglarse. Angelo odiaba que le hicieran esperar.

Una vez que estuvo arreglada y maquillada, se observó en el espejo de pie que había en su dormitorio. Las medias de seda (de cabeza a pies, como describía el anuncio publicitario) que le habían costado un dólar cincuenta, realzaban el atractivo de sus jóvenes

piernas. Era una verdadera lástima que quedaran ocultas bajo aquel largo vestido. Se llevó las manos a la cabeza al darse cuenta de lo rápido que había adquirido la mentalidad de las *flappers*. Se sentó en la butaca que antes utilizara el guardaespaldas y comenzó a atarse las tiras de los zapatos.

Con el cabello recogido hacia atrás y enfundada en un espectacular vestido de tafetán verde aguamarina, cubierto de lentejuelas, se encontró Aiden a Lilly cuando pasó a recogerla.

—¿Estás lista? —le preguntó, después de que Lilly le descubriera mirándole con cara de asombro.

—Un momento —pidió ella, buscando

en su armario un abrigo de lana blanco con su manguito a juego.

Lillian no era solo aficionada al cine mudo. La película de *Doctor Zhivago* le encantaba. Había comprado aquel modelito a propósito basándose en el de color rosa que Tonya llevaba en la estación, al buscar a Yuri. Le había convencido más en blanco, uno de sus colores favoritos.

—¡Vaya! Estoy impresionado — exclamó Aiden, observando su look siberiano.

—¿Eso es un halago? Yo sí que estoy impresionada. ¿Qué te ha ocurrido durante el fin de semana? Estás más amable que de costumbre, eso es... —se

interesó la muchacha, mordiéndose el labio.

—¿Bueno? —trató de adivinar Aiden, haciéndose el ingenioso.

—En realidad, iba a decir raro —dijo delicadamente ella.

Él sonrió socarrón, mostrándose dolido por el adjetivo.

—¿Vamos? —preguntó Aiden, junto a la puerta, ofreciendo su brazo a Lilly, a quien no le quedó más remedio que unírsele. Estaba claro que las mujeres solo habían conseguido su libertad aparentemente. A la hora de la verdad, ella seguía siendo un pájaro dentro de una bonita jaula de oro.



*“Ningún hombre conoce lo  
malo que es  
hasta que no ha tratado de  
esforzarse  
por ser bueno.*

*Sólo podrás conocer la  
fuerza de un viento  
tratando de caminar  
contra él,  
no dejándote llevar.”*

*Clive Staples Lewis*





## CAPÍTULO 39

John Smith se encontraba de pie frente a su armario. Las puertas de este se encontraban abiertas de par en par, mostrando en su interior una maraña de recortes de periódico, varias fotografías y un mapa de Nueva York con varias cruces rojas sobre diferentes lugares.

Smith, como buen policía en sus viejos tiempos, no había perdido las buenas costumbres. Recopilar toda la información posible sobre un caso antes de dar comienzo una investigación. Tener todas las piezas del puzle o, al menos, las que estaban al alcance de su mano, era fundamental para poder



trabajar y dar con un posible asesino. Desde que un juez diera por cerrado el caso sobre la muerte de su bella Lara, aún sin resolver, Smith no había vuelto a ser el mismo hombre. No había cambiado solo su forma de ser y sus hábitos, sino que había adoptado una nueva identidad. Había dejado de lado a su familia y la de Lara, y había comenzado una *vendetta* que, a día de hoy, todavía no había dado por concluida.

Smith estaba seguro de que Angelo podía ayudarle a encontrar al responsable del atropello de su esposa. Él había sido incapaz de encontrar una sola pista que señalara al culpable. Sí,

había encontrado varios sospechosos, pero nada que dijera con seguridad que alguno de ellos había disparado a Lara. Sin embargo, no se rendía.

Braden/John había comenzado por establecerse en el barrio italiano, alegando la búsqueda de un viejo amigo y la ausencia de un lugar donde quedarse. Sus vestimentas, menos opulentas, su cabeza afeitada y su mirada rabiosa habían logrado que pasara desapercibido entre el vecindario, por el que había paseado semanas atrás, ignorante de ese aciago futuro. Después, había sido cuestión de suerte e invitar a un par de rondas a algunos hombres, para que fuera

presentado al hombre de confianza de Angelo. Hizo buenas migas con él y consiguió un empleo bajo el mando del capo. Varios meses de buen trabajo y un plan estratégicamente organizado lo que logró que Angelo le encargara deshacerse de su mano derecha, y John ocupara el puesto de aquel.

Habían sido muchas las oportunidades de acudir a su jefe, pero un sexto sentido le decía que si le revelaba la verdad no vería la luz del día de nuevo. Había optado por atrapar a los asesinos que andaban sueltos por Nueva York, una forma de mantener sus capacidades intactas, a la vez que calmaba su ansia de venganza.

Ante él se encontraban las pistas del nuevo asesino de la ciudad, al que todos parecían haber bautizado como *El Maníaco de Harlem*, por ser el barrio donde todas sus víctimas aparecían. Todas mujeres de entre catorce y veintitantos años, por lo que la policía barajaba dos posibilidades. Una, que se tratara de un perverso que disfrutaba violando, torturando y asesinando a niñas. La segunda, la que Smith sentía más certera por una corazonada, un muchacho que hubiera tenido problemas relacionándose con el sexo femenino o hubiera tenido algún trauma en su niñez, y descargara toda su rabia y frustración con las víctimas.

El *modus operandi* era el mismo en las tres víctimas que habían aparecido. Un golpe seco en la cabeza que hacía que las víctimas quedaran inconscientes el tiempo suficiente para moverlas de sitio, amordazarlas y atarlas, imposibilitando su huida. El criminal disfrutaba forzándolas sexualmente y, finalmente, las asfixiaba. Sin embargo, había una novedad en la cuarta víctima que había aparecido semanas atrás. A diferencia de las tres primeras, cuyos cuerpos habían sido expuestos en la calle de una manera bastante peculiar (posando como doncellas frágiles e inocentes sumidas en un dulce sueño), la nueva víctima había sido abandonada de

cualquier manera detrás de unas cajas, oculta en un callejón, a dos manzanas de su dirección actual, muy lejos de Harlem. Todo hacía sospechar que el criminal podía haber variado su patrón.

Aquel misterio se volvía más enrevesado con cada paso que John daba. El sonido del teléfono le apartó de sus cavilaciones.

—Smith, dile a Talbot que prepare uno de los coches y ven a mi suite. Tengo un encargo para ti —exigió Angelo, como solía hacer habitualmente.

El guardaespaldas volvió a colocar su ropa y objetos personales de forma que taparan el contenido del armario. Salió hacia el cuarto vecino, donde

Talbot planchaba su uniforme y le comunicó las órdenes del siciliano.

—¿No crees que debería decírmelo Angelo? —preguntó él, tratando siempre de hacer lo correcto y no meterse en ningún lío. Con lo que ganaba trabajando para el mafioso, dentro de unos años podría jubilarse y disfrutar de la vida junto a su amada esposa.

—No tengo ningún inconveniente —soltó Smith, muy seguro de sí mismo. Tomó el auricular del teléfono y se lo ofreció al chófer. Sus miradas se mantuvieron unidas durante unos minutos.

Finalmente, Talbot se resistió a meterse en líos.

—Está bien, me encargaré de ello — se resignó el hombre, que estaba acostumbrado a llevar una vida tranquila y no saber nada de los trapicheos de su jefe.

Minutos después, Smith salía de la suite de Angelo dispuesto a reunirse con Talbot en la puerta del hotel. El encargo: un simple viaje en carretera. Le vendría bien para despejar la cabeza. Al igual que en Scotland Yard, había veces en las que necesitaba apartarse del trabajo, descansar y retomar la investigación desde un punto de vista diferente. El noventa por ciento de las veces le había funcionado. Esperaba que esta estuviera incluida en ese porcentaje.



Llegó al vestíbulo, completamente vacío y se dirigió al parking donde sabía que encontraría al chófer. Talbot se encontraba sacando brillo al Duesenberg.

—No entiendo cómo teniendo tantos coches utiliza siempre el mismo — cuestionó Smith intrigado.

—Este es el favorito de la señorita Lilly. Es por eso que Angelo lo utiliza últimamente más a menudo.

—¿Cómo sabes tanto de todo Talbot? —bromeó Smith, quien se había animado con la idea del viaje—. ¿Conoces a Angelo tanto como crees? ¿Cuál dirías que es su coche favorito?

Talbot pasó un paño por encima del

salpicadero y se apeó del vehículo.

—Ninguno de estos —replicó el chófer orgulloso.

—¿Y eso por qué? Tiene más coches de los que nadie podría imaginar. A cada cual más diferente del anterior —alegó Smith molesto, creyendo que el chófer le tomaba el pelo. A Smith no le gustaba que jugaran con él.

—Una vez le oí hablar con cariño del viejo Chrysler. Me contó maravillas de él... —El anciano calló cuando se dio cuenta de que hablaba más de la cuenta. Nunca había contado nada de lo que oía decir a Angelo y no iba a ser esa la primera vez.

Algo en la cabeza de Smith hizo un

click como un engranaje y activó una zona de sus recuerdos. Un Chrysler amarillo había sido el que se había llevado por delante a Lara. Había podido verle por detrás mientras huía.

—¿Por qué has dicho «él» y no «un»? ¿Es que todavía tiene ese coche? —preguntó Smith, sin poder ocultar su curiosidad. Talbot trató de huir. Sabía que ocurría algo malo y había hablado más de la cuenta. Smith lo detuvo antes de que pudiera llegar al ascensor—. No quiero hacerte daño, pero si no me dices lo que quiero saber lo haré —le amenazó reteniéndole contra la pared y apretando su cuello con el brazo.

—Cuando empecé a trabajar para él

presumió de toda su colección y fue inevitable que me lo enseñara – respondió Talbot, incapaz de respirar.

–¿Está aquí? –De nuevo, el silencio de Talbot. Smith solo tenía que apretar un poco más. Lo que no sabía es cuánto tiempo contendría su rabia. Temía que se le fuera de las manos y terminara haciendo daño a Talbot—. ¿ESTÁ AQUÍ? –gritó Smith, furioso. El hombre asintió—. ¿Dónde?

La mano del chófer le indicó el camino que debía seguir. En cuanto lo soltó, Talbot huyó de allí como alma que lleva el diablo.

Smith caminó hasta el final del aparcamiento. Aquella zona mostraba

una miríada de objetos de diferentes alturas que, como en un trastero, ocultas por viejas sábanas, acumulaban polvo y esperaban el momento de ser enviadas a la basura. El guardaespaldas observó una línea uniforme a un lado. Algo alargado que parecía ser un coche. Sujetó el final de la sábana y, con brío, levantó esta lanzándola a un lado.

La confirmación de sus peores temores se hacía realidad.

Smith cayó de rodillas al suelo. Ante él tenía un antiguo Chrysler amarillo cuya estructura delantera estaba completamente hundida hacia dentro. El vehículo se mostraba immaculado, como si alguien lo hubiera sacado brillo

recientemente. No había rastros de sangre por ningún lado, pero sin duda aquel había sido el coche que había acabado con la vida de Lara. Él mismo había investigado seis años atrás y solo había dos coches como aquel en ese color. Uno pertenecía a una anciana que apenas lo utilizaba y el otro desapareció del radar. La policía no hizo nada por ayudarlo. Siempre había guardado las espaldas de los mafiosos por un buen fajo de billetes.



Talbot llevaba un elegante traje, a la par que una corbata y un sombrero negro, que destacaban sobre su inmaculada

camisa blanca. Conducía el flamante Duesenberg al que Lilly ya se había acostumbrado como si fuera un simple Ford y al que no daba la importancia de los primeros días.

Entró despacio en el coche, con ayuda de Aiden, deslizándose ligeramente sobre la tapicería permitiendo que el guardaespaldas se empapara del atractivo que el lujo, el poder y su belleza unidos, desprendían. Una vez que se aseguró de que todos estaban dentro, el irlandés cerró la puerta y ocupó la plaza vacía junto a Talbot, sin dirigir una última mirada a ninguno de los presentes.

Lilly no tuvo tiempo de darse cuenta

del fingido desinterés de Aiden. Otra persona en el interior del vehículo había conseguido captar toda su atención. Una mujer de suaves e inocentes rasgos a la que podía haber confundido con el reflejo de su otro yo al observarla de cerca. La mujer en cuestión no era otra que Lillian Gish y, al igual que ella, había elegido un elegante vestido verde aguamarina. Sin embargo, el suyo era de gasa de seda y terciopelo anudado a la cintura. No era tan largo como el de la muchacha y mostraba una serie de motivos florales que lo cubrían por completo.

Al verla, por un instante, vino a su mente la imagen de Millie con su traje



de fiesta la noche en que todo empezó.

Angelo se mostraba como otro mero ornamento al lado de la diva. Aunque sencillo y refinado con un traje cruzado que realzaba su figura, estaba cubierto de joyas. Anillos de oro en sus manos, un alfiler en la corbata y un par de dientes de oro decoraban su cuerpo. Por su parte, la diva no se quedaba atrás luciendo con majestuosidad alhajas prestadas de Tiffany's. Lo más llamativo era un collar de oro y platino que se ajustaba a su cuello y finalizaba en tres círculos superpuestos, en cuyos extremos destacaban dos águilas, alzando el vuelo. Pequeñas esmeraldas cubrían la superficie de los dos círculos

exteriores y salpicaban puntualmente con su brillo el resto de la gargantilla. En su brazo derecho, una pulsera que jugaba con las mismas simetrías y adornos florales que la gargantilla, aunque con un solo águila en el centro de dos círculos. Un cierre peculiar para tan singular joya.

Lilly sabía de buena tinta que, aunque Lillian Gish tuviera mucho parné, ninguna de aquellas joyas era suya. Eran un simple préstamo de importantes joyerías que conseguían así una forma fácil de publicitarse.

Ella disfrutaba del esplendor de aquellas joyas en otros cuellos que no fueran el suyo. Le gustaba admirarlas,

aunque no cargar con gemas de tanto valor. Su cuello exhibía una fina cadena de oro con una lágrima azul. Sus brazos, una diminuta esfera de reloj.

—La señorita Gish ha decidido deleitarnos con su presencia. Parece que se ha cansado de fiestas grandes y lujosas, pero aburridas. Esta noche le tengo preparada una sorpresa —culminó satisfecho Angelo.

Lilly había escuchado atenta cada una de las palabras del gánster y se preguntaba cuál sería su destino. Sin embargo, aquello pronto dejó de ocupar sus pensamientos.

—Estoy ansiosa por descubrir qué nos tiene preparado —contestó la actriz—.

Debo confesarles que, al principio, ser invitada a fiestas exclusivas era todo un honor, pero con el tiempo descubrí que todas se rigen por la misma norma. Alabar al anfitrión y escuchar las proezas y anécdotas de compañeros de reparto –afirmó resignada.

–Para eso nos tiene a nosotros –intervino el mafioso–. La señorita Gilmore y yo la sacaremos de la rutina. Por cierto, ¿sabía que esta joven, aquí donde la ve, es su más ferviente admiradora? –comentó, animándolas a conversar.

Lilly le miró abochornada. Después, dirigió la vista por un momento detrás de Angelo. Allí

adelante, separados por la mampara de cristal opaco, se encontraban Talbot y O'Malley. Pensó en un momento en Aiden y en qué concepto tendría de ella. ¿La seguiría viendo cómo a una muchacha malcriada o podría llegar el día en que la conociera realmente de veras? Movi6 la cabeza para apartar aquellos pensamientos y volvi6 a su conversaci6n.

—Debo confesar que soy culpable. Soy una gran fan suya. Me encantan todas sus pel6culas y es por usted que me decid6 a ser actriz —confes6 m6s segura que nunca.

Lilly se daba cuenta de los sue6os que hab6a ido acumulando y nunca hab6a

llegado a contar a nadie. Aquello pareció sorprenderla incluso a ella.

—Veo que tiene las ideas claras, Gilmore. Eso es un punto a su favor —dijo la réplica la diva—. Hablando de trabajo, ¿tiene algún proyecto en perspectiva? Si la respuesta es no, yo estaría encantada de poder ayudarle. Los comienzos siempre son difíciles y, si puedo contribuir en algo, usted será mi buena acción del día —añadió con tanta naturalidad que la joven no supo discernir si le hablaba en serio o solo bromeaba.

—Me abruma, pero debo rechazar su proposición. Gracias al gran don de la palabra del señor Angelo —soltó con

cierta sorna—, he logrado firmar con la Heaven. Sería egoísta por mi parte aceptar su ayuda cuando otras tantas muchachas como yo andan desvalidas sin ningún padrino que las ayude a escalar —admitió Lilly, sintiéndose agradecida por el ofrecimiento. Se mantenía muy centrada y determinada en sus objetivos. Salir de allí cómo fuera y regresar al lado de sus padres agonizantes. La difícil lucha que había sostenido para hacerse con un cuerpo no era nada comparado con el sufrimiento interno que afligía su pecho día tras día.

Gish pudo descifrar en sus ojos cierta dureza que solo se encontraba en los hombres que regresan de la Guerra y

algún que otro buscavidas. La joven no mostraba signos de ser lo uno o lo otro. Aún así, la actriz se sintió invadida por la duda y la compasión.

Dos horas después, nuestros protagonistas se habían plantado en otra ciudad y otro estado. El lugar era Filadelfia y la cantidad ingente de coches aparcados en Broad Street anunciaban que un evento importante estaba a punto de tomar lugar.

El chófer aparcó a la misma puerta del Estadio Sesquicentennial, donde las dos bellas damas y el galante caballero que les acompañaba pudieron apearse.

Aiden y el guardaespaldas de Gish mantenían las puertas del vehículo



abiertas, ayudando a sus clientes a bajar y mirando por ellos en todo momento. El irlandés se había mantenido callado durante el largo trayecto en carretera ante la presencia de un desconocido. Talbot, por su parte, era un hombre parco en palabras.

Con una capacidad de más de cien mil personas, el edificio tenía forma de herradura. Recién inaugurado varios meses antes, se mostraba en todo su esplendor.

Las dos Lillys siguieron a Angelo, enfrascadas en una vibrante conversación sobre deportes. Gilmore disfrutaba viendo deportes como el beisbol, el baloncesto o el tenis mientras

que Gish prefería otros más rudos como el fútbol o el boxeo. Justo era este último del que estaban a punto de ser testigos.

—Sabiendo su gusto por el boxeo me he permitido comprar entradas para el campeonato de esta noche —reveló Angelo a las dos jóvenes.

—¡Jack Dempsey contra [Gene Tunney](#)![\[11\]](#) Esto sí que ha sido toda una sorpresa, Angelo. Gracias. —Gish lucía radiante de felicidad. Hacía tiempo que alguien no se preocupaba de veras por lo que ella quería.

El siciliano sujetó la punta de su sombrero y lo bajó a modo de saludo.

—Por usted, lo que sea —replicó él,

satisfecho de su reacción.

—Gilmore, debe estar contenta de tener un benefactor como Angelo. Es todo un caballero y no duda en demostrarlo en cuanto se le presenta la ocasión —confesó la actriz, halagando la forma de ser de él.

La joven miró al gánster, incrédula por lo que oía y simplemente sonrió.

—Entremos. Faltan solo unos minutos para que empiece. Uno de mis hombres nos espera dentro —increpó el hombre, sujetando las espaldas de ambas.

Accedieron por una de las diversas entradas y después de que comprobaran sus tickets, subieron un tramo de

escaleras hasta acceder a un bonito palco.

Lilly sospechó que aquel hombre que había mencionado Angelo no podía ser otro que Smith. Desde que le había conocido, había tenido una mala sensación sobre él y esta había ido aumentando con el tiempo. No sabía explicar de qué se trataba, pero sabía que aquel hombre ocultaba algo y no debía ser nada bueno. La conversación con Angelo y la actriz no le dejó tiempo para profundizar en aquel sentimiento.

El sólido edificio de ladrillo, piedra y hormigón se mostraba abarrotado de gente expectante ante la gran final. Jack Dempsey había sido el

ganador durante cinco años seguidos y todo hacía prever que aquel sería el sexto.

El grupo localizó con rapidez a Smith, quien había acudido antes para encargarse de que no hubiera ningún problema con los asientos. Angelo, como rey de la fiesta, se sentó en la primera fila, rodeado por las dos mujeres. Detrás de ellos, Talbot y el guardaespaldas de Gish y, a los lados custodiando de pie la puerta, los guardaespaldas.

En medio del alboroto, contemplaron a ambos contrincantes haciendo gala de una gran competitividad en su entrada, alzando

los puños y bañándose en aquel bullicio de gritos y aplausos. Enfundados en sus batas, los boxeadores subieron al cuadrilátero y se colocaron en sus esquinas, acompañados de su manager, entrenador y asistentes. En ese momento, sonó el timbre.

—Acérquense. Ya les comenté las reglas en los vestuarios. Quiero una pelea limpia en todo momento —dijo el árbitro, mirando a ambos y asegurándose de que le habían entendido—. Toquen guantes. Buena suerte —concluyó antes de apartarse de allí y dejarles espacio suficiente para que diera comienzo la lucha.

Ambos contrincantes comenzaron a

pasear alrededor del ring esperando la reacción del contrario. No pasó demasiado tiempo antes de que Dempsey comenzara el ataque lanzando un gancho a Tunney y este lo esquivara echándose hacia atrás, y replicando con otro golpe que daba en el aire. La agilidad de ambos se mostraba en su juego de pies y sus reflejos rechazando los golpes del adversario la mayoría de las veces. También abundaron los *jabs* a la altura del mentón y los abrazos al contrario para detener momentáneamente los golpes.

—¿Ven cómo Dempsey se mueve como un mono, agachando medio cuerpo adelante y atrás? Es formidable —

exclamó el mafioso a las chicas, llevándose un habano a la boca.

El árbitro se dedicaba a separarlos cada vez que los luchadores terminaban juntos y no perdía detalle de cada uno de sus movimientos. Dempsey y Tunney lanzaban un conjunto de *jabs*, ganchos con ambas manos y algún que otro *uppercut* que trataba de coger desprevenido al contrario. Velocidad, agilidad, movimiento, ritmo de trabajo y fuerza eran factores claves a la hora de ganar.

Los asaltos iban avanzando al igual que el cansancio se hacía presente en el cuerpo de los oponentes. Los golpes iban abriendo brechas en los rostros de



ambos y, sentados en sus esquinas, recibían atenciones por parte del *cutman*, quien cubría con adrenalina o vaselina las hemorragias que pudieran producirse.

El público expectante ante el resultado de la lucha, más por los dólares que habían apostado que por su preferencia personal, no dudaba en mostrarlo con gritos, silbidos y abucheos.

Lilly se giró hacia la diva y vio cómo esta disfrutaba de la brutal y sangrienta pelea con una sonrisa en el rostro.

La pelea llegaba a su sexto round y los combatientes se veían exhaustos,

aunque dispuestos a resistir lo que hiciese falta. El timbre sonó y el árbitro mandó a cada uno a su rincón. Una toalla para secar el sudor y algo de agua para reponer líquidos fueron lo único que Dempsey y Tunney recibieron, antes de enviarles de nuevo a la lucha.

Una jovencita, vestida a la moda, cruzó el perímetro del ring exhibiendo un cartel con un enorme 7 escrito en él.

De nuevo, ambos contrincantes se enzarzaron y el árbitro tuvo que mediar, separándolos. Dempsey lanzó un ataque de siete devastadores ganchos, arrinconando a Tunney y haciéndole caer al suelo. El árbitro mandó a Dempsey a su rincón, pero este siguió insistiendo

durante un rato. El luchador no estaba dispuesto a dejarse arrebatarse el título así como así.

Las miradas entre el trío se sucedieron a lo largo de todo el combate: el mafioso, expectante ante los gestos emocionados de la señorita Gish; la señorita Gish disfrutando alternativamente del boxeo y de la atractiva figura de O'Malley; O'Malley intentando parecer indiferente y evitando mirar a quien no debía y Lilly observándolo todo con cara de asombro y bastante impresionada por el hieratismo total de Smith.

El polémico desenlace de la pelea, ganando Tunney por puntos, hizo que los

seguidores exaltados de ambos se alzarán a voz en grito y dieran rienda suelta a sus instintos más violentos. Los tres guardaespaldas se organizaron con rapidez y fueron haciéndose hueco entre toda la marabunta. Aiden y el guardaespaldas de Gish habían tomado el liderazgo del grupo mientras Smith cerraba el séquito. Talbot se había desligado del grupo adelantándose para intentar traer el coche a la puerta.

Tardaron más de veinte minutos en alejarse de los empujones de la gente y salir al exterior del estadio. Entonces, Aiden dio la voz de alarma.

—¿Dónde están Lilly y Smith? — preguntó nervioso, dándose cuenta, por

las miradas de Angelo y Gish, de que había metido la pata.

—Entra a buscarlos ahora mismo. No podremos quedarnos aquí por mucho tiempo —ordenó el siciliano, queriendo ir con la diva a un lugar más tranquilo. Aiden echó a correr hacia la entrada de nuevo—. O'Malley, tú y yo hablaremos más tarde.

El ceño fruncido del capo de la mafia lo decía todo. Aiden asintió y se dio la vuelta, en busca de su compañero y Lilly.



## CAPÍTULO 40

Smith había aguantado estoicamente las afiladas miradas de Lilly durante toda la velada. Por eso, en el último momento, había decidido sujetarla del brazo y llevarla a un aparte.

—¿Qué demonios se le ofrece? — preguntó nervioso el guardaespaldas.

Lilly, golpeada por la gente y empujada de uno a otro lado como una marioneta, no conseguía mantener el equilibrio y centrarse en la pregunta del hombre.

—No sé qué quiere decir. Usted me ha apartado del grupo. ¿Podría saber el motivo? — indagó la joven, queriendo

atajar lo antes posible la conversación. Temía la reacción de Angelo cuando descubriera que se había alejado de él. Desde su advertencia, no apartaba sus ojos de ella, vigilándola en todo momento.

—Cuando yo sepa por qué se ha pasado toda la noche escudriñándome. Debo de tener una cara fascinante a juzgar por la intensidad con que lo hacía —afirmó el misterioso hombre, quien a veces parecía buen amigo y compañero, y otras simplemente se mostraba como un hombre frío y distante al que temer.

—No sé de qué me está hablando —respondió, tratando de evitar su mirada.

—¿En serio? Ni siquiera es capaz de



mirarme a los ojos. Reconozco a una persona cuando miente. A usted se le da fatal –alegó él, curtido en esas lides.

–¿Y qué si mintiera? Usted también lo hace. Lo ha estado haciendo desde que le conocí y me atrevería a decir que incluso antes –se atrevió finalmente a decirle.

Smith hizo intención de acercarse a ella y Lilly dejó de luchar contra los empujones, dejándose llevar para alejarse de él. Hasta entonces le había inspirado respeto. Ahora, lo que recorría sus venas era miedo.

Smith, sin dejarse amilanar por aquella marea de brazos y cabezas, empezó a apartar a la gente de su camino

y logró echarle el guante. Los ojos de Lilly se abrieron de par en par, en una mueca de puro pánico. Otro brazo se cruzó en medio y liberó la presión de Smith sobre la joven. Ambos giraron la cabeza para encontrarse con Aiden.

—¿Qué demonios estáis haciendo? Vamos ahora mismo fuera. El jefe no está nada contento —anunció el guardaespaldas, sujetando a Lilly por la cintura y obligándola a avanzar hacia la salida.

Un escalofrío recorrió la médula de Lilly y todo su cuerpo tembló. Aiden no fue indiferente a aquello, pues pudo comprobar por su propio tacto como la joven había rizado. El aroma de su

cabello volvía a adentrarse en su pituitaria y le hizo recordar por un instante aquel breve encuentro que estuvo a punto de terminar en un beso. Su excitación creció y Lilly fue consciente de ello de forma instantánea.

—¿Qué demonios crees que haces? —preguntó molesto Smith. No había terminado su conversación con Lilly y no deseaba dejarla a medias. Por una vez, pareció no importarle Angelo, ni la jerarquía establecida.

Aiden luchó contra la presión de su pantalón al mismo tiempo que Smith le jalonaba del brazo, dándole la vuelta.

—Estábamos hablando —espetó el inglés, como si esperase una disculpa de

Aiden.

–Eso no era lo que parecía –soltó este de forma escueta, no viendo el momento de salir al exterior–. De todos modos, es la primera vez que te veo comportarte de forma tan extraña –aseguró. No reconocía a su compañero. Jamás había actuado de forma tan irracional y menos sin un motivo.

Smith pareció ser consciente en ese momento de su actitud y reculó.

–Perdona amigo, no sé qué me ocurrió –admitió el hombre cuya cabeza se asemejaba a una bola de billar, ofreciéndole la mano.

Aiden extendió la suya, no del todo convencido, pero sin quedarle otro

remedio. Había mantenido sujeta a Lilly con su brazo izquierdo para que la corriente no se la llevara. Volvió a sujetarla con ambas manos, como si se tratara del volante de un coche.

—Salgamos de aquí. Angelo nos echará un buen rapapolvo a ambos. No hagamos que se arrepienta de habernos contratado —le recordó al inglés.

Este asintió y siguió los pasos de la pareja.

Smith había puesto a Lilly contra las cuerdas pero, al igual que Tunney, había sido Lilly quien había ganado el combate. No importaba cuánta fuerza demostrara tener el guardaespaldas. La destreza siempre se anteponía a la fuerza

bruta.

La mente del inglés se mostraba inquieta, dándole mil y una vueltas a lo que la joven podría saber o haber descubierto. No se explicaba cómo podía haber levantado sospechas. Había actuado de forma impecable durante seis años, convirtiéndose en la sombra del mafioso y soportando su presencia constante. Había estado planeando durante tanto tiempo cómo acabar con el asesino de su esposa, sin saber que convivía a diario con él. Había pensado mil maneras de tomarse la justicia por su cuenta y, sin embargo, ninguna le acercaría lo suficiente al dolor que él sentía cada mañana al acostarse cada

noche solo y al levantarse, buscando un motivo por el que hacerlo.

Envolvió su mano derecha con la zurda y apretó esta hasta que el dolor y él fueron uno. Aún tenía reciente la fractura que se había hecho en las falanges y esta no había cicatrizado. Metió la mano en el bolsillo y se disculpó ante Angelo y los presentes.

—Perdone señor, nos engulleron y tuve que buscar a la señorita Gilmore — informó al hombre. Lilly, a su lado, confirmó su versión con un leve asentimiento.

—Está bien. No nos demoremos más. Vayamos a tomar algo. ¿Le parece bien, señorita Gish? —sugirió el hombre de

cara surcada.

El gánster ofreció sus manos para ayudar a ambas mujeres a entrar en el coche, que Talbot había conseguido situar en doble fila y mantenía con el contacto encendido, preparado para huir de allí en cualquier momento.



El señor Talbot, O'Malley y el guardaespaldas de la actriz habían vuelto a ocupar sus lugares en la zona delantera del vehículo, un tanto incómodos por lo reducido del habitáculo. Angelo, Gish y Gilmore permanecían sentados en la parte de atrás, con espacio suficiente para



moverse sin sentirse atrapados. Los focos del vehículo iluminaban con dificultad la carretera. La luna se había ocultado entre las nubes, haciendo que el trayecto de vuelta se convirtiera en toda una aventura. Una que transcurrió sin incidentes.

—Ha sido una noche reveladora. De esas que hacen historia —inició la conversación Gish, temiendo entrar en una dinámica tensa y aburrida a lo largo del trayecto que les esperaba por delante.

—Sin duda —aseguró el mafioso, buscando un puro entre los bolsillos de su chaqueta—. No creo que volvamos a ser testigos de algo tan memorable —

indicó refiriéndose a la derrota de Dempsey, quien había sido Campeón de los Pesos Pesados durante cinco años seguidos.

—¿Y a usted, qué le parece Gilmore?  
—curioseó la diva, colocando su cigarro en una boquilla e inclinándose para que el siciliano le diera fuego.

—No entiendo mucho de boxeo, pero cómo usted dice ha sido una noche reveladora —contestó Lilly, pensando en el cada vez más extraño comportamiento de Smith.

Aiden no pudo evitar escuchar parte de la conversación y su mente también divagó sobre su compañero de armas. Lo habían dejado atrás, en Filadelfia. Él

regresaría en el coche en el que había ido. Todo un dispendio para Angelo, quien no se prodigaba en excesos con sus subordinados. Estaba claro que allí había mucha lana que tejer y, ni Lilly ni él, habían empezado a tirar de la madeja.

Angelo y Gish continuaron hablando de todo un poco. Lilly respondía con algún monosílabo, sin prestar demasiada atención. No fue hasta que Angelo la llamó por su nombre, que se dio cuenta de su actitud esquiva y despreocupada, y volvió a incorporarse a la conversación. Lo que menos le interesaba era que los Hughes o Tom sufrieran las consecuencias de su mala cabeza.

—No le contaré todos mis secretos. Al fin y al cabo, tengo que ganarme la vida de alguna manera. Pero si quiere, puedo ayudarle a mejorar y subir escalones en su carrera —se ofreció la actriz, dispuesta a tener una pupila a su cargo.

—Le agradezco mucho la oferta. Será todo un honor aprender de usted —contestó con cierta alegría.

Quién conociera verdaderamente a Lilly, no la habría reconocido en ese instante. Ella, una ferviente admiradora de la Gish, estaba a solo unos metros de ella y ni siquiera se inmutaba. Había comenzado a descubrir los misterios de aquella vida y que no todos eran tan

seductores como se mostraban.

–Bien, empecemos. Interprete una escena de miedo para mí –pidió la diva.

Lilly no sabía si su tocaya deseaba echarse unas risas a costa suya o simplemente estaba poniendo demasiado de su parte. Tal vez Angelo también tenía algo que ver con ello.

Los dos la contemplaron a la espera de su siguiente paso.

–Está bien –aceptó ella, sin otra salida. Se soltó las horquillas que sujetaban su recogido y su cabello se deslizó en una maraña sobre su cuello. Lo revolvió un poco para que se viera desgredado. Giró la cabeza para un lado y comenzó a actuar.

Sus brazos encogidos sobre su pecho y su cabeza gacha mostraban claramente que tenía miedo de alguien. Sus ojos, muy abiertos y huidizos, no se fijaban en un punto concreto y la desesperación se mostraba en su patente nerviosismo, que la hacía moverse de un lado a otro del asiento.

Entonces, su rostro empezó a contraerse en un rictus aún más medroso y su boca se abría cómo si estuviera chillando. Movi6 convulsivamente todo su cuerpo, queriendo escapar de allí y del horror que la envolvía. Sus manos volaban directas a su cabeza, mostrando la turbación que sentía a cada momento.

Angelo comenzó a aplaudir,

exultante ante aquella excelente interpretación. Gish se mostraba callada, barruntando aquello de lo que había sido testigo.

Lilly dejó de actuar y preguntó a sus espectadores qué tal lo había hecho. Aprovechó para recogerse cómo buenamente pudo su cabello.

—¡Ha sido increíble! Es la primera vez que la veo interpretar y me ha cautivado —expresó su entusiasmo el capo, no con pocas palabras—. Si no consiguen llevarla al estrellato, yo mismo fundaré mi propia productora de cine —prometió hinchado de orgullo Angelo, ante tal despliegue de habilidad.

—Es de su película *Lirios Rotos* —

explicó la joven, temiendo que su ídolo se hubiera molestado por osar imitarla.

—Sí. Me he dado cuenta —comentó muy seria, Gish—. Y también de que no necesita mi ayuda. Tiene grandes dotes, eso es innegable. Aunque si dice por ahí que yo se lo he dicho, lo negaré —admitió la diva, concedora del mundillo. No estaba dispuesta a dar la mano a una rival, que podía en poco tiempo desplazarla del panorama cinematográfico.

Lilly sonrió y, unos segundos después, la actriz lo hacía también.



Después de un par de copas en el Cotton



Club, el cual había cerrado al público y mantenía la diversión solamente para sus clientes vip, Gish anunció el fin de fiesta:

—Lamentándolo mucho, debo irme. — Su maquillaje ocultaba los claros signos de fatiga ya presentes—. Mañana debo levantarme temprano y necesito descansar.

—Está bien. Creo que nosotros también nos iremos. La llevaremos a su hotel —se ofreció el siciliano, pidiendo la cuenta a la camarera.

Una vez dentro del automóvil, el señor Talbot condujo hasta el Plaza.

—Ha sido un verdadero placer —

aseguró la Gish, poco antes de bajar del vehículo y recibir un asentimiento de Lilly y un beso en la mano de Angelo.

—El placer ha sido única y exclusivamente nuestro —retomó el mafioso—. No dude en llamarnos siempre que se aburra.

O'Malley le había entregado una tarjeta con la dirección y el teléfono de su jefe.

—¿A ti también te encontraré en este número, ricura? —preguntó traviesa la Gish, sin esperar una respuesta.

Por supuesto que a él también lo encontraría allí. Era el guardaespaldas de Angelo. ¿Dónde si no? Aquella delicada y esbelta mujer sabía cómo

atraer la atención del género masculino. Sin embargo, Aiden ya tenía demasiado en la cabeza por lo que preocuparse, para añadir un desliz con una actriz. Regresó al coche, junto a Talbot, y pusieron rumbo al Algonquin.

El reloj del hall marcaba las cinco de la mañana en el preciso instante en que los cuatro entraban por la puerta del hotel. Aiden sujetaba la puerta para que Angelo y Lilly entraran. Talbot lo hizo a la vez que él.

Subieron al ascensor y cada uno se dirigió a su habitación. Aiden compartía un modesto cuarto junto a Talbot, justo enfrente del dormitorio de Lilly. Smith, con sus muchos años de servicio, se

había ganado el privilegio de tener un cuarto para él solo.

Lilly se dejó caer derrotada sobre la cama. No tenía fuerzas para nada. Cerró los ojos, tratando de relajarse, pero una voz la sobresaltó.

—¿Se lo ha pasado bien? —preguntó la peculiar voz, llena de matices, de Smith.

El guardaespaldas se encontraba sentado en una de las dos butacas que ocuparan O'Malley y él la semana que Lilly estuvo tan enferma.

—¡Cielos! ¡Qué susto! —exclamó ella con el pecho encogido. Se deslizó fuera de la cama y puso más distancia entre ambos. No soportaba estar en la misma

habitación que él. No ahora que él sabía de sus sospechas.

—Lamento haberla sobresaltado. No era esa mi intención —dijo, levantándose de la silla y ofreciendo sus disculpas. Los impecables modales de Smith hablaban por él, pero su genio era otra cosa.

—No tiene importancia. Ahora le rogaría que saliera de mi dormitorio. Ha sido una noche muy larga y necesito descansar —pidió, sacando su lado inocente, como si hubiera olvidado el incidente entre ambos, horas antes.

—No se preocupe. Me iré, pero antes necesito hablar con usted de algo —puntualizó el guardaespaldas, tratando

de ser paciente. No quería que le descubrieran, pero estando allí arriesgaba demasiado.

Viendo que no le quedaba otra opción, Lilly asintió con la cabeza.

—Le rogaría que lo que tenga que decirme lo haga desde esa distancia. No necesito más sobresaltos —declaró la joven, sentándose sobre la cama. Su corazón seguía acelerado, pero trató de mantener la calma.

—Sé que usted sabe o sospecha algo de mí. La he estado observando desde que vino. Ha intentado ser discreta, pero usted misma se ha descubierto. No es cómo la mayoría de jovencitas tontas y caprichosas. Ahora lo sé —admitió como

prólogo de su historia—. No tengo nadie en quien confiar y he esperado demasiados años para que todos mis planes se vean en peligro por culpa de usted —alegó el hombre, exteriorizando nuevamente su nerviosismo.

—No sé quién es en realidad, ni lo que pretende, se lo aseguro —admitió con sinceridad. Contempló cómo Smith se frotaba las manos y, entonces, todo vino a su mente como una ola arrasando en el mar.

—No se haga la tonta conmigo. Eso le queda grande —respondió molesto el guardaespaldas.

—¿Debería tomarlo como un cumplido? Yo no le quiero mal. Sé que

se siente solo, lo veo en su mirada. Debió de tener a alguien a quien quiso hacer tiempo y no ha sido capaz de rehacer su vida desde entonces.

—¿Ve cómo no es tan difícil? ¿Y qué más sabe o sospecha? —inquirió sagaz.

—Su dedicación total a Angelo solo puede ser por dos motivos: por fidelidad o por una futura traición. —La mirada inteligente de él hizo el resto. Lilly pudo leer las piezas que faltaban.

Él había sido el culpable del infarto de Angelo, pero ¿por qué? Smith no parecía tener motivos para atacar a su jefe, pero en el mundo de Lilly con tanto asesinato a la orden del día, ¿quién necesitaba una razón?



Un ruido en la entrada los interrumpió. Aiden entró por la puerta.

—Venía para asegurarme de que estabas bien —dijo, antes de ver a Smith frente a él. El rostro de O'Malley se tornó furibundo, lleno de odio—. ¿Se puede saber qué coño haces aquí?

—Podría hacerte la misma pregunta, ¿no crees? —espetó con ironía Smith—. Aunque no hace falta que me contestes. He podido comprobar la familiaridad con la que os tratáis. Sería una verdadera lástima que Siobhán se enterara de esto...

Aiden corrió hacia él y lo sujetó por el cuello de la camisa.

—No te atrevas a amenazarme. Soy

bien consciente de mis obligaciones con Sio. No la he engañado hasta ahora y tengo claro que no lo haré con una cría – soltó de forma precipitada O'Malley.

Los pies de Lillian echaron raíces allí mismo, no solo ante la noticia de que Aiden tenía a alguien, sino ante la confirmación de que él jamás tendría algo con ella. Lillian había comenzado a sentir algo por él cuando lo conoció y aquel sentimiento había ido creciendo hasta ser algo más. Se había enamorado perdidamente de él. Descubrir que él no sentía nada hacia ella y que, además, la tomaba por una chiquilla era algo que no podía soportar.

–¡Basta! –gritó Lilly, llamando la

atención de los dos hombres que se peleaban ante sus narices. La disputa se detuvo y la muchacha volvió a ser el centro de las miradas—. Quiero que os marchéis los dos de aquí. AHORA —impuso de forma que no daba opción a nada más—. Esta conversación se acaba en este preciso momento. Fuera de mi dormitorio —dijo ante la boca abierta de Smith que se disponía a replicar.

Los dos guardaespaldas se miraron. Smith se colocó la camisa y se marchó, sin apartar la mirada de Aiden. Este se acercó a ella y volvió a preguntarla si estaba bien.

—Aiden. Lo de antes iba por los dos. No tengo ánimos para hablar —contestó

dándole la espalda.

O'Malley terminó aceptando su petición y se marchó sin mediar palabra. Así habían quedado las cosas. Smith a punto de revelar su gran secreto; O'Malley ignorante de la causa del enfado de Lilly y, esta última, quien se había prometido no querer nunca a ningún chico, había acabado con el corazón roto.



# CAPÍTULO 41

Lilly se había jurado a sí misma no enamorarse nunca y había acabado sollozando durante horas. Sin embargo, no era un muchacho el centro de sus pensamientos sino todo un hombre. Rondaba cerca de los treinta y, aunque en aquella época no estaba mal visto, sí lo estaba de dónde ella venía. Aiden podía ser su hermano mayor, tal vez incluso su padre.

No sabía qué había visto en él. No había sido un detalle en concreto, sino la suma de varios. Su actitud diaria para con ella y sus atenciones le habían otorgado un asiento privilegiado en su

corazón.

Lilly había analizado sus posibilidades. Contando con que se trataba de una viajera en el tiempo, que era mucho más joven que Aiden y que Angelo nunca permitiría que ocurriera algo entre ellos dos, sabía que sus opciones con el guardaespaldas eran mínimas, por no decir inexistentes. Sin embargo, la esperanza es algo arraigado a la condición del ser humano. Algo que a Lilly le daba ánimos para seguir con toda aquella locura adelante, cuando ya nada parecía alentarla a arreglar su desafortunado futuro.

El escuchar de su boca aquellas palabras había sido como recibir un

dardo emponzoñado en su pecho. Una muerte lenta y dolorosa. Jamás habría pensado que Aiden fuera uno de aquellos hombres que, teniendo esposa, solía frecuentar a otras. Nunca había demostrado ser uno de esos, pero se había equivocado por completo.

No solo había dejado claro que no tendría nunca nada con ella, ni en un millar de años, sino que ella no era lo suficiente mujer para él. A sus ojos, Lilly era una simple niña de teta que acababa de despegarse de las faldas de su madre.

Con aquella declaración, Lilly había perdido a un amigo. El único que había tenido dentro del mundillo en el



que se movía. Con aquella aceptación, decidió qué sería lo primero que haría a la mañana siguiente.



El Duesenberg de Ciro Angelo se detuvo en el barrio de Harlem.

Al otro lado de la calle, un muchacho de apenas catorce años gritaba a pleno pulmón las últimas noticias. Todo para picar la curiosidad del ciudadano de a pie y que este terminara comprando alguno de los periódicos que vendía.

Smith lanzó su furibunda mirada hacia la joven.

—¿De verdad es esto lo que quiere?

—preguntó a Lilly, antes de salir del vehículo.

—Creo que lo he dejado bastante claro esta mañana. Los dos me habéis demostrado que no puedo confiar en ninguno de vosotros. Tom es un crío como yo —soltó mirando a Aiden, quien palideció ante el descubrimiento del dolor que habían causado sus palabras de la noche anterior—, pero eso no le ha impedido ayudarme desde que llegué a la Ciudad.

—Mi trabajo no es hacer que usted confíe en mí, sino mantenerla con vida.

Ella asintió. Al fin y al cabo, lo comprendía. Él era un simple matón, con secretos, pero un matón. Aiden era

harina de otro costal. Él siempre había sido sincero con ella, sabía de su temperamento variable y de su extraño sentido del humor. Pese a todo, lo aceptaba y lo quería o lo había querido. Si quería sobrevivir en aquel mundo, Lilly debía renacer cual ave fénix de sus cenizas.

Smith salió del vehículo, cruzó corriendo la carretera y se plantó frente al muchacho en cuestión de minutos. Lilly había sido muy persuasiva aquella mañana. Había pedido a los dos que entraran en el salón de su suite y había sido clara con ellos. A Smith lo había amenazado con hablar de su secreto ante Angelo. No sabía cuál era ese secreto,

pero la simple mención de que el guardaespaldas pudiera ocultarle algo a su jefe, haría que su cuello corriera peligro. En cuanto a Aiden, le dio dos alternativas: ayudarla en lo que necesitara o apartarse de su camino.

Tom había opuesto cierta resistencia al principio, pero un simple movimiento de Smith abriendo su chaqueta y mostrando su revólver, terminó por convencerlo. El muchacho lideró la ruta de vuelta hacia el coche y descubrió quién se ocultaba tras todo aquel misterio. Lilly Gilmore, la chica que había conocido en el teatro y a la que había ayudado a sobrevivir durante sus primeros días en Nueva York. Sin

embargo, aquella chica parecía haber desaparecido para dejar paso a una nueva y mejorada Lillian. Su elegante y pulcro vestido, a juego con su sombrero y sus guantes, mostraba que la había ido bien sin su ayuda.

—¡Vaya! Te veo bien. ¿Qué ha sido de ti todo este tiempo? —preguntó dolido por no saber nada de ella tras el fallecimiento de Mildred.

—No me mires así, por favor —pidió ella, culpable por haber dejado de lado a aquella familia que la había cuidado.

—No te miro de ninguna manera especial. Tal vez sea la culpa lo que te esté pesando. Me resulta bastante extraño que no regresaras a casa de los

Hughes tras la muerte de Millie. Dime que tú no tuviste nada que ver con lo que la ocurrió –preguntó, sabiendo que ella no podría negarlo.

Los labios de Lilly vacilaron, temblaron y, finalmente, se encogieron en un mohín triste.

–No mentiré sobre eso. Estuvimos juntas la noche de su asesinato, pero yo me quedé dentro de un club mientras ella solucionaba las cosas con su novio – aclaró Lilly, como si aquella excusa barata pudiera ahorrarle las culpas.

–Te he visto en los periódicos. Sales muy favorecida –recriminó Tom, incapaz de mirarla a la cara. Sus ojos, llenos de rabia y frustración, expresaban

fielmente lo que sus palabras no hacían—. Me dijiste que no querías ser actriz y mírate. Te faltó tiempo para cambiar de opinión y dejar atrás todo lo que te importaba —recordó, viendo como las lágrimas afloraban en el rostro de Lilly—. Si es que alguna vez significamos algo.

—He venido a buscarte porque por fin me he dado cuenta de que vosotros fuisteis lo único verdadero que tuve aquí. Me gustaría que vinieses conmigo. Hablaré con Angelo y te conseguirá un trabajo. Podremos vernos a menudo —prometió, secándose las lágrimas con un pañuelo.

—Dime una cosa, ¿por qué haces

esto? ¿Ha tardado en aflorar el sentimiento de culpa o hay algún motivo oculto que te empuje a ser caritativa conmigo? –trató de hacerla daño con sus palabras. Tom quería ver si aquellas lágrimas eran de cocodrilo o si de verdad sentía todo lo que estaba diciendo—. ¿Por qué no regresaste?

Aiden, que había sido testigo de toda la escena, intercedió por ella.

–Angelo la retuvo y la prohibió mantener todo contacto con su vida anterior. Ella no podía arriesgarse a veros sin que vosotros sufrierais las consecuencias –le informó enfadado. Aiden pensó que para ser un niño de la calle sabía bien poco o se hacía muy



bien el tonto.

–Está bien. ¿Y después? –insistió el muchacho, no queriendo abandonar el tema.

–Luego, tuve que ganarme la confianza de Angelo y aquí me tienes. Sin importarme qué me pase. Creo que es hora de hacer las cosas bien y empezaré por ti, si me lo permites – declaró Lilly pragmática y resolutiva ante su verdugo.

–No puedes llegar y creer que puedes solucionarlo todo de forma tan fácil –afirmó Tom, un tanto inseguro.

–Muy bien. Dime qué es lo que crees que debería hacer –quiso saber ella–. Pero antes acompáñame a visitar

a los Hughes. Tengo que hablar con ellos también.

Una pícaro sonrisa se instaló en el rostro del crío. Lilly se lo había ganado y no iba a hacer nada que pudiera romper aquel vínculo de nuevo.

Durante la visita de Lilly y Tom a casa de los Hughes, Smith y Aiden aprovecharon para calmar su sed y saciar su hambre en las cocinas de la mansión. Talbot, por el contrario, contempló con detalle a la mujer que los Hughes habían contratado tras la pérdida de Millie. Una viuda que rondaba los cincuenta y se mostraba muy experta en las lides culinarias.

—Les pido perdón por no haber

venido tanto como debiera. Sin embargo, el motivo de mi visita está relacionado con la muerte de Millie. — La joven sacó la libreta, forrada en cuero que Angelo le había regalado y se la tendió a Henry—. Sé que disfruta leyendo y, aunque esta no sea una novela, el tema le gustará. He anotado todo lo que recuerdo de mi estancia aquí. Lo que Millie me contó y detalles que he logrado reunir de gente que estuvo con ella los últimos días. Aquí — dijo tocando el diario— verá reflejadas todas mis dudas y sospechas. Espero que con su ayuda seamos capaces de desvelar la identidad del asesino.

Smith, que siempre había sido

curioso por naturaleza y odiaba que lo dejaran a un lado, escuchaba tras la puerta.

—Perdonen que les interrumpa, pero tal vez pueda ayudarles con eso —añadió el guardaespaldas, con una mirada intimidante. Todos los rostros se giraron hacia él—. Verán, creo que el asesinato de Mildred no es uno más.

—¿A qué demonios te refieres? —preguntó Lilly—. Ya sabemos que hay más víctimas del *Maníaco de Harlem*. ¿Es que acaso no lees los periódicos?

El tono alzado y el nerviosismo que marcaban su voz hicieron que Smith perdonara a la joven esa falta de respeto.

—Pequeña, deja hablar a los mayores y aprende —le devolvió sarcástico—. Me refiero a que no es un caso más del *Maníaco*. El modus operandi coincide, pero algunos detalles no encajan. Por ejemplo: ¿por qué apareció tirada de cualquier manera como una vulgar prostituta, perdonen el lenguaje —se disculpó ante las señoras presentes— cuando el asesino suele exhibir a sus víctimas como inocentes y bellas damas de cuento? Y segundo, ¿por qué se aleja tanto de su zona de acción?

—¿A qué se refiere? —preguntó esta vez Helen intrigada.

—*El Maníaco* suele actuar por el

Barrio de Harlem. ¿Por qué aquella noche lo hizo en Long Island? Muy lejos de una zona que conoce y donde se mueve sin ser visto.

Todos le escuchaban en silencio. Parecían comprender su lógica de pensamiento, pero no conseguían dar con las respuestas.

—En definitiva, creo que quién asesinó a Mildred no fue el *Maníaco* —aseguró certero Smith.

Las lágrimas invadieron esta vez el rostro de Helen, que se apoyó en Henry para recibir consuelo.

—¿Quién pudo cometer entonces tamaña atrocidad? —preguntó entre sollozos la mujer.

Lilly se unió a los dos, los abrazó y compartió su dolor.

—Será difícil dar con él —quiso ser sincero Smith.

Lilly se apartó de la pareja, una idea había surgido en su mente y les hizo a todos partícipes. Su segunda opción aquella noche. Pietro, uno de los secuaces de Mancini, se la había llevado lejos y no la había vuelto a ver. Angelo le había prometido que el joven trataría bien a su amiga, pero no tenía ninguna prueba que lo confirmara. Por sus conocimientos de la mafia, aquellos hombres podían llegar a ser muy rudos cuando no se salían con la suya. Tal vez Millie quiso dejarle las cosas claras:

decirle que había cambiado de vida y no quería volver junto a él, y Pietro no lo aceptó.

—Esa es una acusación seria —pronunció Aiden, entrando por la puerta—. Nadie se ha atrevido a meterse jamás con Mancini o su banda. Al igual que Angelo, tiene comprada a la policía. No tienes nada que hacer —le aseguró.

—Eso está por ver —puso en duda Lilly, con una sonrisa maliciosa. Su mente maquiavélica comenzaba a urdir un complicado y arriesgado plan, pero que terminaría atando muchos cabos si llegaba a buen puerto.





## CAPÍTULO 42

Aquella misma tarde, Lilly, acompañada de Smith, Aiden y Tom, estaba sentada en una de las butacas de la suite de Angelo.

—Conoce a este joven de solo un par de días y quiere que lo contrate. ¿Es eso? —resumió brevemente el mafioso, diciéndolo todo sin necesidad de hablar. Él no solía hacer lo que otros le aconsejaban y, aún menos, si lo hacía una mujer. Solía investigar al milímetro a cada una de las personas que formaban parte de su plantilla. No quería llevarse ninguna sorpresa.

—No exactamente —trató de corregir

Lilly—. Tom me ayudó a sobrevivir en Nueva York y fue mi guía cuando nadie más quiso ayudarme. Es un buen chico y puesto que la desaparición de Chester ha dejado un hueco...

—Un buen chico —repitió para sí  
Ciro, obviando la dolorosa última  
parte—. Si le admito entre mis filas,  
usted hará todo lo que le diga.

—Sí —contestó resuelta.

—No es una pregunta —contestó  
tajante el siciliano.

Ella asintió y le dio las gracias.

Lilly regresó a su dormitorio,  
escortada por O'Malley, mientras que  
Tom era puesto bajo las órdenes de  
Smith.

—Quiero que sepas que no iba en serio lo que dije el otro día —confesó Aiden, antes de que Lilly cerrara la puerta ante sus narices.

—¿A qué te refieres? ¿A qué estás casado o a que solo soy una niña? —le preguntó, descubriéndose en el proceso.

Aiden la observó y descubrió que él no había sido el único que había sentido aquello. El sentimiento había sido recíproco. Ambos se habían sentido atraídos, pero aquella situación había llegado a un límite. Debía cortar por lo sano e impedir que Lilly siguiera fantaseando con algo inexistente entre ellos.

—Desde que te conozco, has

demostrado ser una chica con sentido común. Me halaga que sientas algo por mí, pero yo estoy comprometido con alguien y no puedo corresponderte — adujo, tratando de ser cortés.

—No hace falta que te montes conmigo el numerito de amigo guay —le pidió molesta. El rostro de él se quedó estupefacto ante aquel extraño lenguaje—. Lo quiero todo y, si no es posible, es mejor que dejemos de ser amigos. Esto no nos ayuda a ninguno — sentenció haciendo intención de cerrar la puerta.

Aiden veía madurez en las palabras de Lillian. Sin embargo, no creía que ella fuera a poner tan poca resistencia.

—Sé que no ayuda, pero mi amistad es lo único que puedo ofrecerte en estos momentos. Tal vez creas que no es mucho, pero nunca viene mal tener a un amigo cerca —declaró, sujetándola del brazo. Aiden sabía de lo que hablaba. Hablar con Smith de sus problemas le había ahorrado más de un dolor de cabeza.

La distancia entre ellos se había ido reduciendo, al contrario que la tensión que había ido en aumento. Sus miradas no se apartaban la una de la otra y sus palabras parecían afiladas cuchillas, luchando por la victoria.

—Lo sé. Por eso me he traído a Tom conmigo. Él no me fallará a la primera

de cambio –echó en cara la joven, consciente de que estaba acorralada entre Aiden y la puerta. Se giró para entrar en la habitación y, en ese momento, el guardaespaldas tiró de ella con violencia. Nadie le sustituía por un crío.

–¿Qué demonios...? –comenzó a decir cabreado, sin llegar a terminar la frase.

Lilly atemorizada, movió la palma de su mano abierta, dispuesta a impactarla sobre la mejilla de él. Los rápidos reflejos de O'Malley impidieron el golpe. Su mano retuvo la de ella y la contempló con incredulidad, rabia y decepción. La chica respiraba

agitada y le miraba con furia, pero sus ojos se veían tristes y acuosos.

«¿Qué había ocurrido para que las cosas llegaran a ese punto? ¿Dónde estaba la chica ingenua que había conocido y qué había ocurrido para que se convirtiera en una muchacha con tanto carácter?»

En aquel momento, ninguno de ellos tuvo tiempo de pensar en nada. Sus miradas habían vuelto a quedar atrapadas de forma inexplicable. Un pequeño hilo invisible parecía tirar de ellos en una misma dirección. Aiden se arrojó a los labios de Lilly y la plantó un suave y húmedo beso. Primero con miedo, temiendo ser rechazado.



Entonces, al ver que el sentimiento era recíproco, continuó disfrutando de aquella vorágine de emociones y se fundió con Lilly como si fueran uno solo. En aquel gesto, Aiden dejó ver con claridad la desazón que Lilly le hacía sentir por ser tan condenadamente testaruda, por no dejarse ayudar y creer que ella sola conseguiría salir bien parada; el dolor al descubrir que aunque quería a Siobhán, sentía algo por Lilly, algo que había estado tratando de negarse y que ahora resultaba a todas luces innegable; y, cierta alegría oculta, por poder poner fin a esa agonía que había estado sufriendo, como si fuera un castigo a sus malos pensamientos.

Lilly se había visto sorprendida por el movimiento de Aiden y había terminado sometiéndose a él. Había dejado que el guardaespaldas la besara y la apretara contra el marco de la puerta. No se atrevía a moverse por miedo a que él recapacitara y diera marcha atrás a todo aquello. Sin embargo, la pasión pudo más y aquel sentimiento irracional hizo que lo agarrara de la cintura para evitar que se alejara de ella.

Inclinando la barbilla, la lengua de Aiden surcaba cada uno de los recovecos de la boca de ella como un aventurero explorando por primera vez una tierra inhóspita. Su punta

membranosa daba coletazos enviando pequeñas descargas eléctricas por todo su cuerpo. La lujuria se extendió de los ojos de él a la sangre de Lilly cuando le robó el aliento con un beso. La cintura de ella se tensó de placer y soltó un pequeño gemido. Él movió sus dedos entre su encrespado cabello, echando su cabeza hacia atrás y besándola, con más fuerza si cabe.

Lilly ronroneaba de placer.

Sin avisar, la levantó en volandas con un brazo, empujándola contra la pared. Ella había comenzado a jadear. Notaba como el placer corría directo hacia su ingle. Aiden recorrió su muslo con la mano que tenía libre.

Ambos estaban a punto de arder.

Unos pasos acercándose por el pasillo los alertaron de inmediato. Se quedaron parados, mirándose y rezando porque nadie los hubiera visto o escuchado. Aiden optó por la decisión más racional. Cerró la puerta, con ellos dentro.

Lilly volvió a acercarse a sus labios, esperando seguir dónde lo habían dejado, pero Aiden la bajó al suelo.

—Creo que es mejor que lo dejemos aquí. Esto no ha sido una buena idea. Perdóname, Lil —rogó, antes de abrir la puerta y desaparecer de allí.



Lilly luchó por recuperar el aliento perdido. Se deslizó sobre la pared hasta quedar sentada en el suelo y posó la cabeza sobre sus rodillas. Cada minuto que pasaba, tenía las ideas menos claras.

La noche anterior había decidido odiar a Aiden y, hacía solo un instante, su lengua había estado catándole como un verdadero sibarita. Estaba claro que para él no era la primera vez. A diferencia de ella, Aiden debía haber estado con muchas mujeres. Se notaba en la forma sabia en que sus manos la habían acariciado y la habían hecho

viajar al paraíso.

La muchacha se sentía de nuevo confusa. No podía recordar un solo momento lúcido en el que hubiera podido tener las cosas claras. No había hecho más que meterse en un lío tras otro. Y Aiden parecía ser el mayor de todos.

El guardaespaldas tenía a alguien, si no ante la confirmación de boca del propio guardaespaldas de que jamás tendría una historia con ella. Lilly había sentido algo al conocerle, algo que no sabía explicar, un sentimiento que había ido creciendo hasta convertirse en algo mucho más grande y profundo. Sin darse cuenta, se había enamorado

perdidamente de él. Acababa de ser consciente del hecho en sí y no podía salir de su asombro. ¿Cómo había pasado? Descubrir que él no sentía nada hacia ella y que, además, la tomaba por una chiquilla, se le hizo insoportable.

Lilly se maldijo por haber sido tan tonta y haber caído, a la primera de cambio, bajo su influjo. Pero lo que más le dolía de todo, era haberse dejado llevar por sus instintos más bajos en lugar de preocuparse en seguir adelante con la investigación del asesinato de Millie. De sus dos principales sospechosos, uno había sido descartado con pruebas bastante esclarecedoras, gracias a Smith. Por lo que eso solo

dejaba en el juego a Pietro, uno de los hombres de Mancini.

Aquella idea no estaba tan desencaminada. Sobre todo si tenía en cuenta que él había sido la última persona en ver con vida a su amiga. Sin embargo, Smith ya le había avisado que no siguiera por aquel camino. Si lo acusaba públicamente, nadie la creería y, lo peor de todo, podría meterse en muchos problemas. Mancini era amigo de Angelo y podría pedirle en cualquier momento que se deshiciera de ella. Tampoco es que Ciro estuviera muy contento últimamente con ella, lo que empeoraba aún más la situación. Debía andarse con pies de plomo si no quería



desaparecer como Millie. De un día para otro y en silencio.

Después de un rato de desahogarse, Lilly se secó las lágrimas. Se levantó despacio y se alisó la ropa. Necesitaba llamar a los Hughes y saber si habían tenido tiempo de leer el cuaderno que les había dejado. No podía centrarse en una sola pista. Necesitaba hablar con todos los que conocían a Millie y revisar de nuevo todo lo que había ocurrido aquel día. Ya lo había hecho en dos ocasiones y no había obtenido nada nuevo. Una tercera vez no la haría ningún mal y, tal vez, podría desvelar algún dato interesante.

Eso sí, todos los varapalos que

había recibido por el camino la habían hecho darse cuenta de una cosa. Ella sola no conseguiría nada. Necesitaba la ayuda de alguien y sabía quién era esa persona.

Minutos después, Lilly se encontraba llamando a la puerta de Smith. Llamó una vez, dos veces y cuando estuvo a punto de golpear una tercera vez, la puerta se abrió dejando paso a un malhumorado y semidesnudo hombre. Corpulento como era y con aquel gesto agrio en su rostro era la viva imagen de un gorila.

—¿Qué le trae por aquí, señorita Gilmore? Creí que no querría volver a hablar conmigo —soltó con sorna,

mientras eliminaba los restos de espuma en su cara con una pequeña toalla. Su pecho descubierto mostraba una tosca y negra hilera de vello que recorría la mitad de su torso y surcaba los bordes de sus abdominales.

—Perdone —pidió disculpas ella, tratando de no sonrojarse ante aquella comprometida situación—. Veo que no es buen momento.

Smith se lo pensó unos segundos antes de abrir la puerta del todo y retirarse para dejarla pasar adentro. Le ofreció una silla y algo de beber.

El guardaespaldas fue en busca de un vaso de agua, tiempo suficiente para que Lilly echara un vistazo a su

habitación. Era algo más pequeña que la de ella y los objetos que la amueblaban eran completamente diferentes. En lugar de la salita con mesa y canapés habituales, él había hecho traer un saco de boxeo, mancuernas de varios pesos y tamaños, un extraño dispositivo que permitía pedalear sin moverse del sitio (el abuelo de la conocida bicicleta estática), así como una pequeña colchoneta donde poder hacer flexiones, abdominales y todo tipo de ejercicios de estiramiento.

Lilly supo enseguida que Smith debía ser un ex combatiente o un mercenario a sueldo. Todo aquel despliegue de maquinaria no hubiera

sido permitido por Angelo si el guardaespaldas no cumpliera de forma satisfactoria con sus expectativas.

Smith metió la cabeza bajo el grifo y se refrescó. De esa forma se despejó de un plumazo. Los últimos días apenas había dormido un par de horas y aquella pequeña siesta le había insuflado algo de vida. Se secó y colocó la toalla en su sitio, antes de salir del baño. Smith, ante todo, era un fanático del orden. Otra cualidad que Angelo tenía en muy alta estima.

—¿Y bien? —preguntó Smith, poniéndose una camiseta de tirantes encima—. ¿Qué necesita, señorita Gilmore? ¿No seguirá investigando el

crimen de su amiga?

—¿Y qué, si así fuera? —soltó impertinente. Si Smith la hubiera conocido en el siglo XXI, Lilly le habría hablado de forma atenta y educada. Sin embargo, muchas cosas habían cambiado para ella. Desde su tiempo, la vida de sus padres colgando de un hilo e incluso la suya propia, si se descuidaba.

—Ya le advertí que no siguiera por ahí —continuó vistiéndose, esta vez con una pulcra camisa blanca.

Lilly no pudo evitar fijarse en su perfecto y bien proporcionado cuerpo hasta que pasó a un segundo plano bajo varias capas de ropa. La chaqueta del traje le quedaba, aún así, como una

percha. Observado de cerca, parecía un adinerado playboy, harto de la rutina y que encontraba disfrute en las cosas más mundanas

—Lo único que conseguirá es ponerse a usted y los suyos en peligro. ¿No querrá eso, no?

—Espero que eso no sea una amenaza porque ha sonado como tal —aseguró la joven, esperando encontrar en él un cómplice, un amigo. Alguien que pudiera ayudarle ahora que Aiden se había sincerado con ella y Lilly no quería volver a verle. La había hecho sentir como una estúpida. Sabía que se cruzarían constantemente. Ambos trabajaban para la misma persona y él

era su guardaespaldas. Le evitaría. Aiden no podría obligarla a hablar con él si ella no quería.

—No lo es. Solo le digo que no sabemos si fue Pietro y, aunque estuviéramos en lo cierto, esa gente no se anda con chiquitas. Creo que es mejor que lo deje así. No es la primera ni será la última mujer cuyo asesinato quede sin esclarecer —declaró, recordando el dolor que él había sentido cuando Lara había muerto. Había sentido un puñal hundiéndose en su pecho y desgarrando su corazón. La aflicción era tan grande que permaneció junto al cadáver de su esposa durante cerca de una hora. Solo entonces fue consciente de que debía dar



parte a las autoridades y huir de allí. No quería que le acusaran injustamente. Sabía que la única oportunidad de atrapar al asesino era estando libre.

—Solo quiero que me ayude a repasar todos los datos que tengo. Estoy segura de que algo se me escapa, pero no sé el qué —admitió ella, pensando que aquel caso se habría resuelto, como mucho en un par de días, si estuvieran en su tiempo actual.

Los modernos sistemas de investigación científica: análisis de huellas, ADN y todo un sinfín de pruebas habrían señalado con el dedo al asesino. Sin embargo, ni ella trabajaba en CSI, ni tenía el material adecuado

para llevar las pruebas a cabo. También había pensado en pedir que exhumaran el cadáver. El forense no se había molestado en hacerle una autopsia, puesto que la policía la había declarado formalmente como «una mujer de la calle». Las mujeres de aquella casta tenían lo que se merecían por llevar a los hombres al camino de la perdición. Aún así, la Iglesia habría puesto el grito en el cielo antes de que el sepulturero hubiera tocado por primera vez suelo consagrado con la pala. Aquello era sacrílego y una forma de impedir que el alma impía de la joven descansara para siempre en paz.

Fuera como fuera, Lilly no tenía

forma directa de analizar el cadáver, ni nadie con los conocimientos necesarios para que la ayudara en su aventura.

—¿Tiene algún otro cuaderno, aparte del que le entregó a los señores Hughes?  
—preguntó el hombre de cabeza afeitada, con pocas esperanzas de recibir un sí.

—Evidentemente no. Cuando le entregué el cuaderno, le di a ese buen hombre todas las anotaciones que poseía —replicó, ante el rostro decepcionado de él—. Aun así, no dude de mí. Aquí tengo todo lo que necesitamos —añadió, tocándose la cabeza.

—Está bien. Busque un sitio donde sentarse y empecemos —le ordenó, quitándose la chaqueta y colgándola de

nuevo en una percha para que no se arrugara. Lilly buscó una silla y una mesa, pero aparte de las máquinas de ejercicio no vio nada allí que diera la imagen de una oficina—. Venga aquí —le indicó Smith, desde el dormitorio.

Lilly permaneció de pie en el salón. Le había oído a la perfección, pero dudaba de si debía entrar allí. Ya había rozado los límites de la moralidad entrando en su habitación. No quería dar lugar a malentendidos, ni que el propio Smith la tuviera en mal concepto.

—Señorita Gilmore. Ayúdeme a sacar la mesa y las sillas fuera. No le haré quedarse dentro, pero necesito su ayuda —afirmó el guardaespaldas.

Debían anotar cada detalle que Lilly recordara, ubicar a los sospechosos y escribir sus posibles motivos así como sus coartadas.

Un rato después, ambos se encontraban sentados frente a frente. Lil hablando, Smith tomando nota.



# CAPÍTULO 43

## SOSPECHOSOS

### 1. PIETRO SCORSESE

Millie le había dejado **INEXPLICABLEMENTE** hace un año.

### 2. HENRY Y HELEN HUGHES

Como decía Sherlock Holmes: Cuando todo aquello que es imposible ha sido eliminado, lo que quede, por muy improbable que parezca, es la verdad.  
No les veía como unos asesinos, pero debía descartar cualquier posibilidad.

### 3. ALGÚN AMIGO O VECINO

No conocía en realidad a Millie, por lo que las opciones no hacen sino aumentar.



—Mildred era una muchacha amable y generosa, de la que todo el mundo tenía buenas palabras. Su aspecto no pasaba desapercibido. Era una joven bonita que no buscaba enemistades con nadie y siempre tenía un motivo para sonreír — Lilly no encontraba razones para atentar contra la vida de su amiga.

—Me acaba de describir a la víctima perfecta —declaró Smith—. El solo hecho de ser bonita y de corazón abierto atrae a la peor calaña. Desde mentirosos, ladrones y borrachos hasta psicópatas y asesinos. Era un manjar prohibido. Muchos desearían catarla.

Las palabras del guardaespaldas se

quedaron marcadas a fuego en la mente de Lilly.

—¿Me está diciendo que podría haberla matado cualquiera? ¡Oh, gracias! Eso reduce mucho la búsqueda —soltó de forma sarcástica.

—Ya le dije que no tenía muchas opciones —le recordó él.

—¿Y cuáles son? —quiso saber, dispuesta a hacer lo que hiciera falta. Aquella era su oportunidad de redimirse ante Millie, por lo que la joven había hecho por ella, aún a costa de su vida.

—Si sospechara de alguien, me encargaría de hacerle saber que le están vigilando. Que su secreto no es un secreto. Ponerle nervioso y hacer que,

en algún momento, cometa un error — declaró pensativo. El método de la vieja escuela nunca fallaba—. Pero como dije, Pietro es una excepción.

—Sí, sé que es peligroso, pero hay más gente que cómo yo quiere hacerle pagar por su crimen. Haré lo que haga falta. Estoy segura que los señores Hughes y Tom pueden ayudarnos — añadió con espíritu emprendedor.

Tenía esperanzas de que él mismo se ofreciera a ayudar. John Smith era un hombre duro y letal a simple vista, pero ella estaba segura de que debajo de aquella capa se escondía un alma atormentada que rehuía el contacto humano. Había conocido una vez a

alguien así.

—Lilly, nosotros no somos el defensor del pueblo, somos el pueblo. ¿Está segura de querer implicarles? Sepa que está poniendo sus vidas en peligro —le advirtió nuevamente.

—Escúcheme bien, Smith —alzó la voz, levantándose de la silla—. Es la última vez que me dice que me aparte de la investigación. Vine a pedirle su ayuda, pero si no está dispuesto a colaborar, es mejor que se aparte a un lado —Smith permanecía impertérrito, observando el mal genio de la chica.

Durante unos segundos mantuvieron la mirada fija y entonces, Smith también se levantó.

—Está bien. La ayudaré, pero debe prometerme que cuando hayamos descubierto al asesino, desaparecerá con O'Malley o sin él. Sus probabilidades de supervivencia, conviviendo con Angelo bajo el mismo techo, se hacen cada vez más reducidas. Temo por los dos —le confesó en voz baja. Temía que alguien pudiera escucharle y le acusase de alta traición. No era su cuello lo que se jugaba, sino una venganza que había estado cocinando a fuego lento.

Lilly se sorprendió ante la sola mención del irlandés. Smith sería parco en palabras, pero era muy observador.

—Se lo prometo —ofreció su mano,

sellando así su acuerdo. Lilly sonrió cuando el guardaespaldas le estrechó la mano. Finalmente, él sonrió también. Era la primera vez que le veía así y le gustaba—. Debería sonreír más a menudo. Le hace mucho bien.

—No abuse de mi confianza — contestó serio de nuevo, dejando claro dónde estaban los límites.

Lilly asintió.



*“Cada hombre tiene su  
propio destino.”*

*El padrino*







## CAPÍTULO 44

El tiempo había transcurrido veloz y, pronto, las fechas navideñas se habían echado encima. Angelo se había dedicado a pasear con sus maniqués y comprarles ropa y joyas, al igual que hacía un día cualquiera, con la única diferencia de que su presupuesto ahora era mayor.

Lilly, por su parte, invertía su tiempo en tareas más útiles. Por las mañanas, acudía al set de rodaje, ya fuera para observar con atención a sus compañeros o para grabar alguna escena del pequeño papel que le habían dado. Por las tardes recibía clases de

interpretación en una respetable academia y, solo algunas noches, acudía a galas y presentaciones de películas de la mano de Angelo. Sus horarios se habían vuelto rígidos, pero no había dejado de lado su plan inicial de perseguir a Pietro.

Smith y ella habían empezado dando pequeños pasos. Haciendo que Tom lo siguiera. No hay mejor comienzo que hacer que una persona se sienta vigilada. El acoso solo duró un par de semanas. Decidieron darle un respiro para que se tranquilizara y volviera a su rutina habitual.

Cinco días después, Pietro recibía una carta con un escalofriante mensaje.

Estaba en la cama cuando oyó unas pisadas. Sacó la pistola con la que dormía bajo la almohada y apuntó a la puerta. Un pequeño sobre apareció por debajo de esta. El italiano se levantó raudo hacia la salida. Las pisadas en el pasillo aumentaron de ritmo. Cuando giró el pomo y se asomó, no había nadie allí. Regresó a la seguridad de su apartamento y abrió el sobre. Una hoja doblada en dos. Una única frase:

*Tú mataste a Millie.*

La ira envolvió a Pietro, quien arrugó la hoja y la lanzó contra la pared. Decidió darse una ducha y olvidarse del

asunto. Debía ser una broma, aunque de muy mal gusto. Preguntaría al casero si había visto a alguien extraño en el edificio. Si se enteraba de quién había sido, se lo haría pagar con creces. Ahora que las aguas habían vuelto a su cauce, todo parecía volverse en contra suyo. No quería meter la pata con Mancini. En las últimas semanas había cometido un par de errores, pero sus compañeros le taparon. Le habían advertido de que no habría una próxima vez.

Aquella carta no había hecho sino ponerle más nervioso. Recordó lo sucedido aquella noche con Millie. La descubrió en el Kentucky Club junto a

una amiga y su sorpresa y su indignación crecieron de forma exponencial. Le había dejado sin ninguna explicación un año antes. Pietro había creído que le había pasado algo. Era la única razón legítima por la que ella le dejaría.

La llevó a casa en el coche de Mancini. El trayecto había sido bastante tenso y había tenido que recurrir a la radio para soportarlo. Una vez fuera del auto, la había acompañado caminando. Esperaba poder hablar con ella de lo que había ocurrido durante todo aquel año, pero ella no daba muestras de querer hablar. Dejó aquella charla para otro momento y decidió tomar lo que era suyo. La dio un beso inesperado en la

boca y ella se apartó con brusquedad. No parecía ser la misma chica que tiempo atrás.

Volvió a acercarse a ella, creyendo que tal vez se estaba haciendo la dura. La sujetó entre sus brazos y la besó con ardor. Ella le golpeó con sus manos tratando de zafarse. Pietro, lleno de ira por su rechazo, le dio una bofetada tan fuerte en la mejilla, con tan mala suerte que Millie cayó de espaldas y se rompió el cuello con una pila de cajas que allí había. Al verla inmóvil, corrió hacia ella y trató de socorrerla. La llamó por su nombre varias veces, la zarandeó y cuando vio su cabeza colgando de entre las cajas, comprendió lo que había

hecho. El miedo le hizo reaccionar. Movi6 el cuerpo para que no se viera desde fuera del callej6n. De esa manera, tardar6a varios d6as en ser descubierto y 6l quedar6a fuera de toda culpa.

Sali6 de la ducha, sin saber si se hab6a lavado el pelo. Los nervios le estaban pasando una mala jugada. Volvi6 a abrir el grifo, termin6 de acicalarse y regres6 junto a su jefe.

Poco despu6s, le siguieron las llamadas de tel6fono en casa de Mancini. La primera vez crey6 que se trataba de alg6n chivatazo sobre la polic6a. La segunda pens6 si su familia podr6a estar en peligro y finalmente, la tercera supo que aquello iba en serio.

Alguien sabía que había matado a Millie y estaba dispuesto a hacerle pagar por ello.

Un sudor frío le recorrió la frente. Acorralado como estaba, no tuvo otra opción que hablar con uno de sus compañeros.



Un golpe en el dormitorio de Lilly la sobresaltó, haciéndola saltar de la cama. Alzó la vista hacia el reloj de pared y comprobó con asombro que solo eran las diez. Aquella mañana no tenía que rodar y había decidido darse un pequeño capricho y descansar.

—No estoy —alzó la voz, esperando



que quien fuera desapareciera.

Los golpes volvieron a repetirse, esta vez con más fuerza.

—Está bien, está bien. Ya voy —gritó para que aquel ruido infernal se detuviera.

Al otro lado de la puerta se encontraba Tom, vestido con un conjunto de chaqueta, pantalón y gorra a juego. Estaba de lo más elegante.

—¿Qué te trae por aquí, renacuajo? ¡Me has despertado en mitad de un bonito sueño! —exclamó con un rostro lleno de ojeras, sintiéndose desfallecer.

—No vendría si no fuera importante —anunció el mozalbete—. Gracias a algunos contactos, he conseguido

averiguar que Mancini se ha cansado de Pietro y le ha despedido.

En cuanto Lilly oyó mencionar aquel nombre, se espabiló por completo.

—No tiene mucho sentido. La única manera que tiene alguien de salir de la mafia es con los pies por delante —aseguró—. Aquí hay algo extraño.

—Mis fuentes aseguran que le han visto paseando solo. Tanto Mancini como sus compañeros le han dejado de lado —comentó alegre, sabiendo que aquello haría sonreír a su amiga.

Últimamente, la cercanía entre ambos había crecido. Compartían secretos, bromas y muchas risas. Kinney comenzaba a verla con otros ojos. Nadie

había hecho tantas cosas por él como la joven. Veía en ella a alguien inalcanzable.

—¿Has hablado de esto con Smith? — preguntó ella, queriendo adelantarse a los acontecimientos.

—No. He venido directamente a contártelo. Pensé que te haría ilusión — alegó al ver el conflicto interno que ella sufría.

¿Hablar con Smith y esperar sus instrucciones o tomar cartas en el asunto? No podía esperar más a ponerle a Pietro las manos encima. Se sorprendió a sí misma con su actitud. Ella, que siempre había sido una muchacha pacífica, se mostraba ahora

áspera y vengativa, sin plantearse siquiera las consecuencias de todo aquello. No la importaba morir. Ya había perdido toda esperanza de regresar junto a sus padres y la situación con Aiden no era mucho mejor. Habían dejado de dirigirse la palabra y sus miradas se rehuían. Eran como dos extraños en un mismo tren. Cruzándose y fingiendo no sentir nada cuando el corazón se les desgarraba por dentro. Lo único que había aliviado ese dolor era la compañía de Tom, que la animaba cada vez que la veía cabizbaja, la arrastraba a algún espectáculo y la sorprendía constantemente. Si no hubiera sido por la diferencia de edad,

habría llegado a imaginar que le gustaba a Tom. Sus atenciones constantes no eran algo habitual en un niño de su edad.

—Claro que me alegra que me lo contaras pero debemos hablar con Smith —pronunció exaltada—. Espera aquí en lo que me visto —le pidió a Tom, retirándose al dormitorio con tan solo un negligé por única indumentaria. El muchacho memorizó sus curvas con todo detalle antes de que la puerta le separara temporalmente de su diosa.



Smith se encontraba de pie ante el armario de su habitación. Allí estudiaba con todo detalle los pasos del *Maníaco*

*de Harlem.* No había vuelto a matar recientemente por lo que o bien había sido detenido sin conocer su verdadero rostro criminal o bien algo había mitigado su ansia de sangre.

Abandonó con rapidez esos pensamientos y se imbuyó de lleno en Lara. Desde que Lilly acudiera a él rogando ayuda, había ido retrasando sus planes. Era verdad que había descubierto finalmente quién la había atropellado, pero eso no hacía más fácil seguir las órdenes de Angelo y mirarle todos los días a la cara sabiendo que él había matado a su mujer. Deseaba arrancarle la cabeza como si se tratara de una gamba, pero su deber para con

Lilly era lo primero.

Aiden se mostraba reservado y centrado de lleno en su relación con Siobhán. Se alegraba de que entre aquellos dos las cosas hubieran avanzado, pero no entendía por qué Aiden se había distanciado de él. Bueno, en realidad sí. Aiden había tardado bien poco en darse cuenta de que Lilly le había encontrado un sustituto rápidamente.

—Si se trata de Lilly, no hay nada...  
—quiso aclarar Smith, pero la mano de su compañero le detuvo.

—Lo sé. Trabajas bien, mejor que yo. Nunca cometerías ese error —  
pronunció, disgustado consigo mismo.

Pensó en cómo todo había cambiado en apenas unos meses. Thomas Kinney, el amigo de Lilly, había sido aceptado por Angelo y los suyos. Nadie había hecho preguntas y había pasado a formar parte de la familia sin demasiados reparos.

La aparición de Tom había hecho que Lilly se mantuviera a flote. Smith la veía como una flor marchitada, triste y apagada. Era cuestión de tiempo que terminara resquebrajándose y su alma, al igual que los pétalos de una margarita, se desvanecieran con la brisa de las primeras horas del alba. Mientras tanto, la observaba y ayudaba con la investigación sobre su amiga. Sabía que



aquella era la única manera de mantenerla distraída y que sus pensamientos no giraran en torno a Aiden.

Un golpe en la puerta le hizo cerrar de inmediato el armario.

—Un momento —dijo, terminando de encajar las tablas del fondo para que nadie descubriera su extraño pasatiempo. Cerró el armario con llave y caminó hacia la puerta.

—¡Ah! Es usted. ¿Qué hace tan pronto levantada? —curioseó extrañado, conociendo los horarios de la joven.

—Tom tiene algo que contarle —señaló Lilly, cerrando el pequeño trozo de escote que revelaba la bata de

terciopelo francés que llevaba puesta.

Smith la observó con atención, poniendo nerviosa a la joven. Seis años atrás, Lara actuaba con él con esa misma timidez días después de que hubieran compartido el lecho nupcial. Su delicadeza al andar, su cadencia al hablar y sus diferentes registros al mirar cada vez que quería conseguir algo eran los rasgos que la diferenciaban y hacían destacar sobre el resto de mujeres. Su inteligencia, su tozudez y su inconformismo terminaron atrayéndole como un tonto y convenciéndole de que quería pasar el resto de su vida junto a aquella dulce y bella muchacha. Ahora, un lustro después, de ella no quedaban

más que recuerdos y algunos huesos en un panteón familiar.

—Habla, muchacho —finalmente pidió, después de regresar de entre los muertos—. ¿Qué has averiguado?

—Pietro es un apestado —confesó el chico, orgulloso de ser portador de buenas noticias. Esperaba que él sí supiera valorar la importancia de aquello.

—Resulta demasiado sencillo. Si Mancini le ha dejado libre, debe haber algún engaño. Algo que no vemos —pensó en voz alta el guardaespaldas.

—Eso mismo pensé yo. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Abandonamos? Hemos llegado tan lejos... —se resignó Lilly,

creyendo que Smith daría toda aquella locura por terminada.

—Yo no he dicho eso —comentó él. La mirada de ella volvió a tornar iluminada—. Seguiremos en la sombra, como hasta ahora. Acoso, tal vez algún mensaje... Esperaremos al momento apropiado para mostrar nuestras cartas. No debemos anticiparnos si no queremos perder la partida. —Ella asintió, satisfecha de su respuesta—. Continuaremos hablando esta tarde. Será mejor que regrese a la cama. Se ve horrible —le aconsejó con sorna.

—Muchas gracias. No es que usted esté mejor. Debería dormir más —le devolvió su propio consejo—. No

traméis nada sin mí —se despidió señalándoles con el dedo índice. Sus pies arrastraban unas elegantes zapatillas de raso con tacón, que a pesar de darle cierta belleza con el resto de ropa, unidas al cansancio acumulado, dificultaban que avanzara.

—Tom —llamó el guardaespaldas, cuando este se disponía a marcharse.

—¿Sí? —preguntó distraído ante la diminuta y sugerente ropa que su amiga llevaba.

—La próxima vez habla conmigo. La señorita Gilmore necesita descansar —ordenó sin más preámbulos.

—¿Puedo marcharme? —preguntó molesto de que un simple

guardaespaldas le diera órdenes. Él trabajaba para Ciro Angelo y para nadie más.

El asentimiento de cabeza de Smith le bastó para escabullirse de allí.



Lilly se despertó renovada y con fuerza suficiente para afrontar el resto del día. El reloj de pared de su dormitorio señalaba la una. Era más tarde de la hora que solía levantarse a diario, pero sus clases no empezaban hasta las tres. Tenía tiempo de comer, lavarse y vestirse. Llamaría al servicio de habitaciones para que le subieran algo de comida. Estaba famélica.



En ese mismo momento, Tom acompañaba a Angelo en una comida, donde el capo compartía mesa con Vito Genovese, Gino Mancini y Gaetano Luchesse. Los cuatro mantenían una conversación distendida, donde las bromas eran el denominador común. Angelo se había llevado al muchacho con él (además de a Smith, en quien confiaba ciegamente), para que fuera aprendiendo poco a poco el negocio familiar. En aquel pequeño grupo, la nacionalidad no era lo importante sino el afán de expansión y poder de todos ellos.

Tom no perdía detalle de todo lo que allí se hablaba.

—Estoy harto de Masseria. Alguien tiene que hacer algo —soltó sin medias tintas Mancini. Lo que realmente quería decir es que Angelo debía matarlo si quería elevar su status en la ciudad.

Las risas cesaron por un instante. Todas las miradas se concentraron en el capo. Aquel día había elegido un traje de color blanco tiza, zapatos bicolor con troquelado, un chaleco amarillo mostaza y corbata a rayas. Nadie dudaba de su exquisito gusto a la hora de vestir.

—Deberías tener cuidado con lo que dices, Gino. Si Masseria llegara a enterarse de las burradas que sueltas por



esa bocaza tuya, no sé qué sería de ti y de mí –respondió socarrón. El cuello de Mancini se relajó, al igual que el del resto de los presentes—. Venga, bebe, celebremos este encuentro –animó a su amigo, alzando la copa en alto.

Tom observaba con atención, fascinado por la falsedad que podía respirarse en el ambiente. A aquellos cuatro hombres solo les unía la ambición y, una vez que esta se hubiera visto satisfecha, romperían cualquier lazo que pudiera unirlos. En cambio, Joe Masseria cuidaba de los suyos, que eran lo más importante para él. Tal era así, que el negocio se repartía entre todos los cabezas de familia.

Una vez terminada la reunión, Angelo se despidió dando dos besos a cada uno de los presentes, algo que pilló por sorpresa al muchacho. En su corta vida, jamás había visto a dos hombres besarse y menos dos veces. Lo habitual en Nueva York era estrecharse la mano. Smith observó su gesto de sorpresa y le puso con rapidez en antecedentes.

—No lo tomes a mal, ni pienses lo que no es. Al igual que aquí los yanquis estáis acostumbrados a dar la mano, en Italia se dan dos besos y, en Irlanda y Reino Unido, simplemente no se hace nada. Cada país tiene unas costumbres y no vamos ahora a cambiarlas —sentenció firme el guardaespaldas.

—Tienes razón. Debo haber parecido un estúpido —admitió el joven, apesadumbrado.

—No —dijo, tratando de animarle—. No mucho —bromeó, guiñándole un ojo.

Tom lo observó y sonrió. Lo había captado.

Terminados los rituales de despedida, Angelo, Smith y Tom salieron del establecimiento y montaron en su auto. Talbot arrancó el vehículo y condujo rumbo al hotel. Allí, Lillian Gilmore vestida con un delicado vestido de color mimosa, suelto a la cintura y a juego con su pamelita, esperaba nerviosa a que Smith llegara. Aiden se encontraba en la habitación de enfrente y, en

ausencia del inglés, era él quien debía acompañar a Lilly a la academia. Lilly no tenía intención de montar con él a solas en el mismo coche y así se lo hizo saber cuando llamó a su puerta, anunciándole que llegaría tarde si no salían ya.

—No me importa lo más mínimo. Esperaré lo que haga falta a que llegue Smith —soltó como si de una niña caprichosa se tratara.

—Eso sí que no me lo esperaba. ¿Se puede saber qué diablos te ocurre conmigo? —quiso saber el irlandés, harto de que rehuyera sus miradas y su compañía.

—No sé a qué viene esa pregunta. Lo

sabes de sobra –replicó de mala gana, jugando con el larguísimo collar de perlas que llevaba puesto.

–¿De verdad vamos a jugar a esto? Seamos adultos y hablemos de ello –rogó desquiciado ante aquella absurda situación.

–¿Quieres que sea sincera contigo? –Alzó la voz repentinamente molesta–. Te diré lo que me pasa. Llegué aquí sin conocer a nadie. Los Hughes, Millie e incluso Tom me brindaron su amistad. En aquel momento, llegó la oportunidad de mi vida pero no venía sola. Siempre hay alguna condición. Abandonar a todos aquellos que me habían abierto las puertas de su casa y me habían

entregado su amor. Bajo el techo de Angelo, volvía a estar sola y fuiste tú quién me dio todo lo que necesitaba, un motivo para mirar hacia adelante y, nuevamente, me lo arrebataste —narró furiosa con él, empujándole una y otra vez, cómo si él fuera el responsable de todas las desdichas del mundo—. ¿Cómo crees que me siento cuando te escucho hablar de tus planes de futuro o te veo sonreír por la mañana y sé que yo no soy la razón?

Las lágrimas comenzaron a brotar una tras otra, estropeando el maquillaje que con tanto mimo se había aplicado. Se apartó a un lado de la habitación, esperando a que se marchara. No quería

que Aiden la viera así. Había cometido un error garrafal. Desmoronarse ante él. Ahora, O'Malley tenía la sartén por el mango y no dudaría en usarla para reírse de lo ingenua que había sido.



*“El hombre que  
no ha amado  
apasionadamente  
ignora la mitad más bella  
de la vida.”*



# *Stendhal*





## CAPÍTULO 45

Las sospechas de Aiden se veían confirmadas con aquella declaración. Él había sabido interpretar todos sus gestos, pero se había negado a aceptar la realidad. Lilly lo quería de verdad, no solamente como un amigo. Él había sido consciente del sufrimiento interno que la muchacha vivía a diario cada vez que estaban juntos e incluso, él mismo se sentía culpable de aquello. Sin embargo, había sido más fácil, o eso pensaba él, rechazar lo obvio. El tiempo no era la cura en este caso.

Había llegado el crítico momento tan temido por Smith. Lilly había

terminado poniendo a Aiden contra las cuerdas. Ahora era su turno. ¿Atacaría o se defendería?

El guardaespaldas decidió acercarse con lentitud a ella para no asustarla. Una vez que estuvo a su lado, deslizó su brazo sobre su espalda y Lilly, como accionada por un resorte, se dio la vuelta y se abrazó a él. Aquel gesto lo pilló por sorpresa y dudó durante unos instantes de cuál sería su siguiente paso. La locura lo invadió en ese momento, mandando a paseo todos sus principios y devolviéndole ese cálido abrazo.

El aroma de su cabello volvió a saturar todos sus sentidos haciéndole

perder la poca razón que le quedaba. Decidió separarse de ella poco a poco antes de que tuviera que lamentarlo. Justo entonces, los brillantes y acuosos ojos de Lilly se clavaron en los suyos y todo lo demás desapareció en ese instante.

Aiden tocó su rostro con delicadeza. La anticipación y la ansiedad nadaban hasta ella. El irlandés echó su barbilla hacia atrás, besándola, explorando, haciendo que los músculos de ella se tensasen. La besó con suavidad en la garganta y un hormigueo recorrió el cuerpo de la joven. Plantó un suave beso en sus labios, haciéndola temblar, retorciéndose por dentro. Los

dedos de él sostuvieron su cabeza mientras se besaban salvajemente. Entonces se enroscaron en su cabello y lo acarició con ternura.

La pasión era incontrolable, arrolladora y desbordante, tanto que ninguno de los dos se percató de la puerta. Tom asomó por ella y, en cuanto fue testigo de la escena, cerró de inmediato, tratando de entretener a Angelo.

La actitud nerviosa del chiquillo había hecho que las dudas crecieran en el siciliano, quien apartó al muchacho y abrió él mismo la puerta.

Un gentil Aiden sostenía el abrigo de Lilly para que esta pudiera

ponérselo.

Angelo se calmó y miró el pequeño reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Lilly llegaba tarde a su clase.

La muchacha agradeció a Aiden el gesto, tomó el bolso y se dirigió hacia la salida. Angelo le sujetó del brazo en el momento que pasó por su lado, haciendo que inevitablemente se detuviera.

—Arréglate ese maquillaje antes de salir —le ordenó, advirtiéndole del difuminado negro que se extendía por sus mejillas. Lilly asintió y regresó a su dormitorio. Angelo buscó la mirada de Aiden, dispuesto a sermonearle—. Sé que no os lleváis bien. No hace falta tener ojos en la cara para verlo, pero modera

tu actitud con ella. Esto no es un patio del colegio.

Aiden se levantó, caminó hacia el mafioso y cruzó por su lado sin dirigirle una segunda mirada. Bajó abajo, donde Talbot permanecía en el interior del auto con la calefacción puesta. El frío de la calle agarrotaba los huesos en cuestión de minutos y su artrosis era sensible al frío y la humedad. El irlandés salió del vestíbulo y se sentó junto a Talbot en el interior del vehículo. Unos minutos después, Lilly salía del ascensor y se unía a ellos.

El trayecto se hizo igual de tedioso que los demás días. Ninguno de ellos se atrevió a decir una palabra. Talbot,



como correspondía a su rango y Aiden y Lilly por temor a definir lo que había ocurrido un rato antes en el dormitorio de ella.

La joven sabía que una vez podía deberse a un impulso del momento, pero con aquella eran dos las veces que Aiden la besaba. Por su parte, el guardaespaldas navegaba en un mar de dudas. Su vida con Siobhán se había estabilizado y se veían sumergidos en los últimos preparativos de la boda. Ella le había recordado que no podían dejarlo más. Habían pasado muchos años como novios y no quería que transcurrieran otros tantos como prometidos. Él parecía estar seguro de

su relación y le había sugerido que fuera ella misma quien eligiera la fecha del enlace. Siobhán, que nunca se había caracterizado por ser una mujer sencilla (algo que él amaba), estaría en ese momento muy ocupada en concretar cientos de detalles para la boda. En cuestión de meses, Siobhán se convertiría en su mujer y sobre él planeaba un extraño sentimiento por Lilly.

Aquello era de locos.



La niña de los ojos de su madre no había dado nunca un paso adelante sin contar con ella. Y así había sido, una vez más,

cuando había llegado la hora de fijar una fecha para su enlace con Aiden, Siobhán había vertido todos sus pensamientos e ilusiones en voz alta mientras Shirley ponía toda su atención en ella.

—Sé que le quieres mucho —escribió la señora en una hoja. Su hija lloraba, radiante de felicidad. Había acompañado a Aiden al ferry y allí se habían despedido con la promesa de que se casarían pronto—. Pero a veces eso no es suficiente —continuó moviendo su estilográfica.

Siobhán la contempló estupefacta ante aquellas palabras. No entendía a qué diablos se refería su madre, ni por qué se atrevía a destrozar en un minuto

la felicidad por la que tanto había luchado y que había conseguido finalmente.

—Me preocupo por ti. Apenas os veis. No sería tan raro que se casara porque es lo que se espera de él. Un paso más. —Shirley no quería ver a su hija infeliz durante el resto de su vida. Tampoco quería verla divorciada y sin esperanzas de encontrar a un marido a su edad. La mayoría de hombres buscaban a chicas jóvenes y ella ya había cruzado esa línea hacía tiempo.

—Madre —sollozó—, él me quiere. Lo sé. No necesito saber más —sentenció, queriendo dejar zanjado el tema.

Shirley sonrió, alzó su mano y la

acarició. Asintió, aceptando los deseos de su hija.

—Debo escoger una fecha —soltó nerviosa. El pensamiento había volado a su mente como un cohete. Shirley mantenía su mano quieta a la espera de las palabras de su hija—. Madre, desde que era pequeña he estado soñando con la boda perfecta. Ahora que ha llegado el momento, todo parece darme igual. Lo único que quiero, ya lo tengo: Aiden.

La madre sonrió ante la dicha de su hija.

—¿Qué piensa usted, madre? ¿Cree que me he vuelto loca? —quiso saber si tanta felicidad era normal.

—No estás loca. Yo sentía lo mismo

cuando estaba con tu padre —aseguró Shirley, con una letra clara y definida—. No te preocupes, yo te ayudaré a preparar la boda.

—Gracias, madre. No sé qué habría hecho sin usted todo este tiempo. —Abrazó a la anciana y se apartó para secarse las lágrimas que ya comenzaban a surgir en su rostro—. Veamos, tenemos que visitar las boutiques para encontrar el vestido adecuado, restaurantes en busca de un menú bueno y barato y, lo más importante, hay que empezar a hacer una lista de invitados cuanto antes.

Shirley se dio cuenta de cómo los nervios hacían que su hija fuera voluble en su opinión. Un minuto antes, había

confesado ser la mujer más feliz del mundo y desear una sencilla boda. Al siguiente, era víctima de la obsesión por hacer listas. No pudo evitar reírse a carcajadas. Pronto Sio, sin saber por qué, la siguió.

Cuando se serenaron, Shirley subió al desván y se zambulló entre decenas de cajas hasta dar con lo que buscaba. Fotografías, recortes y algún que otro diario. Con ayuda de Siobhán, bajó todo al salón y, sentadas junto a la chimenea, pasaron el resto de la tarde buceando entre viejos recuerdos. Así, las fotografías hablaron por su madre ante todo lo que esta había vivido. Shirley sonreía cada vez que veía alguna imagen

que ya no recordaba o acariciaba a Sio cuando deseaba decirle lo mucho que su padre y ella habían significado en su vida. Su hija logró captar el mensaje a través de aquel característico silencio.

Un frágil daguerrotipo protegido en su estuche, mostraba a una familia rodeando al cabeza de familia, cuyo rostro inexpresivo decía a todas luces que había fallecido horas atrás. La madre de Shirley, sus hermanos y ella custodiaban el cadáver en espera de que la imagen se fijara de forma inversa, como en un espejo, sobre una superficie de plata pulida.

La siguiente imagen reflejaba de nuevo a toda la familia. En esta ocasión,



la difunta era la madre. Amortajada con sus mejores ropas, yacía en el interior de un féretro, con todos sus hijos a un lado, velando por su alma.

La fotografía de su boda con el padre de Siobhán, una imagen en blanco y negro, donde ella llevaba un vestido de cuello alto y cerrado, con mangas ligeramente abombadas y una falda recta y sencilla. Un enorme paipay en su mano derecha para despejar todo atisbo de calor.

Las últimas dos imágenes tenían más de veinte años de diferencia. En una, Shirley y su marido posaban sentados y en el regazo de ella, un rollizo bebé vestido con faldón y

gorrito. En la otra, la pareja se mostraba algo más mayor y la criatura había crecido hasta convertirse en una mujer hecha y derecha.

Siobhán se imaginó recorriendo esos mismos pasos con Aiden a su lado. No podía esperar a vivir cada uno de esos maravillosos momentos, a pesar de que conllevaran también alguno triste en el camino.

La primavera había sido siempre su elección predilecta, pero debía elegir una fecha concreta. Su mirada se desvió por un momento a través de la ventana imaginándose del brazo de Aiden y recorriendo un manto lleno de flores camino de la iglesia. Había escuchado

de algunas celebridades que se habían casado al aire libre. Aquello era algo loco hasta para ella que era católica, pero no podía evitar verle su lado romántico.

Terminó eligiendo finales de mayo, el momento más bonito del año cuando las flores comenzaban a brotar en todo su esplendor y no hacía excesivo calor.

Decidió comunicárselo a su madre cuando giró su vista hacia ella y comprobó con horror cómo se ahogaba. Su mano sujetaba su garganta, en la que en los últimos meses se había desarrollado una pequeña protuberancia. Shirley había seguido negándose a acudir al médico. Le daba vergüenza

que alguien la viera así. Además, no necesitaba de médicos para que le dijeran lo que tenía. Ella ya lo sospechaba. Ese mismo día había salido en el periódico la fotografía de su amiga Amelia, con quien había trabajado en la fábrica de relojes.

Raymond Berry, un joven abogado de Newark había demandado a la Compañía de Radio en nombre de Amelia y otras cuatro pintoras afectadas por el peligroso componente. La salud de Amelia estaba muy deteriorada y, por eso, el abogado había puesto todas sus esperanzas en que la grave situación de ella aceleraría el proceso. Sin embargo, se había equivocado y Amelia había

muerto sin haber conseguido la merecida justicia que les habían negado. Los médicos de la compañía habían tachado a las mujeres de indecentes y habían etiquetado como sífilis, a la enfermedad que les aquejaba.

Shirley no se había atrevido a mencionar el artículo a su hija y había escondido el periódico para que no lo leyera. Siobhán estaba sumergida en una nube tras la visita sorpresa de Aiden y no tenía ojos para nada más. Había sido fácil ocultárselo. Hasta ahora.

—Madre, ¿qué le ocurre? —Se lanzó hacia ella, angustiada ante su salud—. No se mueva. Iré a pedir ayuda. —Se levantó, directa hacia la puerta.

No le hizo falta correr mucho antes de tropezarse con la carreta de un grupo de hombres que trabajaban en las obras del Metro. Vestidos con sus petos de trabajo y con la piel manchada de negro, Siobhán superó la sorpresa inicial para pedirles ayuda.

—Ayuda. Es mi madre. No puede respirar —comunicó de forma rápida y nerviosa.

Los hombres trataron de tranquilizarla y sacar alguna conclusión de entre todas aquellas palabras ininteligibles. Finalmente, entraron en la casa y sacaron a hombros a Shirley, montándola en la carreta y conduciendo con brío hacia el pueblo. Siobhán,

sentada junto a su madre, rezó por llegar a tiempo.





## CAPÍTULO 46

Tom había acompañado a Ciro Angelo el resto de la tarde, viendo cómo la preocupación se sumergía en el semblante del mafioso, sin poder hacer nada por evitarlo.

Cuando Lilly regresó de sus clases, el muchacho no pudo evitar una mirada de resquemor hacia la joven. Por culpa de su actitud, su patrón había estado enfadado el resto del día y él mismo había tenido que lidiar con él. Sin embargo, Angelo, que no perdía detalle de lo que ocurría a su alrededor, supo captar con rapidez el sentimiento de frustración del muchacho y lo despidió

hasta el día siguiente con una palmadita en la espalda y un billete en el bolsillo de la chaqueta.

Kinney aceptó de buena gana y se marchó de allí con un «Hasta Mañana» que bastó para todos por igual.

No tenía ganas de ver a Lilly, menos de hablarla. Haberla encontrado horas antes besándose con uno de los guardaespaldas había sido como recibir una bala en pleno pecho. No es que hubiera recibido una antes, pero había escuchado relatos de primera mano.

Uno de Jimmy, un amigo de la calle, quien le había descrito al detalle la escena. Había ocurrido a la salida de un «speakeasy» con unos cuantos hombres

borrachos en plena discusión. Las palabras habían llegado a mayores y pronto habían sacado a relucir las pistolas. Jimmy había resultado herido por una bala perdida.

Su amigo le había descrito aquel dolor como un fuego abrasador, una flecha atravesando su piel y cada uno de los órganos vitales de su cuerpo. Una intensa sensación de calor quemando cada hálito de vida en su cuerpo y entonces, cuando creía que nada más podría ocurrirle, el fuego candente desapareció sustituido por un gélido estremecimiento. Un imperturbable frío que iba ralentizando todos sus sentidos, excepto el del miedo.

Jimmy le había dicho que en algún momento determinado había perdido el conocimiento. Había sido tal el dolor que su mente consciente no había sido capaz de soportarlo.

En cierta manera, Tom se sentía así. Había perdido toda conciencia de lo que pasaba a su alrededor, caminando hasta su pequeño refugio. Los miembros de la banda de Angelo, ahora compañeros suyos, le habían saludado al igual que el recepcionista del hotel, algunos viandantes y algún que otro granuja de la calle. Se deslizaba sobre la acera con un único pensamiento en su cabeza. Lilly y el momento en que la encontró besándose con Aiden. No sabía

mucho de su amiga, pero eso tampoco había sido impedimento para enamorarse de ella. Su belleza, su encanto natural y su tenacidad a la hora de conseguir lo que quería eran los rasgos que más le habían atrapado de ella cuando la conoció.

Había aceptado su proposición de trabajar para la mafia con el único propósito de estar junto a ella. La propia Lilly así se lo había asegurado. A diferencia de eso, no había hecho si no verla menos aún que en el propio taller textil y cuando lo hacía, era en presencia de más gente, por lo que nunca podían estar juntos realmente, ni compartir confidencias como solían hacer.

Lilly parecía pensar una cosa un día y actuar de forma totalmente contraria a la mañana siguiente. La ira comenzaba a bullir en él de forma exponencial.

Consiguió dar la vuelta en la esquina a un mal alumbrado callejón y allí trató de desfogar toda su rabia pateando y golpeando los contenedores. Un buen rato después, no logró sino hacerse daño en los nudillos y seguir del mismo malhumor con que había salido del Algonquin.

El pecho le latía desbocado y su respiración era agitada. No lo relacionó con el sobreesfuerzo que había realizado minutos antes. Su pasión por Lilly era tan desmedida que el mero hecho de

pensar en ella le provocaba taquicardias. No se había atrevido a hablar de este sentimiento con nadie, al igual que no había mencionado los anteriores caprichos fallidos. Sabía que aquella afición vehemente por ella no era algo pasajero como le había sucedido con otras chicas, a las que una vez tuvo y había dejado rápidamente de lado. Estaba completamente seguro de que Lillian no era otro capricho más. Con ella haría lo que no había hecho con las demás. Tendría paciencia y actuaría en el momento adecuado.



La estratagema de Smith y Lilly había

ahondado en los miedos más profundos de Pietro. Desde la última vez que lo llamaran por teléfono y con una respiración lenta y acompasada por único interlocutor, Pietro no había vuelto a salir solo a la calle, ni a contestar el teléfono. Todo lo que ambos parecían haber logrado juntos, se había roto en mil pedazos, retrocediendo varias casillas en el juego como consecuencia.

El nerviosismo del joven, que había hecho que en más de una ocasión hubiera estado a punto de ser aplastado bajo las ruedas de un automóvil o los hierros de un equino, se había transformado con el paso de los días en



una seguridad arrolladora que no dudaba en demostrar piropeando a las mujeres que pasaban por la calle y que se había ganado la mirada reprobadora de su compañero de armas.

Smith y Lilly no entendían aquel cambio súbito de actitud en él, ni por qué un hombre le acompañaba en todo momento, como si se hubiera convertido en un apéndice más de él. Su estatura y musculatura indicaban claramente que no podía tratarse de un guardaespaldas, pero entonces... ¿Quién diablos era?

La respuesta vino unos días después de manos de Tom. El muchacho había descubierto que era un asesino a sueldo que Mancini había contratado para

proteger a Pietro. Las razones para que Mancini realizara un movimiento como este, que le desacreditaba dentro de la mafia, eran poderosas. Pietro, un joven que no se preocupaba de por dónde esparcía su semilla, había terminado dejando preñada a la sobrina de su jefe y a este no le quedaba otra opción que convertirle en parte de la familia y cuidar de él cómo un hijo más, cuando lo único que deseaba era estrangularlo con sus propias manos.

—Es intocable —aseguró Smith ante una iracunda Lilly—. Cualquiera que se atreva a hacerle algo, tendrá que vérselas con Mancini. Y no es una persona precisamente famosa por su

buen talante.

—¡Maldita sea! —exclamó ella, golpeando la mesa con el puño cerrado. La crema de puerros saltó fuera del plato dejándola sin reservas para comer. Levantó las manos al sentirse empapada por la sopa fría.

Smith acudió en su ayuda con un trapo para apartar los restos y secarla. Antes de que llegara a rozar la piel de ella, Aiden hacía acto de presencia en la suite.

—Había escuchado un ruido y me asusté —confesó el irlandés, sorprendido ante la escena con la que se había encontrado.

—Tropecé con la mesa y volqué la

comida sobre Lilly –alegó Smith, ante la mirada de aviso de ella. La joven no quería implicar a Aiden en aquel asunto. No porque pudiera ponerle en peligro sino porque le quería fuera de su vida y excluirle de la investigación del homicidio de su amiga era la mejor forma de conseguirlo.

El corpulento hombre de cabeza pelada pudo ver las miradas que ambos se dirigían. Smith no era tonto y se olía que ocurría algo entre esos dos. ¿El qué? No lo sabía y prefería seguir en la ignorancia. Si Aiden terminaba con la *starlet*, él tendría el campo libre para acudir junto a Siobhán y pensar eso le convertía en un mal amigo.

—Acabo de acordarme de algo. Será mejor que te quedes con ella en lo que estoy fuera —delegó en él, entregándole el trapo con el que iba a limpiarla.

El rostro de Aiden se había tornado pálido como una vela, a diferencia de Lilly que no sabía dónde meterse de la vergüenza. Su única vestimenta era un camisón cubierto con un salto de cama, que dejaba poco a la imaginación. Smith se había terminado acostumbrando a los vestuarios, cada vez más atrevidos de Lilly, pues la veía más como una hija díscola que como una mujer con la que podría mantener un romance.

Para Aiden, la situación era totalmente a la inversa. La joven se

mostraba como el fruto prohibido del Paraíso y él se sentía como Adán, a punto de morder la manzana, si no hacía algo por evitarlo.

El *click* de la puerta cerrándose fue el mecanismo que activó a Aiden, la estatua. Caminó hacia la joven y le entregó el trapo para que ella misma se limpiara.

—No será necesario —rechazó apesadumbrada porque el guardaespaldas no terminara haciendo contacto con ella. Se levantó y con la cabeza bien alta se dirigió hacia el baño, cerrando de un portazo.

Aiden se quedó plantado en el centro del salón, al lado de la mesa de

la comida, asimilando todo durante un instante. Entonces, la indignación se hizo paso entre los miles de sentimientos que revoloteaban a su alrededor. Estaba harto de que últimamente aquella mocosa no hubiera hecho otra cosa que tratarle con indiferencia y cierta superioridad. Caminó hacia el baño, giró el pomo de la puerta e irrumpió dentro como un huracán.

—¿Qué demonios haces aquí adentro? —preguntó insolente.

—Lo que debería haber hecho hace mucho —soltó, sujetándola de la muñeca y arrastrándola hacia la bañera—. Darte unos buenos azotes para que aprendas a respetar a tus mayores. —Se sentó sobre

el borde de la bañera y la tumbó boca abajo, sobre su regazo. Comenzó entonces a darle cachetadas en el trasero, mientras Lilly forcejeaba por liberarse. Aiden la inmovilizó con la mano izquierda y siguió pegándola con la derecha.

Con la quinta palmada, el guardaespaldas dio por concluido el castigo y soltó a la joven. La muchacha enfurecida y con lágrimas en los ojos, le señaló la puerta con rabia.

—¡Quiero que te vayas ahora mismo!  
—Alzó la voz alterada.

Aiden supo, en ese momento, que había obrado mal pero ya era tarde para pedirle perdón. El daño ya estaba hecho.



Salió cabizbajo y avergonzado de allí.

Quiso el destino que la huida de Aiden coincidiera con la llegada de Tom. El muchacho leyó en el gesto del guardaespaldas que algo malo había ocurrido y corrió en busca de Lilly. La encontró arrebujaada en una esquina, con la cabeza enterrada bajo sus brazos.

Kinney sintió una pizca de placer al verla en aquel estado. La oportunidad se le había presentado como caída del cielo.

Se agachó junto a ella y, sin necesidad de preguntas, la estrechó entre sus brazos con lentitud.

Lilly alzó la cabeza lo suficiente para comprobar que se trataba del

muchacho y se dejó consolar por él.

«¡Tom es tan comprensivo y atento conmigo!», pensó ella. «Nada que ver con ese malnacido de Aiden.».



## CAPÍTULO 47

La carreta había llegado a tiempo a casa del médico y este logró aliviar las molestias de Shirley, aunque solo fuera de forma temporal. El bulto de su garganta le había parecido preocupante, en extremo, y sugirió hacerle algunas pruebas.

—Doctor, le agradezco lo que ha hecho por mí, pero debo confesarle que no me gustan los matasanos —admitió, mostrando así su negativa a permanecer más tiempo en su consulta.

—No quiero asustarla, pero si deja pasar más tiempo, podría no encontrar una solución a largo plazo —le advirtió

el caballero, conocedor de más de una extraña enfermedad por los alrededores.

—Señor Lynch, sé que no me queda mucho y para eso no necesito pruebas de ningún tipo. El poco tiempo del que disponga, deseo pasarlo en paz — comunicó la señora, que sentada en una vieja mecedora, apoyaba su espalda sobre un par de cojines para mayor comodidad.

—¿Sabe lo que tiene? ¿Le ha diagnosticado algún otro médico? —se interesó el hombre, que no tendría más de treinta años y ya había puesto sus miras en Siobhán.

Era una persona respetable, en busca de una buena mujer, si es que

todavía quedaba alguna de esa especie. Las jóvenes de ahora se mostraban rebeldes, rompiendo las reglas preexistentes y haciendo cosas que solo los hombres habían hecho hasta entonces.

—No y no es necesario. Hace diez años trabajé en la Compañía de Radio en Nueva Jersey. Todas nos pintábamos con aquella pintura fosforescente y nos parecía divertido. Ahora soy consciente de las consecuencias. Una de mis compañeras ha salido en el periódico. Está mucho peor que yo —escribía en su cuaderno con tristeza. El doctor leía con atención aquel testimonio tan insólito—. Es cuestión de tiempo que yo termine

como ella.

El caballero permaneció en silencio durante unos minutos. Entonces abrió un cajón de su escritorio y buscó un cuaderno y un bolígrafo en su interior.

—Está bien. Le recetaré a su hija algunos medicamentos que pueden ayudarle a sobrellevar esas molestias.

Shirley extendió la mano y sujetó su brazo.

—No es necesario que ella se entere —escribió y le tendió la nota con mirada suplicante. No quería romper la reciente felicidad de su hija con aquella terrible noticia.

—De acuerdo, pero que quede claro que no estoy de acuerdo —se quejó por

lo bajo, recogiendo el instrumental. Dejó a un lado el maletín y salió de la consulta, dejando a Shirley que descansara sola unos minutos.

—¿Qué le ocurre, señor Lynch? —interrogó Siobhán, nada más acercarse a él.

—Seguramente se trate de un pequeño resfriado —respondió, evitando su mirada. A Milton Lynch no le gustaba mentir, pero cuando lo hacía era incapaz de mantener su mirada fija en alguien.

—¿Seguramente? ¿No lo tiene claro? —indagó ella. Su intuición le decía que había algo más que no le estaba diciendo.

—Pásese otro día por mi consulta y



hablaremos –murmuró, para que la señora Doyle no le oyera.

La hija asintió, apesadumbrada.



Siobhán no podía abandonar su trabajo de enfermera en el hospital, por lo que tuvo que guardar en una maleta la ropa y efectos personales de su madre. La llevaría consigo a la Ciudad y podía pedir a alguna de las vecinas que le echara un vistazo de vez en cuando.

Ayudó a su madre a vestirse con especial esmero. No quería que un mal aire empeorara su estado. Después de dejar a su madre en compañía de una amiga, caminó hacia la casa del doctor

Lynch. Fue el propio médico quien le abrió la puerta y la invitó a entrar.

—Buenas tardes, señor Lynch. Dijo que tenía que hablar conmigo y aquí estoy. —Se mantuvo firme ante el umbral de la puerta—. Mi madre me espera. En menos de una hora tomaremos el ferry a la ciudad. No puedo descuidar mi trabajo —confesó con la intimidad que, la persona que había salvado a su madre, merecía.

—Está bien, entonces saldré yo. —Sonriendo, cerró la puerta principal tras él.

Ella agradeció el gesto. A pesar de la revolución feminista de entonces, Siobhán era una mujer aferrada a las

tradiciones. Estar a solas con un hombre en su casa no decía nada bueno de ella. Sin embargo, la cosa cambiaba si ambos permanecían sentados en el porche de la casa, a plena vista de todos.

—Será mejor que se siente. Lo que tengo que contarle es importante. —Se sentó en una de las sillas. La mirada fija de Siobhán le indicó que tenía toda su atención—. Quiero ser sincero con usted. Le mentí antes. Lo que le ocurre a su madre es irreversible. Puede recibir tratamiento para paliar las molestias, pero eso es todo. Nadie sabe lo que puede durar. Un par de semanas, quizás meses. Es imposible calcularlo. —Envolvió sus manos y las apretó

afectuosamente.

Siobhán podía ver el gran corazón del médico y cómo se desvivía por los demás.

—No entiendo nada —confesó—. Sabía que estaba enferma, pero no podía imaginarme que fuera de tanta gravedad. —Agachó la mirada y trató de contener las lágrimas.

Pronto, sus mejillas estaban bañadas en agua y el señor Lynch ofreció su consuelo a la joven. La tomó en sus brazos y dejó que se desahogara. Su camisa empapada no era nada comparado con la satisfacción de saber que era un apoyo para alguien en tan duros momentos.

Siobhán sintió la necesidad e intimidad de aquella situación, así como el calor que el cuerpo del doctor estaba generando, y se apartó con rapidez de él.

—Debería marcharme —anunció ella, levantándose de súbito—. Mi madre me espera y no podemos perder ese ferry.

—Espero volver a verla. —Milton inclinó su cabeza con cortesía—. Ya sabe dónde puede encontrarme —se ofreció por si necesitaba de su ayuda en algún instante.

La joven había cautivado con su sencillez y dulzura al médico, y este no había hecho si no tener su casa a punto en espera de su visita. Debería guardar el té y las pastas para otro momento.

—Será mejor que haga creer a su madre que usted no sabe nada. Ella me hizo prometerle que no se lo contaría —le dijo poco antes de que ella se despidiera.

La joven pelirroja había acelerado sus pasos al alejarse lo suficiente de la casa del médico. Llegó a casa con el tiempo justo para recoger la maleta de su madre, la suya y subir al tranvía. Su rostro se había secado con el frío viento que arreciaba de frente, a la vez que la había despeinado por completo. Se atusó el cabello, se puso un sombrero de cloche, con un sencillo lazo a un lado y se dispuso a partir junto a su madre.



El sonido de la campana alertó de la siguiente parada. La suya.

Siobhán ayudó a Shirley a bajar del tranvía, mientras un niño les bajaba las maletas. La pelirroja le dio una moneda como señal de agradecimiento.

Entraron en un edificio, cuyos colosales postes sustentando una compleja estructura metálica, les hizo creer por un momento que se encontraban en el interior de un hercúleo monstruo submarino, que se había tragado un montón de chatarra. En su interior, dos marquesinas enfrentadas se encargaban de vender los tickets para el

ferry. Un cartel colgado del techo indicaba la dirección que los pasajeros debían tomar para montar a bordo.

Las luces del día comenzaban a extinguirse en el horizonte dando el relevo a las miles de bombillas que, en ese instante, mostraban una sobrecogedora vista de toda la Ciudad. En cambio, las luces del barco, minúsculas en comparación, iluminaban débilmente la bahía superior del río Hudson y sus oscuras y profundas aguas.

Siobhán y Shirley habían optado por guarecerse del gélido viento en el interior del barco, pero el metal no parecía impedir el ascenso de la humedad a los huesos de los viajeros,



quienes se hundían aún más en los cuellos de sus abrigos.

El tráfico y la afluencia de gente fueron lo primero que impactó en el alma serena y tranquila de Shirley. Ella, que se había trasladado al campo en busca de paz y sosiego, volvía de nuevo a las fauces del gran monstruo.

Siobhán no insistió cuando su madre le dijo que no montaría en el metro. Estaban en la Séptima Avenida con Broadway y tenían media hora por delante para llegar a Little Italy. Finalmente, tomaron un taxi. Veinte minutos después, llegaban a casa. Una vez que Siobhán dio dos vueltas de llave a la cerradura y dejó las maletas en el

suelo, pudo respirar al fin aliviada.

El viaje de vuelta se había hecho tan largo y lleno de preocupaciones porque su madre sufriera otro acceso de tos que había estado en alerta durante todo el trayecto.

Shirley se sentó en el sofá, cansada de tanto ajetreo.

—Mis pies necesitan aterrizar pronto en terreno blando. Mis piernas ya no son lo que era... —se quejó la madre, recostándose sobre el sofá.

—En lo que descansas, me encargaré de abrir la otra cama —salió de su vista y entró en el dormitorio.

Al alquilar el piso, el casero le había cedido los muebles del inquilino

anterior. Este no había pagado a tiempo y el dueño le había cambiado la cerradura, sin darle tiempo a recoger sus cosas. Uno de los muebles era un armario que guardaba una cama tras una de sus puertas. Nunca la había utilizado por temor a que esta se plegara mientras dormía y se quedara encerrada dentro. Sin embargo, ahora debía dejar a un lado esas banalidades y prestar toda la atención posible a Shirley. Estar junto a ella pasando este duro trance.

Bajó la cama e intercambió las sábanas, poniendo las suyas en la cama plegable y unas limpias en su propio colchón. Allí dormiría su madre.

Cuando regresó al salón, se

encontró a Shirley dormida. Su cabeza caía a un lado del respaldo y su respiración había aumentado unos decibelios hasta convertirse en un ligero ronquido.

—Creo que de cenar ni hablamos — bromeó consigo misma.

Tomó un par de mantas y las extendió sobre su madre para que no cogiera frío. Después, se recostó sobre el sofá de enfrente para montar guardia. Esperaría a que Shirley se despertara para ayudarla a llegar a la cama.

Ironías del destino, madre e hija había terminado intercambiándose los papeles.



Siobhán no había tenido noticias de Aiden desde hacía semanas, por lo que cuando le vio aparecer en el hospital, corrió hacia él y se arrojó en sus brazos. Un fuerte y apasionado beso capturó las miradas de todos sus compañeros y parte de los pacientes. Un silbido general comenzó a surgir, firme pero creciente, hasta que todos terminaron aplaudiendo a la pareja.

Aiden y Siobhán terminaron apartándose avergonzados por ser el objeto de tantas miradas. Los facultativos regresaron a sus tareas y los pacientes volvieron al estado de sopor

en el que las medicinas les mantenían.

—No he sabido nada de ti —dejó caer Aiden preocupado—. ¿Va todo bien? —Su culpabilidad le hacía temer que Siobhán hubiera descubierto algo que le hiciera romper su compromiso.

La pelirroja lo llevó a un lugar apartado para que pudieran hablar con tranquilidad. Miró al irlandés y comenzó a llorar.

—Mi madre se está muriendo, Aiden. —Las lágrimas trababan las palabras que salían de su boca y dificultaban su entendimiento—. La he traído conmigo. Ella no sabe que lo sé, lo que lo hace más difícil.

Aiden la había agarrado de los

brazos. Siobhán parecía haber perdido toda su fortaleza en cuestión de segundos y se había desmoronado sobre él. Él la abrazó y la llevó hasta un banco cercano para que tomara asiento.

—¿Has hablado con otro médico? El diagnóstico podría no ser definitivo —soltó desatinado, angustiándose por el sufrimiento de Siobhán—. ¡Pero qué bobadas digo! Habrás hablado con todos los médicos del hospital...

Siobhán negó con la cabeza.

—Ya sabes cómo es mi madre. Certera como un reloj. Siempre ha sabido distinguir mejor que un médico cuando tenía una simple fiebre de una infección —le recordó con pesadumbre—.

Fue un médico de Staten Island quien me contó la noticia. Mi madre le había pedido que no me lo notificara. Ella sabe que el momento se acerca y no quiero ponérselo más difícil –aseguró la joven, quien no había tenido la oportunidad de despedir a su padre, ni llorarlo en una tumba como se merecía. La Muerte se movía entre las sombras, dispuesta a sesgar en cualquier momento la vida de Shirley.

–Lo siento mucho, Sio. Debí haberme quedado contigo –se lamentó Aiden, quien parecía estar siempre en el lugar y momento erróneos. Acarició cada uno de los mechones de su cabello, tratando de consolarla.



—No podías saberlo. Y, además, tienes tu trabajo. No puedes dejarlo todo, no cuando te ha costado tanto llegar hasta aquí —le recordó afligida por las circunstancias—. He pensado que deberíamos retrasar los planes de boda. No me siento con fuerzas para hacer nada ahora mismo.

Aiden se apartó ligeramente, lo justo para poder mirarla a los ojos.

—¿Estás totalmente segura? Haré lo que tú quieras, si crees que es lo mejor... pero no quiero que pienses que me echo atrás a la menor oportunidad.

La impotencia inundaba cada una de las terminaciones nerviosas de Siobhán. Saber que no podía hacer nada por

ayudar a su madre era algo que la carcomía por dentro. Aiden observó por primera vez cierta palidez en su rostro, remarcada por unas líneas negras bajo sus ojos.

—No. La verdad es que no duermo muy bien últimamente. Uno de los médicos se ha ofrecido a recetarme unas pastillas, pero no quiero depender de medicinas. Prefiero buscar algún remedio natural —trató de tranquilizarle sin éxito.

—Enfermera Doyle, enfermera Doyle, acuda a recepción. —Un altavoz interrumpió su momento de cercanía. Sus manos entrelazadas. La cabeza de ella apoyada sobre el pecho de él.

Sio se levantó de forma súbita, le dio un beso en los labios a Aiden y corrió, doblando la esquina y desapareciendo de su vista.

Aiden se incorporó hacia adelante. Los problemas parecían amontonarse uno tras otro, sin tregua. No habían dado con una solución para uno, cuando otro esperaba en la puerta. Erin, su madre, le había dicho más de una vez que esa era la manera que Dios tenía de ponerlos a prueba a ellos y su fe ciega en el Altísimo. Erin era una ferviente católica que no había abandonado nunca su fe. Ni siquiera en los momentos de desesperación cuando su marido la dejaba tumbada sobre el suelo de la

cocina, llena de moratones.

Aiden conocía la historia de Sio desde pequeña. Ambos habían comenzado siendo amigos y aquel fuerte y estrecho vínculo había terminado creciendo y desarrollándose en algo más. Shirley, su madre, había entrado a trabajar en la Compañía de Radio poco después de que su marido se fuera a la guerra. Subsistían de forma precaria con los pocos ahorros que les quedaban y el sueldo de la madre había ayudado a que vivieran algo más desahogadamente. Siobhán había podido estudiar Enfermería gracias a ella.

Las mujeres, un género poco valorado por entonces, habían sido un

valor añadido en tiempos de la guerra y habían ayudado a que la economía del país no cayera en picado. Si no hubiera sido por personas tan valientes y luchadoras como Shirley o su propia madre, ellos no tendrían las vidas de las que ahora estaban disfrutando.

Sonrió de forma tierna y se decidió a hacer una visita a Erin. Hacía tiempo que no la veía y la echaba de menos. Aprovecharía para ponerla al día: de la boda, del retraso de la misma y de la enfermedad de Shirley, a la que, aunque Erin no conocía, admiraba sobremanera.



## CAPÍTULO 48

Lilly volvía a recuperar la alegría de meses atrás. Tom había sido el milagro que necesitaba para volver a sonreír de nuevo. Había cuidado de ella, acompañándola al set de rodaje por las mañanas, viéndola actuar en la Academia y maravillándose con sus grandes dotes de interpretación.

El chico tenía las tardes ocupadas con los trabajos que Angelo le encargaba. Momento que aprovechaba la joven para quedar a tomar un té con su ahora amiga Lillian Gish.

La diva no paraba de narrarle cientos de anécdotas tan divertidas que

ambas reían a la par. Lilly escuchaba con atención todo lo que su ídolo le contaba. Su forma de hablar iba acompañada de gestos de rostro y manos que intensificaban aún más la historia. La joven veía como su trabajo había influido en su forma de ser y actuar, y viceversa.

Gish era una actriz polifacética a la que le gustaba probar diferentes registros, a pesar de que estuviera encasillada en el papel de mujer ingenua y sumisa, que había llegado a aborrecer.

Disfrutaba de la compañía de Lilly, porque había encontrado en ella a una oyente paciente y comprensiva que la aceptaba sin prejuicios de ningún tipo.



La joven escuchaba todo lo que pasaba por la mente de la diva, desde cómo se sentía en aquel mundillo de hombres, pasando por su rechazo al matrimonio y una vida familiar para poder conseguir su sueño, y llegando a recuerdos de su vida antes del cine.

Lilly comenzaba a plantearse de veras, a través de su vida, si de verdad merecía la pena arriesgar tanto por tan poco. Ella lo tenía claro: sí lo valía. Al menos para ella, que había visto los sinsabores y falsedades que existían entre compañeros de reparto. Había empezado a dejar de lado a toda esa gente que le enseñaba la cara falsa de la moneda y había aprendido a invertir más

su tiempo con aquellos que lo valoraban realmente.

Una tarde cualquiera, sentadas ante dos humeantes tazas de té y un buen plato de pastas, Gish se sentía tremendamente curiosa sobre su acompañante. Lilly no le había contado más que la historia general que todos conocían. Era una joven que había escapado del hogar para hacerse un nombre en la industria del cine. Aquello le resultaba familiar a Gish. Aunque ella no había necesitado escaparse. Había actuado desde bien pequeña junto a su hermana en el teatro y fue allí donde un director la descubrió.

Gish había llegado a realizar más

de una docena de películas en un año. Su cada vez mayor protagonismo en el cine y la reiterada colaboración con D.W. Griffith había hecho que su fama creciera, haciéndola la actriz con más poder sobre las cámaras y el director en aquel momento.

La actriz confesó a su pupila que aquella misma mañana su director la había reunido junto a sus compañeros de reparto y otros técnicos de estudio para ver un nuevo avance en la industria. Se trataba de una película sonora.

Gish se echó a reír en cuanto el proyector dejó de funcionar y la pantalla quedó negra.

—En serio, ¿no creerán que alguien

va a acudir al cine a ver esto? –soltó señalando la pantalla—. El cine mudo es un filón y lo seguirá siendo. El cine sonoro es un estúpido invento que no podrá subsistir.

El resto de personas que había en la sala no tardó en dar su parecer, cada uno posicionándose en uno u otro lado. El productor no había tardado en poner orden, acallando las quejas de todos.

–He querido compartir con ustedes el futuro. Sé que no todos comparten mis creencias en este nuevo invento. Sin embargo, me gustaría poder contar con todos ustedes en la transición a las películas sonoras. Vamos a invertir todo nuestro dinero para que los estudios

puedan contar con instalaciones adecuadas para este tipo de rodajes – había declarado ilusionado y expectante ante cualquier idea que pudiera ayudar a contribuir en su negocio.

Gish le había dejado claro que ella no participaría en un proyecto que se vaticinaba un fracaso desde el principio. Heaven había anunciado a la actriz que terminarían las películas para las que tenía firmado contrato y, que una vez realizadas estas, sus lazos quedarían rotos y ella totalmente libre para marcharse con quien quisiera.

Lilly se mordió la lengua. Conocía el futuro y sabía que su actriz favorita se arrepentiría más tarde de su decisión. Se

dedicaría al teatro y la televisión, regresando únicamente al cine para realizar un par de películas.

Al igual que Marty McFly en *Regreso al Futuro*, ella no debía contar lo que sabía si no quería que el futuro se viera afectado por su intervención. Gish era lo suficientemente inteligente para tomar sus propias decisiones sin que nadie la ayudara. Lilly solo habría intervenido si se hubiera dado una única circunstancia. Si ella hubiera perecido a una temprana edad como le había ocurrido a Carole Lombard. Aun así, siempre había normas que estaban hechas para cumplirse y otras para ser rotas. Esta parecía ser una de las

primeras.

—Por cierto, querida. Debe estar harta de toda mi palabrería. Yo, al menos, lo estoy —bromeó Gish, lanzándole una mirada cómplice—. Cuénteme algo de usted, de dónde viene, a qué se dedican sus padres...

El ritmo cardíaco de Lilly aumentó al doble de pulsaciones. Un nudo en su garganta le impedía tragar saliva y la intensa mirada de Gish la taladraba en espera de una respuesta. Algo interesante que le entretuviera y deslumbrara a partes iguales.

Casualidad o no, Thomas Kinney apareció en ese mismo instante salvando a Lilly de inventar algo verosímil. La

joven saludó a su amigo y le preguntó por el motivo de su repentina visita.

—Discúlpenme, señoritas. Me temo que se trata de una urgencia. El señor Angelo requiere de su presencia —comunicó muy serio y circunspecto el muchacho, después de quitarse su gorra y peinarse de forma fugaz su cabello.

Lilly se dirigió hacia su amiga con gesto apenado.

—Lamento tener que irme así, Lillian. —Recogió su bolso y se levantó de la silla.

—Espero que podamos quedar en otro momento y me cuente su historia —la petición de la actriz se le clavó como hierro marcado en la piel. Esperaba que



la próxima vez que se vieran, ella no recordara dónde habían dejado la conversación. Sin embargo, aquello le parecía poco probable. La alternativa, frustrante para ella, era no volver a quedar con la Gish, pero aunque la evitara, ambas trabajaban en la misma productora y era inevitable que se encontraran tarde o temprano.

—Sí —afirmó veloz, antes de ir a la zaga del muchacho.

Cuando Tom y ella habían salido del establecimiento y habían girado la esquina, él la hizo detenerse.

—No tienes que correr —le aclaró el muchacho—. Todo fue un engaño. Te vi en apuros y quise ayudarte —señaló,

sabiendo que ella guardaba un secreto.

Lilly se alegró, aunque no como se había imaginado Kinney. Le dio las gracias y volvió sobre sus pasos en busca de Smith, quien la esperaba dentro del coche, junto a Talbot.

Tom se maldijo por no haberse planteado aquella respuesta. La próxima vez debía barajar todas las opciones. También las negativas. Había dado por hecho que la muchacha se lanzaría a sus brazos como lo había hecho aquel día en el baño. Lilly era perfecta en todos los sentidos y como tal, debía esforzarse por conseguirla. No era como el resto de chicas con las que había tratado. Esas que se habían abierto de piernas a la

primera de cambio. Ella era especial. Podía sentirlo en cada poro de su piel.



La tarde transcurría silenciosa, a excepción de algún claxon que sacaba a Lilly de su ensimismamiento. El día anterior habían terminado las clases de la Academia, dando paso a las vacaciones de Navidad. No tendría que regresar al estudio de la calle 12. Diciembre era mes de celebraciones, fiestas y derroche.

No había vuelto a coincidir en una gran celebración con la Gish desde el campeonato de boxeo, con la derrota de Dempsey como colofón final. Tampoco

había querido volver a coincidir con ella desde aquella tarde de té y confidencias, cuando Lilly se había visto en serio peligro de ser descubierta. Desde aquel día, había rehuido a la artista. La había devuelto un par de veces sus llamadas, pero siempre se excusaba en su apretada agenda para no quedar con ella. Estaba claro a que Lilly no le duraban mucho las amistades. Era una máxima que había descubierto con el homicidio de Millie y la espantada de Pola Negri. Ahora era ella la que se había visto obligada a huir para no ser expuesta ante todos, principalmente ante Angelo, su benefactor.

La relación entre O'Malley y ella se

había vuelto fría y distante. Habían vuelto a llamarse por sus apellidos, como si no se conocieran de nada y ninguno de los dos daba muestras aparentes de querer solucionarlo.

Tom seguía mostrando su carácter extrovertido con todo el mundo, especialmente con Lilly, a quien tenía en palmitas. Aquel muchacho parecía ser un techado de virtudes, algo que no cuadraba con su edad y sus orígenes. Por eso, Smith no perdía detalle de cada una de sus actividades. Había encargado que un hombre le siguiera día y noche, y le mantuviera informado de todos sus movimientos. Era un maniático del control y aquella nueva adquisición por

parte de Ciro Angelo no encajaba con la vida de un ratero.

Por su parte, O'Malley había pedido una reducción de horas en sus labores para poder disponer de más tiempo y compartirlo con Siobhán y su madre. A Shirley no le quedaba mucho tiempo de vida. Las últimas semanas habían ido haciendo mella en ella y su estado se había deteriorado visiblemente. El bulto de su cuello había aumentado al tamaño de una bola de beisbol. Se pasaba la mayor parte del día en la cama debido a sus dolores en músculos y huesos. Sin embargo, Sio y Aiden la obligaban a pasear media hora al día, ayudándola entre los dos. El

médico le había aconsejado que llevara una vida tranquila y relajada, sin esfuerzos de ningún tipo ni disgustos que pudieran sobresaltarla.

Lo que la joven pareja no sabía era que la pobre enferma no hacía sino atormentarse a diario, sabiendo que no vería el día en que su hija y Aiden contrajeran matrimonio. Tampoco deseaba hacerles partícipe de su tristeza, pues eso les obligaría a acelerar sus planes y lo que menos quería era que Siobhán recordara su enlace como un día triste. Su hija se había pasado la mitad de su vida planeando cómo sería aquel día y esperaba que pudiera ver cumplidos

todos sus sueños junto a él. Aiden siempre había estado al lado de Sio desde pequeños. Hacían una bonita pareja y, lo más importante de todo, se querían. Él la amaría y protegería hasta el fin de sus días.

Sio no tenía muy claro esta parte. Había visto cómo Aiden y ella se habían ido separando gradualmente y, aunque ahora estaba junto a ella en momentos como aquel, más parecía un amigo que la persona con la que pensaba compartir el resto de su vida. Sus ojos expresaban cariño sincero, pero no amor sin límites, ni siquiera el deseo, la excitación o la adoración que acompaña al amor en sus primeras etapas (algo que ellos habían



dejado tiempo atrás) y que, con un poco de suerte, se mantenía en algunas parejas si sabían cuidarlo.

En pensamientos similares, andaba imbuida la mente de Lilly aquella tarde. Recordaba lo despreocupada que había sido en el amor, en su vida, que ahora parecía un sueño extraño más que un futuro lejano. Con su estancia en los años 20, había terminado enamorándose, sin pretenderlo, de un hombre peligroso que trabajaba para otro hombre más peligroso aún. No se había dado cuenta de sus verdaderos sentimientos hasta que escuchó furtivamente una conversación entre O'Malley y Smith en la que el primero le confesaba querer

adelantar su enlace con Siobhán para satisfacer el anhelo que podía ver en los ojos de su futura suegra.

Lillian Gilmore, una adolescente caprichosa y egoísta, había sentido cómo las pulsaciones de su corazón aumentaban el ritmo. No necesitó de ninguna ayuda para saber lo que eso significaba. Durante cerca de media hora, trató de convencerse de lo contrario. Un engaño de su subconsciente que le estaba jugando una mala pasada, pero entonces un golpe en la puerta y su figura abriéndose paso en la habitación borraron sus pensamientos de forma súbita. Una fuerte consciencia, como una marea, se alzó y derribó todas

sus defensas. Notó cómo sus piernas cedían ante la realidad y Lillian no tuvo más remedio que apoyarse en la pared.

El peligro en que se encontraban sus padres había hecho que se preocupara de ellos constantemente, planteándose cualquier vía posible de escape. Sin embargo, se había dado cuenta de que, durante los últimos meses, no había vuelto a dirigirles un segundo pensamiento. Había disfrutado de su vida en aquella época y, en especial, de la compañía de Aiden. Comenzaba a sentir dudas de si podría volver a su tiempo, aún descubriendo la forma de hacerlo. Alejarse del guardaespaldas ahora sería cómo

cortarla un pie o una mano. Aunque no habían vuelto a compartir confidencias, como al principio, ella no había podido apartar sus ojos de él. Algo de lo que todos habían sido testigos por igual, excepto el propio O'Malley, quien había estado distraído con sus propias preocupaciones.

Al principio, todo lo que envolvía aquella vida de lujo, desde las habitaciones adornadas con ricas teselas, sus vestidos de seda, tafetán y crepé o las divas de cine con las que había alternado habían conseguido cegarla temporalmente. Ahora se daba cuenta de que todo eso no valía para nada si no tenía con quién compartirlo.



## CAPÍTULO 49

—¿Te encuentras bien? —preguntó Aiden, minutos después de que Lilly hubiera tomado asiento en una de las sillas y echara su cabeza hacia atrás. Se le notaba preocupado. Esta vez, la razón no era su cuello si no aquella voluble y testaruda chica que había movido todo su mundo. Había sido testigo de cómo sus mejillas palidecían y sus rodillas cedían cómo si fuera una simple muñeca de porcelana. Al igual que una de aquellas, temió que Lilly sufriera algún daño y se abalanzó sobre ella a tiempo para evitar que se cayera.

La muchacha había recuperado el

color en la piel, un signo claro de su buena salud. Es más, sus pómulos comenzaban a teñirse de un rojo escarlata del que ella no fue plenamente consciente. Sin embargo, Aiden no pareció conformarse con aquello. Llamaría al médico para asegurarse de que no estaba enferma.

—No sé que me ha ocurrido —explicó avergonzada ante la mirada de Aiden.

—Últimamente apenas comes —acusó con cierta severidad el guardaespaldas—. También llevas varios meses sometida a mucha presión —pronunció agachado junto a ella, valorando su esfuerzo y capacidad sobrehumanas.

La mirada de Lillian se hizo más

intensa aún. Aiden la sentía como un martillo neumático taladrándole, intentando llegar hasta lo más profundo y vivo de él, debajo de todas aquellas capas de responsabilidad y buena moral que parecían impedirle hacer lo que sus instintos más primarios anhelaban. Besarla, acariciarla y hacerla suya de una vez.

El guardaespaldas había comenzado a acariciar su mano para tranquilizarla, pero cuando apartó su vista de ella descubrió que sus dedos habían cobrado vida propia y seguían moviéndose en pequeños círculos sobre la suave y delicada piel de Lilly. Aiden apartó la mano de inmediato.



—Perdóneme, señorita Gilmore. Me dejé llevar. No volverá a ocurrir — prometió poniéndose en pie.

Sin venir a cuento, Lilly se echó a reír. El irlandés la miraba confuso. Las risas se habían vuelto llanto.

—Hace tres meses que te conozco y, desde entonces, no puedo parar de pensar...

La mano de Aiden la detuvo. Él no quería seguir escuchando. Temía el cariz que podía tomar la conversación y, una vez que ella hubiera puesto las cartas sobre la mesa, no habría vuelta atrás. Una cosa era un simple desliz. Otra muy distinta, confesarle que le amaba. Todo cambiaría.

Tendría que seguir vigilando las espaldas de la joven pero, esta vez, con un matiz añadido. Debería medir sus actos y palabras con ella. Algo que hasta entonces ni siquiera se había planteado.

Lillian le agarró de la muñeca para detenerle en su huida y para hacerle saber que no iba a callarse.

—Quiero que me escuches. Necesito que me escuches —le rogó suplicante, antes de continuar—. Antes de que tú aparecieras en mi vida, no conocía el amor. Lo había visto de cerca en otras personas, pero nunca había sentido algo así. La inquietud rodeándome, día y noche, por saber si sería correspondida. La impaciencia de contar el tiempo que

estaba sin verte, teniéndote probablemente al otro lado del pasillo y, sobre todo, sentir esta fiebre que me consume cuando deseo que te dejes llevar como hace un instante.

El guardaespaldas había adivinado el giro que iban a tomar las palabras de Lilly, pero no había esperado de ninguna manera una declaración tan profunda, abierta y sentida. De sus palabras se desprendía que él era su primer amor. Uno que hacía mella en la vida de toda mujer y que siempre recordaría durante el resto de su vida.

La primera reacción de Aiden es que no hubo reacción. Su mente parecía haber volado muy lejos de allí.

—Por favor, dime algo. Lo que sea. No me dejes así. No sé si podría soportarlo —siguió confesándose la muchacha.

Aquellas semanas sin hablarse habían sido una tortura para ella y, aunque aún tenía en su memoria el día en que él le había dado unos buenos azotes, esta había terminado perdonándole. Le había dolido más la vergüenza propia que el trasero. Le había tratado como a una niña de nuevo, algo que ella odiaba.

—No quiero que pienses que lo de antes —refiriéndose a las caricias de su mano—, ha significado algo porque no es así. No le des más importancia de la que tiene. Me preocupo por ti. Mi trabajo es

procurar que no te ocurra nada –alegó con toda la calma que fue capaz. Su nerviosismo le delataba sobremanera.

–¿Me estás diciendo que no sentiste nada cuando me acariciaste? –preguntó con los ojos anegados en lágrimas.

–Eso es –aseguró, sin dar demasiada credibilidad a lo que decía.

Lillian notó una punzada en el pecho. Por un segundo, el dolor había pasado a un segundo plano ante la incredulidad por lo que estaba oyendo.

Lilly no se rindió. Nunca lo había hecho y esta no iba a ser la primera vez. Se secó los ojos con el dorso de las manos y siguió atacando.

–¿Entonces solo estabas haciendo tu

trabajo cuando estuviste a punto de besarme o cuando me acorralaste contra la pared de mi dormitorio? —cuestionó de forma inteligente, dejándole sin argumentos.

Quiso el destino que, en aquel momento entrara Smith requiriendo los servicios de O'Malley. Aiden se irguió y salió del dormitorio de Lilly sin dirigirle una segunda mirada. Se había librado por los pelos, pero no pasaría mucho tiempo hasta que Lilly quisiera volver a retomar la conversación donde la habían dejado.

Una vez que ambos guardaespaldas consiguieron alejarse del radio de escucha de la joven, Smith comenzó a

hablar.

—Mancini y sus hombres están aquí.

—Bien. Iré en un momento —contestó

Aiden, encaminando sus pasos, de nuevo, hacia el dormitorio de Lilly. Su compañero le detuvo, agarrándole del brazo.

—Será mejor que vengas ahora —le aconsejó al malhumorado inglés—. Es importante.

Cuando Smith y O'Malley entraron en la sala de juegos del hotel, un gran corrillo se había formado en torno a la mesa de póker. De una mesa inicial de cuatro jugadores, solo quedaban dos. Uno era Gino Mancini, quien había terminado pidiendo un préstamo de

medio millón de dólares para seguir apostando y el otro era Ciro Angelo, quien (como dueño del hotel) había concedido el préstamo con un ligero asentimiento de cabeza al crupier de la mesa.

Angelo observaba complacido cómo las gotas de sudor de Mancini comenzaban a perlar su frente. No era el olor del dinero lo que estaba sintiendo en ese momento, aunque también fuera uno de sus objetivos principales, sino la obsesión de su adversario por ganar a cualquier precio.

Mancini no era capaz de ver que aquella no era su noche de suerte y fue Pietro, uno de sus matones, quien tuvo



que hacérselo ver.

–Jefe, debería parar. No es bueno que le vean así –susurró a su oído.

Mancini pareció meditar durante unos minutos. Entonces, asintió con la cabeza, dejó las cartas boca abajo y felicitó a Angelo, estrechándole la mano.

Angelo ofreció su suite para continuar allí la reunión. Una vez sentados, Angelo comenzó a preparar dos vasos de whisky. Uno para él, otro para su amigo.

–Bueno, Gino, *che cosa posso fare per te?* No creo que hayas venido aquí solo para saludarme y preguntarme cómo estoy –formuló, entregándole una

de los cubiletes y sentándose frente a él.

—Siempre directo, Angelo. Esa es una de las cosas que me gusta de ti. No temas decir lo que piensas, aunque eso pueda suponer un conflicto armado —preparó el terreno el mafioso—. Pietro me ha dicho que le están siguiendo y que uno de los tuyos podría tener algo que ver.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó alarmado.

—De no ser así, no habría venido —admitió con una sonrisa lobuna que proclamaba una futura revancha y victoria, una muy próxima.

—¿De quién se trata? —indagó abiertamente.

—Creo que será mejor que hablemos de ello en privado —sugirió, queriendo evitar represalias por parte de cualquiera de los dos bandos.

—No será necesario. Di lo que tengas que decir. No guardo secretos con mis hombres —confesó, extendiendo la mano hacia Smith, O'Malley y los otros dos guardaespaldas que le acompañaban.

—*Bene* —aceptó Mancini—. Pietro me contó que ha visto a tu guardaespaldas, Smith, pisándole los talones en más de una ocasión. Me tomé la libertad de investigarle y he descubierto algo muy interesante.

Smith trató de mantener la

compostura, pero su tráquea había bloqueado temporalmente el paso de cualquier fluido. La tensión se había extendido por cada uno de sus músculos. Sabía que no debería haberle seguido, pero el chaval al que había mandado el encargo había sido trasladado de ciudad por orden de Angelo y no había confiado en nadie más para una tarea como aquella.

Angelo se inclinó ligeramente hacia adelante, mostrando todo su interés.

—¿Y de qué se trata? —le tiró de la lengua Ciro.

—Tu encantador inglés trabaja para Scotland Yard. Es toda una suerte que lo haya descubierto, ¿no crees? —comenzó

a colgarse méritos Mancini. Estaba deseando ver cómo Angelo se encargaría de él. Nunca había soportado a ese engreído cabeza rapada. El dueño del Algonquin volvió a reclinarsse sobre su asiento y, sin apartar la vista de él, se llevó con tranquilidad el vaso a los labios.

Mancini dejó florecer a la superficie toda su irritación.

—¿Es que no me has oído, Angelo? — soltó enfadado—. Te digo que uno de los tuyos es un policía y te lo ha estado ocultando todo este tiempo. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Angelo lo miró detenidamente. Su amigo parecía estar a punto de estallar

en miles de pedacitos.

—Nada —respondió.

—¿Nada? —repitió el otro indignado.

—Gino, porque eres mi amigo solo te lo diré una vez. Será mejor que te marches y no vuelvas a mi casa para faltarme el respeto a mí o a los míos —le amenazó con voz queda.

Mancini supo en ese momento que su estratagema no había valido para nada. Sin embargo, Pietro no era igual de inteligente que su jefe y decidió seguir dónde este lo había dejado.

—Smith es un maldito detective de la Scotland Yard. No me extrañaría que hubiera venido a rematar el trabajo que sus compañeros corruptos no han

conseguido hacer –vociferó, haciéndose paso entre los presentes.

Angelo miró fugazmente a Mancini.

–Deberías atar en corto a tu mascota –alegó el hombre de cara surcada.

El otro se abrió la chaqueta, sacó un puño americano y caminó hacia Pietro. Los hombres de Mancini lo sujetaron por los hombros y el capo comenzó a golpearle en el tronco y la cabeza. En cuestión de minutos, el muchacho yacía moribundo en el suelo. Mancini sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se secó las manos con él. Lo guardó y, seguidamente, alzó las manos al aire indicando con ello que su afrenta debía

quedar perdonada. Angelo asintió y le invitó a sentarse de nuevo frente a él.

Smith no había perdido detalle de la conversación, la posterior paliza, ni de cómo los propios compañeros de Pietro se encargaban del cadáver del muchacho.

—Es justo que te dé una explicación —anunció Angelo a su oponente—. Sé todo lo que hay que saber sobre Smith. Ya conoces mi rigurosidad cuando incluyo a alguien en mis filas. Le hice investigar y descubrí que trabajaba para Scotland Yard, como bien has dicho. —El ceño de Mancini se hinchó mientras que el inglés ya se daba por muerto—. También averigüé que se encontraba



aquí de luna de miel junto a su esposa, hasta que esta fue asesinada. Él se alejó de todo lo que conocía hasta entonces, su trabajo, su familia y su país, dedicando todos sus esfuerzos para dar con el paradero de aquel que le arrebató su joya más preciada. Creo que no me he dejado nada, ¿me equivoco? –indagó Angelo, girando la vista hacia Smith.

El guardaespaldas supo en ese momento que estaba fuera de peligro. El mafioso sabía toda la verdad y aún así le había mantenido cerca de él aquellos seis años.

–No, jefe. No se equivoca –aseguró Smith impertérrito ante los presentes.

–Entonces, ¿no vas a hacer nada? –

quiso saber Mancini, que parecía no entender nada.

—¿Por qué debería? Smith nunca me ha dado un motivo para desconfiar de él y se ha mantenido fiel durante todos estos años. Es más de lo que tú puedes decir de muchos de los tuyos —le increpó el anfitrión.

Mancini se levantó, se puso su sombrero de panamá y bajó el ala, despidiéndose de su amigo.

—Angelo.

—Mancini.

El invitado y toda su comitiva desalojaron en cuestión de minutos la suite del hotel.

—No ha ido tan mal, ¿no crees,

Smith? –le apremió Angelo para que hablara.

–Nada mal, señor.

–Que no se te suba a la cabeza lo que he dicho de ti, ¿entendido?

El inglés asintió, contento de que al menos se hubiera hecho justicia con Pietro, aunque no hubiera sido por su propia mano. Ahora Lilly podría respirar tranquila sabiendo que el asesino de su amiga no volvería a hacer de las suyas y que las víctimas de este podrían finalmente descansar en paz.



Angelo pidió a sus secuaces que lo dejaran solo. Debía prepararse para la

gala de esa noche. Se trataba de una cena benéfica cuyos fondos irían destinados a los niños sin techo de Nueva York y a la que acudiría de la mano de *la prometedora nueva estrella del star-system* como ya habían bautizado los tabloides a Lillian Gilmore.

Smith y O'Malley volvieron a flanquear la puerta del capo como ya hicieran miles de veces antes. El siciliano era muy celoso de su intimidad.

Aiden miró a Smith sorprendido y decepcionado a partes iguales. No podía creer que su compañero hubiera guardado un secreto como aquel durante

tanto tiempo y, menos aún, que se lo hubiera ocultado a él, quien le había confiado cada detalle de su vida.

—Admiro de veras tu coraje. Siempre te he creído un fiel seguidor de las normas y he tratado de seguir tu ejemplo.

Smith se había mantenido impertérrito, pero entonces algo le hizo girar su rostro hacia el irlandés.

—¿No me digas que he bajado peldaños en tu pedestal, campeón? —bromeó el inglés, con una sonrisa ácida en su rostro.

—Eres gilipollas —expulsó, remarcando la última palabra.

—Yo también te quiero —siguió

Smith, con su tono desvergonzado.

Y así, sin más, toda posible disputa quedó zanjada entre ellos.



Lillian se había quedado completamente sola y descompuesta ante la inesperada huida de Aiden. Creía que lograría hacerle confesar sus verdaderos sentimientos hacia ella, pero se había equivocado de lleno.

Un rato después, un golpe en la puerta le anunciaba la visita del médico del hotel. Aiden lo había enviado para que realizara un chequeo general a la joven. Estaba preocupado por ella y no dudaba en demostrarlo a cada momento.

No tardó más de veinte minutos. El médico le hizo una serie de preguntas, le tomó el pulso, la temperatura y le indicó que a la menor molestia le llamara enseguida. Al fin y al cabo, él trabajaba para Angelo y un mal servicio no solo significaba el despido inminente.

Lilly siempre había sido una persona honesta consigo misma y con los demás. Siempre había odiado las medias tintas y la gente que interfería en las relaciones de otros. Ahora, ella se había convertido en una de esas personas. ¿Qué le había ocurrido para llegar a ser así?

Para empezar, la vida no había sido especialmente buena con ella. En el

momento, en que sus problemas económicos se habían visto resueltos, su casa había sido atacada por una banda de maleantes. Sus padres habían sido reducidos por la fuerza y ella había terminado despertándose en el Nueva York de los años 20. El gran sueño de sus padres y su gran aversión parecían haberse hecho realidad. Ahora, con el transcurso de los meses, aquella vida había terminado gustándole, así como algunos de los habitantes de aquel tiempo y no deseaba marcharse de allí. Se sentía egoísta e hipócrita por tener tales pensamientos.

Era como una olla en ebullición, a punto de explotar. Desde que perdiera a



Millie, no había vuelto a tener una verdadera amiga y confidente. Pola Negri había demostrado que su carrera era lo más importante para ella y Lillian Gish era demasiado curiosa, algo que no necesitaba ahora mismo si quería seguir sobreviviendo bajo el ala de Ciro Angelo.

Por otra parte, estaban los hombres con los que convivía. Angelo parecía estar contento con ella y no había vuelto a dar señales de disconformidad. Ambos disfrutaban de la compañía del otro y conocían sus propios límites. Smith, un hombre que guardaba oscuros secretos, parecía querer ayudarla a que Pietro se responsabilizara de sus actos

criminales. Ambos parecían tener algo en común. Tom le había ayudado desde que llegó a la ciudad y se había vuelto cada vez más cordial y terriblemente insistente en acompañarle a cada momento. No se había atrevido a decirle lo que pensaba por miedo a que el chico se lo tomara a mal.

Y, finalmente, Aiden O'Malley, un hombre enigmático al que no lograba descifrar. Tan rápidamente, se encontraba entre sus brazos a punto de ser besada como apartada a un lado, como si de una víctima de la peste se tratara. Su ambivalencia estaba acabando literalmente con ella. Sabía que estaba comprometido, pero eso no

había frenado a ninguno de los dos cuando se habían dejado llevar por la pasión. Siobhán parecía ser un lastre para los dos, siempre en medio cuando él caía rendido a sus pies. Eran tres las veces que había visto flaquear a Aiden y, no sabía si habría una cuarta, pero estaba harta de esperar, de ser la segunda y, tal vez, solo un desliz.

Le había dolido la manera en que él había afrontado su confesión. Huyendo a la primera de cambio sin darle muestras de agrado o desagrado por su parte. Sabía que había cosas importantes en juego. Mucho más que sus sentimientos. Y también sabía que estaba comportándose de forma egoísta y

caprichosa, pero estaba harta de preocuparse por los demás sin tenerse a ella misma en cuenta. Por una vez, ella también era importante. Lo que soñaba, lo que pensaba y lo que sentía.

Smith la visitó para recordarle que debía prepararse para la cena benéfica. Lillian lo había olvidado por completo, tan sumida como estaba en sus pensamientos. Todos los atuendos que tenía en su guardarropa eran preciosos y habían dejado a Aiden en un par de ocasiones con la boca abierta. Esta noche quería hacerle ver lo que se perdía por no estar junto a ella. Quería que los celos le carcomieran por dentro y para eso no dudaría en coquetear con

todo hombre que se le pusiera a tiro.

Se dirigió a su armario y comenzó a seleccionar algo que fuera elegante, a la par que impresionante y arrebatador. Para ello no dudó en recurrir a los servicios de Tom, quien fue testigo de todos sus estilismos y le aconsejó con exactitud con qué quedarse y cuál descartar.

Una hora después, Lillian estaba vestida, calzada y maquillada. Preparada para ir a la gala benéfica que tendría lugar en los salones del Hotel Algonquin, los cuales había ofrecido Angelo, de forma gratuita, para contribuir a la causa.

O'Malley llamó a su puerta y la

joven no dudó en hacerle esperar. Fue el propio Tom quien abrió la puerta y le dijo que esperara en lo que ella salía. El muchacho ignoraba lo que había sucedido entre uno y otro aquella tarde, pero el carácter voluble de la joven, a veces alegre y otras decaído, le hizo sospechar.

El guardaespaldas tuvo que tomar asiento cuando tuvo una vista general de la *starlet*.

Lilly se veía como una burbuja de Freixenet y no pudo evitar reírse ante la comparación. Era la única que lo entendía y eso lo hacía más divertido aún. Como un secreto.

Iba enfundada en un vestido dorado,

de un único tirante, que le llegaba por debajo de la rodilla y que estaba compuesto por dos capas de flecos, una que caía desde el escote y la otra desde la cintura. Una diadema con brillantes engarzados con motivos vegetales y dos grandes plumas blancas, una a cada lado, además de un par de tacones a juego completaban el conjunto.

Observada de lejos, su figura se asemejaba a una ninfa del bosque en todo su apogeo. Los ojos de Aiden recorrían cada centímetro del cuerpo de la muchacha, sin querer perder ni un solo detalle. Lillian estaba resplandeciente. Su delicada tez blanca resaltaba aún más con su atuendo, así

como sus despiertos ojos azules que parecían haber robado un trocito de cielo. Sus rizadas pestañas, al abrirse y cerrarse, parecían invitarle a acercarse aún más. Su lengua jugaba entre sus alineados y blancos dientes haciendo que algo dentro del irlandés se removiera como no lo hacía en mucho tiempo. Su fresca, y antes parlanchina boca, se mostraba ahora silenciosa, sugerente y pecaminosa. Un placer para los sentidos.

Su fino y corto cuello quedaba al descubierto gracias al recogido de sus sedosos y ondulados cabellos...

—Pero, ¿qué diablos has hecho con tu pelo? —indagó sobresaltado y molesto



por la osadía que la *starlet* se había atrevido a hacer.

—¿No te gusta? A mí me encanta — admitió Lilly, coqueta, colocándose un mechón rebelde junto a su mejilla. La joven había terminado sucumbiendo ante el popular estilo *garçon*.

—A mí también —apostilló Tom, sabiendo que con ello molestaría a O'Malley.

Aiden suspiró, ignorando el comentario de ambos.

—¿Estás preparada? Angelo nos espera —informó, cuadrándose de hombros y sujetando una mano en el hueco de la otra.

Media hora después, Angelo y

Lillian se paseaban entre la multitud, con Smith y O'Malley como sus sombras. Lilly iba colgada del brazo del mafioso y no dudó en contonearse ante las narices de Aiden.

Smith no dudó en echarse unas buenas carcajadas cuando relacionó la actitud provocadora de la muchacha con el irritante carácter de su compañero.

—¿De qué te ríes, si se puede saber?  
—preguntó de forma áspera el irlandés.

—Cada vez me gusta más esta chica  
—espetó sincero Smith.

O'Malley carraspeó ante el comentario.

La solista terminó de interpretar *Crazy Love* junto a la orquesta,

preparando sus partituras para continuar con la siguiente. Lillian había quedado hechizada ante la melodiosa voz de la diva. A Angelo no le pasó desapercibido el interés de la muchacha. Él no tenía demasiadas dotes para el baile, pero eso no le impediría que diera una pequeña recompensa a la muchacha. Con un movimiento de dedos, hizo llamar a sus guardaespaldas. Smith fue lo bastante inteligente para escaparse de su jefe, de forma disimulada. Conocía a Angelo y sabía el motivo de su llamada. Dejó que Aiden se encargara de todo. No había nada mejor que enfrentar a una persona con sus problemas para que este pudiera solucionarlos.

—Aiden, baila con la señorita Gilmore —ordenó el capo—. Yo tengo que hablar con unos señores —se excusó, alejándose hacia un pequeño corrillo del fondo.

Los primeros acordes de *Cheek to cheek* comenzaron a hacerse escuchar mientras Aiden tomaba la mano de una sorprendida Lillian y la transportaba al centro de la pista de baile. La muchacha volvía a hundirse en sus brazos mientras seguía sus pasos de forma natural, como si hubiera bailado siempre aquella melodía.

Los dedos de Aiden terminaron por afianzar la zona baja de su espalda, acercándola más a él. Lillian quedó

atrapada en su embrujo. Sus brazos amarrándola de forma protectora, como soñaba desde hacía tiempo. Un escenario de ensueño y una canción que parecía envolverles con su magia en un lugar idílico, que les aislaba momentáneamente de sus deberes y obligaciones, de todo y todos los que conocían. El tiempo parecía haberse detenido en los opulentos salones del hotel.

*To Heaven, I'm in heaven*

*And my heart beats so that I can hardly  
speak*

*And I seem to find the happiness I seek  
When we're out together dancing cheek  
to cheek*

*(Al cielo, estoy en el cielo,  
Y mi corazón late tanto que apenas  
puedo hablar  
Y parezco encontrar la felicidad  
que busco  
Cuando bailamos juntos mejilla  
con mejilla)*

Lillian no pudo evitar dejarse llevar por la canción y apoyó su mejilla contra la de Aiden. Por suerte para ambos, Angelo permanecía ocupado en una interesante conversación que tenía todas las claves para terminar en un jugoso negocio.

Smith no perdía detalle de la pareja, vigilando a la vez a su jefe para

no hacer saltar las alarmas. Aquella noche le había tocado hacer de niñera, no de una, sino de dos personas porque Aiden era tan indómito como un potro salvaje y ora seguía las órdenes ora hacía todo lo contrario. Algo que Smith no veía con buenos ojos. Un hombre que se debía a una mujer no podía ir tonteando con otras por ahí. Smith era de la vieja escuela y sentía el dolor de Siobhán como el suyo.

Lilly parecía estar en una nube. La joven cerró los ojos e inhaló el aroma de él. Una mezcla de canela, vainilla y pachuli que conseguía revolucionar todas sus hormonas. Ella alzó la mirada de nuevo y se dejó llevar por los

movimientos de Aiden. Contoneándose de uno a otro lado y girando al son de la música.

Ambos disfrutaban bailando, dando lo mejor de sí mismos para que el otro pudiera percibirlo. Una conversación sin palabras en la que Lillian parecía ir ganando. Sus rostros se habían terminado acercando irremediablemente y el magnetismo que desprendían era patente por el resto de parejas, que los miraban fascinados. El impecable traje que le sentaba a Aiden como un guante, sobre su magnífica percha y los flecos dorados del vestido de ella que no hacían sino elevar su baile a la categoría de espectáculo.



Un fotógrafo pululaba entre los invitados tomando fotos de la cena y el posterior baile. Aiden lo vio acercarse y le ofreció a Lilly lo único que podría tener de él. Una fotografía. Un recuerdo de por vida. Ella aceptó y Aiden tiró de su mano hasta llegar al lugar donde se ubicaba la cámara. Se detuvieron ante esta y Aiden se acercó a hablar con el retratista. Le soltó un par de billetes y este sonrió, y asintió ante la solicitud. Metió la cabeza debajo de la tela que cubría el dispositivo y preparó la máquina. Aiden regresó junto a Lillian, dispuesto a ocupar su sitio junto a ella.

—¿Preparada? —quiso saber el irlandés.

—Sí —soltó entusiasmada una radiante Lilly, que no paraba de sonreír.

El fotógrafo preparó la mecha adosada al magnesio y pulsó el disparador de cable de la cámara. El magnesio soltó una llamarada bastante luminosa y el profesional soltó el disparador.

—Tendré la fotografía preparada al final de la noche —les informó mientras entregaba la placa a su ayudante, quien se encargaría de revelarla, como el resto de las imágenes obtenidas durante la noche.

—Gracias —aceptó, sonriente la muchacha, alejándose del brazo de Aiden.

—Te veo contenta —leyó en sus gestos el guardaespaldas.

—Sí, lo estoy, pero me temo que no durará mucho. ¿No es cierto? — cuestionó, mientras veía a Angelo caminar hacia ellos.

—¿Por qué me lo preguntas? —Aiden ignoró lo evidente.

—Porque por unos minutos he sabido lo que sería la felicidad completa. Cuando regrese a mi habitación, sabré que todo fue un sueño —confesó nostálgica porque todo acabara tan pronto.

—Sabes que esto es lo único que puedo concederte. Es verdad que siento algo por ti, pero Siobhán es muy

importante para mí y jamás le haría daño. Por nada del mundo –se sinceró. Su respuesta había tardado horas en llegar, pero al fin lo había hecho.

–Sí. Siempre es Siobhán. ¿Las cosas habrían sido diferentes si nos hubiéramos conocido antes? –quiso saber Lillian, no sabía si por consolarse o por saber en qué parte de su escala de valores se encontraba ella.

–Tal vez, pero ya nunca lo sabremos –se despidió, besándola la mano y entregándosela al siciliano.

Al final de la noche, Lilly estaba tan agotada que pidió a Angelo retirarse a su habitación. Este aceptó sin demoras y ordenó a Smith que le acompañara.

Angelo podía ser muchas cosas, pero no era tonto y había visto la familiaridad con que el irlandés y su protegida se trataban.

El ascensor se abrió tras el timbre habitual y dejó paso al tan conocido pasillo de la última planta. Smith la acompañó en silencio hasta la habitación, pasó la tarjeta y le abrió la puerta.

—Buenas noches, Smith—se despidió ella. Una mano en la puerta impidió que esta se cerrara. Los nervios de Lillian hicieron acto de presencia—. ¿Ocurre algo?

—En realidad, sí. Tengo una noticia que darte. Le pedí a O'Malley que me

dejara a mí ser quién te contara que ya no tienes que preocuparte más por Pietro. Murió esta misma tarde —le confesó el inglés. La alegría de Lilly le hizo lanzarse a los brazos del ex detective y darle las gracias de corazón—. La Ciudad podrá volver a respirar tranquila y nosotros podremos decir que hemos hecho justicia.

Lilly asintió feliz. Al día siguiente, iría a ver a los Hughes para contarles la buena nueva. Smith la observaba, queriendo recordarle la promesa que había hecho.

La muchacha pareció adivinar sus pensamientos y la sonrisa se borró de su rostro.

Una sombra parecía acecharles, observando cada uno de sus movimientos y alimentando con ello su furia.

—Por cierto, O'Malley me pidió que te diera esto —aclaró, sacando una cajita del bolsillo de su chaqueta. La tapa transparente permitía ver una reproducción en blanco y negro de Aiden y ella con su mejor sonrisa.

Lillian la contempló de cerca. Sabía que Smith se olía algo y no le importaba. Tenía el presentimiento de que podía confiar en él después de todo.

—Es un buen hombre que lleva su palabra hasta las últimas consecuencias —opinó sobre su compañero.

—Lo sé y es por eso que lo quiero aún más. Cualquier otro tipo no habría dudado en utilizarme con falsas promesas. Él es diferente...

Esta vez fue el turno de Smith de asentir. Besó la mano de Lilly a modo de despedida y se marchó al salón de baile, para cumplir con su cometido.

Aquella noche la muchacha se había sentido como una verdadera princesa. Lo que menos podía esperar era la jugarreta que el destino le tenía preparada.





## CAPÍTULO 50

Al día siguiente, cuando Lilly se levantó, todo lo ocurrido la noche anterior le pareció algún tipo de sueño. No podía creer que hubiera bailado con Aiden y que este hubiera actuado con ella, como solía ser antes (sincero, divertido y atento). Pero sí. Era verdad y tenía algo que lo demostraba. Una fotografía que había guardado celosamente en un cajón, entre la ropa, para que nadie la viera.

Nada más despertar, se levantó de la cama, introdujo sus pies en sus aterciopeladas zapatillas y corrió hasta el cajón para comprobar que el retrato

todavía se encontraba allí, intacto.

Habían pasado parte de la noche hablando de cómo celebraban la Navidad con sus familias y la añoranza que sentían. Aiden le había contado que en Irlanda era costumbre que se reunieran grandes masas de gente para darse un chapuzón en el mar. Al día siguiente, se realizaba un desfile en el que los jóvenes salían disfrazados con palos y máscaras, tocando algún instrumento, bailando y cantando, armando el mayor alboroto posible. A cambio del aguinaldo que conseguían, regalaban una pluma de la buena suerte. Aiden no había faltado en su niñez a ninguna de estas tradiciones, pero desde

que vivía en Nueva York, a más de cinco mil kilómetros de distancia de su ciudad natal, se conformaba con recordar anécdotas y vivencias de otrora. Tenía a su madre cerca y eso era lo más importante para él. No quería tener que recordar experiencias si eso implicaba que su padre apareciera para mal en alguna de ellas.

Lilly supo por boca de su guardaespaldas que se casaría en cuestión de días. Quería cumplir el último deseo de una moribunda. La madre de Siobhán quería verlos casados antes de fallecer.

La muchacha se interesó por las ceremonias irlandesas, queriendo

cambiar de tema.

Mientras Aiden hablaba de las tradiciones que imperaban en su país, ella se imaginaba junto a él, frente al altar, uniendo su mano a la de Aiden mediante un lazo atado. Se sorprendió descubriendo que la costumbre de usar algo azul, algo nuevo, algo usado y algo prestado procedía de Irlanda. Según el guardaespaldas, era considerado de buena suerte que la novia llevara en su anillo de boda la piedra que correspondiera con su fecha de nacimiento. Lilly había recibido por su decimocuarto cumpleaños un bonito colgante con una amatista en el centro. Se acordó de aquella joya, que aunque

no era excesivamente cara, había tenido mucho valor para ella, tanto más después de haberla perdido. Si Aiden hubiera terminado finalmente con ella, habría hecho engarzar una piedra como aquella para su anillo.

Aiden vio cómo sus palabras hacían mella en ella y quiso cambiar de tema.

—No, por favor, continúa —le pidió muy interesada en los detalles—. Me gusta aprender tradiciones de otros países.

—Está bien —aceptó, poco convencido—. Que el sol pegue encima de la novia, sus propios pendientes, mojar con lágrimas su vestido o despertarse con el sonido de los árboles

al amanecer de ese día da suerte. Como ves, una serie de supersticiones de las que muchas mujeres dan cuenta.

—¿Y los hombres no? —preguntó Lilly, queriendo saber su opinión.

Él la sonrió como si hubiera dicho algo gracioso. La acercó a su pecho y siguieron bailando. Lilly apartó sus pensamientos negativos por aquella noche y se dejó llevar en brazos de Aiden.

Ahora, con el sol despuntando en lo alto, parecía estar muy lejos de aquel día, a pesar de que solo hubieran transcurrido unas cuantas horas. Se preguntaba cómo le trataría el irlandés cuando la viera, si la sonreiría con la

misma franqueza o simplemente la saludaría con ese gesto marcial que había adoptado últimamente.

Rememorando la conversación de los dos, le vino a la mente un disco de música celta que una compañera le había prestado en el colegio. Se oían flautas, violines y alguna que otra gaita. La música incitaba a bailar de forma ágil y divertida, tal y como hacían los irlandeses.

Se dio cuenta de hasta qué punto estaba prendada de aquel hombre, interesándose por cosas a las que antes no habría dado un segundo pensamiento.

Lilly se había sentado sobre el alféizar de la ventana, con su rostro



apoyado sobre el cristal, contemplando desde la última planta del hotel las maravillosas vistas de Nueva York. Rascacielos alzándose como gigantes por doquier. La ciudad era una postal de contrastes: lo antiguo y lo nuevo. El más puro tradicionalismo enfrentado a la era del acero y el cristal.

La tristeza de la muchacha era palpable y ni tan siquiera una melódica canción de Rudy Vallee en la radio consiguió aplacarla. Recordaba la promesa que le había hecho a Smith y que este no había dudado en recordarle con aquella penetrante mirada. Se marcharía cuando consiguieran atrapar a Pietro y hacerle pagar por lo que había

hecho.

Smith le había confesado que el joven había sido borrado del mapa por lo que ella ya no tenía excusas para seguir con Angelo.

—¿Y qué demonios se suponía que debía hacer si no tenía forma clara de volver a casa? Aquel Nueva York estaba a años luz de lo que ella conocía y temía por su vida si se alejaba de la resguardada ala del mafioso. Los eventos habían venido de forma inesperada y ella los había ido afrontando de la mejor forma posible. Sin embargo, había una única cosa que no había esperado. Enamorarse en el proceso.

El objeto de sus anhelos abrió la puerta y la sacó de sus desvelos.

—¿Qué diablos haces ahí parada y sin arreglarte? Angelo está de un humor de perros. Será mejor que te des prisa —ordenó alterado Aiden.

Ella giró la vista impávida ante su mal carácter. Era una de las opciones que se esperaba. La más probable y la más acertada.

—Y al parecer no es el único —respondió con sorna ella, bajando de la ventana.

—Déjate de ironías y espabílate o será él mismo quien venga a comprobar por qué no estás lista —le replicó, deleitándose en cada uno de sus

movimientos sin que ella lo advirtiera.

Lilly entró al dormitorio, dejando la puerta abierta y se asomó un momento después.

—Puedes venir a ayudarme, si es lo que quieres. Así tardaré menos. —Una sonrisa traviesa se deslizó por los labios de ella, retándole con la mirada. Sabía que comenzaba un juego prohibido. Algo que podía terminar muy mal para los dos.

Aiden caminó hacia ella, con mirada felina en sus ojos. Algo le dijo a Lilly que había desatado a la fiera que llevaba dentro. Corrió hacia las puertas y las cerró ante las narices de él.

—No será necesario —soltó

nerviosa—. Estaré lista en un minuto.

—Eso pensaba —murmuró riéndose por lo bajo—. Esperaré fuera.



Los celos carcomían al *Maníaco de Harlem* por dentro al ver a Lilly paseando del brazo de Angelo y, por si eso no fuera poco, ahora O'Malley se acercaba también a ella utilizando a Smith como intermediario. Bajó las escaleras de dos en dos y, cruzando algunos pasillos, dio al callejón del hotel. Airado como estaba, trató de desahogarse golpeando un par de latas que había tiradas en el suelo pero un empleado que andaba por allí le voceó y

echó a correr.

Solo cuando supo que el hombre no lo seguiría, se detuvo. Respiró nervioso y una idea vino a su mente. Debía apartar a O'Malley de su camino y solo había una forma. Poniendo en peligro todo aquello que él más quería. Había oído que el irlandés tenía a su madre y su prometida en la Ciudad, por lo que no dudaría en arremeter contra cualquiera de ellas.

La información era la clave y no era un problema conseguirla. Se movía entre ellos como uno más por lo que nadie sospecharía de él. Todo le saldría a pedir de boca y, pronto, volvería a tener a Lilly entre sus brazos.



Las cosas para Angelo habían salido a pedir de boca hasta ahora. Sin embargo, no había contado con que los hombres de Masseria fueran a hacerle una visita en plena cena benéfica y le pidieran un porcentaje de sus beneficios con el alcohol, por permitirle trabajar en la zona del italiano. Estaba más que harto de que aquel hombre quisiera mantener las viejas tradiciones. Eran nuevos tiempos y trabajar con sicilianos o italianos solamente era cosa del pasado. Valores como el honor, el respeto y la dignidad habían sido superados por el poder y el dinero.

La única cosa sensata que se le había ocurrido al siciliano había sido dar largas a los secuaces de Masseria. Necesitaba tiempo para planear lo que iba a hacer. No le gustaba aquel tipejo pero sabía que no debía tenerlo como enemigo.

A su regreso de la cena benéfica, se había pasado buena parte de la noche discutiendo con su socio y amigo, Meyer Lansky. Era un hombre bajito, de pronunciadas cejas y marcado entrecejo, cuya prominente nariz revelaba su origen judío. Este le había dicho que aguantara y aceptara las condiciones de Masseria. Él mismo trabajaba con él y, aunque no le hacía promesas de futuro,



el silencio a sus respuestas fue suficiente para convencerle. Se conocían desde pequeños y siempre habían formado un gran equipo. No dudaba de él ni por un segundo.

Al día siguiente, la visita de los secuaces le había vuelto a poner de mal humor.

–*Va bene*. Decidle a Masseria que deje de enviarme a sus hombres. Hablaré con él personalmente. Que él proponga lugar y hora –informó a sus compatriotas, antes de invitarles a irse.

–Un día de estos haré que le forren de plomo y se le borrará esa maldita sonrisa de su cara –barruntó, escupiendo a un lado furioso.

Revisó los papeles que indicaban las entradas de alcohol procedentes de Canadá, las personas que se encargaban de distribuirlo a los diferentes bares del Lower East Side y los beneficios que habían reportado la semana pasada.

—Esta cifra es más baja de lo habitual. ¿Hay algo que deba saber? —preguntó a los dos hombres que tenía frente a él. Uno de ellos era el encargado, el otro un agente de la ley corrupto que se encargaba de que sus hombres hicieran la vista gorda.

—Sí, señor. Los hombres que transportan habitualmente el género tuvieron problemas al introducir el alcohol. Dicen que los hombres de

Masseria arramblaron varios camiones como pago a su deuda.

—Maldito hijo de... —calló a tiempo el mafioso—. Está bien, vete. Yo me encargaré de esto.

El hombre asintió y se marchó sin despedirse. El ambiente tenso no incitaba a provocar al gran jefe. En un día malo, cualquier excusa era buena para cargarse a alguien.

—Y tú, ¿qué diablos quieres? —preguntó al agente.

—Me preguntaba si podría adelantarme algo de dinero. Quería comprarles unos regalos a la familia —indagó medroso el otro.

—*Va bene* —contestó el capo,

metiendo la mano en el bolsillo y sacando un enorme fajo de billetes. Extrajo uno de cincuenta y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta—. Compra algo bonito a tu mujer y a tus hijos, y no vuelvas si no es por algo importante. Smith se encargará de pagarte cada mes.

El agente asintió agradecido y desapareció de la vista de Angelo.

«Estoy rodeado de estúpidos. Por lo menos tengo a Smith, sé que puedo confiar en él», pensó Angelo, sirviéndose un vaso de whisky del set de botella y dos copas que presidían una de las mesas del salón.

«No sé cómo diablos voy a afrontar esas pérdidas. ¡Más le vale a Lilly

comenzar a dar frutos pronto! No he invertido tanto en ella para nada».

Si Lilly hubiera podido leer los pensamientos del mafioso, no le habría cabido duda de que debía cumplir su promesa cuanto antes. Sin embargo, iba a producirse un giro brusco de los acontecimientos...



Lilly había acompañado a Angelo en su rutina diaria, a diferencia de otros días en los que ella estaba ocupada con sus clases de interpretación. El mafioso quería que viera lo que ocurría en su mundo. Quería que supiera que no se conseguía nada con un chasquido de

dedos (como parecía haberle sucedido a ella), si no pagaba el precio. Se trataba de una pequeña lección para que la muchacha no decayera en su interés por el cine y comenzara, más pronto que tarde, a cosechar éxitos.

El precio que la muchacha debía pagar era poco comparado con todo lo que el capo había invertido en ella. Lilly solo tendría que disfrutar entre bambalinas, actuar como una gran estrella en el set de rodaje y todo iría viento en popa.

—Todavía no estamos a finales de mes. No he podido reunir todo el dinero, señor Angelo. Tengo una familia a la que alimentar y deudas que pagar —explicó

asustado el tendero, sabiendo a lo que se exponía con el mafioso.

—Y una de esas deudas es pagarnos para que te protejamos, ¿o es que no te entra en tu pequeña cabecita? —soltó uno de los secuaces del siciliano, mientras Lilly y él eran testigos de toda la escena.

El esbirro tiró al suelo con un solo golpe todo el género que había sobre la mesa, provocando desperfectos en todo el local.

—Volveré dentro de una semana. Más te vale tener preparado el dinero o la próxima deuda que tendrás que pagar será tu propio funeral —amenazó el hombre—. ¿Te ha quedado claro?

El tendero asintió con la cabeza,

incapaz de pronunciar una sola palabra.

Ni siquiera las señaladas fiestas en las que estaban parecían ablandar el corazón del capo. Angelo manejaba con mano de hierro todos sus negocios. Solo así había sido capaz de montar el imperio que ahora poseía. Lilly volvió a sentir arcadas al pensar en el tipo de persona con el que se había asociado. Los villancicos, sonando en plena calle, adquirirían otro sentido al contemplar la mirada lánguida de aquel pobre hombre.





# CAPÍTULO 51

Solo quedaba un día para que Siobhán se convirtiera en la señora O'Malley y los nervios se habían apoderado de ella por completo. Había tenido que decir adiós al 22 de mayo, la fecha elegida para contentar a su madre y, aunque la espera se había reducido considerablemente, ella no se sentía aún preparada. La ayuda de Shirley a la hora de elegir el vestido, el ramo de flores y la iglesia había sido fundamental para que ella no se echara atrás. No había necesitado hacer una larga lista de invitados puesto que la distancia con Irlanda y la proximidad de la fecha

habían reducido el número de invitados a sus madres y un par de amigos.

Sio se despertó en la cama. Había trabajado hasta tarde y aún tenía que regresar al hospital, para cubrir unas horas a una compañera. Se levantó de la cama y, con la luz del nuevo día entrando por la ventana, se acercó hasta el vestido que colgaba fuera del armario.

El cuerpo del vestido estaba compuesto por una sencilla columna en tono marfil que apenas dejaba ver la piel. La falda llegaba a los pies y las vaporosas mangas y el cuello dejaban poco espacio a la imaginación. Por último, una bonita diadema en forma de

guirnalda sujetaría el largo velo que la cubriría.

Se lo había probado en la tienda con la ayuda de la dependienta y esta no dudó en expresar lo sorprendida que estaba por lo bien que le quedaba.

—¡Es la pera limonera! —exclamó sin más.

Siobhán sonrió y la chica tuvo que pedirle disculpas por su forma de hablar.

—No, está bien. Eso significa que me queda muy bien, ¿no? —bromeó con la tendera—. No hará falta que me pruebe más. Me llevaré este —confirmó, mirándose al espejo y admirando su realzada figura. Se imaginó con el

cabello recogido y algo de maquillaje. Estaría realmente preciosa.

Shirley no había dudado en reírse todo lo que su deformada garganta le permitió, que fue poco.

El carísimo ramo de flores junto al lugar donde se celebraría eran regalos del señor Ciro Angelo, el jefe de Aiden, con sus mejores deseos. Estaba compuesto por una docena de lirios de agua, difíciles de encontrar en invierno, que le conferían cierta elegancia. Simbolizaban pureza, cariño y ternura, todo lo que su relación tenía en ese momento, puesto que Aiden y Siobhán se querían, pero en el último año no habían tenido relaciones más allá de una vez

por semana. Ninguno lo había mencionado y ambos parecían estar cómodos con aquello.

Lo que verdaderamente le molestaba a Sio era que el jefe de Aiden se hubiera ofrecido a celebrar la ceremonia y el banquete en El Algonquin, y no pudieran realizarlo en la Iglesia de Santa Brígida, como habían planeado desde un principio. En aquel edificio, ella y numerosos irlandeses se habían establecido desde la Gran Hambruna Irlandesa. Un hogar de acogida que significaba mucho para Siobhán.

No serían más de una decena de personas, pero la joven no quería estar

en deuda con el mafioso. Menos aún, si su prometido pensaba volar lejos de su ala. Se preguntaba si Aiden le habría hecho partícipe a Angelo de sus planes. Estos parecían idílicos, pero vistos de cerca, no parecían sino un mero cuento.

Aiden se veía atenazado entre las garras de Angelo, igual que ella lo hacía con el peso de su madre a sus espaldas, teniendo que cuidar de ella. Aunque eso podía cambiar en cualquier momento, debido a su salud. No parecían estar libres de obligaciones que les permitieran empezar de nuevo en otra parte. No sabía si debía seguir soñando o abrir los ojos y toparse con la cruda realidad. Tenía la esperanza de que una

vez casados, las cosas cambiaran entre ellos. Sin embargo, si durante su último año de relación, su situación había ido a peor, ¿quién le decía que ahora todo sería diferente?

Se vistió, desayunó y se preparó para el comienzo de un nuevo día, sumergiéndose en el gran sueño americano.

Tomó el metro y después el autobús para llegar al hotel. El mafioso había puesto a su disposición al encargado de eventos para que organizara los espacios dedicados al altar y al banquete.

Una sencilla mesa redonda con un precioso centro floral, una vajilla con



delicadas filigranas en su canto, copas de Lalique y cubertería de plata. De las ventanas colgaban telas de Morris y de sus paredes cuadros de Bartolozzi y grabados de Arundel. El suelo, cubierto de tarima, hacía destacar los pasos de los bailarines por debajo de la orquesta y el acristalado techo que rozaba el firmamento.

Siobhán nunca había visto tanto lujo junto. Su rostro era un claro reflejo de sus emociones. El empleado esbozó una pequeña sonrisa ante la ingenuidad de la joven.

Cuando ambos terminaron de hablar, ella tomó el ascensor e indicó la última planta al ascensorista. Su

radiante sonrisa iluminó la estancia una vez que las puertas se abrieron. Caminó hacia un distraído Aiden, que hablaba de forma distendida con Smith, quien la había visto y se animó con su sola presencia. Aiden se giró en el momento justo en el que ella rodeaba su cintura. Le dio un cariñoso beso en la mejilla para dirigirse después a su compañero.

—Cierra la boca o te entrarán moscas —bromeó ante su cara estupefacta.

Smith le lanzó un pequeño puñetazo en el estómago.

—O'Malley, cuídala bien o yo mismo te la robaré —replicó divertido, besando en la otra mejilla a Siobhán. Se

alejó, dejando a la pareja a solas.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó con un matiz de reproche, cuando su compañero se había alejado lo suficiente de su área de escucha. El rostro perplejo de la joven le indicó que había metido la pata—. Perdona, Sio. No te esperaba. Últimamente he estado sometido a mucha presión...

Ella no quedó muy convencida con sus excusas, pero no estaba dispuesta a discutir con Aiden y arruinar ese día, y el siguiente.

—Vine a hablar con el director de eventos. Puesto que Angelo ha ofrecido el hotel para la boda, he preferido venir y darle un toque femenino al salón —dijo

ella con sorna.

Aiden se rio y, cuando creía que la iba a acercarse hacia él para besarla en los labios, se detuvo en seco y se quedó mirándola de hito en hito.

—¿Qué es lo que he hecho para merecerte? —soltó al aire, más para sí que esperando una respuesta.

—Eso mismo me pregunto yo a veces —respondió sardónica, con una mirada divertida.

Aiden comenzó a hacerle cosquillas y Siobhán empezó a doblarse de la risa. Eran su punto débil y él tomaba ventaja de aquello. Aiden no recordaba la última vez que había escuchado a Sio reírse. Era un sonido maravilloso que le

hacía sentirse a salvo y en casa.

El ruido de una puerta abriéndose hizo que ambos marcaran una distancia prudencial entre ellos.

—Será mejor que me vaya —anunció la joven a modo de despedida—. Aún tengo que hacer un par de cosas antes de reemplazar a Eleanor en el hospital.

—¿Te veré luego? —interrogó Aiden, con más ganas que nunca de que terminara aquel día.

—Se te ha olvidado algo, amor. No puedes verme antes de la boda y eso incluye por la noche —le recordó al despistado guardaespaldas.

—Entonces, hasta mañana —se despidió con un beso en la frente—. Te

veré en el altar.

–Te quiero –susurró ella.

–Yo también. –Aiden caminó hacia el ascensor sin mirar atrás.

A pesar de que Siobhán había hecho lo imposible porque aquella relación siguiera hacia adelante, un pequeño atisbo de duda y decepción surgieron en ese momento. Tenía claro que cada uno tenía sus rarezas y debían aceptarse tal y como eran, pero pequeños detalles como ese le hacían replantearse todo.

Sumida cómo estaba en sus pensamientos, la joven no se percató de que un niño le hablaba hasta que este se vio obligado a repetir lo que había dicho.

—No he podido evitar verte con O'Malley. ¿Eres su chica, no? —preguntó de forma retórica, pues les había descubierto muy cerca el uno del otro.

—¿Lo conoces? —respondió con otra pregunta.

—Sí. Trabajamos juntos. Hago pequeños encargos para Angelo. Lo suficiente para poder alimentar a mis dos hermanos pequeños y mi madre —mintió descaradamente Tom, mostrando una imagen de santurrón que no se correspondía con la verdad.

Siobhán se entristeció al oír eso. Más cuando gente como Angelo tenía los bolsillos llenos de dinero.

—He oído hablar mucho de ti a

O'Malley. –La joven se sonrojó ante la sorpresa—. ¿Eres enfermera, no? –Siguió interrogando el mozuelo—. Me preguntaba si te importaría acompañarme a casa y examinar a mi madre. Lleva unos días muy mal. Es incapaz de levantarse de la cama y apenas come.

La primera reacción de Siobhán fue apartarse de cualquier problema, pero el chico le había tocado el alma.



Lillian acompañó a su protector, como hizo el día anterior. Había conseguido encontrar un momento a solas para hablar con Smith. No quería que Aiden



ni Angelo la escucharan.

—Smith, creo que es el momento de cumplir mi promesa —le confirmó, sabiendo que se alegraría por ella.

Su gesto cambió por completo.

—¿A qué viene ese cambio de actitud? —indagó curioso.

—Creo que es lo mejor para todos, como usted bien dijo —recitó sus propias palabras, una por una.

—Buena chica —aseguró Smith, frotándole el hombro—. Le compraré un billete de tren lo más lejos posible. ¿Algún destino?

Lilly negó con la cabeza. Unos segundos después, aparecía Angelo.

—Por fin te encuentro. ¿Dónde te

habías metido? —cuestionó el mafioso, esperando una respuesta que nunca vendría.



Un golpe en la puerta le hizo dar un respingo y detenerse en lo que estaba haciendo. La voz de Smith la tranquilizó al otro lado de la hoja. Le abrió y continuó haciendo la maleta. Guardó un par de vestidos, pantalones y alguna que otra blusa.

—Debo pedirle un favor, Smith. —Se giró hacia el guardaespaldas, algo nerviosa.

—Haré todo lo que esté en mi mano... —Las palabras la alentaron a que

continuará—. ¿De qué se trata?

—Hable con los Hughes y cuénteles que el asesino de Millie ha muerto. Necesitarán oírlo y será la manera de que puedan pasar página —le recordó Lilly triste por la pérdida de su amiga.

—Está bien. No se preocupe, lo haré, pero ahora debemos darnos prisa. Cuando la echen en falta, removerán cielo y tierra para encontrarla —le urgió Smith.

Ella asintió y siguió sus órdenes.

Diez minutos más tarde, ambos pisaban el interior del imponente edificio que albergaba la estación de trenes. Decorada de forma sobria y dividida en dos por una hilera de

escaleras; a un lado, mostraba varias filas de bancos de madera que hacían las veces de sala de espera, al otro un paseo iluminado por altas, esbeltas y doradas farolas que, junto a las enormes vidrieras, aportaban una gran iluminación al lugar.

Caminaron juntos hasta la vía del tren. Smith se había encargado de llevar la maleta de Lillian, a pesar de que esta era muy liviana. La posó en el suelo y se llevó la mano a la chaqueta en busca del billete de tren.

—Lilly, creo que me he dejado el billete en el coche. Espérame aquí, no tardaré —le prometió el inglés.

Ella asintió y comenzó a mirar a la

gente de su alrededor para distraerse. De forma súbita, un pequeño empujón la apartó a un lado y alguien tiró de su maleta, huyendo con ella. Lilly corrió tras la persona en cuestión hasta que consiguió darle alcance y echar mano al fardo. Se trataba de un mozalbete de apenas catorce años, cuyo rostro indicaba signos claros de hambruna. La muchacha se quedó parada un instante y eso le sirvió al chico para forcejear con la maleta.

El fuerte impulso de él hizo que la maleta y ella salieran disparados sobre la vía del tren. Smith había tardado un poco más de la cuenta. Había dado con los billetes, después de tanto nervio

acumulado. En ese momento, comenzó a oírse a lo lejos el mecanismo de un tren trabajando a toda velocidad, intentando frenar a tiempo. Lilly permaneció unos segundos mareada y entonces, se puso en pie y como si hubiera descubierto una verdad que solo ella sabía, se despidió de Smith con una sonrisa en el rostro. La locomotora no pudo frenar a tiempo y el cuerpo de Lilly quedó diseminado entre las vías del tren, como una muñeca rota.

Smith y el ladronzuelo, que habían sido testigos del suceso, eran las dos únicas personas que podían situar a Lillian en aquella estación. Uno, el que la había llevado allí para despedirse de ella. El otro, el que había contribuido a

poner punto final a su vida. Ambos se miraron a la cara y ambos caminaron por direcciones distintas, sin esperar a que la policía llegara para aclarar lo sucedido.



Dicen que dos almas pueden habitar en un mismo corazón. Tal vez eso fue lo que le sucedió a Aiden y Lilly. Cuando ella murió, el corazón de él dejó de latir por un instante. Como si la brújula que lo guiara se hubiera roto.

Aiden se llevó la mano al pecho y se desvaneció en el suelo. Sin embargo, no pasaron más de un par de minutos cuando recuperó la consciencia de

nuevo. Un ave fénix resurgiendo de sus cenizas. Tenía plena consciencia de que algo malo había ocurrido.

Se levantó y salió de su habitación en El Algonquin. Llamó a la de Smith y a la de Lilly, y no obtuvo respuesta. Trató de hacer memoria y recordar si la joven no tenía algún evento importante hoy, pero era imposible. Él conocía cada uno de sus pasos. Para eso era su guardaespaldas.

Bajó con rapidez en el ascensor y atravesó el hall hasta llegar a la salida. Miró a uno y otro lado, pero no dio con ninguno de ellos. ¡Qué estúpido había sido! Dio media vuelta, dispuesto a hablar con la única persona que podía



hacer algo. **Ciro Angelo.**

–Disculpe, ¿señor O'Malley? – preguntó Nancy la recepcionista, que no había parado de fijarse en él desde que comenzara a trabajar allí. Este asintió y se acercó a ella–. Si está buscando a la joven a la que cuida, salió hará una media hora con su compañero. Llevaban una maleta y parecían tener mucha prisa –le comunicó.

Aiden agradeció la información, volvió a salir y paró un taxi que pasaba. Iría a las estaciones de tren, metro y bus preguntando por ella. Alguien tenía que haberles visto. Tenía que evitar que Angelo descubriera la huida de ambos y, más aún, las represalias que esto podría

conllevar.

El taxi se paró unos metros después. Uno de los carriles permanecía ocupado por una ambulancia. Una camilla con un cuerpo tapado sobre ella presagiaba lo peor. Movido por un impulso, Aiden soltó un par de billetes hacia la cabina del conductor, abrió la portezuela y salió disparado hacia el lugar de los hechos.

Preguntó a uno de los sanitarios qué había ocurrido.

—Según dicen, un chico intentó robar a una señorita su maleta. Forcejearon y esta y su dueña terminaron en las vías del tren. El resto es historia —resumió el hombre, harto de

ver casos como aquellas todos los días.

—¿Llevaba alguna documentación? — preguntó el guardaespaldas, con el corazón encogido, temiendo lo peor.

Un policía se acercó a él.

—¿Conocía a la señorita? —le interrogó, esperando que fuera de ayuda.

—No sé de quién se trata, por eso pregunto.

—Hemos encontrado un par de periódicos en el interior de la maleta que la identifican como Lillian Gilmore, una debutante del cine. ¿Ahora me puede decir si la conoce? —La información salió de boca del oficial, sospechando que aquel individuo ocultaba algo.

—No. Me temo que no —soltó ante la

atenta mirada del policía—. Es decir, sí la conozco. La he visto en los tabloides, pero aparte de eso, de nada más —añadió, ante la inquietante mirada del oficial.

—¿No será periodista?

—No, no. Nada de eso. Simplemente pasaba por aquí y me picó la curiosidad... —replicó Aiden, tratando de evadirse de las garras del hombre.

—Está bien. Puede marcharse, pero tenga más controlada su curiosidad. La próxima vez puedo no ser tan amable. Ya me entiende...

—Sí, oficial. Muchas gracias —se despidió, desapareciendo por una bocacalle.

Siguió caminando, tratando de retener los sentimientos que afloraban en su interior. Sus pasos le llevaron hasta un lugar conocido, donde mujeres de moral relajada ofrecían sus servicios al mejor postor. Sin detenerse, miró a una de las más jóvenes, que le recordó inevitablemente a Lilly. Giró en el siguiente callejón y esperó allí a que ella llegara. No transcurrieron más de un par de minutos cuando ella llegó y se paró frente a él.

—¿Qué es lo que...? —la fulana no tuvo tiempo de hablar.

Aiden la dio la vuelta, la subió la falda y la empujó contra la pared, elevándola lo suficiente para poder

maniobrar. El rostro de él señalaba sus venas marcadas. Una amalgama de sentimientos parecía inundarle y no sabía a cuál de todos ellos ceder.

Se bajó la cremallera y sujetando con un brazo el cuerpo de ella para que no se moviera, con la otra mano llevó su miembro directo a su interior. Sin más preámbulos, embistió con una fuerte estocada que hizo que la chica arqueara su espalda y gimiera de placer. Él, no satisfecho, la sujetó del cabello y se desahogó con ella hasta que quedó vacío del todo. Entonces, se apoyó sobre su espalda, derrotado y con el sudor pegándosele a la camisa.

—¿Puedes pagarme? Tengo que irme

—soltó la joven, ante lo abrupto de la situación.

Aiden se incorporó y le dio la espalda, para colocarse la ropa. Se giró, entonces, para mirarla.

—¿Cuánto? —exhaló furioso, sacando un fajo de billetes sujetos por una pinza.

—Con uno de esos me bastará —contestó extendiendo la mano. Él se lo tendió y esperó a que se marchara—. Me llamo Chloe, por si te apetece repetir otro día. —Le guiñó un ojo, mientras se guardaba el dinero en el escote.

—No será necesario.

—Como quieras —respondió molesta. Pensó que era un desagradecido y deseó no volver a verle. Dobló la esquina en

busca de otro posible cliente.

– ¡ Damish't![\[12\]](#) –exhaló como si escupiera en ese momento.

Su madre siempre le había dicho que no debía arrepentirse de nada de lo que hiciera, pero aquello era diferente. Había actuado sin pensar, guiado por la rabia. Decidió que iría a ver a Siobhán y hablaría con ella. Si después de eso, ella quería casarse con él, Aiden cumpliría con su promesa.

Tomó el tranvía y se apeó a unos pocos metros de la casa de Siobhán. Llamó al timbre y esperó a que ella apareciera. Sin embargo, pasaron varios minutos hasta que la puerta se abrió y no fue Sio quien la abrió, sino su madre.



—¿Va todo bien, Shirley? —preguntó al ver su cara de preocupación.

La señora comenzó a escribir en un pequeño cuaderno que llevaba siempre con ella.

—Sio no ha venido a casa y su compañera vino preguntando por ella. No acudió al trabajo. —Pudo leer el irlandés en la nota que le tendió.

—¿Alguna idea de dónde puede estar? Tal vez acudió a revisar algún detalle de la boda —soltó de forma hipotética, no queriendo imaginar lo peor.

Shirley negó con la cabeza.

—No hay nada. Encuéntrala Aiden, por favor. —Esas dos últimas palabras

estaban escritas con desesperación, torcidas y marcadamente pronunciadas en la hoja.

El hombre de ojos bicolor le sujetó las manos y, mirándola con confianza, le prometió que la traería de vuelta a casa. No añadió «sana y salva» a la frase. Ni siquiera él mismo tenía tanta seguridad de encontrarla en perfecto estado como para prometerle eso.



## CAPÍTULO 52

Para cuando Aiden regresó al hotel, se encontraba desesperado y cansado. Había preguntado a todos los vecinos del bloque de Siobhán y había ido al hospital e interrogado a cada uno de sus compañeros. Nadie supo decirle el paradero de la joven, ni si tenía más conocidos fuera del trabajo. El guardaespaldas no conocía mucho de la vida de su chica fuera de la relación que compartían. Siobhán siempre había estado ahí para escucharle con sus problemas y él nunca había dedicado un segundo pensamiento al día a día de su prometida. No le había prestado la

suficiente atención y ahora veía cómo sus peores temores comenzaban a hacerse realidad.

La policía le había dicho que no podían hacer nada. Tenían pocos agentes y, debido a las fechas que eran, no daban abasto. Uno de ellos mencionó la posibilidad de que Siobhán le hubiera abandonado y se hubiera fugado con otro. Ella no era de ese tipo de mujeres, a diferencia de él que se sentía atraído por Lilly y, tras la muerte de esta, se lo había montado con una fulana.

Aquel día había vivido demasiadas emociones juntas. Había visto la ilusión del primer amor en los ojos de Lilly cuando irrumpió en su dormitorio, algo

que no estaba seguro de ser recíproco. Aquella chica le había cautivado desde el principio, con su insolencia, sus escapadas y su forma de ser contracorriente del resto de muchachas que conocía. Ella lo había seducido de tal manera que había caído entre sus redes en más de una ocasión, pero había logrado sobreponerse a todo y detenerse a tiempo. Su muerte, por el contrario, le había precipitado a una serie de eventos para los que parecía no estar preparado. Afrontar sus verdaderos sentimientos ante la *starlet* y tomar las riendas de su vida con Siobhán, algo que había dejado al cargo de esta última desde hacía mucho.

No reparó en la nota que había en el suelo. Se tumbó sobre la cama y descansó los ojos momentáneamente. Después se quitó la ropa, tirándola al suelo de cualquier manera y metiéndose en la ducha. Abrió el grifo del agua fría y, apoyando sus manos sobre el alicatado, dejó que un chorro gélido cayera sobre él. Su cabeza gacha permitió que el agua le cayera sobre el cuello y la espalda, como un pequeño masaje relajante ante aquel funesto día.



Siobhán seguía a Tom, atosigándole con un montón de preguntas médicas que le ayudaran a saber el mal que achacaba a

su madre y así estar en su casa el menor tiempo posible. No debía haber accedido a acompañarle, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Un par de sí, no y no sé siguieron como respuesta, haciendo dudar a la joven de la veracidad de todo aquello. Sin embargo, su mirada parecía segura de sí misma, algo que un ladronzuelo o un mentiroso, como sospechaba que podía ser él, no adquirirían sino con el tiempo.

Tom la guio hasta el mismo bloque de pisos, donde había engañado a Chester.

—Espero que no se asuste por el estado del edificio. No tenemos



suficiente dinero para mudarnos y esto, lamentablemente, es lo único que podemos permitirnos —comentó algo avergonzado porque fuera a ver su casa.

Aquello le valió a Siobhán para convencerse de que era un buen muchacho y lo siguió hasta el final.



Aiden pasó toda la noche dando vueltas en la cama. No conseguía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Siobhán siendo atacada por alguien le venía a la mente y lo desvelaba por completo.

Dio gracias al cielo cuando los primeros rayos de sol comenzaron a

filtrarse por la ventana. Pegó un brinco y se puso en pie con rapidez. Una vez aseado, se vistió y salió derecho a la habitación de Smith.

—Debería haber hecho esto hace tiempo —espetó el irlandés, después de haberle propinado un puñetazo en la cara.

—Pero, ¿qué diablos te ocurre? —inquirió su compañero, molesto por el golpe y por no saber cuál era la razón.

—Lo sabes muy bien, hijo de puta. No te hagas el tonto conmigo —aventuró él—. Sé que te fuiste con Lilly a la estación. Pensabais escaparos juntos. No te salió bien y abandonaste su cuerpo antes de que pudiera meterte en algún

lío. Jamás pensé que fueras tan desleal.

—No sabes de lo que hablas —  
masculló, secándose la sangre del labio  
con la mano.

—Sí, seguro...

—Ella te quería a ti. Siempre te  
quiso. No hacía falta más que mirarla  
para darse cuenta que solo tenía ojos  
para ti. Le advertí desde el principio  
que no era bueno relacionarse con  
Angelo, pero no me hizo caso. Parecía  
importarle poco su vida, siempre que tú  
estuvieras cerca. —Aiden negaba con la  
cabeza. No quería dar crédito a lo que  
escuchaba—. No puedes negarlo. En el  
fondo lo sabes aunque no quieras  
creerlo. Sé que las cosas con Siobhán

últimamente no te han ido todo lo bien que quisierais y entonces apareció Lilly. Jugaste con las dos. Con Lilly, por no dejarle las cosas claras, y con Siobhán por mantenerla a ciegas de toda esta situación.

El irlandés se llevó las manos a la cabeza, tratando de asimilar todo lo que escuchaba.

—Le hice prometer a Lilly que cuando consiguiéramos encontrar al asesino de su amiga, se marcharía contigo o sin ti. Hoy decidió cumplir su promesa, pero el destino hizo de las suyas —le confesó, apenado por la pérdida de la joven.

—Eso ya no importa. Ha ocurrido

algo peor... Siobhán ha desaparecido y no logro dar con ella. Y además, está Angelo. ¿Qué le diremos sobre Lilly? Ahora mismo, estamos en la cuerda floja —manifestó Aiden, sirviéndose una copa de whisky para ver las cosas desde otra perspectiva.

—Que Siobhán ha... ¿Qué? —soltó agitado Smith, apartándole la copa de un manotazo. El rostro ojeroso de Aiden confirmaba lo que acababa de escuchar—. Te ayudaré a buscarla. Ella es hoy nuestra única preocupación. Ya lidiaremos más tarde con Angelo —planeó Smith, poniéndose una camisa que había sacado del armario y abotonándola de arriba a abajo.



Thomas Kinney pasaba por ser el mejor embustero del vecindario. Su tío estaba harto de él y le había echado de casa. Ni él ni su esposa sabían nunca donde andaba y muchas noches no aparecía por casa a dormir.

Había sorprendido a Siobhán por la espalda asestándole un golpe en la sien. Había aprovechado que estaba inconsciente para atarla de pies y manos, y amordazarla. Esperó hasta bien entrada la madrugada, pero nadie apareció. No podía creer que O'Malley quisiera tan poco a su prometida. Se cuestionó si tal vez no hubiese visto la

nota que había pasado por debajo de su puerta. Decidió irse a dormir. Cuando despertara, comprobaría que Siobhán seguía encerrada y luego se encargaría de descubrir en qué había fallado.

A la mañana siguiente, los ánimos andaban algo revueltos por El Algonquin. Empezando por Smith y O'Malley, y terminando por Angelo. Los dos primeros compartían miradas cómplices que indicaban una preocupación común, probablemente la desaparición de Siobhán. En cuanto al mafioso, su reunión con Masseria le tenía ciertamente nervioso. Tener que ceder un porcentaje de sus negocios a aquel hombre, por no hacer nada, no le

hacía ni pizca de gracia.

La mañana pareció alargarse como una goma de mascar interminable hasta que llegó la hora de comer. Smith y Aiden acompañaron a Angelo al restaurante del hotel, donde el capo se reuniría con Masseria.

Por su parte, Tom recibió órdenes expresas de ir a buscar a Lillian a su habitación. No había aparecido en todo el día. Según Smith, la joven se encontraba algo revuelta y había decidido guardar cama. No sabía por qué, pero a Tom aquello le sonaba extraño, pues el día anterior estaba completamente sana. Había querido verla esa misma mañana y ambos



guardaespaldas se lo habían impedido. Ante la atenta mirada de los dos, se dirigió a la recepción y pidió que llamaran a la habitación de la joven. Nancy marcó el número, pero nadie contestó al otro lado de la línea. Entonces, el muchacho decidió pedir una tarjeta de la habitación a la recepcionista.

—Esta mañana se encontraba mal y temo que haya empeorado —explicó el muchacho medroso.

Nancy conocía a todos los empleados del señor Angelo y sabía que debía cumplir las órdenes de cualquiera de ellos si no quería hacer enfadar al mafioso, por lo que no dudó en hacerle

una copia y entregársela.

El mozalbete caminó con brío hacia el ascensor y de allí a la octava planta. Introdujo la tarjeta, abrió y entró dentro. Las puertas del armario permanecían abiertas de par en par, mostrando las galas de la joven, al igual que el resto de cajones repartidos por la habitación. El dormitorio parecía haber sido saqueado de forma súbita, sin que nadie se hubiera percatado hasta entonces. Se acercó al armario y deslizó su mano por cada uno de los vestidos que había llevado Lilly, acariciándolos y sumergiéndose en el aroma que desprendían. Cerró los ojos pensando en la joven y sintió en ese mismo momento

a alguien agujereándole la nuca con la mirada. Abandonó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta muy lentamente. Sus maliciosos ojos se toparon con los de Aiden.

—¿Qué hacías con los vestidos de Lilly? —preguntó el irlandés furioso por lo que había descubierto. Aquel chaval nunca le había dado buena espina y ahora lo sorprendía husmeando entre su ropa.

—Lilly no está, y su ropa y cajones están revueltos como si hubiera recogido con prisas. ¿Dónde se ha marchado? —preguntó a su vez Tom.

—Eso a ti no te importa y más vale que no le digas nada a Angelo si no

quieres tener problemas –amenazó O'Malley, temiendo que todo empeorara.

–Tienes otros problemas mayores en los que pensar ahora, ¿no crees? –insinuó el muchacho, indagando hasta dónde sabía el otro.

–¿Quién te lo ha dicho? –El silencio fue su respuesta–. Un momento –soltó, dándose cuenta de su mirada juguetona al hablar–, ¿no tendrás nada que ver con la desaparición de Siobhán? –cuestionó, sujetándolo por la pechera y alzándolo en el aire.

–Primero responde tú... ¿Dónde está... Lilly? Si me gusta tu respuesta... Te diré lo que quieras –puntualizó Tom

como pudo, con la garganta atrapada entre las manos de O'Malley.

Este lo lanzó contra la pared haciendo que su espalda recibiera la peor parte.

—Lilly... Está muerta —respondió derrotado el guardaespaldas. Su mirada había desaparecido entre las baldosas del suelo. Se sentía culpable por no haber estado junto a ella en todo momento. Si lo hubiera hecho, tal vez las cosas hubieran sido diferentes.

—Eso... —dijo un respingo Tom, incrédulo—. Es imposible.

Las señales corporales de O'Malley terminaron por corroborar aquella información.

—¿Cómo sucedió? —quiso saber el chiquillo, quedándose sentado en el suelo y apoyado de espaldas a la pared. No se sentía con fuerzas para levantarse.

—Un accidente en Grand Central Station. Un tren la arrolló —explicó sucinto.

Fue el momento de Tom de sentirse hundido.

—Ya he contestado a tu pregunta. Ahora dime dónde está Siobhán o te juro que te arrepentirás de habértela llevado —ordenó el hombre de ojos azul y avellana, clavando su mirada en el chaval, mientras lo sujetaba de las solapas.

—Nada de lo que puedas hacerme

puede herirme más que saber que Lilly ha muerto —afirmó con rotundidad, desolado por la noticia.

—No estés tan seguro. Tú mismo has visto lo que le ocurre a la gente que engaña y abusa de la confianza de Angelo. Dime dónde está Sio y seré benévolo. Te entregaré a la policía. Hazte el duro y te entregaré a Smith o incluso al propio Mancini. Le diré que fuiste tú quién se cargó a su matón. Imagínate lo contento que se pondrá. — No terminó de pronunciar esta última frase cuando el rostro de Tom palideció de golpe—. Veo que eres consciente de tu situación...

Tom le indicó la dirección donde

Siobhán permanecía escondida y se quedó allí sentado mientras O'Malley salía corriendo de la habitación. No había cancelado la boda, que se celebraría por la tarde, conservando la esperanza de que su prometida apareciera.

Antes de marcharse del hotel, dejó una nota en recepción para que se la entregaran a Smith indicándole lo acontecido y la dirección a la que se dirigía.

Tardó algo más de media hora en llegar al viejo edificio. Su ruinoso estado hizo que temblara por un momento ante la ubicación de Siobhán y si se encontraría bien. No transcurrió



mucho hasta que entró y dio con ella. Corrió hacia su prometido, desató sus manos y pies, y le quitó la mordaza. Solo entonces, tras haberla preguntado si estaba herida y recibir una negativa, la estrechó entre sus brazos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Aiden con alivio en la voz—. Regresemos. Te llevaré a casa.

—Aiden... fue tu compañero. Ese muchacho... El que trabaja contigo... Fue quien hizo esto —reveló con la garganta reseca por la mordaza.

—No te preocupes. Todo está bajo control. Me encargaré de ese desquiciado más tarde —aclaró, cogiéndola en brazos y sacándola de esa

prisión.

—Aiden, la boda... —siguió Siobhán, queriendo saber si había cancelado o no el enlace.

—No te preocupes. La boda sigue adelante —la tranquilizó, montando en un taxi—, aunque solo si tú quieres. Tengo que hablar contigo y lo que tengo que decirte no va a gustarte.



Smith dejó a Angelo bajo el cuidado de otro de los guardaespaldas y subió al dormitorio de O'Malley donde Tom seguía sentado y con la mirada perdida. Lo sujetó del brazo y lo llevó al hall donde dos oficiales de policía

esperaban de pie.

Smith se lo entregó y se fue con ellos para presentar declaración de los hechos.

Siobhán y Aiden habían ido por su cuenta para no encontrarse con Tom. Sio estaba muy nerviosa y no sería capaz de hablar con la policía si su secuestrador estaba en la misma sala.

El muchacho, abatido por las circunstancias, comenzó a hablar sin orden ni concierto, aportando detalles que no se correspondían con el secuestro. El inspector de policía no tardó en descubrir que aquella información se correspondía con algunos de los asesinatos del *El*

*Maníaco de Harlem* y se trataba de información que nadie más conocía excepto la policía.

Siobhán dio las gracias por no unirse al elenco de víctimas de aquel psicópata.



El reloj del vestíbulo marcaba las seis de la tarde y un pequeño grupo de personas se congregaba allí. Todos vestidos con sus mejores galas, todos esperando a entrar en la capilla que acogería el enlace.

Un nervioso Aiden hablaba a dos bandas con su madre Erin y su jefe Angelo. Dos de las amigas de Sio

charlaban animadas con Smith y, a otro lado, el párroco repasaba sus frases.

Shirley y Siobhán ocupaban una de las suites del hotel, habilitada para que la pareja guardara todos los regalos, pasara allí la noche de bodas y la novia pudiera vestirse. La joven había llevado allí el traje y otros enseres la tarde anterior. Nada más llegar a la habitación descubrió que una peluquera y una maquilladora profesional la esperaban para ponerla a punto. Su madre la ayudó a ponerse el vestido y le sujetó la cola por el camino para que no se le manchara.

Aiden había ocupado su sitio frente al altar, junto a Angelo, su padrino. Le

hubiera gustado que aquel honor lo hubiera tenido Smith, pero las circunstancias mandaban. El mafioso había corrido con gran parte de los gastos y se vio obligado a pedirselo a él. Sin embargo, en ausencia del padre de Sio, Smith había podido suplir ese lugar.

El inglés llamó a la puerta de la suite.

—Siobhán, ¿estás lista? Ya están todos abajo —le informó.

La hoja se abrió y esta dejó paso a una angustiada novia.

—Tú nos conoces bien a los dos. Necesito hablar contigo de esto —reconoció poco después de que Shirley

los dejara a solas, tomando el ascensor a la planta baja.

Smith se sentó y esperó a que ella hablara.

—No estoy segura de que esto sea lo que queramos ninguno de los dos. Llevamos saliendo demasiado tiempo y dimos por hecho que este era el siguiente paso en nuestra relación. Sin embargo, durante los últimos meses Aiden ha estado muy distante. Ya no recuerdo la última vez que hicimos algo espontáneo y no porque fuera lo que se esperaba de alguno de los dos —expuso sin ambages. Smith era como uno más de la familia y estaba segura de que Aiden habría hablado alguna vez de su relación

con él. Tantas horas juntos les habían terminado por unir—. Al principio, pensaba que eran imaginaciones mías, pero esta tarde ha hablado conmigo y me ha confesado que ha estado con otras. Le quiero, pero me quiero más a mí y sería esperar demasiado de él si le doy otra oportunidad.

El detective de Scotland Yard la observó detenidamente. Allí, con los haces de luz que entraban por la ventana, parecía una chica de revista. Ella se puso nerviosa ante su silencio y le preguntó en qué pensaba.

—Verás, Siobhán. No soy el más indicado para dar consejos, pero una cosa está clara. Si no te has imaginado



nunca un futuro junto a Aiden, tal vez es que no estéis destinados a estar juntos. No puedes casarte con alguien solo porque llevéis muchos años de relación. El matrimonio no funciona así —desvió la cuestión de Aiden y se centró en lo fundamental. No quería ser el responsable de que ambos no se casaran, por mucho que su unión le carcomiera por dentro—. Es algo más serio. Se trata de un vínculo sagrado, una promesa de que os mantendréis unidos a pesar de las adversidades, de que lucharéis el uno por el otro y, créeme, no es nada fácil. —Su voz era fiel reflejo de su experiencia.

Él se había imaginado muchas

veces con Lara siendo dos adorables ancianitos, rodeados de hijos y nietos. Sin embargo, el destino le había jugado una mala pasada y le había obligado a permanecer solo para siempre. Había creído que jamás encontraría a una mujer tan desinteresada, bondadosa y tierna como Lara. Se había equivocado. Cuando Aiden le presentó a su novia, su mirada se había centrado solamente en ella, no escuchó lo que su compañero murmuraba, ni consiguió decir nada coherente. Después, su corazón había aumentado de presión y sus manos habían comenzado a sudar. Con cada encuentro, se veía en la necesidad de tocarla y sentirla, pero había logrado

retener aquel sentimiento. Sabía que Siobhán le rechazaría y no volvería a verla más.

La joven se había quedado sin palabras al escuchar la pasión con la que Smith hablaba. Hacía años que no sentía la piel de gallina. Siempre había visto al guardaespaldas como una persona solitaria que no sabía nada del amor. Sin embargo, ¡cuán equivocada estaba! No había tenido más que atenciones con ella. Detalles que cualquiera que tuviera dos dedos de frente se daría cuenta de que no eran normales, que implicaban algo más. Una intimidad entre ambos. Aquel hombre parecía esconder muchos secretos y se

moría por conocerlos. Su atención había estado tan fija en él que no se había dado cuenta de que su mirada había ido a parar a sus labios.

Él sí pareció darse cuenta y la observó con una mirada distinta a la que había utilizado siempre con ella. Su rostro siempre se iluminaba al verla. Esta vez, el deseo nubló por completo sus ojos.

Siobhán se planteó si no estaría viendo mal. Desvió su mirada y volvió a mirarle un instante después. El deseo se había instalado allí y parecía no querer irse.

Siobhán se levantó del sofá,

tratando de huir de aquella situación tan tensa. Smith la cortó el paso, permaneciendo a escasos centímetros de su rostro.

—Creo que sabes por qué he estado al lado de Aiden todos estos años. Él es mi amigo, pero tú... —La mano de ella taponó su boca. No se atrevía a escuchar lo que él iba a decirle.

—Es mejor que no sigas, no sé si quiero escucharlo.

—Déjame decirte esto. Está claro que no quieres casarte con Aiden, por lo que no desaprovecharé esta oportunidad. Si no me correspondes, me alejaré de tu camino, pero si sientes algo... —Él había retirado su mano y la mantenía unida a la

de él. Notaba cómo su pulso se aceleraba por momentos.

La muchacha retiró la mano y lo miró de cerca.

—Siobhán, eres una mujer increíble. Desde el primer día en que te vi, descubrí facetas ocultas en ti que me cautivaron. Te entregas por completo al amor sin esperar nada a cambio. Eres una mujer hermosa, inteligente y valiente. Tú sola te has encargado de salir adelante en la vida y has permanecido fiel a los tuyos. ¿Cómo puedes pensar que no te mereces algo más? ¿Cómo no puedes creer que alguien se enamore de ti? —Quiso saber, sujetándole ambas manos y mirando con

sinceridad a sus ojos—. Nunca pensé que volvería a amar de esta manera. He pasado muchos años en soledad hasta que apareciste tú y volviste a avivar esa llama que creía extinta.

En ese punto, Siobhán se dio la vuelta, dándole la espalda. En cuestión de horas había vivido más que la mayoría de gente. Un secuestro con un pie en el altar. La comprensión de sus sentimientos. Una declaración de amor del mejor amigo de su futuro marido. Se sentía abrumada ante aquella extraña marea de sensaciones. Se sentía halagada por aquellos sentimientos que Smith había expresado, pero la joven no lo quería de esa manera.

—John —quiso ser tan cercana como él lo había sido con ella—, agradezco tus palabras, pero ahora mismo solo puedo ofrecerte mi amistad. Sé que no es mucho, pero no me siento preparada para estar con nadie más en este momento.

—Sé que es mucho para asimilar y que te pido demasiado, pero solo quiero que lo pienses. Me gustaría que me dieras una oportunidad. Iremos tan despacio como tú necesites, sin presiones de ningún tipo. Te haría la mujer más feliz —le prometió Smith, quemando sus últimas naves.

—No puedo prometerte nada ahora mismo. Sería muy injusto por mi parte.



Primero, debo lidiar con Aiden, y después, necesitaré tiempo para volver a ser la que era y poder confiar en alguien otra vez. Espero que lo comprendas – expresó con tono afectado. En ese momento le vino una frase a la cabeza:

«Nunca conocerás la verdadera felicidad, hasta que hayas conocido el amor, y nunca comprenderás el verdadero dolor, hasta que lo hayas perdido».

No recordaba dónde la había escuchado, pero estaba llena de sabiduría.



Aiden había acudido a la suite nupcial ante el aviso de uno de los camareros. El sacerdote y los invitados se quedaron sorprendidos ante la desaparición del novio, temiendo lo peor.

—¿Qué ocurre, Siobhán? Recibí tu recado. ¿No te encuentras bien? —indagó preocupado ante el urgente anuncio.

—Aiden, será mejor que hablemos. Siéntate. —Le indicó la silla que antes había ocupado Smith. El novio se sentó frente a ella y esperó curioso a que hablara—. Quiero ser franca contigo y que tú lo seas también.

Aiden asintió.

—Nuestra relación no pasa por su mejor momento, cariño. Ya nada es como antes. Hemos dejado de improvisar. Actuamos obligados por las circunstancias y no por lo que sentimos. A veces me pregunto si todavía me sigues queriendo o si solo te dejas llevar por la rutina —confesó asustada. Las lágrimas comenzaron a salir una tras otra, empapando poco a poco el vestido. Aparentemente, las tradiciones de toda la vida estaban dejando de traer buena suerte.

El irlandés se acercó a ella y la acunó entre sus brazos.

—Sé que últimamente he estado algo más distante por mi trabajo, pero yo te

quiero. ¡Eso jamás llegues a dudarlo! – agregó, sujetando su rostro con ambas manos y mirándola a los ojos. Siobhán agarró a su vez sus brazos—. ¿Esto no será por lo que te he contado antes?

–No estoy diciendo que no me quieras, pero tal vez es un amor diferente. No siento la chispa del principio y el cariño que nos profesamos podría pasar perfectamente por el de dos hermanos –le aclaró, tratando de ahogar las lágrimas. Aiden se quedó sin palabras—. Yo... te amo, Aiden, pero no sería feliz sabiendo que no me correspondes de igual manera. Si ese es el caso... deberíamos dejarlo ahora y no cuando sea demasiado tarde

–propuso.

–Pero yo te quiero... ¿Estás segura de esto?

–Sí. Yo... también te amo Aiden, pero...

El guardaespaldas asintió.

–Hemos pasado un tiempo precioso y lo recordaré siempre con cariño – aseguró este.

No hubo nada más que decir. Nada que hacer. Ella había tenido demasiada paciencia y él no había sabido valorarla lo suficiente. Tenía razón. Era lo mejor para los dos. Estaba destrozado por la muerte de Lilly y, aunque había fingido ante todos, no podía mentirse a sí mismo. Había dejado de querer a

Siobhán y en su corazón solo había hueco para aquella pequeña descarada. Tendría que aprender a olvidarla y convivir con el dolor.

Aiden y Siobhán se dieron un fuerte abrazo, con el que limaron cualquier posible aspereza.

—Deberíamos bajar ya o se tirarán de los pelos —sugirió él, tendiéndole su mano.

Las puertas de la capilla se abrieron dejando paso a la pareja unida de la mano, y el párroco e invitados observaron con cara de incredulidad.

La comitiva salió del hotel y se dirigió a El Tenderloin, donde la gente comenzaba a agolparse para celebrar el

fin de año. Un neón con grandes letras señalaba al patrocinador de la bajada de la bola, Artkraft Strauss, ubicado en lo alto del edificio del periódico The Times. Una bola de hierro de cuatrocientas libras que bajaría en apenas cinco horas para dar la bienvenida a un nuevo año.



—Angelo, tengo que hablar contigo de algo —Smith le había cogido en un aparte en el momento justo en que el resto de invitados desfilaban hacia la calle.

El siciliano se detuvo para escuchar lo que este tenía que decirle, y en ese momento sacó su pistola y le apuntó con

ella. Se acercó a su espalda y clavó el cañón del arma en su espalda—. Camina y no hagas ningún movimiento brusco.

—Pero, ¿qué demonios...? —A punto estuvo de soltar un exabrupto pero Smith le empujó para que avanzara hacia la puerta de emergencia que daba al callejón. Una vez fuera, se alejaron unos metros, hacia la penumbra—. ¿Por qué estás haciendo esto? Creí que había dejado claro que sabía tu pasado y que no iba a hacer nada al respecto.

Smith se rio de forma socarrona.

—¿De verdad se cree que es por eso? —le preguntó mientras se ponía frente a él.

—No lo sé. No estoy para acertijos —



señaló la pistola que le apuntaba—. Si voy a morir, al menos merezco saber por qué.

—Sí, tiene razón. Toda la razón —recalcó esta última frase molesto porque no supiera que había descubierto su secreto—. ¿Qué me dice del viejo Lincoln guardado en el parking del hotel? Yo mismo lo vi con mis propios ojos.

—No sé de qué me hablas —aseguró con una férrea convicción.

Smith llegó a dudar por un segundo. Entonces, quitó el seguro al arma dispuesto a disparar a sangre fría. La garganta de Angelo tragó saliva con dificultad.

—Haga memoria de nuevo... —La oscura mirada de Smith no dejaba lugar a dudas de su odio y su rabia contenidas durante tanto tiempo. Su mano firme seguía apuntando a su jefe.

—Está bien, está bien. Sí, ese coche fue el que atropelló a tu esposa, pero yo no era quién lo iba conduciendo aquella tarde —aseguró Angelo, con la misma firmeza de antes.

Smith no podía saber si le estaba diciendo la verdad.

—¿Por qué debería fiarme de usted? Hace un momento no sabía de qué le estaba hablando —Smith decidió apretarle un poco más las tuercas.

—Porque es la verdad, maldito

idiota –gritó enfadado por haber confiado en la valía de su hombre.

–Entonces, ¿quién iba al volante aquel día? –Su entrecejo se suavizó un poco. Habían sido seis años trabajando mano a mano con Angelo. Sabía que decía la verdad, por mucho que esta le pesara.

–Mancini. Gino Mancini. Hicimos un par de trabajos juntos y nos hicimos amigos. Aquel día le dejé que probara mi coche. Habíamos salido a celebrar algo, íbamos borrachos y cuando Mancini quiso ver a tu esposa ya era demasiado tarde. –Las explicaciones de Angelo llegaban con seis años de retraso.

—¿Qué importa quién condujera? Tú no fuiste capaz de bajarte a socorrerla — le reprochó con dolor. Las lágrimas habían acudido a sus ojos y comenzaban a empañarle la visión. Angelo aprovechó ese momento de debilidad para arrebatarse el arma y empujarle contra la pared—. Adelante. Mátame. No tengo nada que perder.

Angelo le miró durante unos segundos, sopesando sus opciones. Entonces, vació el cargador, se guardó las balas y le lanzó el arma a sus pies.

—Lamento mucho lo de tu esposa. Sé lo que sientes porque yo también tuve una vez una familia, pero la venganza no es la solución. No ayuda a aliviar el

dolor. En cuanto a Mancini, yo me encargué de ocultar todo el asunto. Por eso mató a Pietro la otra noche. Porque me lo debía. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Te prometo que, cuando sea el momento, yo mismo te lo entregaré. ¿Confías en mí?

—No, pero no tengo otra opción, ¿verdad? —preguntó, aceptando lo evidente.

—Así es. Ahora salgamos de aquí antes de que alguien nos vea y tenga que dispararte. Ya sabes que la reputación de uno es lo primero —le recordó mientras le daba la espalda y caminaba de regreso al interior del Algonquin.



# EPÍLOGO

Al principio, no oyó nada. Se encontraba flotando en el más absoluto de los vacíos, una oscuridad que le apabullaba. Poco después, comenzó a escuchar susurros. Trató de avanzar. Notó que algo tan pesado como una cadena se lo impedía. Siguió esforzándose hasta que consiguió mover un párpado. Una desconcertante claridad la inundó por completo, cegándola. Tuvo que cerrar el ojo y esperar unos segundos. Entonces, guió su mano en busca de ayuda pero solo consiguió mover un par de dedos.

Las voces comenzaron a aumentar

de volumen y, con el transcurso de los minutos, se volvieron nítidas y claras. Una de hombre y otra de mujer. Exactas a las de sus padres. Intentó de nuevo avanzar y esta vez logró abrir ambos ojos. Desvió instintivamente el rostro hacia un lado hasta que logró acostumbrarse a la luz.

—Cariño, ¿cómo te encuentras? —La voz de su madre sonaba diferente. Temblorosa y casi emocionada—. Hemos avisado al médico.

Lilly miró a su alrededor. El verde que cubría las paredes, el olor a desinfectante y la cantidad de máquinas y cables que rodeaban su cama le hicieron darse cuenta de que estaba en



un hospital.

–¿Por...qué...estoy...aquí? – preguntó con voz gangosa. Su garganta estaba completamente reseca y le impedía hablar con normalidad.

–¿No recuerdas nada? – indagó a su vez Maggie.

Lilly negó con la cabeza.

–Hablaemos de ello más tarde. Ahora lo importante es que tú estés bien. –En ese momento entró el médico. Pidió a los padres que salieran y comprobó sus constantes vitales.

–*Bene*, te haremos una serie de pruebas y pasarás esta noche en observación. Si mañana todo sigue bien, te daré el alta –explicó el médico, que

curiosamente se parecía sobre manera a otro italiano que había conocido. Ciro Angelo.

Lorenzo, como anunciaba su bata, era un hombre atento y amable, muy distinto del zalamero y egoísta Angelo. ¿Se trataba de una pura coincidencia o era algo más?

Un par de horas después, Frank y Maggie, a un lado de la cama, narraban a su hija cómo había ido a parar al hospital. Se había desmayado en casa y habían tratado de despertarla sin éxito. Desde que entraran a robar en la mansión, Lilly se había comportado de forma muy extraña. Había permanecido cerca de una semana en coma y cuando

había despertado, no reconocía a sus padres y no recordaba quién era. El médico les había recomendado que su hija permaneciera en el hospital durante una semana más. Seguirían sus progresos, la harían pruebas y si no había ninguna novedad, entonces podría irse a casa.

Sus padres le narraron lo sucedido después del robo. Uno de los vecinos que pasaba por la calle oyó bastante jaleo y, preocupado, avisó a la policía. Frank había recibido un disparo en la cabeza. La bala había cruzado por un lado sin llegar a provocar lesiones. Lo operaron para reducir la inflamación del cerebro. El maltrecho aspecto del

hombre en silla de ruedas y con la cabeza vendada era una bendición del cielo. La madre se libró del ataque de los asaltantes gracias a la intervención de la hija.

Lilly no podía creer todo lo que estaba escuchando. El médico le había dicho que con el transcurso de los días iría recuperando la memoria. Debía tomarlo con paciencia.



Habían transcurrido dos semanas desde que Lilly regresara a casa y aquel domingo toda la familia se reunía para celebrar la buena nueva.

Lilly aún era incapaz de encontrar

una explicación lógica a todo lo que había vivido. No se había atrevido a contarles nada a sus padres por miedo a que no la creyeran, alegando que era una secuela del golpe o, peor aún, que la tomaran por loca.

Había estado en coma durante tres semanas, pero para ella habían sido como tres meses. Personajes como el odioso Angelo, el testarudo Smith o su amado Aiden parecían cosa del pasado y, aunque había retomado poco a poco su vida tal y como la conocía, no dejaba de pensar un solo instante en si de verdad había viajado a los años 20 o si aquellas personas en realidad habían existido.

Unos días después de su llegada a casa, recordó su estancia en una mansión exacta a la de sus padres casi un siglo atrás. Recuerdos muy gratos con los Hughes y Millie hasta aquella maldita noche en que ambas salieron. A su mente vino el momento en que espiaba al matrimonio y cómo Henry le entregaba a Helen un arma para su protección.

Lilly se dirigió al dormitorio de sus padres, se acercó a la chimenea y comenzó a palpar la repisa. Oyó un pequeño clic y vio cómo una de las tablas cedía. Descubrió el pequeño escondite de la señora Hughes donde debajo de muchas capas de polvo permanecía oculto el arma. Decidió

dejarlo allí. Cuando viera el momento adecuado, hablaría con sus padres.

La pistola era la prueba que necesitaba para confirmar que todo lo que había vivido era verdad. Todo era cierto. Pola Negri, los Elliot e incluso Angelo habían existido. Era una pequeña parte de sus experiencias, que aunque mala, terminaría olvidando como todo lo demás. Al principio, solo serían pequeños detalles, después, rostros y nombres, y luego ya no quedaría nada.

Había alguien a quien no podía olvidar. A quien no quería. Aiden.

Sabía que con el paso del tiempo sería inevitable que ocurriera, pero no estaba dispuesta a que eso sucediera.

Recordó una película que había visto en la que el protagonista, a falta de una fotografía de su amor, realizaba un *collage* de su rostro. Parecía algo absurdo, pero con la cantidad de programas informáticos que existían ahora podría conseguir una imagen casi idéntica del irlandés.

Lilly no tenía mucha idea de informática por lo que pidió ayuda a una vecina de su misma edad. Le dijo que se trataba de un regalo para un amigo, algo diferente y original, pero la chica no se lo creyó.

Cuando la hoja salió de la impresora, el rostro que la observaba era el del mismísimo Aiden. Lo puso



dentro de un marco y lo guardó en el cajón de su ropa interior, como había hecho con el retrato de la noche en que ambos bailaron juntos.



Después de que Aiden hubiera contemplado, junto a Siobhán y el resto de invitados a la boda, la caída de la bola en El Tenderloin, Siobhán se había marchado a casa. Se había despedido de él dándole un beso en la mejilla.

El guardaespaldas había paseado por la Ciudad, reflexionando sobre todo lo que había vivido desde la llegada de Lilly. Aquella chica había vuelto su mundo patas arriba y ahora, que no

estaba, notaba un gran vacío dentro de él.

Sus pasos le llevaron hasta la calle 49, donde el multimillonario John Rockefeller había empezado a construir un enorme complejo de tiendas y teatros en el terreno perteneciente a la Universidad de Columbia. Allí había una fuente cuya parte exterior estaba adornada con esculturas de tritones, nereidas y delfines. No había una sola alma cerca, a excepción de un mendigo, un extraño hombre que no perdía detalle de sus movimientos. Aiden caminó hacia él, sacó un par de monedas de su bolsillo y las depositó en el sombrero del señor. El vagabundo asintió

agradecido.

Aiden se giró, resuelto a seguir con su paseo en solitario pero una voz le detuvo. Se trataba del mendigo al que había dado limosna.

—Señor O'Malley, ¿le queda otra moneda? —El guardaespaldas se giró con rapidez hacia él y lo sujetó de la pechera.

—¿Quién es usted y cómo diablos sabe mi nombre?

—No hace las preguntas adecuadas. Quién soy yo no importa demasiado, pero estoy aquí para ayudarle. Lo crea o no —se expresó con una serenidad y un arrojo tal que no correspondían a un hombre de su calaña.

—¿Ayudarme a qué? —Aiden seguía esperando una respuesta que no llegaba.

—A estar con la persona que verdaderamente ama —admitió sin tapujos el mendigo.

El irlandés palideció con el solo recuerdo de la difunta Lilly.

—¿Y qué debo hacer? —le siguió el juego. Después de todo, ya no tenía nada que arriesgar. Quería descubrir a dónde le llevaría esta conversación.

—Crear. Es un recurso escaso y difícil de encontrar estos días —contestó el hombre allí sentado. La amarga risa de Aiden no le sorprendió. Conocía su historia. La de Lilly. La de los dos—. Todo ocurre por una razón. Tal vez

debería pedir un deseo a la fuente. —El mendigo le devolvió una de sus monedas lanzándola al aire.

El joven la tomó al vuelo. Cuando quiso volver la vista hacia el indigente, este había desaparecido como por arte de magia.

Aiden contempló durante un instante la moneda antes de lanzarla a la fuente. Pensó en cómo se le aceleraba el corazón cada vez que estaba junto a Lilly, la felicidad que le contagiaba sin proponérselo y su deseo constante de protegerla.

En ese momento, cerró los ojos y lanzó con determinación la moneda. Esta giró en el aire describiendo una onda

perfecta que siguió dentro del agua. No llegó a ver cómo la pieza de metal se posaba en el fondo abismal. Perdió toda conciencia de la realidad y cayó al suelo.



Maggie estaba arreglada hacía rato y esperaba afanosa a que su hija terminara. La reserva en el restaurante era a la una y media. Debían salir con tiempo si querían ser puntuales.

—Mamá, todavía me queda para rato. Será mejor que te adelantes. Yo iré en cuanto termine —le anunció, queriendo ganar tiempo. No estaba preparada para afrontar todo aquel gentío.

–¿Estás segura? No me importa esperarte –respondió su madre.

–Sí, mamá. De verdad. No te preocupes.

Maggie cogió el bolso y salió por la puerta.

–No olvides cerrar con llave. –  
Fueron sus últimas palabras.

La mejoría de Lilly había sido lenta y su mente aún olvidaba ciertas cosas. Las más livianas para ella, pero fundamentales en su día a día.

La joven caminó directa al cajón de la ropa, sacó la fotografía de Aiden y se echó sobre la cama. Se quedó adormecida con el retrato junto a su rostro.

Cinco minutos después, el timbre de la casa sonaba. Una, dos, tres veces. Lilly se levantó de inmediato. Se había quedado dormida. Sus horas de sueño seguían aún algo descontroladas y no dudaban en pasarle factura en el momento más inoportuno.

Oyó de nuevo la melodía inundando cada rincón de la casa. Se incorporó, bajó las escaleras y abrió la puerta.

—¿Qué se te ha olvidado? —preguntó Lilly, creyendo que se trataba de su madre.

—Buenos días, busco a la señorita Gilmore. ¿Es esta su casa? —preguntó un joven moreno y espigado, cuyos ojos tenían una rara imperfección. Uno era de



color azul mientras que el otro poseía un tono aguamarina.

La presión sanguínea de Lilly aumentó por segundos.

—Sí, yo soy Lillian Gilmore. ¿Y usted es? —curioseó expectante.

—Me llamo Ryan —anunció ante la decepción de su oyente—. Y me gustaría contarle una pequeña historia.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para escuchar nada de lo que quiera venderme —espetó cerrando la puerta con rapidez. Sin embargo, el pie del joven impidió que se cerrara—. ¿Qué es lo que quiere? —quiso saber Lilly, medrosa de que se tratara de un ladrón. De nuevo no tendría oportunidad de

defenderse. Ni siquiera conseguiría llegar a tiempo al dormitorio de sus padres a por el arma.

—Como le dije, quiero contarle una historia. Algo que ocurrió hace casi un siglo y que por ilógico que parezca llegará a sorprenderte, Lilly. —Su voz remarcó con diferencia esta última palabra.

—¿Cómo sabe mi nombre? No viene en el buzón. Es imposible que... Un momento... ¿Dijo hace un siglo? —asimiló lo que el joven había mencionado.

Él asintió.

—Parece que ya comienzas a escucharme. Sigues tan rebelde como

siempre. Veo que es parte de tu carácter –bromeó Ryan, con esa confianza a la que le había tenido acostumbrado en el pasado.

La esperanza de Lilly pareció aflorar a la superficie. Su rostro mostraba una inseguridad sin precedentes y sus manos temblaban ligeramente.

–¿Aiden?

–En otro tiempo, sí –confirmó él, sonriendo con el mismo desparpajo que le había caracterizado antaño–. ¿Cómo lo dirías tú? El mismo que viste y calza.

Ella no pudo evitar soltar una carcajada ante el chascarrillo.

–No puede ser. ¿En serio eres tú? –

La incredulidad volvía a hacer de las suyas. Si le contara aquello a cualquiera, le dirían que tenía una mente muy despierta—. ¿Cómo es posible?

—Te lo explicaré más tarde. Disponemos de todo el tiempo del mundo. —Ryan tiró de su brazo acercándola hacia él, rodeó su cuerpo con sus brazos y le dio un profundo y apasionado beso en los labios.

El pecho de Lilly parecía estar a punto de estallar. Aiden había venido para quedarse.

*Fin*



## *Agradecimientos*

Lo primero de todo quiero dar las gracias a Red Apple Ediciones por apostar por mí. Tara, Cristina, Shia... gracias. También a mis compañeros de

editorial, una gente estupenda que da lo mejor de sí misma.

A mi familia por soportar de forma estoica el nacimiento de esta criatura.

A mis amigos porque me apoyan y animan, y su espíritu está plasmado en este libro.

A mis compañeros escritores de ACYLFCFT, por sus amenas conversaciones sobre libros y su amplios conocimientos y experiencia cualquiera que sea el tema.

Y, por último, a los escritores, bloggers y lectores que he podido conocer durante este tiempo, los cuales me han ayudado de una u otra manera a llegar aquí.





Red Apple Ediciones  
Laura Flanagan©2016



---

[1] El Tenderloin se conoce ahora como Times Square. Se apodó así porque era la ubicación más conocida de Manhattan.

[2] Los ingredientes principales son gin y vermut.

[3] Se le conoce como una joya de la Prohibición. Se hace con ginebra, lima, menta y jarabe de goma.

[4] Una cucharada de miel, además de limón y el jugo de naranja, daban la ventaja de ocultar que su componente base era ginebra de bañera.

[5] Masseria era el Don más poderoso de Nueva York. Deseaba preservar los viejos ideales de la Mafia siciliana tales como el “honor”, la “tradición”, el “respeto”, y la “dignidad”. No quería trabajar con nadie que no fuese siciliano o, al menos, italiano.

[6] Is grá liom thú: Te amo, en irlandés.

[7] Mé freisin: yo también, en irlandés.

[8] palabra coloquial para “dinero”

[9] Método para la creación artificial y planificada de estrellas para el estudio, mediante contratos con salarios modestos y un férreo control

sobre su imagen pública.

[10] El tinte se corría fácilmente convirtiendo con rapidez un vestido de colores brillantes en un vestido con tonos apagados.

[11] En realidad, este campeonato tuvo lugar en 1927, no en 1926 como figura en la historia. La autora lo ha adaptado libremente.

[12] Palabra gaélica. Significa lo mismo que Dammit en inglés: maldita sea.